

Juan G. Atienza

La meta secreta de los templarios

El ocultismo de la Orden al descubierto

mr.ediciones

AVISO:

Esta copia digital es fiel al contenido del libro copiado pero no a su estructura y apariencia:

-En el libro copiado las notas aparecen en una sección propia, al final del libro. En esta copia digital aparecen a lo largo del libro.

Datos del libro copiado:

Primera edición en esta presentación: noviembre de 2004

© 1979, Juan G. Atienza
© 1979, Ediciones Martínez Roca, S. A.
Paseo de Recoletos, 4. 28001 Madrid
www.mrediciones.com
ISBN: 84-270-3072-X
Depósito legal: M. 43.409-2004
Fotocomposición: Pacmer, S. A.
Impresión: Brosmac, S. L.

Impreso en España-Printed in Spain

Ediciones anteriores en otra presentación:
Primera edición: noviembre de 1979
Vigésima tercera edición: noviembre de 2000

ÍNDICE

| | libro copiado | edición digital |
|---|------------------|--------------------|
| <u>Prólogo: Aventura privada de un fantasma.....</u> | <u>9</u> | <u>4</u> |
| <u>Introducción a la décima edición.....</u> | <u>17</u> | <u>11</u> |
| <u>Primera parte: Los buscadores del conocimiento.....</u> | <u>23</u> | <u>15</u> |
| <u>1. El otro poder</u> | <u>25</u> | <u>16</u> |
| <u>2. Hay un misterio, a pesar de todo</u> | <u>40</u> | <u>34</u> |
| <u>3. La Cábala y tres enclaves templarios.....</u> | <u>54</u> | <u>51</u> |
| <u>4. Atlas incompleto para una geografía oculta.....</u> | <u>68</u> | <u>65</u> |
| <u>5. Los vigilantes.....</u> | <u>85</u> | <u>85</u> |
| <u>6. Dioses que eran sabios.....</u> | <u>102</u> | <u>105</u> |
| <u>Segunda parte: Del laberinto a la biblia de piedra....</u> | <u>119</u> | <u>123</u> |
| <u>7. Donde da comienzo un juego cósmico</u> | <u>121</u> | <u>124</u> |
| <u>8. Dos leyendas para una estructura</u> | <u>134</u> | <u>139</u> |
| <u>9. La larga marcha de un secreto saber</u> | <u>156</u> | <u>163</u> |
| <u>10. El Árbol de la Vida y de la Ciencia</u> | <u>170</u> | <u>179</u> |
| <u>11. Las fauces del león</u> | <u>192</u> | <u>204</u> |
| <u>12. La cara y la cruz de la medalla</u> | <u>209</u> | <u>222</u> |

PRÓLOGO

AVENTURA PRIVADA DE UN FANTASMA

Pensar en escribir algo, por superficial que fuera, sobre la aventura templaria en la península ibérica, podría parecer hoy una empresa sin sentido, tanto por la carencia de información que sufrimos en torno a sus cerca de doscientos años de asentamiento, como por la escasa o nula importancia que los historiadores en general han concedido a su eventual influencia en el devenir histórico y cultural de los reinos españoles de la Edad Media. Los caballeros del Temple han sido, para la investigación histórica -repito, en general-, un mero accidente, una especie de quiste de origen extraño, incrustado, casi por casualidad, entre unos acontecimientos nacionales sobre los que nunca llegaron a influir decisivamente.

A la hora incluso de analizar el papel ejercido por las órdenes militares en la política y en el proceso de expansión de estos reinos que componían el mosaico peninsular, la historia profundiza en las órdenes nacidas en un seno: Calatrava, Alcántara, Santiago..., hasta las de Sant Jordi d' Alfama en Tarragona, la de Montgaudí en Extremadura, la de Montesa en Valencia y la de Cristo en Portugal. Pero no parece plantearse, en la práctica, que las primeras fueran creadas precisamente para presentar un escudo político, de raíz nacional, a la influencia de templarios y hospitalarios, cuya importancia venía avalada por un auténtico carisma sólidamente fundamentado por su actuación al otro lado del Mediterráneo: nada menos que en la llamada Tierra Santa, meta de todo el sentimiento religioso medieval. En cuanto a las otras órdenes, se olvida o se ignora tácitamente con demasiada facilidad que la de Montgaudí fue incorporada al Temple en 1196 y que las de Montesa y la de Cristo fueron creadas expresamente para acoger a los caballeros templarios

-y todos sus bienes territoriales- cuando la orden fue suspendida por la bula *Vox in Excelso*, hecha pública por el papa Clemente V en el concilio de Vienne, el 3 de abril de 1312.

Si seguimos hablando de olvidos -o de ese hecho tan parecido al olvido que es el «pasar por alto»-, observamos, por ejemplo, que los historiadores no se plantean los motivos profundos que pudo tener Alfonso I el Batallador para legar en herencia sus reinos a las órdenes militares del Temple y del Hospital. Ni se piensa -es otro ejemplo- en el porqué real del asentamiento de los templarios en un Portugal que pugnaba por su independencia, antes incluso de que la orden fuera reconocida oficialmente por el concilio de Troyes en 1128.

Ni siquiera parece advertirse que la presencia templaria en la península coincide exactamente con los años de máximo empuje de la Reconquista, con la época de más sólido asentamiento de los gobiernos, con el tiempo de máxima estabilidad política -si de estabilidad política real se puede hablar en la Edad Media- y con el momento de mayor interés cultural en todos los órdenes del arte y del pensamiento.

Puestos a jugar con el olvido, la historia sigue ignorando que mientras en Francia -cuna natural del Temple- los miembros de la orden eran encarcelados, torturados, quemados y llenados de injurias, en toda la Península se hizo caso omiso de los afanes revanchistas de Felipe IV el Hermoso y se cumplió la orden de Roma con dos procesos oficiales -en Salamanca y en Tarragona- que declararon simplemente a los templarios limpios de pecado y de infamia, y en los cuales se decretó que los caballeros fueran respetados, que se les facilitase ayuda cuando la necesitaran y que se procurase su ingreso en otras órdenes, militares o monásticas, siempre que éste fuera su deseo y voluntad.

Los estudios históricos, por desgracia, siguen obedeciendo -lo diré siempre: en general -a un racionalismo que, necesariamente, los congela y los deshumaniza. Parece como si la historia no admitiese las preguntas sin respuesta. Como si, cuando surgen, fueran vetadas hasta el momento preciso en que, real o inventada, se tuviera lista una contestación. Por eso parece pecado de lesa ciencia preguntar, aventurar o humanizar siguiera el devenir del hombre sobre la tierra. Lo ortodoxo es encontrar -o fabricarlos hilos que mueven al ser humano como una marioneta. Y, cuando todo está atado -y bien atado-, mover esos hilos haciendo que los muñecos sigan la senda estricta que se les ha marcado previamente. ¡Pobre del muñeco que se salga del camino previsto! Se le relegará al olvido o se fabricará para él una razón gratuita para justificar su rebeldía. Así, todo resultará armónico, ortodoxo; todo será así porque tenía que ser así, porque las res-

puestas son previas a los problemas, porque no está permitida una pregunta cuya contestación no haya sido anteriormente establecida.

Lo siento: no puedo evitar -no quiero evitar- los interrogantes, las dudas, las sospechas. Me niego rotundamente a admitir todo aquello que se toma por dogma inamovible. Porque creo en lo más íntimo que, si el ser humano es capaz de evolucionar, esa evolución no la provocan los que asienten, sino los que niegan y preguntan y nunca se sienten conformes ni con lo que se les ordena creer, ni con lo que su misma razón -secularmente programada- les dicta.

Para mí, la historia de los templarios no es, de ningún modo, una aventura aislada que empieza y se limita en ellos. Los templarios son una pieza más -fundamental, a pesar de la brevedad de su existencia oficial- del inmenso juego histórico que ha propiciado la evolución humana al buscar las raíces remotas y desconocidas pero no por eso menos ciertas- en las que se asienta el inconsciente colectivo del hombre. La historia de la evolución ha sido, en el fondo, una historia de penetración en el pasado que ha permitido, aunque parezca paradójico, los saltos culturales sucesivos hacia el futuro. En cierto modo, ha sido la sustancial negación del tiempo, en tanto que elemento determinante de progreso y hasta de vida -individual o colectiva- del hombre.

Trataré de explicarme. La historia del pensamiento humano es la historia misma de su evolución. Sin embargo, esa evolución nunca ha tenido lugar sin que intervinieran en ella una serie de factores radicados en la trama de conocimientos y saberes que el ser humano arrastra desde su mismo origen. Esa intervención del pasado ha sido siempre intuitiva; se ha basado en signos que la memoria ha estereotipado, privándolos externamente de sus verdaderos significados. Sólo aquellos que se han negado a admitir la aparente banalidad de los símbolos remotos y les han reconocido su carácter de mensaje cifrado han conseguido avanzar hacia el futuro, precisamente porque profundizaron en el ayer y rechazaron su evidente oscuridad, negándose a aceptarla como una muestra de magia irracional.

Descifrar los símbolos es penetrar en el lenguaje esencial del hombre. Porque el hombre vive -ayer, como hoy y como mañana- de *significar* su conocimiento; es decir, de universalizarlo. En el fondo, símbolos y sólo símbolos son las palabras, dichas o escritas. Y cuando las palabras no bastan para expresar los grados superiores del saber -porque el lenguaje es fundamentalmente pobre y limitado-, el hombre recurre, a veces hasta sin saberlo, a los símbolos universales, que han sido exotéricos o esotéricos según su comprensión inmediata haya estado al alcance de una mayoría *creyente* o de una minoría *consciente*.

En cierto modo -y esto ha sucedido siempre, para desgracia histórica- el hombre *creyente* ha constituido la gran masa que se ha dejado arrastrar, por miedo o por esperanza de premio, por los sucesivos dogmatismos oficiales que han ordenado a su gusto y capricho la marcha del mundo. En cierto modo también -y esto no siempre-, la minoría *consciente* ha formado un núcleo de proscritos y condenados porque se atrevieron a enfrentarse, con la sola fuerza de su necesidad de conocimiento, a los preceptos establecidos por los sectores que detentan el poder y que cifran el mantenimiento de dicho poder en la ignorancia y la obediencia ciega a las normas establecidas.

Los templarios formaron parte de esa minoría consciente. Pero, a lo largo de los casi doscientos años de existencia de la orden, supieron jugar exóticamente la baza del poder económico y guerrero, y una indudable visión política ante las monarquías, para conseguir un grado de libertad de acción que otros grupos paralelos jamás pudieron obtener. Desde su status político, influyeron a favor de su propia búsqueda y tuvieron incluso la suerte de saber mantenerse fuera de un primer plano de atención para adentrarse así mejor en los recovecos de un rastreo en el que, muy posiblemente, lograron avanzar mucho más de lo que las apariencias históricas permiten suponer. Porque, al menos, llegaron al final de ese viaje de ida y vuelta que supone el gran ciclo de la evolución del conocimiento humano.

El Temple se creó, como tal orden, en oriente. Pero fue creado allí, conscientemente, por enviados especiales de occidente que iban a Tierra Santa en busca de las fuentes ancestrales del conocimiento, conocidas -o más bien sospechadas- a través del simbolismo críptico de los libros sagrados. Una vez allí, embebidos de las raíces aún más remotas de esas fuentes que buscaban, gracias al contacto con grupos paralelos musulmanes y judíos, continuaron su búsqueda en las tierras donde tenían que encontrarse los orígenes de aquel saber bíblico que ya habían captado. Con toda la fuerza de su potencia económica y militar, se asentaron de nuevo en el occidente del que habían partido y, en él, fueron consiguiendo sistemáticamente la posesión de aquellos territorios en los que, bajo las más diversas apariencias, se hallaban las claves primeras -y las últimas, por tanto- de su búsqueda. Lugares de cultos remotos, encrucijadas de encuentros seculares de creencias, enclaves considerados como mágicos por quienes eran incapaces de entrever su realidad, todos fueron las metas secretas de los freires del Temple.

Pero esos enclaves que contenían el mensaje buscado no reconocían fronteras territoriales. Estaban, simplemente, en occidente: en Aragón, en Cataluña, en Castilla, en Provenza, en Navarra, en León, en Bretaña, en Portugal, en Irlanda. Estaban en lugares de viejas tradiciones olvidadas, en

piedras misteriosamente esculpidas, en montes y fuentes que aún conservan para la gente el carácter mágico sacralizado desde los orígenes. Estaban en formas especiales de concebir la estructura de los templos y en formas insólitas de venerar a los muertos. Y estaban incluso en puntos muy especiales en los que, desde siempre, ocurrían hechos anormales que eran alternativamente considerados como milagrosos o como obra de los espíritus del mal.

Los templarios, lo mismo que otros ocultistas, sabían que existe una realidad que nada tiene que ver con el bien supremo ni con el mal más abominable, aunque sea achacada a uno u otro según la circunstancia imperante. El fondo de esa realidad es el conocimiento, un conocimiento en el cual el hombre penetra muy pocas veces, y cuando lo hace es indefectiblemente tachado de santo o de diablo, sin que llegue a ser ni una cosa ni otra, sino un ser esencialmente humano.

Los templarios establecidos en la península buscaron sin tregua ese saber y esos lugares. Lucharon militar y económicamente por alcanzarlos y, cuando los tuvieron en su poder, los defendieron incluso a costa de su propia seguridad y supervivencia. Y algo hubo en ellos que justificase su defensa, porque llegado el momento de su extinción por orden superior de la Iglesia, mientras en la misma Francia los freires se entregaban sin oponer la mínima resistencia, en varios enclaves peninsulares -Monzón, Cantavieja, Jerez de los Caballeros, Miravet- se encastillaron desobedeciendo las órdenes reales y eclesiásticas, dispuestos en muchos casos a defender hasta la muerte lo que allí habían encontrado, cosa que no llegó a ocurrir.

No he pretendido hacer aquí una historia de los templarios peninsulares. Mi propósito ha sido, por una parte, estudiar sus enclaves y la circunstancia mágica que los envolvía, en una búsqueda del porqué de aquellos especiales emplazamientos. Y por otra, desentrañar aunque sea parcialmente la evolución del simbolismo arquitectónico de la Edad Media peninsular, que contiene toda una clave del conocimiento que sobrepasa los límites estrictos de la arquitectura, para expresar, a través de ella, la realidad de un universo de símbolos superiores que sólo la matemática mágica de los templarios podía contener.

En este sentido, es lógico tomar por cierta la influencia que pudo tener la orden del Temple sobre la evolución esotérica de las formas arquitectónicas. Es verdad que, cargados con una serie de principios básicos del conocimiento superior, comprendieron con buen criterio que sólo a través de la edificación de templos podría el hombre transmitirlos a quienes fueran capaces de aprehenderlos. Y esto por dos razones. La primera, puramente material, porque la piedra tiene mayor probabilidad de mantenerse incólume

a lo largo del tiempo que la madera, el hierro o el papel. La segunda, porque siendo en principio el templo la casa que el hombre dedica al ser superior, a su divinidad, es lógico que contenga en sí mismo, desde el planteamiento estructural hasta el último detalle de su construcción, todo el cúmulo de saberes y de creencias que el ser humano puede ofrecer en su deseo de acercarse a su origen y de hacerse realmente digno de él y de su razón de ser.

Es posible -pero, por desgracia, poco o nada probable documentalmente- que los templarios contribuyeran, en el terreno económico y material, al gran *boom* de las catedrales de los siglos XII y XIII. No hay pruebas directas de esta contribución. Sin embargo, es seguro que mantuvieron estrechas relaciones con las logias de constructores, y que transmitieron a los maestros canteros una serie de módulos simbólicos que luego se reflejarían en los grandes templos populares de occidente. Con ellos se trataba de hacer llegar al hombre -al pueblo- la intuición del conocimiento que hasta entonces se había mantenido encerrado entre los muros de las abadías y de los monasterios. Se trataba también de contactar a ese pueblo, consciente o inconscientemente, con la realidad superior representada en los símbolos, para que éstos, convertidos en actos, en ritos o en costumbres, *actuasen* sobre él e influyeran en su vida individual y colectiva.

Los templarios, pues, adquirieron un conocimiento, lo asimilaron, lo *significaron*, y luego lo transmitieron. La brevedad de la pervivencia de la orden impidió que ese conocimiento llegase a superar la realidad dimensional del tiempo, pero fue, en muchos aspectos, una semilla que dio sus frutos allí donde encontró tierra abonada para fructificar. En unos lugares -una mayoría de lugares, ciertamente-, los poderes establecidos se cuidaron de borrar de inmediato toda huella que pudiera señalar la pasada presencia templaria, negando su aporte al progreso cultural mientras la orden existió. En otros enclaves, aunque restringida y en cierto modo soterrada, la obra templaria continuó en sus herederos y marcó unos determinados hitos de conocimiento y esplendor. En el primer caso se encuentra Castilla. En el segundo, Portugal, donde la benevolencia hacia la orden extinguida permitió que muchos templarios del resto de Europa y hasta de la misma península buscasen refugio en la recién creada para ellos orden de Cristo. Consecuencia a largo plazo de esta benevolencia fue, en lo exotérico, la creación de la escuela de Sagres, que reunió los máximos conocimientos cosmológicos de su tiempo y propició el auge de las exploraciones ultramarinas lusitanas. Y, en el campo del esoterismo, la aparición de la insólita experiencia de la arquitectura llamada manuelina, en la que, más allá de la exacerbación barroca de un gótico tardío, se encuentra el más abigarrado lenguaje simbólico que pu-

diera expresarse en piedra a lo largo de los tiempos.

Pero aún hay algo más que viene marcado por la huella templaria, algo que las casualidades nunca podrían justificar y que, a mi modo de ver, está condicionado precisamente por el grado de conocimiento superior que alcanzaron los templarios. Si hiciéramos un recuento -que no haremos aquí aún, porque rebasaría los propósitos de este libro- de los lugares donde en los últimos siglos se han producido fenómenos insólitos e incomprensibles de tipo mágico-sagrado, tales como apariciones virginales, curaciones milagrosas, avistamientos usuales de ovnis, danzas solares e historias religiosas colectivas, encontraríamos que, en un porcentaje elevado, hay antiguos enclaves templarios -castillos, capillas o noticia de encomiendas- en las inmediaciones.

Esta realidad supera los límites estrictos de la cronología y hasta las razones aparentes de la historia. Hay -no me cabe la menor duda- una relación, llamémosla mágica, que cabalga, por encima del tiempo y lo convierte en un puro capricho en el juego cósmico de las dimensiones.

Los templarios, lo mismo que la orden benedictina y otros grupos de ocultistas que investigaban «por libre», conocían, o al menos tenían razones para intuir, la realidad paranormal de determinados lugares, incluso muchos siglos antes de que tal realidad se hiciera patente. Pero ellos sabían que esos hechos, tanto los sucedidos como los previstos, no eran milagro divino ni diabólico, sino muestras de una suprarrealidad cuyas razones estaban ya expresadas en los signos cifrados de la sabiduría antigua. Conocedores de estos mensajes, o al menos sospechosos de su importancia, cuidaron de vigilar atentamente aquellos enclaves, ocupándolos y estudiando sus características. Posiblemente durante la existencia de la orden nunca se hicieron patentes los prodigios, pero el germen de esa otra realidad estaba ya allí, como esperando el instante propicio para manifestarse en aparente prodigio.

El hecho mismo de buscar hoy los lugares de la aventura templaria peninsular es, en sí, la aventura apasionante de una búsqueda en el terreno de lo insólito. La sombra fantasmal de los freires iniciados se cierne sobre sus viejos enclaves desmochados y sigue transmitiendo el mensaje que nunca llegaron a hacer público, pero que confirmaron con su presencia.

INTRODUCCIÓN A LA DÉCIMA EDICIÓN

Asistir a la reaparición de este libro después de veinte años de su primera edición reúne para mí un cúmulo de vivencias encontradas que no puedo por menos de compartir con quien hoy acuda a él con el ánimo dispuesto a emprender de nuevas su lectura.

En la época en que apareció, las fuentes de información para conocer la aventura de la Orden del Temple se reducían a las traducidas de algunos autores extranjeros, franceses en su mayor parte -Démurger, Gérard de Sède, Louis Charpentier, Bordonove, Probst-Biraben-, que, en general, escribían sobre *sus* templarios y pasaban olímpicamente por alto el papel que aquellos monjes guerreros habían jugado en la historia de la península ibérica y, más aún, el que protagonizaron en el campo de esa Otra Historia nuestra que algunas veces -pocas- se atreve a penetrar en los secretos con los que el Pasado desafía alguna vez a la investigación académica.

En aquel momento, a finales de los setenta, salvo algunos intentos meramente testimoniales y reducidos a su difusión limitada en el ámbito de los trabajos universitarios, el conocimiento de la aventura templaria medieval española les llegaba a los más curiosos apenas a través de la tradición popular y de un cúmulo de leyendas nacidas al socaire de rigores más que problemáticos. Lo poco que sobre ellos se había escrito aquí en el pasado, esencialmente la Historia de la Orden escrita por Campomanes, publicada

en el siglo XVIII y nunca reeditada hasta entonces, y algunas obras decimonónicas como *El Señor de Bembibre*, de Gil y Carrasco, o caían fuera del alcance del público lector o abordaban el tema desde perspectivas meramente literarias, más bien propias de la novela romántica de intriga y aventuras. La Historiografía, por su parte, habituada a investigar a partir de los fondos existentes en los archivos, se encontraba ante una evidente carencia de documentación que definiera el auténtico papel del Temple peninsular en la época de la Reconquista. Si añadimos a este hecho el que la Orden fuera considerada por la mayor parte de los historiadores españoles como una institución venida de fuera de nuestras fronteras, con hábitos y fines ajenos al espíritu supuestamente nacional que se pretendía alma rectora de la historia de la Edad Media en la península ibérica, comprenderemos el porqué de estas carencias de información. Y, sobre todo, veremos, como un hecho casi lógico, que los libros de historia al uso apenas considerasen en aquel momento la realidad de la presencia templaria en los reinos peninsulares como un accidente que no merecía más que unas pocas líneas, añadidas casi a la fuerza a los minuciosos estudios realizados sobre las órdenes militares señeras de origen autóctono: Santiago, Alcántara, Calatrava y Montesa; por cierto, esta última nacida en el reino de Valencia al socaire de la suspensión de la Orden del Temple.

Mi labor, al escribir este libro que ahora se reedita, no me la planteé entonces en el sentido de recuperar una historia fundamentalmente ignorada, sino en el de escarbar, a través de determinados testimonios e investigaciones de campo, en la importancia fundamental que tuvo la presencia templaria, más allá de lo que probaba la escasa documentación existente, y penetrar en los indicios que la potenciaban y que estaban significativamente ligados a toda una tradición mágica que subyacía más allá de la interpretación meramente racionalista del acontecimiento histórico.

El relativo éxito que tuvo entonces el libro, y que se prolongó durante varios años, me demostró, y demostró a muchos, que el tema templario tenía unos lectores ansiosos de conocer los entresijos de su Intrahistoria entre nosotros, pero también que ese público, entre el que se encontraban muchos estudiantes y estudiosos de la temática histórica, quería saber un poco más allá de lo que el puro academicismo admite. Al mismo tiempo, tengo la recóndita impresión de que aquel libro venía a abrir un camino al interés por ciertos aspectos olvidados de nuestro pasado y, sobre todo, apuntaba la sospecha -la evidencia más bien- de que, de ese pasado, el estudio meramente racionalista de la Historia nos ha proporcionado apenas el caparazón de una realidad que pide otras pruebas que no sean el relato superficial de los acontecimientos, sin tratar de profundizar en los motivos

ultrarracionales que marcan, más a menudo de lo que creemos, las líneas maestras determinantes del pasado.

Las vivencias encontradas a las que antes me refería me fueron llegando a partir de muy poco después de la aparición del libro. Por un lado, me encontré con el (lógico y esperado) rechazo oficial ante la mayor parte de la temática abordada en él. La historiografía al uso lo atacó o lo ignoró como indigno de ser tomado en cuenta, al mismo tiempo que muchos estudiantes y estudiosos de la Historia veían en él nuevos campos de investigación tan dignos de atención como los que abordaban los estudios llamados académicos.

Por otro lado, aún no sé muy bien si por el relativo éxito que obtuvo el libro o por el interés real que pudo despertar, comenzaron a aparecer otros ensayos que abordaban los mismos o muy parecidos temas, algunos de cuyos autores recurrieron a mí previamente, en busca del supuesto espaldarazo que yo podía proporcionarles.

Pero seguramente lo más curioso que sucedió, entre tantas reacciones más o menos contrapuestas provocadas por el libro, fue la puesta al descubierto -para mí, al menos, que hasta entonces había permanecido totalmente ajeno a ellos- de la existencia de numerosos grupos y grupúsculos de buscadores de un determinado tipo de ideario, espiritual y político a la vez, que deambulaban por esos mundos proclamándose sucesores o herederos más o menos directos de la Orden del Temple y tratando de resucitar la que ellos denominaban su doctrina, según decían secretamente conservada en la sombra a lo largo de siglos, desde aquel 18 de marzo de 1314 en que el último maestre, Jacques de Molay, fue quemado vivo por orden de Felipe el Hermoso en la pira levantada en la isla parisina de la Cité.

Como era de esperar, de no haber sido yo un redomado ingenuo en este sentido, varios de estos grupos trataron de entrar en contacto conmigo. Unos lo hicieron con afanes abiertamente proselitistas. Querían llevarme al huerto de sus ideas, que, no sé aún por qué, imaginaban que yo compartía. Otros, desde sus perspectivas, vieron en mi libro el desarrollo de temas que consideraban secretos o prohibidos y me amenazaron con graves represalias si seguía desvelando cuestiones de las que se consideraban depositarios exclusivos. Otros, en fin, me consideraron un heterodoxo respecto a sus doctrinas y, con la mayor intención del mundo intentaron convencerme de aquel que ellos se habían planteado como el verdadero, auténtico, inamovible e intemporal ideario de un Temple que había dejado de existir hacia casi siete siglos. Hubo incluso algún templario con aroma a pied noir argelino que vino a verme sólo para reprocharme que yo afirmase que el Temple había protegido en la medida de sus posibilidades a las juderías españolas y de-

fendido a los hebreos de la marginación a la que eran sometidos en la España cristiana.

Aquello comenzó a convertirse en un maremagnum, comenzaba a rodearme, por parte de los lectores, una esotérica ceremonia de la confusión en la que unos se proclamaban contra vientos y mareas poseedores de las más excelsas verdades, otros ansiaban penetrar en ellas y adquirir el supuesto poder que transmitían y otros tomaban por loco a cualquiera que, como yo, se atreviera a poner en evidencia que el Temple fue una institución muy distinta a cualquier orden militar al uso, entregada al deporte de descabezar sarracenos con la excusa de un dudoso espíritu de Cruzada y a servir devotamente a la Iglesia en su imparable marcha hacia el dominio absoluto del mundo cristiano.

Aquel embrollo me animó a seguir. Y a *La Meta...* siguieron *La Mística Solar de los Templarios*, la *Guía de la España templaria*, *El legado templario* y *Los lugares templarios*, el más reciente y espero que último de la serie, aparte un montón de artículos que me solicitaron distintas publicaciones y que, entre todos, constituyen casi otro libro sobre el mismo tema. También, desde entonces, la bibliografía templaria se ha triplicado y hoy hay tanto donde elegir que el maldito embrollo protagonizado por los pobres comilitones del Templo de Salomón se ha convertido en materia recurrente de muchas editoriales españolas. En la última Feria del Libro (1998) me encontré, al menos, con cinco libros más sobre la espiritualidad y los arcanos misterios templarios, escritos en su mayor parte por adeptos empedernidos del neotemplarismo en cualquiera de sus múltiples facetas.

Ahí radica en buena parte mi inquietud. Pues pienso que, sin proponérmelo, puedo haber sido parcialmente culpable de esa *templemanía* que se ha apoderado en España de tantos curiosos de la Historia desconocida y que ha dado pie a la difusión de una singladura templaria por desgracia mucho más inventada que auténtica. Por mi parte, lo mismo que hice en *La Meta*, he procurado siempre anteponer el rigor a cualquier otro sentimiento. Incluso a veces, como ejercicio de humildad, he intentado presentar una imagen desmitificada de los templarios más allá de mis más íntimos convencimientos.

Si he tenido algún lector de todos esos libros podrá darme o quitarme la razón. Pero si algo resulta todavía cierto es que este que ahora se reedita fue el origen y el motivo de todos los demás ensayos, en los que fui profundizando paulatinamente en la que sigo convencido de que fue la realidad templaria española, sin duda, y con perdón de los eruditos franceses, la más auténtica y emblemática de todas las aventuras nacionales de la Orden en la Edad Media.

PRIMERA PARTE

LOS BUSCADORES DEL CONOCIMIENTO

1

EL OTRO PODER

Noticia

Tanto se ha hablado de los caballeros de la orden del Temple -para bien y para mal- que casi resulta absurdo volver sobre ellos una vez más. La razón que me lleva ahora a hacerlo es, sin embargo, muy simple: todas las noticias que tenemos de estos monjes guerreros vienen, con muy pocas excepciones, de su tierra originaria. Los investigadores franceses han entrado a saco en la orden, la han desmenuzado, la han transformado a su imagen y semejanza, y la han convertido en materia de uso prácticamente exclusivo.

Sin embargo, los templarios fueron, de hecho, una especie de compañía multinacional esotérica, que había nacido de padres franceses muy lejos de Francia -en Jerusalén- y que se extendió rápidamente, en la medida de sus fuerzas y del tiempo que se les concedió, por todo el mundo conocido y hasta, en parte, por ese otro mundo que aún estaba por conocer. La península ibérica y las islas que forman parte de su territorio nacional fueron una de sus metas; en apariencia simples metas de poder económico y territorial. Pero, si nos detenemos a meditar en la circunstancia templaria, tenemos que preguntarnos: ¿fueron únicamente eso?

Hay pocas noticias que aclaren convenientemente la aventura de los templarios en España. Allá por 1747, el conde de Campomanes escribió sobre

ellos unas *Disertaciones históricas* (1) en las que resumió sus vicisitudes políticas y las de otras órdenes militares que, en parte al menos, fueron sus herederas y acogieron a sus miembros cuando el concilio de Vienne ordenó la disolución del Temple. Muy posteriormente, en 1973, la Universidad de Oxford publicó la tesis doctoral de A. J. Forey, *The Templars in the Corona de Aragón* (2), un libro fundamental para el conocimiento de los templarios, incluso a pesar de su restringida localización territorial en el ámbito español.

¿Qué queda, además? Muy poco y poco válido: Viejas referencias con pocas garantías históricas, como la *Historia de los templarios* de Bastús (1834), la popular novela romántica *El señor de Bemibre*, de Gil y Carrasco, la vieja *Historia* de Pedro Mexía (1642) y alguna alusión sin rigor en revistas culturales decimonónicas. Noticias dispersas, alusiones a nivel popular -muchas veces legendarias-, algún artículo perdido en revistas especializadas, y un cúmulo de documentos en los archivos que necesitan aún ser desempolvados, leídos, cotejados y -lo que es más importante, creo- interpretados en su más profundo sentido. Porque la presencia templaria no fue sólo un acontecimiento político, guerrero o religioso -a nivel de religión oficial, se entiende-, sino una eclosión de auténtico esoterismo institucionalizado, que se cubrió, mientras pudo, de apariencias ortodoxas, mientras en la intimidad y en el secreto de las bailías y encomiendas se fraguaba una postura distinta que, a través de la influencia política y de la capa de obediencia a las instituciones religiosas y al papa, buscaba nada menos que otro saber. Y, a través de él, otro poder también, porque en la historia de la eterna búsqueda del hombre por el conocimiento se esconde -¡siempre!- un ansia de poder que coloque al que *sabe* por encima del que *ignora*.

Saber y poder han marchado siempre unidos en la historia desconocida del hombre. Y, en este sentido, los templarios constituyen un ejemplo que pervive, aunque el tiempo y sus detractores hayan hecho secularmente todo lo posible por borrarlos del recuerdo.

1. En 1975, Ediciones Albir publicó una edición facsímil de esta obra prácticamente inencontrable fuera de las bibliotecas. La obra del Conde de Campomanes contiene varios documentos, reglas y privilegios concedidos a la orden por los monarcas peninsulares, y varias notas en las que se da noticia de las otras órdenes militares, se apuntan listas de maestros y se incluye parte de la regla de los templarios castellanos.

2. Incluye la obra importantes documentos relativos a sus relaciones con los reyes de la Corona de Aragón, listas de oficiales y maestros provinciales, de conventos y, sobre todo una bibliografía exhaustiva de artículos libros y documentos. Más bibliografía puede consultarse en *Las órdenes militares en la península ibérica durante la Edad Media* (Salamanca, Instituto de Historia de la Teología Española, 1976), libro casi dedicado a la noticia bibliográfica.

Crónica

En la historia peninsular de los templarios se multiplican los casos en los que, más allá del simple acontecer político o guerrero, cabe adivinar una intención clara de los miembros de la orden hacia su afincamiento en enclaves que, de un modo u otro, tenían que ver con su secular búsqueda de saberes tradicionalmente ocultos -u ocultistas- disimulados entre recuerdos, supersticiones y restos arqueológicos mal conocidos.

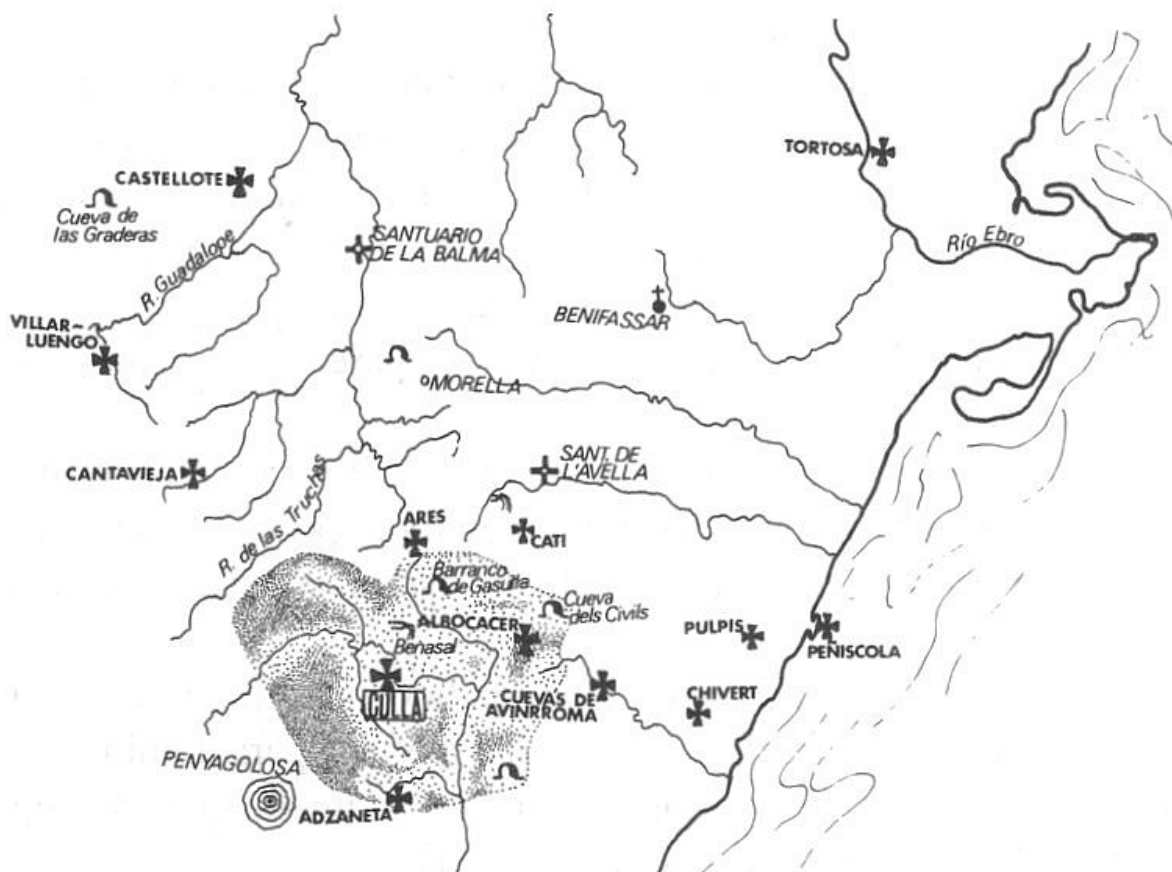
Vamos a relatar aquí, como simple ejemplo que podría servir para otros muchos casos, un hecho sucedido en la historia de la Corona de Aragón entre los primeros años del siglo XIII y las vísperas de la disolución violenta de la orden.

Comienza nuestra historia en 1213, reinando Pedro II, llamado el Católico a pesar de que aquel mismo año iba a morir defendiendo los intereses de los cátaros en la batalla de Muret. Fue poco antes de esa fecha cuando, a instancias del Gran Maestre de Aragón, concedió a la orden el privilegio de poseer la fortaleza de Culla, en la comarca del Maestrazgo, siempre que fueran los templarios quienes la conquistasen a los musulmanes que entonces la poseían. A Pedro II le sucedió su hijo Jaime, que sería llamado el Conquistador y que pasaría dos años fundamentales de su vida entre los monjes templarios de Monzón (3). La fortaleza de Culla no entró en los planes guerreros del rey hasta la campaña que le llevaría a la conquista de Valencia.

En 1234, Culla era conquistada -no por el Temple, sino por las mesnadas reales- y su fortaleza, con todos los castillos y aldeas que formaban parte de su patrimonio, era entregada al noble don Blasco de Alagón. Los templarios no habían alcanzado su objetivo, pero no abandonaron por eso su intención.

Ocho años después, como fruto de disputas con el rey, don Blasco moría a manos de los ballesteros aragoneses y sus posesiones de Culla pasaban a manos de su hija Constanza y de su yerno, Guillén de Anglesola. Aquí falta un capítulo fundamental de la historia íntima de aquel lugar, de aquella familia y de aquel período. Sin embargo, los documentos conservados nos dan la noticia -insólita, pero significativa- de que en el año 1251 Guillén de Anglesola tomaba el hábito de los caballeros templarios. Este hecho hace que, por orden real, sus posesiones pasen al hijo que luce su mismo nom-

3. Puede consultarse mi libro *Crónica sin tiempo del rey Conquistador* (Gnosis, Madrid, 1976), en el que, partiendo de un espectáculo teatral, acopio en una serie de notas las circunstancias de esta estancia de Jaime I en Monzón, así como las consecuencias que en la vida y en la política del rey tuvieron estos años de contacto directo con el Temple.



La zona de Culla, en el Maestrazgo, con los enclaves templarios que rodearon el lugar mágico.

bre. Mientras tanto, los del Temple van adquiriendo fortalezas que rodean a Culla: Cuevas de Avinromá, Alcocácer, Ares. Con su formidable potencia económica van provocando, despacio pero sistemáticamente, la ruina de este segundo Anglesola, que termina por venderles sus posesiones en 1303 por la astronómica cantidad de medio millón de sueldos jaqueses.

Poco iban a disfrutar los templarios una posesión tan largamente deseada. Cinco años después, el rey Jaime II, obedeciendo órdenes papales, proclamaba la suspensión de la milicia del Temple en Aragón y pedía a maestros y caballeros la entrega de sus fortalezas. Culla pasaba a poder real y en 1319 era entregada a la recién creada orden de Montesa, que había acogido a gran parte de los monjes guerreros de la extinguida milicia.

Sinrazones

Si observamos la estructura geográfica de esta minicomarca de Culla, tan

deseada por los templarios, surgen, en una primera visión, ciertas preguntas que no parecen tener respuesta: ¿Por qué quisieron poseerla los templarios? ¿Por qué la reclamaron para sí ya antes de su conquista? ¿Qué riqueza contenía -o contiene aún- el enclave del Maestrazgo que les fuera tanpreciado como para luchar por él durante casi cien años, sin darse por vencidos hasta conseguirlo?

El término comprendido ya de antiguo por este lugar de Culla es amplísimo. La gente de la comarca, aún hoy, cuando tiene que hacer una comparación con algo enorme, dice *És més llarg que el terme de Culla*. Pero es una extensión tan grande como inhóspita. Hay pocos ríos regulares y, en cambio, existen muchas ramblas que aportan agua sólo cuando llueve. La tierra es serrana, abunda en barrancos y es muy escasa en campos de labor. Hay muy poco de todo cuanto puede hacer rica a una comarca. Aún en nuestros días, los caminos sólo pueden ser escabrosos y difíciles, a no ser que -como sucede con buena parte de las carreteras- sigan el trazado que marcan las torrenteras.

No creo, pues, que hubiera una auténtica razón económica que justificase el deseo templario de poseer aquel enclave y otros varios que lo rodean. Y, sin embargo, podríamos comprobar fácilmente que fue en aquella comarca donde se dio una concentración más fuerte de fortalezas en sus manos. Cuando los templarios adquirieron Culla ya poseían desde años atrás Peñíscola, Pulpis, Chivert, Cuevas de Avinromá, Albocácer y Ares. Y lo curioso es que varios de estos castillos, lo mismo que este otro de Culla en el que nos hemos detenido como ejemplo, también habían sido solicitados por los monjes guerreros del Temple años antes de su conquista a los musulmanes.

Creo que sólo si pensamos que los objetivos de la orden iban más allá del beneficio económico -en estos casos concretos al menos-, podremos empezar a entrever la causa final de su obsesión por las fortalezas del Maestrazgo. Algo tenía que haber en aquella comarca que ellos buscaban visceralmente. Algo que, no siendo estrictamente económico, favorecía de un modo concreto los fines de los templarios. Y si esos fines -como hemos visto- no eran allí materiales, porque no podían serlo, sólo podían tener una razón religiosa. Esotérica. Heterodoxa, al fin y al cabo.

Vamos a repasar de nuevo la comarca. Pero no busquemos ya su riqueza material, sino el sustrato espiritual -o religioso, tanto da- que se ha ido sedimentando en ella a través de los siglos, incluso de muchos milenios de historia ignorada.

Primera razón

El hecho repetido de que sea precisamente en este tipo de comarcas -pobres, agrestes, de difícil acceso- donde se encuentren los más valiosos restos del pasado remoto hace pensar, creo, en que tales restos no responden tanto a que allí se desarrolló la vida comunal en otros tiempos como que aquellos lugares específicos constituyeron en cierto modo núcleos culturales, deliberadamente apartados de los centros de población por su mismo carácter sagrado.

Lo sagrado va íntimamente unido a lo secreto. Y es así porque, en último extremo, este sentido de la trascendencia hacia el que tiende cualquier creencia religiosa es, para el ser humano, un misterio total e infranqueable. La creencia ha engendrado temor, o, aún mejor, es un engendro de dicho temor: el miedo último a la muerte y a lo que pueda haber tras ella. Y ese mismo miedo visceral ha creado la dependencia del hombre hacia aquellos que han tenido -o han aparentado tener- conocimiento cierto del llamado Más Allá.

Siempre en la historia del hombre ha habido sacerdotes; maestros reales o ficticios que han sido, en parte o en todo, poseedores aparentes del saber último hacia el que el ser humano aspira, consciente o inconscientemente.

Siempre, también, ha habido pretendidos sacerdotes y maestros que se han servido de esta última necesidad humana para dominar, manteniendo a los pueblos en una ignorancia y en un miedo que han engendrado, de rechazo, la dependencia y el servilismo.

La diferencia entre unos y otros, a mi modo de ver, radica en primer lugar en la autenticidad de su conocimiento, y en segundo lugar en la naturaleza -autoritaria o realmente docente- de su ascendencia sobre los demás. Lo malo, lo gravísimo en la historia de la humanidad, desde lo más oscuro del tiempo, es que el ser humano, por su misma necesidad de dependencia y de seguridades infantiles, ha sido generalmente incapaz de distinguir una forma de otra. Aunque eso, por el momento al menos, no nos importa tanto como el hecho de que ambas formas tuvieron siempre en común la búsqueda del lugar ignorado y desierto para el ejercicio místico de esa forma externa de comunicación que llamamos culto. Por eso -sigo diciendo, creo- los enclaves tradicionalmente más sagrados han sido también los más recónditos, los más apartados de los núcleos de vida comunal. Ocurre en la caverna prehistórica y en la ermita milagrera, en el desierto eremítico y en la fuente sagrada o en el bosque druídico.

Curioso. Todos estos enclaves tipo de las manifestaciones religiosas ancestrales están representados en la comarca del Maestrazgo de un modo espe-

cífico, estricto y vivo. Y más curioso todavía: los enclaves reclamados, deseados, exigidos por el Temple de Aragón -esos enclaves duramente, costosamente obtenidos- se encuentran *siempre* en las proximidades o en contacto íntimo con esos lugares, con esos núcleos de magia secular.

Remotas creencias

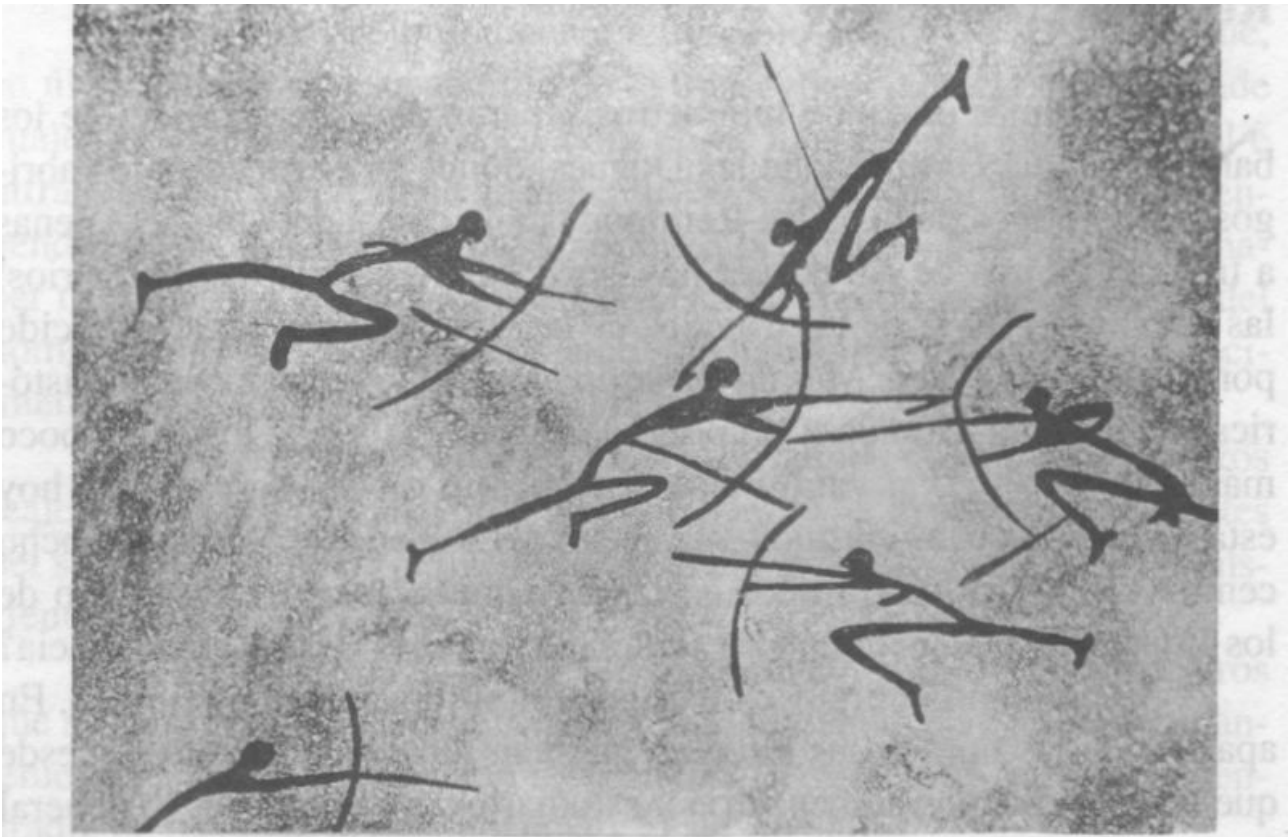
Poco más de cinco kilómetros separan Ares del Maestre de los barrancos de la Gasulla y de les Dogues, donde se encuentran los abrigos prehistóricos de la cueva Remigia y de la cueva del Cingle. Apenas a tres kilómetros de Albo-cácer hay otros cuatro santuarios milenarios: las cuevas del Civil, de los Cavalls, de la Salvadora y el lugar conocido por el Mas d'en Josep. Más arriba se encuentran las estaciones prehistóricas de la Mola Murada y el abrigo de Morella la Vieja. Y aún un poco más al norte, junto al viejo monasterio benito de Benifassar -que hoy está ocupado por los cartujos-, la cueva del Rosegador. Al menos ocho centros culturales paleolíticos en las proximidades o dentro mismo de los límites de las encomiendas templarias medievales. ¿Coincidencia?

El contenido religioso de estos abrigos levantinos es curioso. En apariencia, las numerosas pinturas que han ido descubriéndose, desde que los arqueólogos comenzaron a estudiarlos, muestran por lo general lo que se ha dado en llamar *escenas*: de caza, de vida comunal, de danza, de batalla. No lo olvidemos: creo que, *en apariencia*, se trata de eso.

Sin embargo, estas pinturas contienen, tanto por sus características como por su situación, una serie de factores interrogantes que surgen al menor asomo de análisis.

Primera interrogante: ¿qué significado encierran? Es fácil, demasiado fácil interpretar esas pinturas como «escenas de...». Hacer eso es lo mismo que declarar, sin más, cuentos fantásticos a los mitos universales. Sobre todo cuando los elementos que contienen han resultado ser, siglo tras siglo y milenio tras milenio, la esencia misma de los cultos y de las creencias. Vamos a verlo.

Escenas de auténtica caza -así nos lo cuentan los mitos fundamentales de la humanidad- son a menudo sólo un símbolo de un aprendizaje trascendente. Y aunque es fácil anteponer en el tiempo el acto simple -la enseñanza de la caza- al acto trascendente -el aprendizaje superior, la iniciación-, creo también, como lo van demostrando los lugares donde aparecen las pinturas y los grabados de la prehistoria, que en el ser humano dominan fundamentalmente, desde el albor mismo de la eclosión civilizadora, el símbolo y el sí-



Combate ritual de arqueros en los abrigos prehistóricos de Morella. La misma proximidad de los combatientes hace imposible su interpretación como combate real: se trata de una escenificación iniciática.

mil: el *como-si...*, para contar al neófito de la iniciación religiosa, de modo apto a su capacidad de comprensión, la supuesta realidad del hecho trascendente.

Si es un hecho cierto y comprobado que en las cavernas clave del primitivo arte francocantábrico las pinturas iniciáticas -o docentes- se encuentran en las simas subterráneas más inaccesibles -es decir, en aquellas que necesitan de un previo aprendizaje para ser alcanzadas-, es igualmente cierto que ramblas y barrancos de muy difícil acceso en el Maestrazgo conducían al sitio donde -aún hoy- cabe contemplar la muestra o el testimonio de la enseñanza secreta, y posiblemente superior, de unos maestros-sacerdotes que actuaron en el primer período de la era neolítica.

Busquemos las bases racionales de esta suposición:

a) Figuras esquemáticas y sin rostro narran posibles aventuras de caza -o supuesta caza- y de guerra -también supuesta guerra.

b) Entes de sexo estilizado, incluso a menudo hermafroditas, corren y combaten entre sí. Luchan, vencen o mueren y bailan en actitudes que tras-

cienden su condición primera de seres vivos y racionales.

c) Distintos grados de estilización proclaman épocas diversas y distintas manos de artistas que se guiaron por los mismos o muy parecidos símbolos universales.

d) Animales que con el tiempo se convirtieron igualmente en símbolos de fuerza, de sexo o de sabiduría trascendente -toros, jabalíes, corzos, caballos-, huyen y mueren a manos del hombre cazador.

e) Otros seres vivos -aves y abejas, por ejemplo- vuelan y sirven al hombre en su búsqueda de alimento... cultural.

Pensemos un momento: tiempo perdido, símbolo, realidad.

¿Hay una enseñanza real de la caza, de la agricultura y de la ganadería? ¿O hay, por el contrario, un símil que es capaz de ayudar al neófito a convertirse en sabio, en iniciado? Y, si es así, ¿iniciado de qué saber?

Axiomas recientes

Desde que Carl Gustav Jung descubrió -o tal vez destapó- el inconsciente colectivo del hombre, no ha habido actividad científica que no haya hecho uso y hasta abuso de ese elemento desconocido que aún está por analizar en lo más profundo del alma humana. Sabemos -nos lo dicen y hemos de creerlo, porque necesitamos creerlo así- que el hombre nace ya con una programación ancestral de sus futuras inquietudes.

Pero son inquietudes y saberes inconscientes que se manifiestan instintivamente, haciendo que las cosas no sean exactamente lo que parecen ser, sino que por encima de su esencia primera significan ya algo más que lo inmediatamente aprehensible. Lo que en apariencia es concreto -racional- no es más que una representación de lo sustancialmente abstracto. Y esto con un inconveniente que afecta a la comprensión final de cualquier fenómeno: que no existe en el cerebro humano una frontera clara entre la realidad inmediata -yo me atrevería a decir tridimensional- y la realidad total o pluri-dimensional. Porque hay siempre un punto vago en el que ese límite se difumina y se ensombrece, y cuando el hombre alcanza ese punto difuso pierde la conciencia de la realidad normal, tanto en su plano inmediato como en su proyección trascendente.

Caza, danza, lucha, recolección. Todas son palabras que expresan una realidad inmediata. Todas son, al mismo tiempo, significaciones esotéricas -es decir, secretas, escondidas, ocultas- de lo que es o puede ser la otra realidad: la realidad trascendente del ser humano, que únicamente logra expresarse con palabras directas de la vida cotidiana, incluso cuando quiere

aprehender la significación final de las cosas.

Caminemos despacio, resbalando si es preciso por las pendientes abruptas de los barrancos en los que crece la aliaga y el espliego, hacia las rocas lisas de los abrigos prehistóricos del Maestrazgo. Lo repito, es sólo un ejemplo entre cientos de otros ejemplos. ¿Qué vemos?

Figuras estilizadas. Mujeres de pechos caídos que recolectan la miel.

Grupos de hombres -hechos casi pura línea- que asaetean corzos y jabalíes.

Masas de seres que se enfrentan en lucha a muerte.

Una figura que trepa por una escalera. Otras que bailan una danza desconocida, extraña, ritual, colectiva, circular.

Tamaños diversos y, a la vez, terriblemente concretos y definidos: de 5 a 15 centímetros. Unidad humana, colectividad. El ser humano en tanto que ser concreto y ser colectivo a la vez. Una vida hecha microcosmos -el ente aislado- y una existencia trascendente en la que manda y rige y ordena el espíritu de la colectividad: las abejas que fabricaron la miel o el hombre que buscó a los demás para cumplir, todos a una, el rito de la caza, o el rito de la danza, o incluso el rito del apareamiento. No son entes aislados en un tiempo inexistente; forman -todos en uno- un ente total y definido: la colmena.

Aquí, en todo el cúmulo de figuras de los albergues prehistóricos, hay un mensaje consciente que aún no hemos logrado desentrañar totalmente. Porque no hay en ellos una enseñanza inmediata o totémica, como parece que se ha querido vislumbrar, protectora directa de la vida y de la caza. Precisamente porque lo que para unos -pueblo, gente- es aprendizaje inmediato y directo y forma de subsistencia material, para otros, concedores remotos del significado trascendente de los símbolos, es camino cierto de saber, signo y huella segura de conocimiento (4).

Milenios, paso a paso

Insisto: he querido detenerme en el Maestrazgo como simple y claro ejemplo de sincretismo milenario. Las huellas que encontraremos aquí no son ni

4. Es el caso corriente en las parábolas e incluso en los cuentos infantiles, en muchos mitos y en la mayoría de las leyendas. Todos estos relatos contienen diversos planos de aprehensión, y depende de la capacidad del lector o del oyente que se capte uno u otro de ellos. El cuento que para el niño es un simple acúmulo de aventuras inverosímiles, se convierte para el aprendiz del esoterismo en una serie determinada de significados ocultos. Cada personaje tiene su razón de ser, como sucede en las pinturas prehistóricas, de las cuales, a mi modo de ver, los estudiosos de la arqueología han captado sólo su primer significado -el simplista-, olvidando lo que muchas de ellas contienen de símbolo escondido.

únicas ni excepcionales, porque hay por todos los rincones del mundo núcleos que, por una razón u otra, han sido secularmente propicios al milagro y a la exacerbación del culto religioso. Lo importante es recordar -porque a eso tiende toda esta prolija detención en una superficie geográfica que no excede en total de dos mil kilómetros cuadrados- que comarcas como ésta fueron, desde su fundación, meta esotérica de los templarios, que buscaron en ellas una respuesta a los fines místicos de la orden.

Sigamos pues con el Maestrazgo y con sus prodigios religiosos seculares. Me parece indudable que, ya en el período que llamamos histórico, el enclave siguió siendo propicio para el culto y para el emplazamiento de muy singulares santuarios. No pienso tanto en el enclave ibérico de Bisgargis -próximo a Morella- como en la multitud de topónimos que, de modo más o menos simulado por el tiempo y alterado por las creencias dominantes, nos recuerdan enclaves dedicados a la divinidad superior, perdida, de los pueblos ligures. Lug, el Todopoderoso y Omnisciente, el dios que probablemente ha estado más cerca de un concepto racional de la divinidad -por ser dios de ciencia- en los tiempos más remotos de la historia, está presente en los nombres que tachonan esta comarca. Aparte Penyagolosa -la cumbre más alta de esta zona, de la que ya dije en otro lugar que la siento etimológicamente como una *Peña Lugosa*, una peña dedicada a Lug (5)-, hay una buena cantidad de ermitas dedicadas a santa Lucía, heredera cristiana de un culto remoto a la parte femenina de Lug. Hay también un santuario consagrado a Nuestra Señora de Llacua, un pueblo llamado Lucena y las ruinas de una fortaleza que fue templaria unos años, y que tiene el nombre de Corbo (6). Existe igualmente una rambla denominada el Riu de les Truites (7) y numerosos manantiales de aguas medicinales, algunos de los cuales han mantenido hasta hoy mismo su fama curandera: Benasal, Montzuejos y L' Avellà.

Muchos de estos cultos ancestrales siguieron celebrándose en época cristiana, levemente teñidos de ortodoxia. Así sucede con las romerías, muy

5. Sendos capítulos dedicados al culto a Lug están en mis libros *Los santos imposibles* (Plaza & Janés, Barcelona, 1977) y en *Los supervivientes de la Atlántida* (Martínez Roca, Barcelona, 1978).

6. El cuervo fue animal totémico con el que se representó a menudo la presencia -e incluso la influencia- de Lug. Hay lápidas hispanorromanas dedicadas a Lug en las que figura su imagen. El cuervo, por otra parte, ha sido animal tradicionalmente dotado de raros poderes en los cuentos populares y en las fábulas de Esopo, Lafontaine y Samaniego

7. Curiosamente, es significativo que esta rambla no contiene truchas ni parece que, por su misma naturaleza, haya podido contenerlas jamás. Sin embargo, si recordamos que los *druidas* célticos tuvieron a la trucha como animal simbólico y como sinónimo de su mismo nombre, la presencia de este torrente en un lugar secularmente mágico comienza a tener un significado distinto.

abundantes por esta zona y todas, sin excepción, coincidentes con festividades clave en los cultos religiosos precristianos. Incluso se da el caso de que algunas de ellas -la de Catí a Sant Pere de Castellfort y la de Les Useres a San Juan de Penyagolosa- contienen en su esquema funcional ciertos elementos claramente simbólicos que esconden, detrás de su apariencia de tipismo, todo un mundo de motivaciones esotéricas. Es el caso de la costumbre inmemorial de comer huevos, costumbre nunca rota en ninguna de las dos romerías (8). Caso que se da igualmente en la de Les Useres, donde se ha mantenido secularmente inalterado el número de peregrinos -precisamente trece-, jamás roto por más fluctuaciones demográficas que haya sufrido la población (9).

Pero la huella remota de los ritos antiguos no se detiene aquí. Se da el caso de que, muy a menudo, los lugares importan más como sede de cultos que los mismos santos que allí se veneran. Esta circunstancia suele convertirse, en la mente popular, en leyenda milagrosa, pero encierra una motivación que va más allá de la creencia cristiana. Sucede así con el santuario más importante de la comarca, el de la Virgen de la Balma, al norte de Morella. Cuenta la leyenda de su descubrimiento -precisamente por un pastor- (10) que las fuerzas vivas de la iglesia trataron de trasladar la imagen a Zorita una y otra vez, pero que tantas veces como se hizo el intento, la imagen regresó prodigiosamente al lugar preciso donde había sido encontrada (11).

8. Los huevos son objeto de culto por su simbolismo de núcleo contenedor de la vida a todos los niveles -microcósmico y macrocósmico- en muchas religiones. Ya aparecen en las tumbas púnicas de Ibiza huevos de avestruz. Y la costumbre secular que se mantiene en algunas comarcas españolas, de comer en los días de la Pascua huevos adornados, no es más que otra reminiscencia de antiguos simbolismos religiosos

9. Trece, en el simbolismo religioso, no es ese número malhadado de la superstición popular, sino la conjunción de 12 más 1. Si repasamos la simbología religiosa universal veremos que esta relación se repite constantemente, y que corresponde a una numerología trascendente que tiene su representación más clara en los signos zodiacales (12) regidos por el Sol (1). Cristo y sus 12 discípulos directos, los apóstoles, no son más que una consecuencia de esta relación. Y son únicamente de modo indirecto el origen de prácticas mágico-religiosas como ésta.

10. La presencia constante de los pastores en el pretendido descubrimiento de las imágenes marianas medievales no es ni coincidencia ni pura invención popular. La figura del pastor es también una representación simbólica del secular maestro que en cierto modo *enseña y apacienta* a su rebaño de adeptos. Es, en síntesis, la representación de los maestros ancestrales que enseñaron al hombre -difícil enseñanza, aunque no nos lo parezca- a domesticar a los animales y a servirse de ellos en los primeros tiempos del neolítico.

11. Si repasamos la historia tradicional de muchas vírgenes *encontradas* milagrosamente, este suceso del *regreso al lugar originario* se nos repetirá sospechosamente. Es una prueba, a mi modo de ver, de que importa mucho más el lugar del culto que la imagen venerada. Ha sucedido muy a menudo que vicisitudes violentas -como la guerra civil de 1936-1939- destruyeron las imágenes originales. En realidad, el hecho no revistió mayor importancia para la devoción popular. Se rehicieron las imágenes y el culto siguió produciéndose en el *mismo lugar*. La Virgen de la Balma fue un ejemplo en ese sentido.

El lugar del culto es, en estos casos, lo que realmente importa. Es, por una causa estricta, el núcleo geológico apto para el prodigio, para el hecho paranormal e inexplicable que el pueblo llama milagro y que las autoridades religiosas han fomentado secularmente, casi como artículo de fe.

El lugar preciso del prodigio

Y es que ciertamente, y sin lugar a dudas, hay determinados enclaves que influyen en el ser humano por sus especiales características telúricas o por su explícita posición geográfica. El hecho de que no se conozca aún la naturaleza especial de tales características o la razón precisa de esa posición geográfica no quita un solo gramo a la realidad incontrovertible que encierra.

El santuario de La Balma es precisamente uno de esos lugares: una caverna en cuyo interior se ha edificado la ermita para el culto cristiano. Hasta no hace tantos años acudían allí los endemoniados para que sus familiares -que no ellos- invocasen su salvación. A los pobres locos, según se recuerda todavía, les ataban manos y pies con cintas azules y se les dejaba toda la noche frente a la imagen. El que lograba soltarse de sus ligaduras tenía oficialmente asegurada su salvación por decreto milagrero. Hoy aún se bailan danzas de exorcismo, y un hombre del pueblo, vestido de diablo, recita unas loas entre el horrísono acompañamiento de una lluvia de petardos.

Pido atención. Me gustaría que no nos conformásemos con ver en actos como éstos una simple muestra de superstición popular. Yo no creo que los hechos, cualesquiera que sean, se produzcan sólo porque sí. Es totalmente cierto que el pueblo -y muy a menudo el poder establecido- propicia frecuentemente las exacerbaciones instintivas y fomenta inconscientemente la superstición a todos los niveles. Sin embargo, nunca he creído que exista ninguna práctica religiosa o supersticiosa que no esté basada en un sustrato de la realidad, por poco importante que pueda ser ese sustrato en apariencia (12).

Saber ver dónde y por qué se produce el hecho, y no simplemente constatarlo, forma parte de una búsqueda que, por desgracia, aún no se ha em-

12. El ejemplo podemos encontrarlo en los mitos universales y en los pequeños mitos populares. Sin llegar necesariamente a una interpretación evhemerista de los mitos, podemos entresacar de todos ellos un sustrato de realidad. Eso siempre que su origen sea realmente popular. Porque pueden captarse mitos -fácilmente identificables por otro lado- cuyo origen ficticio puede atribuirse perfectamente a invenciones posteriores, obra de determinadas órdenes religiosas con aficiones mitificadoras como es el caso de los dominicos, autores directos o indirectos de multitud de leyendas -antijudías, sensibleras y facilonas- fácilmente detectables cuando se las enfrenta con la rica tradición legendaria popular.

prendido de modo sistemático. Pero he de advertir aquí que, en su momento -por instinto religioso o por auténtico afán de saber- los templarios sí lo hicieron. Y que, si es cierto que el descubrimiento «oficial» del santuario de La Balma fue posterior en más de un siglo a la disolución de la orden, no es menos verdad que había ya en los años de ocupación de aquellos territorios por los monjes del Temple un ambiente propicio que en siglos posteriores se manifestaría repetidamente en determinadas creencias que no debemos considerar únicamente como fruto de la simple y llana fe popular. Creencias que -debo repetirlo- se multiplican en el Maestrazgo.

En Forcall, el aceite de las lámparas que alumbran a la Virgen de la Consolación cura las verrugas.

En Castellfort, la invocación a Nuestra Señora de la Font borra la *llupia* (los quistes sebáceos).

En Villafranca del Cid, que formaba parte de las tierras de Culla, la Virgen del Losar (Lug de nuevo) es tradicionalmente milagrera.

En Altura, Segorbe, los afectados de lepra se curaban en la Cueva Santa (13).

En Morella, la Virgen de Vallivana tiene su santuario junto a un manantial milagroso.

Muestras ciertas de la fe popular. Pero, recordémoslo, la fe jamás se incrementa sin que el objeto que la provoca responda de un modo o de otro a la entrega instintiva del hombre.

Aún queda un testimonio más. Allá por 1947, la localidad de Cuevas de Avinromá fue protagonista de uno de esos sucesos religiosos que surgen esporádicamente, como si una pretendida fuerza sobrenatural tratase de dar, de modo cíclico, testimonio de su presencia. Por aquellos años, unos niños tuvieron allí visiones de luces celestiales y de la Virgen, y el fervor popular se dirigió masivamente a esta localidad que hasta entonces había permanecido en estado letárgico. La eclosión religiosa duró algún tiempo: la prensa de todo el país tuvo ocasión de llenar temporalmente unas páginas políticamente

13. Debemos prestar mucha atención a la presencia de leprosos en la tradición milagrera popular, pues muy a menudo se denomina así no a los afectados reales de lepra, sino a comunidades tradicionalmente marginadas. Los agotes navarros fueron tachados de leprosos o de hijos de leprosos. Muy a menudo, las parroquias que se implantaron en los barrios judíos de España se pusieron bajo la advocación de san Lázaro, patrono de los leprosos. Ser calificado de tal equivalía ya a una marginación, sin que nada tuviera que ver la enfermedad con la realidad de esa marginación. La lepra, como amenaza, fue en los siglos medievales -y aun entrada la edad moderna- un modo de separar a los que, por una razón etnológica o religiosa, eran considerados como seres diferentes. Es el caso de los vaqueiros asturianos, de los maragatos leoneses y hasta, más recientemente, de los gitanos.

dirigidas y las fuerzas vivas de la Iglesia no osaron pronunciarse respecto a la realidad trascendente de los supuestos milagros marianos.

Curioso milagro para mí, sin embargo, porque tenía lugar a muy poca distancia -apenas veinticinco kilómetros en línea recta- del desierto de las Palmas, copado místicamente por los monjes carmelitas que han buscado allí -precisamente allí- de modo secular la visión trascendente y el conocimiento místico de esa realidad que escapa a nuestras posibilidades tridimensionales.

Precisamente aquí, ahora y siempre

Bien, aquí está el lugar. Allí están -en el tiempo- los caballeros del Temple, haciendo lo imposible por convertirlo en su feudo. No pensemos, ni por asomo, que se trata de una simple coincidencia; serían demasiadas si comprobásemos cómo tales emplazamientos coincidieron, una vez y otra, con núcleos mágicos de la historia oculta que los eruditos se han negado sistemáticamente a tomar en cuenta, pero que existen y existieron ya en los tiempos deliberadamente oscurecidos de la aventura templaria. Con una asiduidad que descarta la coincidencia, la orden buscó, conquistó, obtuvo, compró, exigió aquellos enclaves; y aún más, los *tentó* y los abandonó cuando resultaron menos importantes de lo que habían calculado (14).

Veamos ejemplos tomados al azar en la historia templaria de la Edad Media peninsular:

1) En Portugal, los monjes guerreros estaban establecidos en Tomar y Leiría, precisamente en torno y a muy escasa distancia del lugar donde siglos después se producirían las *milagrosas* apariciones de Fátima.

2) En Navarra hay establecimientos templarios a lo largo de la Ruta Jacobea, pero precisamente se detectan en la proximidad de zonas que están cercanas a aglomeraciones megalíticas (15) o han mantenido secularmente una tradición satánica, heterodoxa y bruñeril (16).

14. El ejemplo más claro de esta circunstancia histórica especial fue el enclave manchego de Calatrava, pedido por los templarios y luego «cobardemente» abandonado ante el empuje musulmán. Esta aventura calatraveña fue el origen de la fundación de una orden militar específica -la de Calatrava- creada en principio para defender este enclave estratégicamente importante -pero, ¡atención!, no mágicamente tan importante- al sur de Ciudad Real.

15. Es el caso de la ermita templaria de Eunáte, muy cercana a las aglomeraciones megalíticas de Aralar y estructurada a su vez con las mismas reglas mágicas que el cromlech megalítico (véase capítulo 10).

16. El enclave templario de Torres del Río está muy cerca de la localidad navarra de Bargota, donde se produjo el fenómeno de teleportación que ocasionó un célebre proceso inquisitorial narrado por Caro Baroja: el del brujo Joanes de Bargota, párroco de aquel pueblo, que se trasladaba a Roma en una noche y volvía con noticias inéditas de la Ciudad Eterna. Del mismo modo, al norte de la ermita de Eunáte se localizó a algunos de los implicados en los procesos de las brujas de Zugarramurdi (véase capítulo 10).

3) En León, los monjes vigilaron los montes donde se habían producido especiales fenómenos místicos ligados a tradiciones esotéricas en las que los protagonistas desconocidos fueron anacoretas constructores.

4) En Andalucía, los templarios se asentaron en las proximidades de cuevas secularmente santificadas (17) o en las inmediaciones de concentraciones dolménicas que ya habían sido previamente localizadas -y posiblemente investigadas- por los monjes guerreros del sufismo islámico, que establecieron en sus proximidades sus *ribbats* más importantes (18).

5) En las comarcas sorianas, los caballeros del Temple buscaron y lograron poseer los enclaves justos en donde la tradición esotérica secular había afinado sus núcleos culturales definitivos, sus centros iniciáticos, sus lugares mágicos por excelencia (19).

6) En todos los reinos peninsulares, cuando trataron de afincarse en las ciudades conquistadas aprovecharon construcciones o solares que, no por casualidad, se encontraban en la inmediación de las aljamas judías, donde se estaban practicando -precisamente en el siglo XIII- de modo sistemático los estudios cabalísticos (20).

17. El ejemplo más claro de este asentamiento es el castillo templario de Aracena, construido sobre la llamada Cueva de las Maravillas, una de las cavernas naturales más alucinantes del subsuelo peninsular. Se da el caso de que una de las salas de esta caverna recibe secularmente el nombre de la Catedral y que, según la tradición que corre por la comarca, tiene un acceso que conduce a las ruinas de la encomienda templaria. El supuesto paso no ha sido encontrado, pero las prospecciones espeleológicas han demostrado sobradamente que esa fenomenal sala está situada exactamente debajo de la que fue capilla del castillo templario.

18. La península está llena de enclaves donde se asentaron estos *ribbats* islámicos. El que ahora nos ocupa es el actual monasterio de La Rábida -atención a la pervivencia del nombre-, pero hay varios más, preferentemente situados en enclaves de acceso costero a lugares mágicos: San Carlos de *la Rápita*, por ejemplo, fue el acceso místico musulmán hacia el interior de estas tierras insólitas del Maestrazgo, ya detectadas por los místicos sufíes.

19. Los principales estuvieron en la misma Soria y en el valle del río Lobos, cerca de San Bartolomé de Utero. El enclave de Soria -San Polo- estaba situado, como aún hoy puede detectarse, a la entrada misma del camino que conduce a una antigua caverna prehistórica que luego se dedicó a san Saturio, bajo cuya advocación continúa en la actualidad. La caverna-capilla contiene suficientes elementos ocultos -sala de reuniones, santuario subterráneo- como para que podamos sospechar la utilización de la cueva por los templarios para reuniones esotéricas. Por su parte, la ermita templaria del valle de río Lobos está situada en una zona que, ya por su mismo nombre -el lobo era otro de los animales dedicados a Lug-, levanta sospechas, si no hubiera además el indicio de una importante cueva iniciática en las inmediaciones de la capilla templaria (véanse capítulos 3 y 4).

20. Ejemplos del establecimiento templario en las cercanías de las aljamas los tenemos en numerosos puntos de la península. Pongamos como muestra el caso de Valencia, una ciudad que en el momento de su conquista tenía una importante colonia judía firmemente asentada, que incluso colaboró con el rey aragonés en la toma de la plaza. Los templarios consiguieron asentarse en las cercanías de la judería y allí permanecieron mientras la orden subsistió. Sus edificios pasaron luego a depender de la orden rival de los hospitalarios.

Y este hecho, repetido una y otra vez, se daba tanto en la península ibérica como en Francia (21), en las islas británicas y en los territorios del norte de Europa (22), en el Danubio y en Tierra Santa.

Sería demasiado tonto llamarlo casualidad o coincidencia. Los templarios, que en sólo dos siglos llegaron a convertirse en la potencia económica más importante de occidente, fueron, al mismo tiempo, unos incansables buscadores de cierta forma ancestral del conocimiento que la tradición transmitía de generación en generación, al margen de la creencia religiosa que dominaba en cada momento y en cada lugar.

Los poderes establecidos -reconocidos y dominantes- aniquilaron irremisiblemente la orden. Pero su búsqueda esotérica del Saber Total quedaba extrañamente implantada, para no desaparecer y mantenerse en el secreto gremial de hermandades de constructores y en alquimistas solitarios que ellos mismos habían fomentado en el secreto de sus bailías. Estas hermandades, creadoras de las formas cistercienses, fueron sin discusión las descubridoras del gran simbolismo del gótico, en cuyas construcciones fijaron tanto las marcas esotéricas de su creer y de su saber como los significados que aún hoy -si son convenientemente estudiados- conducen a la intuición de conocimientos superiores que sobrepasan la misma estética grandilocuente de las catedrales.

21. Los asentamientos templarios en Francia han sido minuciosamente estudiados, al contrario de lo que ha sucedido con los de la península ibérica. Cabría recomendar, aun a nivel popular, la guía semiturística publicada en 1974 por la editorial Marabout, *La France des Templiers* de Laurent Dailliez. Nada parecido se ha hecho en España, aunque habría sido perfectamente posible. A veces da la impresión de que ha habido un deliberado propósito de ocultar o de borrar la huella templaria en la península ibérica, a pesar de la indudable importancia que tuvieron durante los dos siglos en que estuvieron asentados ahí. Por mi parte, con posterioridad a la aparición de la primera edición de este libro, publiqué una *Guía de la España templaria* (Ariel, Barcelona, 1987) y *Los lugares templarios* (Martínez Roca, Barcelona, 1996).

22. En la Europa del Norte, la importancia de los templarios estuvo considerablemente mermada por la de los caballeros teutónicos. Ambas órdenes, guiadas por fines muy similares -aunque creo que el sentido esotérico de los teutónicos estuvo mucho más influido por doctrinas políticas autoritaristas-, se repartieron la influencia europea y muy pocas veces se inmiscuyeron unos en el terreno de los otros. De todos modos, por lo que atañe a España, se tiene noticia de que el Gran Maestre Stephan von Salza visitó Castilla en 1219 y que la orden se estableció en el reino en 1222, con una encomienda establecida en La Mota de Toro. El *Boletín de la Real Academia de la Historia* (núm. 122, 1948) publicó un artículo del duque de Alba sobre este tema: «Documentos sobre propiedades de la orden de los caballeros teutónicos en España». Y, por su parte, A. Ferreira Alemparte publicó otro artículo en la misma revista, en el que profundizó considerablemente en tan desconocido asunto: «Asentamiento y extinción de la orden teutónica en España. La encomienda de Santa María de Castellanos de la Mota de Toro (1222-1256)» (núm. 168, 1971).

El saber adquirido -o al menos buscado- en secreto estallaba plasmado en unas formas que contaban, con lenguaje críptico, el camino seguido por los monjes guerreros del Temple, los que habían comenzado su andadura precisamente en las ruinas de aquel templo de Salomón que había sido -como dicen que lo fueron las pirámides de Gizeh- síntesis de todos los saberes a los que el hombre aspira.

HAY UN MISTERIO, A PESAR DE TODO

Unos monjes cristianos

Todas las sociedades que han practicado la búsqueda del saber, en cualquier época y en cualquier país, se han comportado del mismo modo. Por un lado han mostrado un rostro acorde con el poder establecido y han seguido más o menos las normas de conducta vigentes allí donde estaban asentadas: ha sido un lado exotérico. Por otro, han creado en torno suyo una barrera infranqueable, tan imposible de trasponer que, muy a menudo, ha sido incluso ignorada por los que convivían con ellos.

Es algo así -y no pienso únicamente en un paralelismo alegórico sin trasfondo- como sucede en los conventos. El visitante puede contemplar la iglesia, el claustro, la biblioteca, algún salón, pero siempre se tropezará con puertas por todas partes en las que se lee: clausura. De allí, ya se sabe, no se puede pasar. Lo que se piense, se viva y se fragüe más allá sólo atañe a la comunidad. El curioso únicamente puede hacer conjeturas, y éstas pueden ir del racionalismo más exacerbado a la más alucinante fantasía. De eso se aprovechan -y se han aprovechado siempre- las sociedades llamadas secretas: del misterio creado en torno suyo, que ha servido para envolverlas en leyendas. El misterio ha engendrado temor y el temor se ha traducido en respeto y en sumisión, al margen de la eventual simpatía que su quehacer haya despertado.

La orden militar templada nació -exotéricamente- con toda la garantía de acatamiento a la Iglesia y a los principios del cristianismo; en apariencia incluso con una pátina de fe y de pobreza más firme que en muchas otras ór-

denes monásticas conocidas, reconocidas y veneradas (1). Hasta el momento mismo de su disolución, en que se les acusó de todos los pecados habidos y por haber, fueron un modelo de cristiandad, reconocido tanto por monarcas como por obispos y clérigos. El mismo Jaime II de Aragón, cuando ya el Maestre Jacques de Molay y sus compañeros habían sido encarcelados, escribía a Sancho IV en Castilla el 20 de noviembre de 1307: «De el escándalo que es en França contra los freires del Temple, nos fazemos mucho maravillados, porque siempre ovemos mui buena fama de los Templeros de nuestra tierra, y han uiuido unestamente e en buena fama» (2).

La orden había sido oficialmente reconocida por la Iglesia en 1128. Al concilio de Troyes, convocado el 14 de enero de aquel año, asistieron los arzobispos de Sens y de Reims, diez obispos, siete abades y dos teólogos, los maestros Foucher y Aubery de Reims. El cardenal legado del papa, Mateo de Albano, contó con la presencia de Bernardo de Clairvaux, gloria del Císter y protector de los templarios desde el momento mismo de su fundación en Jerusalén. Fueron convocados, en calidad de testigos laicos, los condes de Champagne y de Nevers, y actuó de secretario un monje de la plena confianza del abad Bernardo, Juan Michaelensis (Jean Michel), que fue el encargado de redactar las reglas de la nueva orden. Todo se hizo con una absoluta garantía de ortodoxia; la misma que habría de regir los ciento setenta y nueve años de existencia del Temple.

El mismo Bernardo de Clairvaux, que había sido el inspirador de la regla, escribiría personalmente para la orden de los caballeros de Cristo una *Exortatio ad milites Templii* en la que se les aconsejaba cristianamente sobre su doble comportamiento, en tanto que soldados y miembros de una comunidad religiosa.

1. El ritual templario era más severo que la más severa de las reglas monásticas al uso. Se hacían enterrar sin sarcófago, con el rostro contra el suelo. Carecían totalmente de bienes particulares, y su hábito no tenía el menor detalle que proclamase lujo o comodidad. Incluso -en apariencia- comenzaron sin casa propia, hasta el punto de que el cronista Guillermo de Tiro apuntaba en su *Historia de las cosas y las gestas de ultramar* «Como carecían de iglesia ni de casa en que vivir, el rey [se refiere a Balduino II] les concedió la pertenencia temporal de un lugar que poseía, junto al Templo del Señor, en el lado del Norte». Los templarios guardaban tres cuaresmas, comulgaban tres veces por semana y otras tres tenían por costumbre y precepto de hacer limosnas. La divisa de la orden no podía contener más humildad: «*Non nobis, Domine, non nobis, sed Nomine tuo da gtoriam*» (Nada para nosotros, Señor, nada para nosotros, sino para dar gloria a tu nombre).

2. Estas buenas palabras no impidieron que el 22 de julio de 1309 el mismo rey Jaime II ordenase trasladar prisioneros a todos los templarios a Tortosa, «*ab bons grillons, ab bones tancadures qui's tanquen ab clau*». Con estas palabras escribía al rey el que había cumplido sus órdenes, el veguer de la ciudad, Bernat Cespujades.

Sin embargo (1)

El simbolismo tiene como característica la posibilidad de una doble -y hasta de una triple- interpretación. Cada signo tiene, a la vez, su apariencia externa y su interpretación profunda. Depende del grado de conocimiento de cada cual el que el símbolo pueda interpretarse en mayor o menor profundidad. Naturalmente, muy a menudo sucede que se interpreta como un símbolo intencionado un detalle que, en su concepción primera, carecía de intención simbólica. Pero en casos en los que la posibilidad simbólica se repite una y otra vez, hasta convertirse en norma, hay que sospechar necesariamente un propósito más o menos ocultista en la concepción primigenia del signo.

Si repasamos fríamente la aparente ortodoxia templaria -y al decir ortodoxia me refiero concretamente a todo el conjunto de su pura apariencia obediente a los preceptos restrictivos de la Iglesia- comprobamos que hay demasiados puntos en los que la regla y el comportamiento oficial de los caballeros de Cristo se condicionaron a una simbología arcaica, ya de por sí sospechosa de trascender los estrictos preceptos del gobierno eclesial. Y aún más: sus normas religiosas de conducta contienen detalles que proclaman, sin más, un sincretismo que supera ampliamente la estricta observancia del ritual -también simbólico- del cristianismo.

Se ha escrito mucho -demasiado tal vez- sobre la eventual heterodoxia templaria y sobre los fines secretos y ocultistas de la orden. Muchas de las observaciones que se han hecho obedecen, sin un propósito explícito, a la justificación de una determinada actitud de la Iglesia y, sobre todo, del papa Clemente V, que permitió la extinción de los monjes guerreros del templo de Salomón. Sin embargo, por encima de apreciaciones sectarias, por encima incluso de justificaciones apasionadas o de visiones estrictamente racionalistas, se unen muchos motivos en una amalgama que sólo una explicación simbólica -trascendente y sincrética y, por tanto, heterodoxa- podría aclarar.

1) Los templarios mandaron realizar, a lo largo de su existencia, no menos de cinco traducciones del libro de los Jueces, que es, sobre todo a través del Canto de Débora, una de las obras cumbres del simbolismo bíblico. Allí surge, por primera vez en la Biblia, los abrevaderos de la sabiduría del Grial (5,11), antecedente directo del recipiente místico; los personajes claves de esta búsqueda -Abimelec, Galaad, Tole- y ese insólito mutante bíblico que tiene por nombre Sansón. El libro de los Jueces es, convenientemente estudiado, una de las grandes cumbres del pensamiento bíblico y, posiblemente, de las religiones universales.

2) La misión *oficial* que se impusieron a sí mismos los caballeros del Temple fue la custodia de los peregrinos que habrían de visitar los lugares santos de la cristiandad. Estos lugares, circunscritos en principio al ámbito de Tierra Santa, se ampliaron en seguida al camino de Santiago, prácticamente creado en su versión cristiana por los monjes benitos de Cluny. Pero la peregrinación, en abstracto, era ya por sí sola una marcha -siempre simbólica- por el camino del saber trascendente. Más allá de sus supuestos fines penitenciales- y hasta penales- (3) quedan en los caminos una serie de indicios que marcan en el tiempo auténticas gradaciones del conocimiento e iniciación, que el peregrino debe superar con su intuición del símbolo o con su personal sabiduría (4).

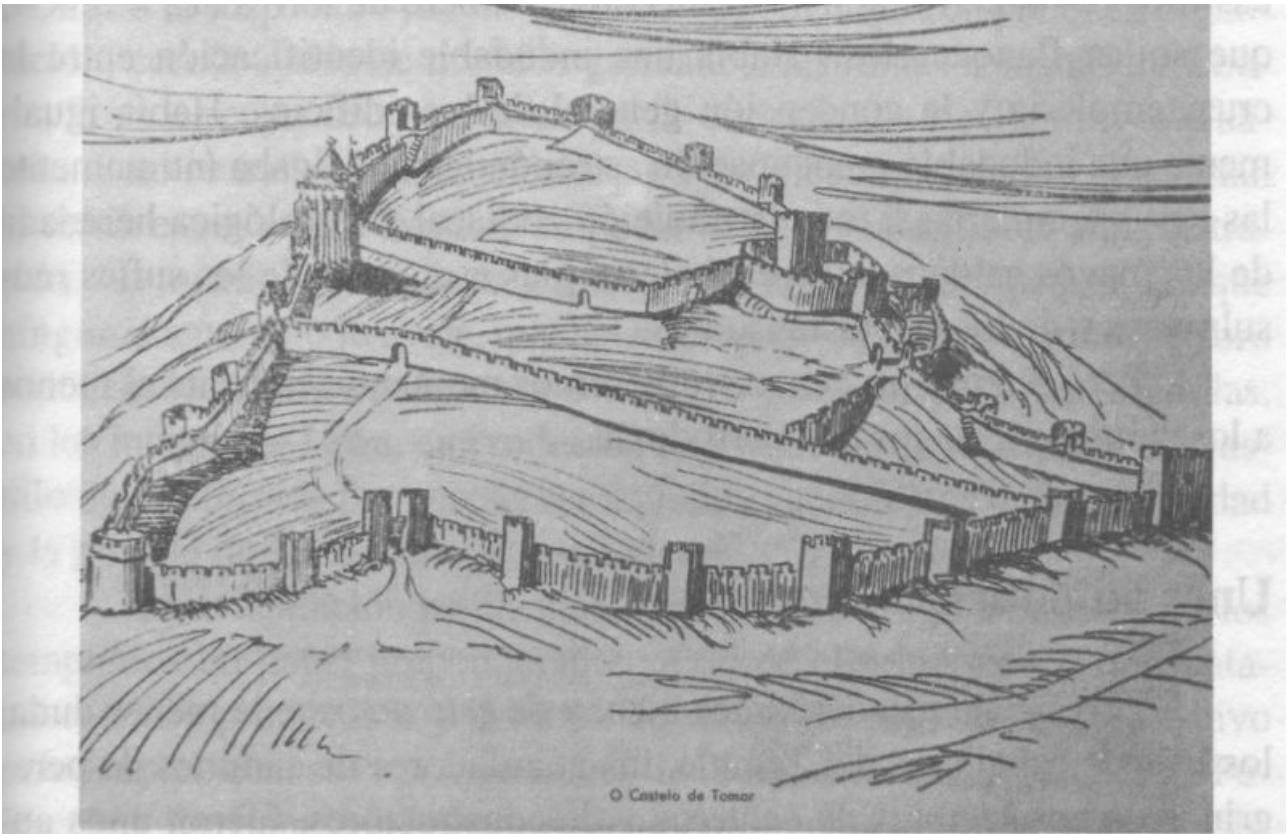
3) La casa *madre* de los templarios, en París, concedida por el rey Luis VI por intercesión directa de Bernardo de Clairvaux en 1137, estaba enclavada en la inmediata proximidad de la iglesia dedicada a la veneración de los hermanos *gemelos* Protasio y Gervasio, herederos ortodoxos de toda una tradición esotérica basada en el signo astrológico de Géminis (5).

4) Las fortalezas construidas por los templarios contenían, desde su misma planta, una serie de elementos estructurales que -no por casualidad- coincidían con toda una manifestación numerológica mágica de la realidad

3. La peregrinación jacobea significó, muy a menudo, una pena judicial impuesta a supuestos herejes reconciliados o a pecadores penados por las fuerzas eclesiásticas y sus tribunales. Más de un noble europeo y más de un clérigo «de alta graduación» vieron condonado su castigo de decapitación u hoguera a cambio de una pía peregrinación a la pretendida tumba del apóstol Santiago.

4. En un artículo publicado en la revista *Historia 16* (núm. 17, junio de 1977), «El Graal y la gallina Fénix», traté de estudiar de modo estructural las significativas coincidencias existentes en ciertos puntos geográficos del camino de Santiago con simbolismos muy determinados de las religiones universales: concretamente, las relaciones entre ciertos milagros jacobeos y el simbolismo de los mitos egipcios.

5. Las divinidades gemelas herederas del simbolismo de Géminis son una constante en el sincretismo religioso de los cultos secretos. Desde Cástor y Pólux -viajeros en la expedición esotérica de los Argonautas- hasta la divinización del dios bifronte Jano, pasando por las mismas Torres de Hércules, la identidad de los contrarios ha sido una de las pilastras fundamentales del conocimiento gnóstico de la realidad trascendente. Los mismos templarios, no lo olvidemos, tenían como sello de la orden a dos caballeros montados en un mismo caballo. En apariencia, aquel signo representaba la pobreza de los miembros. En la realidad profunda significaba la identidad de las apariencias opuestas, la íntima igualdad de lo que aparentemente se plantea como bueno y malo a la vez, como positivo y negativo, como blanco y negro. En este sentido, no está de más comprobar cómo el estandarte templario se componía de un rectángulo -el *gonfatón*- dividido en dos mitades simétricas, blanca y negra, exactamente igual a la marca que aún hoy se coloca en los límites estrictos de los cotos de caza peninsulares. Aparte una delimitación territorial, aquel signo especificaba la tácita prohibición de sobrepasar su límite.



Reconstrucción esquemática del castillo de Tomar, en Portugal, según dibujo del arquitecto J. I. da Costa Rosa. Lados, torres y estructura general coinciden con el esquema esotérico templario.

trascendente del edificio. Así sucedía con las torres octogonales (2 X 4) que presidían las construcciones o los campanarios levantados bajo su directa influencia. Así sucedía con los lados dados a los castillos ($24 = 2 \times 3 \times 4$) y hasta con el número de torres ($12 = 3 \times 4$) que solían flanquearlos (6). Había una indudable identificación entre la cruz templaria y la concepción general de los edificios. Había igualmente una indudable preocupación astronómica que ligaba íntimamente las casas templarias a toda la tradición zodiacal y astrológica heredada de los magos caldeos a través de las reglas esotéricas

6. Estas proporciones numéricas se aprecian, fundamentalmente, en los castillos y fortalezas construidas por ellos. En el caso de la península ibérica es más difícil de apreciar, porque las posesiones templarias fueron, muy a menudo, enclaves conquistados a los musulmanes, los cuales procedían ya de fortalezas romanas o incluso ibéricas. Sin embargo -como podemos comprobar en Ponferrada, en Monzón o en Miravet- los caballeros del Temple reconstruyeron las posiciones adquiridas dándoles su sentido trascendente, su intencionalidad ocultista. Tenemos ejemplos sobre toda la superficie geográfica peninsular, desde la torre octogonal del Micalet valenciano a las estructuras arquitectónicas de la fortaleza de Aracena.

de los sufíes musulmanes y de los cabalistas judíos (7).

Pero seamos prudentes, regresemos momentáneamente al menos a los caminos trillados de la ortodoxia.

Unos auténticos banqueros

¿Lo sabían ustedes? Pues bien, y de esto no cabe la menor duda, los buenos caballeros del Temple, los guardadores de caminos de peregrinos, los protectores de canteros y de constructores, fueron unos auténticos maestros en el manejo de la letra de cambio inventada por los mercaderes venecianos y genoveses.

Lo hacían del siguiente modo: un viajero deseaba efectuar un viaje de peregrinación o de negocios, se ponía en contacto con los templarios y depositaba en su encomienda más cercana el dinero que calculaba necesitar en su desplazamiento. Los templarios, contra ese dinero, le hacían entrega de un documento mediante el cual -y con unos intereses mínimos- el viajero tenía la posibilidad de recuperar sus fondos según fuera necesitándolos, en cualquier casa templaria de su camino y en la moneda de curso legal de cada tierra. El documento era personal, de modo que, al menos en teoría, quedaba garantizada la seguridad de la fortuna depositada contra cualquier tipo de robo o de suplantación.

Métodos como éste, con el añadido de las rentas, de los legados y de las donaciones que hacían muchas veces los nuevos miembros, pusieron a los monjes del Temple en situación de ser la potencia económica más fuerte de Europa y de todo el Mediterráneo. Con el dinero de la orden -no olvidemos que sus miembros hacían voto de pobreza personal- llegaron a dominar prácticamente la economía de los reinos cristianos de Oriente (8), y a ser los dueños efectivos, en competencia con genoveses y venecianos, del comercio marítimo mediterráneo.

7. Ya hemos consignado anteriormente el interés templario -al menos en los reinos medievales de la península- por acercar sus casas a los barrios judíos. Otros autores han especificado de modo diáfano las influencias estructurales que tuvieron los templarios de los movimientos heterodoxos musulmanes: su identidad formal con la secta de los *ashashins* ismailitas y hasta sus relaciones político-religiosas. Cuando los defensores de la ortodoxia católica de los templarios mantienen su tesis haciendo valer las luchas sostenidas por los caballeros del Temple contra los sarracenos, olvidan -a veces incluso conscientemente- que estas batallas se libraron contra musulmanes ortodoxos, pero nunca fueron enfrentamientos con los movimientos esotéricos del Islam, con los cuales los templarios mantenían relaciones muy estrechas.

8. El cronista Joinville cuenta en su crónica de la cruzada de San Luis que los templarios se negaron a prestar dinero sin garantía para pagar el rescate del rey francés prisionero después de la derrota de Mansurah. No deja de ser significativa esta actitud de la orden en tal ocasión, aunque por otro lado se tienen noticias de multitud de préstamos sin interés efectuados en otras ocasiones.

La fortuna económica templaria -se dice- llegó a ser extraordinaria, y sobre ella se ha hecho toda clase de especulaciones, desde la afirmación -gratuita e improbable- de que poseían un secreto alquímico, hasta la sospecha -ya más fundada- de que lograron poner en explotación, con la ayuda de mineros germanos, las minas romanas de Coume-Sourde, cuyo oro acuñarían en la encomienda de Rennes-le-Château. Sólo se trata de suposiciones para justificar unos bienes que serían la única excusa para explicar su poder y las virtudes de su administración. Lo mismo sucedería en España. Hay motivos para pensar, aunque ningún documento lo avale, que la Orden pudo explotar las minas de oro romanas de la comarca leonesa del Bierzo y del paraje de Las Médulas, en los montes de León, que rodearon de fortalezas dependientes del castillo de Ponferrada para preservar aquellos yacimientos de la curiosidad y la posible rapiña de prospectores ajenos.

En su actuación peninsular, lo económico jugó también para los templarios un papel preponderante ya desde el principio de su asentamiento (9). La producción y la venta de sal en el reino de Aragón estuvo prácticamente en sus manos a través de la posesión de las gabelas de Peñíscola y Burriana. No hubo prácticamente acción guerrera en la que intervinieran sin la promesa o la esperanza de un beneficio económico o territorial. En este sentido, al margen de los fines expresados en su regla, se comportaron exactamente igual que cualquier otro grupo armado, nacional o feudal. En sus posesiones se atribuyeron siempre el derecho de recaudar impuestos locales, sin tener que dar cuenta a nadie, ni siquiera al rey, ni a las autoridades eclesiásticas superiores, porque el Temple no conocía en la realidad ningún poder por debajo del papa.

Sin embargo (II)

Hay más de leyenda que de auténtica realidad en la supuesta fortuna fabulosa del Temple. O al menos hay que pensar que, jugando de nuevo las significantes del símbolo, todo cuanto se ha dicho respecto a los tesoros templarios va encaminado más hacia la pista de un tesoro interior -ficticio o real- que a un hipotético supercapital económico.

Es cierto, absolutamente cierto, que la orden poseyó muchos bienes. Prescindiendo de los datos proporcionados por los estudios realizados en

9. Precisamente uno de los primeros documentos que se conocen relativos al Temple en Aragón es un escrito que acredita cierto préstamo hecho por la orden a Pedro Desde, de Zaragoza, y a su mujer Isabel. El documento está fechado en 1135.

Francia, las actas del concilio de Salamanca (10) nos revelan que sólo en el reino de Castilla poseían 12 conventos y 24 bailías (11). Por su parte, Forey da una lista de 36 castillos o conventos templarios en los países que formaban parte de la corona de Aragón en el siglo XIII. Ahora bien, comparándolo con los bienes que por entonces tenían en Castilla o en Aragón, o en Portugal, las otras órdenes religiosas, ¿significa realmente una tan gran potencia económica todo ese cúmulo de posesiones?

Cuando la orden tenía oportunidad de adquirir dinero líquido se apresuraba a invertirlo en nuevos territorios previamente elegidos. Es así como cabe suponer que pudieron comprar en 1303 las tierras de Culla a Guillén de Anglesola por medio millón de sueldos jaqueses. Poco tiempo antes, según lo notifican los documentos, el Gran Maestre Jacques de Molay había regresado de Chipre con todos los fondos de la orden en Oriente. Estos fondos fueron destinados a la adquisición de nuevos bienes; y a los templarios de Aragón pudo tocarles esto como a los de Francia les permitió la compra de nuevas tierras en el valle del Ródano, en Tréveris y en el Beaucaire.

Las encomiendas templarias eran de dos tipos: las hubo dedicadas al cultivo y a la cría de ganado. Otras, situadas en lugares más apartados y más inhóspitos, fueron centros esotéricos de la orden; enclaves en los que muy probablemente se entregaron a la experiencia iniciática. Con las primeras ensayaron -con éxito, mal que les pesara a los señores feudales y a los reyes- un tipo de convivencia social nuevo, liberalizando a los hombres de la tierra con vistas a la experiencia futura de un gobierno universal que nunca pudieron siquiera proyectar. En las segundas prepararon a los escogidos de la orden para alcanzar un conocimiento que estaba precisamente allí, presente y escondido a la vez, en el mismo recinto de la encomienda o en sus proximidades.

En sus establecimientos ciudadanos buscaron también conscientemente la proximidad, la vecindad de los barrios judíos. Sucedió así en Ponferrada, en

10. El concilio de Salamanca fue convocado conjuntamente por los reinos de Castilla y Portugal para decidir la disolución de la orden templaria después de que el concilio de Vienne se pronunciara en este sentido. El papa Clemente V mandó que fueran comisionados para esta decisión los obispos de Toledo y Santiago, a los que se unió el Inquisido General Aymeric, de la orden dominica. El maestre provincial del Temple, Rodrigo Ibáñez, fue citado a comparecer el 15 de abril de 1310. La orden fue disuelta siguiendo los deseos del papa, pero se respetó a los templarios, aunque se les confiscaron los bienes.

11. En principio, la bailía era la reunión de un número indeterminado de encomiendas. En ellas se celebraban capítulos y se recibía a los nuevos miembros que ingresaban en la orden. A su vez, las bailías se reunían en casas provinciales.

Gerona, en Aracena, en Valencia, en Mallorca (12). Éste ha sido uno de los indicios que han hecho afirmarse a muchos historiadores sobre los fines económicos y comerciales del Temple. Era muy fácil la asociación: los judíos -o una parte de ellos- dedicados a los negocios, a la usura y al cobro de tributos. Junto a ellos, los templarios, banqueros y, ocasionalmente también, almojarifes de las rentas reales. Sin embargo, hay al menos una circunstancia que conduce a pensar en otras razones, una circunstancia que yo veo como fundamental a la hora de calibrar realidades y razones comerciales y económicas de los templarios, una circunstancia en la que intervienen nuevamente -aunque parezca mentira las razones simbólicas.

El pesador de almas

«*Tu alma ha sido pesada y ha sido encontrada falta de peso.* » Podría tratarse de una frase pronunciada por cualquier Shylock shakespeariano, ¿no es cierto? Una libra de carne, una libra de alma, ¿qué más da? Y, sin embargo, sí da. Porque se trata de una de las citas del Libro de los Muertos egipcio; la pronuncia el dios Toth, el Hermes helenizado por los seguidores de la magia esotérica egipcia.

Pongamos atención: Toth Hermes, el gran maestro del saber y de los primeros conocimientos alquímicos -el Hermes Trismegisto de la «Tabla de Esmeralda»-, pasó sin esfuerzo el panteón helénico de amplias fauces y fue adoptado sin solución de continuidad como divinidad olímpica entre los latinos. Y César, al conquistar la Galia céltica, encontró una divinidad que fácilmente identificó con ese Mercurio importado de las creencias orientales (13).

Sin embargo, con uno u otro nombre, ese dios era Lug, el ser superior de los ligures precélticos, el maestro de todos los saberes, imposible de convertir en figura o en imagen antropomórfica en ningún panteón. No volvamos ahora sobre él, sino sobre sus formas a través del tiempo (14). El cristianismo lo convirtió, a través de la Biblia, en san Miguel Arcángel, también pesador de almas y buscador y luchador incansable contra las fuerzas demo-

12. Los dos barrios judíos mallorquines se conocieron como *Partita Templii* y *Partita Calatravii*, por los conventos de templarios y de caballeros de Calatrava que tuvieron en sus proximidades. Precisamente el barrio cercano al convento templario fue construido en los primeros años posteriores a la conquista, después de que los judíos que habitaban la ciudad en época musulmana fueran desalojados de su aljama primitiva para construir sobre su solar el convento de los dominicos.

13. *De bello Gallico*, VI, 17. También TÁCITO, *Germ.*, IX.

14. Traté ya de su origen y sus manifestaciones en *Los supervivientes de la Atlántida* (*op. cit.*) y en *Los santos imposibles* (*op. cit.*).

níacas negativas (15). San Miguel fue devoción templaria y benedictina a lo largo del siglo XII, se le dedicaron en la península más iglesias que a ningún otro santo, fue siempre advocación agraria en La Rioja, en el Ampurdán, en Navarra y en Castilla, y fue protector tanto de las almas de los muertos -que ya habían traspuesto la barrera de lo desconocido- como de aquellos que se le encomendaron en vida buscando el conocimiento ancestral.

Hermes-Mercurio-Toth tiene en su mano un caduceo compuesto por una lanza rodeada de serpientes. Era su símbolo de poder, de transmutación, de mensaje. Y, ¡atención!, en lengua vasca Hermes es el *ere-mezu* (el mensajero), y su símbolo, el caduceo, es el *geltsu-zion* (la vara misteriosa y mágica). Una lengua neolítica, la más antigua conocida en el occidente europeo, la que aún emplea palabras líticas para designar instrumentos metálicos, conoce a Hermes y le define precisamente por su función estricta.

Y Hermes-Mercurio-Toth es heredero onomástico de Lug, el todopoderoso e innumerable, el vencedor de las serpientes, el ayudante de Perseo cuando el héroe ha de vencer a Medusa, prestándole sus «sandalias- aladas. Y Lug ha quedado misteriosamente ligado a toda una serie de palabras indoeuropeas que indican claramente el sitio -sitio mágico- donde reside.

En castellano está *lugar y local*.

En catalán, *lloc*.

En italiano, *luoco*.

En inglés, *location* (situación exterior).

Y en alemán *Loch* (agujero).

En griego *logos* es nada menos que la Palabra; es decir, el Verbo, el Saber.

La herencia de ese Lug fue seguida, paso a paso, por los templarios a través de Mercurio y bajo la advocación de su heredero cristiano san Miguel, que también pesa las virtudes y los pecados para determinar el destino de los muertos. Pero Mercurio-Hermes es, como lo fue antes Lug, divinidad activa, *no ociosa*. Y el *no-ocio* es en lenguaje inmediato el *necotium*: el negocio. El comercio, en su sentido más amplio.

De este modo simple y al mismo tiempo tortuoso -sólo en primera apariencia- el lugar mágico bajo la advocación de Lug se convierte en enclave donde se efectúa un comercio. Toda una tradición que llega desde Egipto y pasa por la aljama judía cabalística lucha por la *acción trascendente*, por el *necotium*. Y ese no-ocio se transmuta en comercio y hasta en un legendario

15. Podemos verle en mil manifestaciones bajo este aspecto desde los capiteles de la colegiata de Santillana hasta las representaciones góticas de la catedral de León

tesoro templario que -dicen algunos, con absoluta seguridad- fue escondido por monjes iniciados en un lugar secreto cuando los soldados de Felipe el Hermoso penetraron en los conventos franceses y prendieron a los templarios que *ya* les esperaban (16).

El tesoro templario existía, y en realidad aún existe. Sólo que no se trata de un tesoro de monedas y piedras preciosas, ni de vasos materialmente valiosos. Es otro tipo de tesoro. El mismo que tradicionalmente guardan las bichas legendarias o las princesas moras en las cavernas o en los subterráneos de los castillos en ruinas. Un tesoro simbólico como tantos otros símbolos ocultistas que el pueblo ha transmitido sin conocer el significado exacto de las palabras.

La herencia mística de los templarios

Es significativo, tanto en la orden del Temple como en otros muchos aspectos de la historia oculta, que lo que los investigadores no han querido nunca reconocer lo ha proclamado sin más el pueblo y la tradición secular. Naturalmente, todo lo que el pueblo ha afirmado -o casi todo- ha sido sistemáticamente desmentido por los investigadores, por falta aparente de pruebas materiales o de documentos. Pero en estos casos no se ha tenido en cuenta algo muy importante en la tradición esotérica: que en ella los saberes, las prácticas, las órdenes, y en general las enseñanzas, se han transmitido siempre oralmente, lo cual imposibilita que puedan hallarse documentos escritos que jamás existieron (17).

Sin embargo, hay algunos indicios que son, a mi modo de ver, esclarecedores de los fines ocultistas de los templarios. Son indicios que sobrepasan

16. Cuentan algunos historiadores -y afirman que los datos son seguros- que la noche anterior al prendimiento de los templarios salió de París una carreta -o varias- cargadas aparentemente de paja y con un misterioso destino. Luego, cuando Jacques de Molay y sus compañeros fueron apresados, las casas francesas del Temple fueron saqueadas, pero no se encontró en ellas nada que supusiera un valor efectivo: ni siquiera vasos sagrados de metal valioso. Sin embargo, el tesoro del Temple tenía que estar en algún sitio. El mismo rey que les mandaba prender estaba en fuerte deuda con los templarios, los templarios tenían sus pagarés y debían tener su dinero. Pero ¿dónde? El tesoro templario -si es que existió alguna vez- nunca fue hallado.

17. La transmisión oral de saberes es consignada por Julio César al hablar de los druidas (*De Bello Gallico*, VI, 14). Es además significativo el hecho de que los templarios franceses buscaron lugares tradicionalmente sagrados de los celtas para instalar sus encomiendas, y que su estructura social a nivel de la orden fue la paralela a la estructura social instaurada por los colegios druidicos: soldados, comerciantes, campesinos y artesanos en lugar del estamento social propio de toda la política medieval occidental, constituido por nobleza, clero y estado llano.

incluso con creces la fecha de su extinción, y que se dan precisamente en los lugares donde estuvieron asentados. Son, por ejemplo, un muy determinado tipo de imágenes religiosas que pueden considerarse como herencia críptica legada por los caballeros del Temple, utilizada simbólicamente por los monjes que ocuparon los lugares que fueron suyos.

La muestra peninsular más inmediata de esta tradición simbólica la tenemos en la imagen del Cristo renano del siglo XIV que se conserva en el que fue convento templario de Puente la Reina. El Cristo es insólito: está crucificado sobre una horquilla de árbol en forma de Y griega, deshaciendo esotéricamente la imagen tradicional de la cruz para convertir al Hijo del Hombre en un mártir de otros motivos, de los cuales forman parte símbolos sincréticos ocultistas válidos para distintas formas religiosas.

Si nos detenemos a analizar el aparente capricho del Cristo de Puente la Reina veremos que la más inmediata razón ocultista de la imagen es un significado cabalístico. La Y griega corresponde a la IOD del alfabeto judío: י , la décima de sus letras, y posiblemente la más importante desde el punto de vista sefirótico, porque los abarca a todos, aparte de representar al último *sefira*, llamado *matkut* (la corona) y a la era astrológica de Capricornio, correspondiente en la precesión equinoccial al período de tiempo comprendido entre los años -21810 y -19650, que es el que la paleontología cifra para la aparición del mutante Homo Sapiens (18). La IOD cabalística, sin embargo, no detiene aquí sus significados fundamentales.

Su principio es Yaveh: el origen de todas las cosas. Por lo tanto, su correspondencia es celeste y su motivo simbólico la mano, en tanto que tiene función de operación creadora. Representa la unión de los contrarios y se corresponde con la primera nota de la escala diatónica, el DO. En cierto modo, la IOD -o su correspondiente Y griega- es la letra cabalística sincrética por excelencia.

Si añadimos a todo este cúmulo de significados ocultistas el que la Y griega de la «cruz» de Puente la Reina es la representación de una horquilla de árbol, veremos cómo esta circunstancia identifica ya por sí sola a Cristo con los grandes iniciados de las formas religiosas no cristianas más evolucionadas: Attis (19) y Krishna (20).

18. Para algunos autores influidos por el significado simbólico de la Cábala, la era de Capricornio, con sus 2.160,3 años de duración, se corresponde al mismo tiempo con el primer día de la creación, tal como está expresado en el Génesis: separación de la luz y las *tinieblas*.

19. De Attis, el dios sacrificado de los misterios frigios, se narra su suplicio de modo paralelo -en muchos aspectos idéntico- al de Jesucristo. Véase a este respecto el capítulo séptimo de mi libro *Los santos imposibles (op. cit.)*.

20. Krishna, el maestro hindú del *Baghawat Gita*, tiene una historia tradicional paralela a la de Cristo. **(Sigue en la página siguiente).**

No creo en absoluto que estos significados y su relación con el extraño crucifijo sean coincidencias casuales. Estoy convencido de que existe una corriente de sincretismo religioso que ha afectado esotéricamente a las creencias oficiales u ocultistas sobre las que se ha basado secularmente la idea del Más Allá. Y el hecho de que los templarios -o en este caso sus sucesores en las ideas ocultistas, que ocuparon sus mismos enclaves después de su desaparición- unieran su aparente ortodoxia a fórmulas secretas del esoterismo se debió sólo al hecho de que la amenaza de persecución por parte de los poderes inquisitoriales estaba a la vuelta de la esquina, velando por la conservación de la ignorancia y condicionando incluso que, ocasionalmente, los símbolos llegasen a aparecer como simples manifestaciones del inconsciente colectivo.

Bafomet

La herencia no se detiene: es como esa onda sonora eterna que se expande por el espacio y por el tiempo, y resurge cuando se da la circunstancia propicia, justa y exacta.

De los templarios se dijo -y en ello estuvo basada una buena parte de su acusación- que poseían un busto parlante al que adoraban, el cual les daba cuenta nigromántica del futuro y hasta les indicaba las acciones que deberían seguir. Hoy sería muy difícil calibrar la realidad estricta de este hecho, pero no debemos olvidar que la tradición hermética habló muy a menudo de bustos parlantes que ayudaron eventualmente a la magia de reconocidos nigromantes de la historia universal, desde san Alberto Magno al papa Silvestre II, el cual, siendo aún un simple fraile -el monje Gerberto- aprendió, al decir de algunos, la magia ocultista de los brujos toledanos (21).

Durante los interrogatorios, el freire templario Garcerant, sargento de Montpézat, confesó que los templarios poseían un «ídolo» *in figuram baffo-*

Ésta es una razón que me hace pensar no sólo en el sincretismo religioso de muchas manifestaciones espiritualistas universales, sino en la razón última y principal de la identificación del personaje de Jesús con maestros orientales cuyas tumbas han sido localizadas en el Kashmir y cuya tradición se extiende por diversos lugares de la India. Por otro lado, no hay que pasar por alto la identidad indudable que hay en la raíz fonética misma de los nombres de Cristo y Krishna.

21. La tradición ocultista cuenta que Gerberto se llevó de España aquella cabeza, que le sirvió de talismán y que hasta fue la causante de su acceso al pontificado. Nada más se sabe de ella. Sin embargo, Julio CARO BAROJA en su libro *Vidas mágicas e Inquisición* (Taurus, Madrid, 1967), cuenta del llamado Cura de las Moralejas que fue requerido por el Santo Oficio por poseer en su casa siete «calaveras» parlantes que le ayudaban en sus prácticas mágicas.

meti, del que se le había dicho que únicamente por su intercesión podría salvarse. La figura se guardaba, al parecer, en un armario de la bailía, y la descripción general coincidía con una imagen en madera o metálica de un ser barbudo que, ocasionalmente, era andrógino y tenía dos o tres rostros. Las pesquisas por encontrar una de estas figuras fueron finalmente inútiles; sólo en la casa del Temple en París se encontró una imagen, muy semejante a un relicario clásico, en la que las anotaciones indican que contenía dos huesecillos de cráneo y una inscripción: *Caput LVIII*. Nadie -al parecer- pudo identificar al pretendido santo de que podría tratarse. Pero el pueblo -sobre todo en el Languedoc y en Cataluña- adoptó la palabra, y hay incluso lugares religiosos donde la gente indica una determinada figura diabólica como el *bafomet*. Y no faltan tradiciones, como la del *Pare Esmé* del Montseny, que unen ese nombre a reminiscencias de gigantes míticos concededores del secreto hermético del tiempo.

Lo que no parece admitir duda es que ese bafomet templario contenía -si es que existió- un simbolismo. Y su mismo nombre, o su interpretación a la luz de lo que hoy comenzamos a conocer, lo aclara. La palabra misma, que carece de toda significación aparente en las lenguas europeas, se vuelve comprensible si la interpretamos desde el prisma musulmán, y sobre todo de la significación sufí de las palabras. No olvidemos que los místicos sufíes dan a la palabra un significado de trascendencia en tanto que puede interpretarse desde un doble, y hasta desde un triple aspecto.

La raíz arábica FHM tiene en el sufismo dos significados paralelos y complementarios: 1) negro -o carbonero-; 2) conocimiento (22). De ahí que la palabra *abufi-hamat* signifique «padre del saber» y que otro derivado de la misma raíz, *ras el fahmat*, sea equivalente a «cabeza del conocimiento».

Por otro lado, la trasposición literal de bafomet, invirtiendo totalmente el orden de sus letras, da *tem-ohp-ab*, lo que proporciona otra lectura según el modo *notarikon* de la Cábala -que cabe leer como integración inicial de una frase iniciática-: «Templi omnium hominum pacis abbas» (el padre del templo, paz total a los hombres).

22. No lo olvidemos: también la tradición hermética cristiana, o al menos la tradición hermética occidental, asimila lo negro al saber. No en vano los carboneros forman parte de la tradición esotérica popular: un carbonero fue el maestro iniciado del conde Fernán González de Castilla. Los carboneros fueron asociados a los herreros, tradicionalmente adscritos a las enseñanzas herméticas, y precisamente por eso marginados en la Edad Media. Negro fue -y sigue siendo- el hábito de los benedictinos. Y negras fueron las vírgenes milagrosas asociadas al culto a la Gran Madre durante la eclosión mariana del siglo XIII -contemporáneo del auge templario-. Recordemos sólo a la virgen de Montserrat.

Aún más: *Baphé* significa en griego una especie de bautismo por inmersión; *Meteos*, iniciación. En Chipre, donde los templarios estuvieron firmemente asentados, hay un lugar -Baphos precisamente- que tuvo un templo dedicado a Astarté -adorada bajo la forma de una piedra negra- en tiempos del comercio fenicio (23). Los templarios se refugiaron en sus posesiones chipriotas después de la pérdida de San Juan de Acre, y en el escudo familiar del fundador del Temple figuraban tres cabezas humanas.

El culto a Astarté tenía aspectos en los que se conjugaba de modo fundamental el simbolismo hermético. De hecho, Astarté era la representación única de la Isis egipcia original, como divinidad portadora y transmisora del conocimiento que, en cierto modo, está ligado a la práctica místico-científica de la alquimia (24). La cabeza -o el busto- tendría entonces todo el valor simbólico de la búsqueda del conocimiento hermético.

Curiosamente, esta cabeza del conocimiento no está ausente en las representaciones simbólicas del esoterismo hispánico. En ciertas escenas de la iconografía religiosa románica está la figura del diablo que parece *devorar* una víctima, cuando la realidad de su significado es que esa aparente víctima *penetra* en el interior de la cabeza diabólica para aprehender su conocimiento -como Jonás en el relato bíblico-. Estas mismas significaciones pasan al gótico y están presentes en la misma portada principal de la catedral de León.

Más herencia templaria

Pero lo más extrañamente claro en la presencia del bafomet templario lo constituyen dos -al menos dos- curiosas representaciones religiosas hispánicas: una de ellas en un lugar templario; la otra con un personaje protagonista a quien la tradición templaria no era indiferente.

La imagen en lugar templario es la de san Saturio, ese extraño anacoreta venerado en Soria, cuya cueva-santuario está precisamente en terrenos que fueron en su día propiedad de los templarios de San Polo. No sólo está presente el sincretismo religioso en el nombre del pretendido santo -un posible

23. Significativamente, casi todas las representaciones en terracota de Tanit-Astarté que se han encontrado en los yacimientos arqueológicos púnicos de Ibiza muestran únicamente a la diosa fenicia, como *un busto*, muy raramente como figura entera. Los arqueólogos han interpretado esta forma, así como los agujeros que eventualmente aparecen en las figuras, como si se tratara de relicarios.

24. Gérard de SÈDE (*Los templarios están entre nosotros*, Bruguera, Barcelona, 1963) asocia el bafomet a un *bapheus meté* (pintor de la luna), nombre con el que se conocía a los alquimistas que habían alcanzado la realización de la Obra.

Saturno-, sino que encontramos en él a un personaje que sólo tiene de beatitud cristiana la devoción ancestral del pueblo, porque los padres bolandistas no le han tenido en cuenta a la hora de certificar su existencia y su santidad.

Pues bien, la representación de este santo, tal como figura en el monumento que tiene dedicado en las afueras de Soria como en las imágenes que existen en el interior de la cueva santa, es lo más parecido a la imagen clásica del bafomet: un busto negro que representa a un venerable anciano con barba. Atención: como expresa la raíz sufí FHM (negro) que indicábamos anteriormente; y ser barbudo tal como confesaban los testigos del proceso templario. Y el lugar en que la imagen está colocada es una sala subterránea -que forma parte de la cueva iniciática- donde hacia el siglo XVII se reunía una hermandad de visos carismáticos llamada de los Heros.

Vamos con el personaje que constituye nuestro segundo indicio. Se trata del papa cismático Benedicto XIII, el papa Luna. Como es sabido, el último antipapa vivió en el castillo de Peñíscola desde 1415, en un destierro activo desde el cual luchó por la legitimidad de su tiara pontificia. Peñíscola había pertenecido a los templarios entre 1294 y 1307; y luego, desde 1319, formó parte como encomienda de la orden militar de Montesa, que había heredado la mayor parte de los bienes del Temple y había acogido a casi todos los caballeros dispersos de la Corona de Aragón después del concilio de Tortosa, en el que se tuvieron que acatar las consignas de disolución emanadas de Clemente V (25).

Benedicto XIII residió en el castillo valenciano porque prácticamente le había sido regalado por los caballeros de Montesa a través de su recién nombrado maestro Romeu de Corbera, en 1410. Y, curiosamente, con la aquiescencia de la corona aragonesa, que mostró idéntica simpatía por el papa cismático a la que antes mostró por el Temple. La figura de don Pedro de Luna se enlaza por encima de un siglo con los templarios a través de Peñíscola y de la orden de Montesa.

Hay varios rasgos más que asocian, a través del tiempo, a Benedicto XIII con el extinguido Temple, sobre todo en detalles de su actuación política desde Aviñón. Pero únicamente querría recordar ahora como uno de los regalos pontificios que hizo a la Iglesia aragonesa fue un llamado relicario de san Valero que, según es tradición, constituye uno de los escasos retratos

25. El reino de Aragón, como hemos ya tenido ocasión de ver, fue a través de todos sus reyes y obispos un claro defensor de los templarios. El obispo Ramón de Rocaberti, que lo fue de Tarragona, fue la única voz que se alzó en favor de la orden en las sesiones del concilio de Vienne, junto al obispo de Valencia, Ramón de Ponç. Posteriormente, el obispo Rocaberti formaría parte también del concilio de Tortosa que tuvo que admitir la disolución del Temple.

auténticos que se conservan del papa Luna. Lo que es, sin embargo, más significativo de este relicario -conservado en la Seo de Zaragoza- es el hecho de que, en primer lugar, san Valero es -lo mismo que el san Saturio soriano- santo de devoción tradicional no reconocido por la Iglesia. Y, además, el relicario vuelve a plantearnos el problema del busto simbólico, porque el rostro retratado en él vuelve a estar pintado de negro.

La tradición templaria del bafomet es uno de los símbolos que, a través de disimuladas veneraciones ortodoxas, aparece esporádicamente en la historia de los cultos cristianos; pero a mi modo de ver representa, tanto por su nombre críptico como por su significado ocultista, una de las claves esotéricas de la búsqueda templaria en los lugares secularmente sagrados. A dónde llegaron en esa búsqueda es algo que sólo podemos suponer, hasta que los indicios nos aclaren la realidad. Pero no cabe duda de que al menos la búsqueda existió realmente, y que los templarios la practicaron sistemáticamente, valiéndose para ello de todo el poder político y económico que pudieron acumular. Y no es menos cierto que el legado de los templarios -permanente en el recuerdo o a través de miembros de la orden que continuaron en el más estricto secreto sus tradiciones esotéricas- ha subsistido por encima del tiempo.

3

LA CÁBALA Y TRES ENCLAVES TEMPLARIOS

Al menos cuatro posesiones importantes tuvieron los caballeros de la orden del Temple en la actual provincia soriana: una granja en Ágreda, al norte del Moncayo; un convento en la misma Soria: San Polo; y un castillo -con una encomienda aneja- en Uceró. Se tienen noticias de otra posesión en las proximidades de San Pedro Manrique y de la invasión de la fortaleza de Castillejo de Robledo.

La granja de Ágreda, al parecer, era una especie de finca de recreo que llevaba agregada una pesquería en las orillas del río Queiles. El lugar de aquella granja es la alameda plantada en el siglo XVIII, que aún existe, entre el pueblo y la carretera de Soria. En su recinto tiene dos fuentes, una de las cuales parece que posee propiedades medicinales. La otra nutre un estanque que es todo cuanto queda del artificio de la pesquería. Posteriormente sirvió de lavadero público. Junto al estanque, las ruinas de una vieja construcción parecen ser con muchas posibilidades los restos de la desaparecida casa templaria.

Una línea *casí* recta, una distancia *casí* exacta

A cincuenta y cinco kilómetros exactos en línea recta hacia el oeste de Ágreda está Soria. Y en Soria, antes de cruzar el Duero y de entrar en la ciu-

dad, se encuentra la segunda de las posesiones templarias que vamos a examinar. Lo que queda de la antigua iglesia es conocido por San Polo. Hace ya mucho que dejó de tener culto y en la actualidad ha sido adaptada para mansión particular. Aun así, en los alrededores de la edificación pueden verse todavía algunas laudas, como estelas primitivas, que lucen la cruz de los templarios.

Las dos puertas laterales del edificio -norte y sur, correspondientes a las entradas del crucero- forman un túnel que es paso obligado y único al camino que lleva al santuario troglodítico de San Saturio. Tanto el primitivo santuario como el monte que cierra el valle por oriente -el monte de Las Ánimas de la leyenda becqueriana- fueron, hasta la ribera del Duero, propiedad de los templarios.

Si continuamos camino y seguimos la misma línea recta que nos ha llevado de Ágreda a Soria, encontraremos, precisamente a cincuenta y cinco kilómetros más al oeste, el tercer enclave soriano de los templarios: Uceró. Un castillo domina el pueblo y, a poco trecho, siguiendo el curso del río hacia el norte, tropezaremos con el impresionante cañón del río Lobos, desierto y dominado por las águilas, los zorros y los buitres. Al fondo de ese cañón, después de atravesar el valle entre paredes de roca horadadas en lo más alto por infinidad de covachas, hay un enorme circo roquero, en cuyo centro se alza una capilla de transición adornada con numerosos canecillos entre los que se distinguen, en solitario o en grupos, varias cabezas de piedra cubiertas con los yelmos chatos de la orden del Temple. Es todo lo que queda del monasterio que aquellos caballeros poseyeron a principios del siglo XIII, fecha aproximada de la construcción de esta capilla de rasgos claros de transición cisterciense. Muy cerca de ella se abre la boca de una inmensa caverna.

Hasta aquí los restos. Pocos y pobres, ciertamente, pero con una característica previa -la de la distancia casi exacta sobre una línea casi recta- que nos lleva a la sospecha de que, una vez más, los templarios no eligieron sus emplazamientos ni al azar ni siguiendo los caprichos políticos o las conveniencias guerreras de los monarcas que se los concedían. Por el contrario, hay en la mayor parte de los asentamientos templarios unas razones-de-estar-allí que superan ampliamente las inmediatas conveniencias económicas o estratégicas que habrían sido propias de una comunidad guerrera y religiosa a partes iguales.

Pero los monjes templarios, como podríamos comprobar con una revisión sistemática de sus emplazamientos peninsulares, buscaban algo más, algo que superaba su condición de fieles hijos servidores de la Iglesia y que, en cierto modo, fue aprovechado por sus acusadores cuando la orden fue vio-

lentamente disuelta en los albores del siglo XIV. Las pruebas de esa búsqueda -basada, a mi modo de ver, en un sincretismo religioso muy amplio, que desbordaba los límites estrictos impuestos a sus fieles por los poderes eclesiásticos- no hay que buscarlas en puros restos arqueológicos o epigráficos, ni en archivos o en crónicas necesariamente parciales. Las circunstancias de la búsqueda templaria son mucho más amplias: abarcan la etnología y los últimos restos del folclore; se entremezclan con cultos remotos, extraña e insólitamente conservados por el pueblo; encajan con yacimientos arqueológicos o con evidencias históricas que sólo la coincidencia repetida sospechosamente hace que los podamos relacionar con los caballeros del Temple de Jerusalén.

Santos que son algo más -y algo menos- que santos

Dicen que el cañón del río Lobos, donde se encuentra la capilla de los templarios, recibe este nombre por la cantidad de estos animales que se albergaron en aquel estrecho valle en tiempos en los que las condiciones ecológicas les eran más favorables. Es posible. Pero no deja de ser una curiosa coincidencia que el lobo fuera en tiempos medievales -y ya desde mucho antes- el animal simbólico que representaba tanto la sabiduría secreta y gremial de las hermandades de constructores -protegidas por cierto y hasta fomentadas y financiadas por los templarios- como el acompañante habitual de varios santos reconocidos como tales por la Iglesia, pero de indudables doctrinas y orígenes sincréticos: san Francisco de Asís -que bebió su experiencia mística en fuentes sufíes- y san Roque, tantas veces representado señalándose la rodilla izquierda desnuda, como signo de iniciación esotérica en saberes ocultistas.

Lo cierto es que, a su modo, la capilla de los templarios de Uzero contiene, en la sencillez extrema de su estructura, toda una síntesis de lo que constituyó la gran aportación de los maestros constructores que estaban creando el gótico. Todos los elementos de la capilla del cañón del Lobos son arquitectónicamente esenciales. Toman del románico los detalles imprescindibles y crean para el gótico -aún en mantillas en la península- las estructuras indispensables para consagrar armónicamente la construcción en una síntesis de conocimientos que superaba los simples saberes de las leyes arquitectónicas.

Bastaría tener en cuenta el sello de Salomón invertido que conforma el rosetón del crucero para comprobar -junto al simbolismo de muchos canchillos- que en aquella construcción se contaba algo más que una lección de

arquitectura simple. Construir era, para los canteros protegidos de los templarios, contribuir al conocimiento de la estructura del cosmos y, a través de esa contribución, llegar un poco más cerca de los misterios de la vida universal.

Curiosamente, el 24 de agosto se celebra allí todos los años, desde ese tiempo folclóricamente «inmemorial», la romería popular dedicada a san Bartolomé. San Bartolomé es uno de los doce apóstoles evangélicos. Lo citan Mateo (10,3), Marcos (3,18), Lucas (6,14) y los Hechos (1,13). Pero su personalidad legendaria, transcrita en una *Pasión* primitiva, le da aires de misterio, haciéndole predicar en la India, en Armenia, en Persia y en Mesopotamia. Y sobre todo le adjudica la inmortalidad a través de un martirio hipotético que le convierte en paralelo simbólico de la ya simbólica serpiente, porque se cuenta que fue desollado vivo y que sobrevivió milagrosamente al suplicio.

El cambio de piel es, en el lenguaje hermético de los ocultistas, un signo de inmortalidad que afecta tanto a la serpiente como al ave Fénix, la que renacía anualmente de sus propias cenizas después de ser quemada por el sol. Para los místicos buscadores del Grial, que en cierto modo fueron los templarios, el que se fomentase un culto de estas características en determinados lugares era como proclamar como griálicos aquellos enclaves, porque «*por la virtud de esta piedra (el Grial) el Fénix se consume y se convierte en cenizas; pero gracias también a esta piedra, el Fénix cumple su muda (de piel, de plumaje) para resurgir más bello que nunca*» (1).

San Bartolomé es, aún hoy, patrono de varios lugares donde hubo asentamientos templarios en la Edad Media -en Alájar, cerca de Aracena, en Huelva; en Astorga- y está representado profusamente en los templos góticos que ellos promocionaron: en las vidrieras de Chartres, armado con el cuchillo de desollar, o en la iglesia gótica que lleva su nombre en Logroño. San Bartolomé se convierte, bajo la capa folclórica aceptada por el pueblo -y no siempre captada-, en una figura trascendente y simbólica, imagen de una iniciación ocultista que fue cara a los templarios, siempre buscadores del lado más puramente sincrético de la creencia cristiana bajo la que habían surgido y con cuya enseña se desenvolvían.

Pero no es san Bartolomé el único santo equívoco que podríamos encontrar en la ruta soriana de los templarios. Ya mencionábamos antes la cueva santuario de San Saturio, situada en terrenos sorianos que fueron encomienda de los monjes guerreros. Aquí nos vamos a encontrar ante un fenómeno bastante más difícil de interpretar, porque las noticias son confusas y faltan

1. Extracto de *Parsifal*, de Wolfram von ESCHENBACH.

los datos; sin embargo, trataremos de buscar razones donde sólo conocemos la tradición.

Sombra y luces de la Cábala

La caverna, convertida en ermita, es, desde el siglo XVI, la sede del culto a san Saturio. Anteriormente -por probable tradición templaria- aquel santuario estaba dedicado al arcángel san Miguel. De san Saturio, al parecer, nadie se acordaba; ni Martel ni Mosquera, los primeros cronistas sorianos, lo mencionan. Hay que esperar a 1553, en que el libro de actas del ayuntamiento, con fecha 24 de mayo, consigna que en la ermita de San Miguel hay «un cuerpo santo» que dicen puede ser el de san Saturio.

Pero ¿quién pudo ser este santo al que ni los padres bolandistas fueron capaces de conceder oficialmente existencia y santidad? De su memoria sólo quedan las alusiones que se le hacen en las lecciones del rezo del obispo san Prudencio (2), conservadas en el breviario de la catedral de Tarazona. Posteriormente, en 1690, un carmelita llamado fray Francisco de Martos escribió su vida, el papa Benedicto XIV aprobó su rezo público, y en 1698 el santuario-caverna era definitivamente dedicado a san Saturio y el arcángel san Miguel era relegado a una hornacina de la cueva, junto a santa Ana, la madre ortodoxa de la Virgen María: es decir, la madre por antonomasia, por ser la madre-de-la-madre.

Pero sobre todas estas aparentes realidades documentales, san Saturio es, ante todo, dos cosas: 1) el recuerdo confuso de un *anacoreta* que, si es que vivió, fue entre los siglos V y VI, es decir, durante la probable dominación sueva de las tierras sorianas; 2) la imagen oscura y ennegrecida de un personaje que se repite, *bajo la forma de un busto*, tanto en el monumento piadoso construido en el siglo XVIII ante la ermita del Mirón como en las dos imágenes que se conservan en la capilla de la caverna y en la sala capitular subterránea de la misma cueva, en la que, desde el siglo XVII, se reunía la hermandad de los Heros, la cofradía *soldadesca* encargada del cuidado de la ermita.

Sin demasiadas dificultades, surge la sospecha de que en los orígenes del culto a san Saturio hay algún elemento cuyo origen creo que puede ser de-

2. Al parecer, san Prudencio fue discípulo -¿el único?- del anacoreta san Saturio. Posteriormente fundaría el cenobio que llevó su nombre en la comarca de la Rioja: san Prudencio de Monte Laturce. De aquel cenobio saldría la leyenda -casi convertida en historia por la fuerza de la tradición- de la mítica batalla de Clavijo, que habría tenido lugar en sus inmediaciones.

sentrañado en parte si tenemos en cuenta dos factores que pueden fácilmente pasar desapercibidos. El primero, la noticia de san Prudencio, que confiesa haber recibido de su maestro san Saturio la enseñanza de la teología y «del hebreo». El segundo, la tendencia tradicional de representar a través del tiempo al santo anacoreta como busto negro de un anciano barbudo. Una figura así, como vimos anteriormente, recuerda demasiado al célebre bafomet de los templarios, el busto demoniaco supuestamente adorado por los caballeros, que constituyó una de las claves en las que se basó la acusación que habría de terminar con la orden.

En el interrogatorio seguido el 9 de noviembre de 1307 contra el templario Hugues de Pairaud, visitador de Francia, se dice textualmente: « Interrogado a propósito de la cabeza[...], dijo bajo juramento que la vio, que la tuvo entre sus manos y que la palpó en Montpellier, en un capítulo; y que él mismo, con otros hermanos que se hallaban presentes, la había adorado. Dijo, sin embargo, que la adoró simuladamente de boca, no de corazón, pero añade que no sabe si otros hermanos la adoraban sinceramente» (3).

El *bafomet* templario, al margen de sus eventuales implicaciones culturales con las formas religiosas y lingüísticas islámicas que estudiamos anteriormente, tiene, a mi modo de ver, una relación estrecha con la figura cabalística del *golem* judío. Su concepto más conocido surgió de la Cábala mágica de las comunidades hebreas de Praga y, sobre todo, de los escritos del rabino Eleazar de Worms. Pero su razón existencial y profunda data de las ideas y de las experiencias místicas expresadas ya en el siglo XIII por los cabalistas judíos peninsulares.

La esencia del *golem* consistía en la posibilidad que tiene el hombre sabio de crear artificialmente un ser vivo, basándose en el conocimiento estricto de los valores esotéricos de los modos lingüísticos de la Torah. Esta posibilidad, tomada en su sentido literal, llevó de cabeza a muchos estudiosos de la Cábala, hasta el punto de que el sabio toledano Abulafia advertía en su tratado *Ner Elohim* de la insensatez de los que se lanzaban al estudio de los textos cabalísticos «con la intención de crear un ternero» (4).

3. Y añade, un poco más adelante: «Dice que la susodicha cabeza tenía cuatro pies, dos delante, del lado del rostro, y dos atrás». Recordemos la semejanza de una figura así con las imágenes de los vasos griegos cuando representan a Dionisos en las ceremonias secretas. (Estas partes de la encuesta inquisitorial se encuentran formando parte del rollo de pergaminos signados como J 413, n.º 18 de los archivos nacionales franceses, y fueron publicados por Jules MICHELET en *Proces aux Templiers*.)

4. Los datos están suministrados en el libro del profesor Gershom SHOLEN, de la Hebrew University de Jerusalén, *Zur Kabala und ihre Symbolik* (Rhein Verlag, Zurich, 1960. Hay traducción española -*La Cábala y su simbolismo*- editada por Siglo XXI de España Editores, Madrid, 1978).

La búsqueda del *golem* era, en realidad -aunque el sentido se deformase por parte de quienes sólo veían lo estrictamente mágico de la Cábala-, una forma de estudiar místicamente las Escrituras para extraer de ellas el sentido último de la creación de la vida e identificarse con él. Simbólicamente, este sentido se confundía con la posibilidad alquímica de crear materialmente esa misma vida.

Dos caballeros sobre un solo caballo

No cabe la menor duda de que los templarios mantuvieron una relación estrecha con los intelectuales de las aljamas judías, tanto en el reino de Castilla como en el de Aragón. En el caso particular de los enclaves sorianos, no olvidemos que tanto Ágreda como la misma Soria tuvieron juderías que fueron importantísimas a lo largo de toda la Edad Media. De la de Ágreda se conserva aún intacto todo el recinto y la estructura de sus calles, y hasta algunas casas. La de Soria desapareció totalmente, pero se sabe muy bien que en el siglo XIII dio cabalistas de la talla de Yozef e Ishaq Cohen y de Jacob ben Jacob; de este último se tiene noticia de la influencia que ejerció sobre el círculo místico provenzal llamado de Iyyun. La tradición mística judía soriana se prolongó hasta el siglo XV, en que uno de sus grandes talmudistas, Yozef Albo, asistió a las reuniones de Tortosa convocadas por el antipapa Benedicto XIII (1413), y fue, con el rabino Ferrer, uno de los pocos que no se dieron por vencidos ni aceptaron la conversión que se les proponía.

Hay varios indicios que pueden llevar a la sospecha fundada de que los templarios bebieron en fuentes cabalísticas y de que, en más de un aspecto, expresaron este conocimiento en símbolos adoptados por ellos a los que eventualmente se dio una distinta interpretación que la que esos mismos signos pueden adoptar si se los analiza desde el punto de vista esotérico de la Cábala. Uno de esos signos es, precisamente, el *bafomet*, que no sería objeto de la adoración idolátrica que se les atribuyó, sino un elemento de meditación que se encontraría en muchos casos en la sala de reuniones de las encomiendas.

En este sentido, el hecho -que ya no parece tan casual- de que uno de los bustos negros de san Saturio se encuentre precisamente en la sala de reuniones de la caverna adquiere otro sentido. No importa que tanto el busto como la sala, tal como los conocemos hoy, sean muy posteriores a la desaparición de los templarios. La tradición subsiste en muchas ocasiones hasta mucho después del momento en que tienen lugar los acontecimientos. Por su parte, la sala subterránea existiría sin duda ya en época templaria y es muy

probable que fuera utilizada por ellos, aunque sufriera reformas de estilo en tiempos en que la tomó para sus reuniones la hermandad de los Heros. Sobre todo no olvidemos que esa hermandad, como recalca ya antes, era una cofradía definida como soldadesca, es decir, militar o paramilitar, lo cual la hace, en cierto modo, heredera más o menos folclórica de la orden templaria. La imagen negra de san Saturio presidiendo los escaños de piedra sillar toma así el sentido meditativo originario, yo diría *golémico*. Pero no es éste el único indicio.

El cabalista Yehuda ben Barzilay, en torno a 1200, es probablemente el primero en lanzar la idea teológica de que, siendo Yavé el creador único de la Cábala, un solo hombre no está en condiciones de aprehender enteramente su sentido. «Tómame por tanto un compañero y dedicaos a meditar sobre él [el Yetsirá] y llegaréis a comprenderlo.» (5). La idea de la necesidad absoluta de colaboración entre dos hombres sabios para penetrar en los secretos cabalísticos es corriente en los textos hebreos medievales, casi diríamos que se trata de una constante.

Ahora fijémonos en el sello templario. Representa a dos caballeros montando un solo caballo y, de siempre, ha sido interpretado como un signo de la pobreza que ostentaban los freires de la orden, que no podían poseer más que un caballo para cada dos caballeros. Ésta es una interpretación no sólo falsa, sino gratuita, porque se conoce a través de los documentos que los caballeros poseían o tenían a su cargo sus propias cabalgaduras y que, a veces, tenían más de una para cada hermano. Es, sin embargo, una realidad simbólica que se ha repetido a lo largo de la iconografía y de los mitos medievales el hecho de que el *caballo* fuera una representación oculta de los secretos cabalísticos. Desde este punto de vista, la figura de dos caballeros montando un solo corcel adquiere otro sentido que, a mi parecer, está bastante más de acuerdo con la filosofía templaria y que, además, coincide con las declaraciones hechas por los testigos ante los tribunales inquisitoriales. Éstas, naturalmente, fueron hechas a la medida de los deseos de la acusación, pero no por ello son menos significativas, como fue el caso de la del dominico Pierre de la Palude en su comparecencia del 19 de abril de 1311 (6).

5. Datos suministrados por la fuente reseñada en la nota anterior.

6. «Oyó contar que en el principio, cuando se fundó la orden de los templarios, dos caballeros montaban un solo caballo en un combate que tuvo lugar en tierras ultramarinas; el que cabalgaba delante se encomendó a Nuestro Señor Jesucristo y fue herido en el combate; pero el otro, que cabalgaba tras él y que, según cree, era el mismo diablo que había adoptado forma humana, dijo que se encomendaría a quien pudiera ayudarle mejor. Como no fue herido en el combate, **(sigue en la pag. siguiente)**

El enigma cabalístico de la letra T

No debe extrañarnos la doble vertiente que muchas veces, para confusión de incautos, adquieren ciertos símbolos y ciertos signos adoptados por las sociedades esotéricas. Por eso creo que nunca debemos conformarnos, a la hora de su interpretación, con los primeros significados que aparentan, sino que se debe hacer el intento de alcanzar sus consecuencias últimas, muy a menudo camufladas en sospechosas inmediateces.

La letra T que aparece con tanta frecuencia en las construcciones templarias -en Ponferrada, por ejemplo, hay al menos tres, grabadas en las piedras de su castillo- ha sido demasiado fácilmente asociada a la Tau griega y, consecuentemente, a la Tav hebrea, la última letra del alfabeto sagrado, analizado hasta sus últimas consecuencias por la Cábala. Sin embargo, si repasamos los significados místicos que los estudiosos dieron a las veintidós letras hebreas, nos daremos cuenta de que la T templaria adquiere mucho más sentido -y sobre todo muchas más significaciones esotéricas coincidentes con el origen y los fines de la orden- si la asociamos a la TETH (ט), que es la novena letra mágica en el orden cabalístico. Analicemos despacio y comparemos.

La TETH es, además de la novena letra, la representación del noveno *sefirra*, llamado Yesod (fundación) (7). Pero atención: la fundación del Temple está presidida también por el número 9. No sólo fueron nueve los fundadores de la orden, sino que pasaron nueve años (entre 1118 y 1128) desde la institución hasta su aprobación por el concilio reunido en Troyes.

Si continuamos con las implicaciones significativas de la TETH, encontraremos que su significado se relaciona con la figura de la *serpiente* de la sabiduría y el misterio insondable; que se corresponde con la representación del planeta Marte, con el color rojo y con todos los números simples; que se ins-

reprochó al otro haberse encomendado a Jesucristo y le dijo que, si accedía a creer en él, la orden crecería y se enriquecería; y el testigo oyó contar, aunque no sabe ahora quién se lo contó, que el primero, el que había sido herido, fue seducido por el dicho diablo que había adoptado forma humana y que de allí, de los susodichos errores, nació la pintura que tan a menudo había visto, consistente en dos hombres barbudos montados en un solo caballo y que es de allí de donde tomaron cuerpo los tales errores» (documento existente en la Bibliothèque Nationale manuscrito latino 11796, folio 203). El dominico Pierre de la Paludé -Petri de Palude- fue nombrado patriarca de Jerusalén por el papa Juan XXII. No olvidemos que la orden de los dominicos, del mismo modo que a través de sus inquisidores se convirtió en la máxima enemiga de los judíos, fue tradicional adversaria de los templarios y de los monjes benedictinos que fueron sus aliados.

7. No olvidemos que el principio de todos los estudios cabalísticos se encuentra en el esquema del Adam Kadmon -el hombre primigenio, la *forma* divina- y en los diez *sefirot*, que son, según el *Sefer Ha-Zohar* de Moisés de León, puros arquetipos de la idea divina, a la manera de los *pneuma* platónicos y neoplatónicos.

El ermitaño, noveno arcano del Tarot, se corresponde con la búsqueda de la sabiduría.



pira en la resistencia y en la protección, y que predice la ciencia y la cautela a aquellos que se acogen bajo su advocación. Hablo de las implicaciones simbólicas que los cabalistas atribuyen a la letra novena.

He aquí todo un resumen sintético de los principios templarios: búsqueda del conocimiento científico -y religioso, que viene a ser lo mismo en última instancia-, cautela, milicia -Marte-, presencia del color rojo -la misma cruz templaria- y penetración esotérica en el misterio. Misterio que podría traducirse en muchos de los caminos de la búsqueda templaria, pero que adquiere especial sentido cuando nos encontramos con que la letra TETH tiene una correspondencia zodiacal que la asocia al signo de Aries, y que ese mismo signo es el de la era que abarca en la precesión equinoccial -entre los años -2370 y -210- la época del florecimiento de la cultura megalítica, tras cuyas huellas marcharon los templarios en la búsqueda de buena parte de sus enclaves (8).

Pero la relación no ha terminado. Si seguimos atentamente las imágenes de los arcanos mayores del Tarot -inspirado en la Cábala mágica con un leve baño de supersticiones cristianas, a pesar de los empeños de los videntes alucinados que lo hacen proceder de remotas tradiciones egipcias- encontramos que el noveno arcano, correspondiente precisamente a la TETH, tiene como motivo la figura del ermitaño. Y esa tradición ermitaña, aparte de estar

8. Como ampliación a esta información, véase mi libro *Los santos imposibles* (op. cit.).

presente en otras muchas analogías templarias de la península (9), es, fundamentalmente, el tema que inspira y conforma todo el motivo aparentemente religioso ortodoxo que rodea al san Saturio soriano. De este modo, las pinturas de la cúpula de la ermita, indudablemente tardías, pero también inequívocamente correspondientes a una tradición anterior, representan todo un mosaico de personajes cuya santidad llegó a través de su estado vital de anacoretas:

Jesucristo en el desierto, tentado por el diablo.

San Juan Evangelista en Patmos.

San Onofre, desnudo, con la cabellera crecida.

San Antonio abad y sus tentaciones.

San Pablo, ermitaño.

San Benito cuando lo era...

... y, finalmente, el mismo san Saturio, coronado por un guerrero romano ante la presencia de los siete pecados capitales, bajo formas monstruosas: la medusa, el macho cabrío... Toda una escalada de anacoretas iniciados que, por debajo -o por encima- de su aparente ortodoxia, conservan para los ocultistas los símbolos definitorios de su búsqueda solitaria del conocimiento: la lámpara y el báculo serpentario, trasunto mágico del caduceo del Hermes olímpico que luce el anacoreta del Tarot, vencedor también como Hermes -o como el mismo arcángel san Miguel, a quien tuvieron dedicada su capilla subterránea los templarios- de la serpiente portadora del saber total.

La huella dejada por los templarios no está tan perdida como podrían hacer pensar los muros desnudos y arruinados de sus casas y de sus encomiendas. Dejaron un recuerdo y una tradición que sobrevivieron a su desaparición oficial y laten todavía en los indicios que dejaron, como al azar, detrás de ellos y de las piras que consumieron los cuerpos de sus dirigentes.

Y, siempre detrás, la Cábala

Jacques de Molay fue quemado el 18 de marzo de 1314, tres días antes del solsticio de primavera, en una pira levantada en las proximidades de la catedral de Notre-Dame, en París. Era el vigésimo segundo Gran Maestre del

9. Entre estas leyendas cabría destacar la tradición popular leonesa del «señor de Bemibre», localizada entre los templarios de Ponferrada.

Temple. René Gilles, desde un punto de vista estrictamente hermético (10), apunta la idea de que con esta cifra, identificada con la última letra del alfabeto sagrado hebreo -la Tav, que predice ruina y corresponde al Plutón de los avernos-, «se puede pensar que las Potencias superiores abandonaron al Temple porque ya había cumplido la misión que le había sido encomendada...».

No creo que debamos llegar a conclusiones tan estrictas, pero sí creo, en cambio, que este sentimiento de final, de ciclo cerrado o de misión cumplida, pudo estar presente en el ánimo del Gran Maestro y de sus compañeros cuando, pudiendo resistirse con las armas a la orden de arresto, no movieron una sola espada en su defensa (11). El simbolismo de la Cábala estaba, sin lugar a dudas, más presente en la vida y en los ritos de los templarios de lo que a primera vista podemos adivinar.

Volvamos al proceso que acabó con la orden y, dentro de él, a una de las más grandes acusaciones esgrimidas contra sus miembros. Según ella -cito textualmente la orden de arresto del 14 de septiembre de 1307 «el que es recibido en la orden, después de ser obligado a renegar de Jesucristo por tres veces y de escupir también por tres veces sobre la cruz, el maestro que le recibe *le hace desnudar de su ropa y [...] le besa en el extremo de la espalda, bajo la cintura, luego en el ombligo después en la boca y le dice que si un hermano de la orden desea yacer carnalmente con él, debe consentir y sufrirlo según el estatuto de la orden, y que por ello, por modo de sodomía, yacen carnalmente unos con otros...*»

Las torturas hicieron que muchos templarios confirmasen esta acusación. Geoffroy de Charney, preceptor de Normandía, declaraba el 21 de octubre de aquel año: «Interrogado acerca del beso, dice bajo juramento que besó al maestro que le recibía en el ombligo...». Y Hugues de Pairaud, visitador de Francia, llamado a declarar el 9 de noviembre, «requerido a declarar si había besado al que le recibía o bien si había sido besado por él, dice bajo juramento que sí, pero que solamente en la boca».

Extraña acusación y más extrañas confesiones, aunque fueran hechas bajo la amenaza o el efecto de la tortura. Invitan a preguntarse si no habría en ellas un fondo de verdad del que únicamente habría llegado a torcerse la in-

10. En su libro *Les templiers sont-ils coupables?*

11. Al menos en Francia. En los reinos españoles, a pesar de la buena disposición de los reyes a no reconocer culpabilidades templarias, hubo varios importantes conatos de resistencia armada en la corona de Aragón. Los castillos de Miravet y Monzón, en Tarragona y Huesca, fueron los últimos en obedecer las órdenes llegadas de Roma en 1308. Se da el caso de que en Miravet murieron en la lucha bastantes templarios, y de que, organizado el sitio de Monzón, los habitantes de la ciudad se negaron a tomar las armas contra los caballeros cercados, que resistieron nueve meses antes de entregarse en condiciones ventajosas.

tención; es decir, si aquel acto de los besos no respondería a intenciones distintas a la acusación formal de sodomía.

En 1794, un obispo alemán -o tal vez danés- llamado Friedrich Munter dijo haber descubierto en los fondos de la biblioteca Corsino de los archivos vaticanos un documento redactado a fines del siglo XIII por Roncelin de Fos, Gran Maestro *Secreto* del Temple (12). Publicado como *Libro de estatutos de la orden de los templarios (Statutenbuch der Ordens der Tempelherren)*, este documento es más conocido como el *manuscrito de Hamburgo*, y reproduce una regla secreta supuestamente seguida por los templarios, paralela a la regla reconocida oficialmente en el concilio de Troyes (1128). La autenticidad del documento no ha sido nunca enteramente probada, pero los artículos que contiene muestran haber sido, al menos, redactados con un sentido del sincretismo religioso que sí pudo ser -yo creo que sí *fue*- patrimonio del Temple.

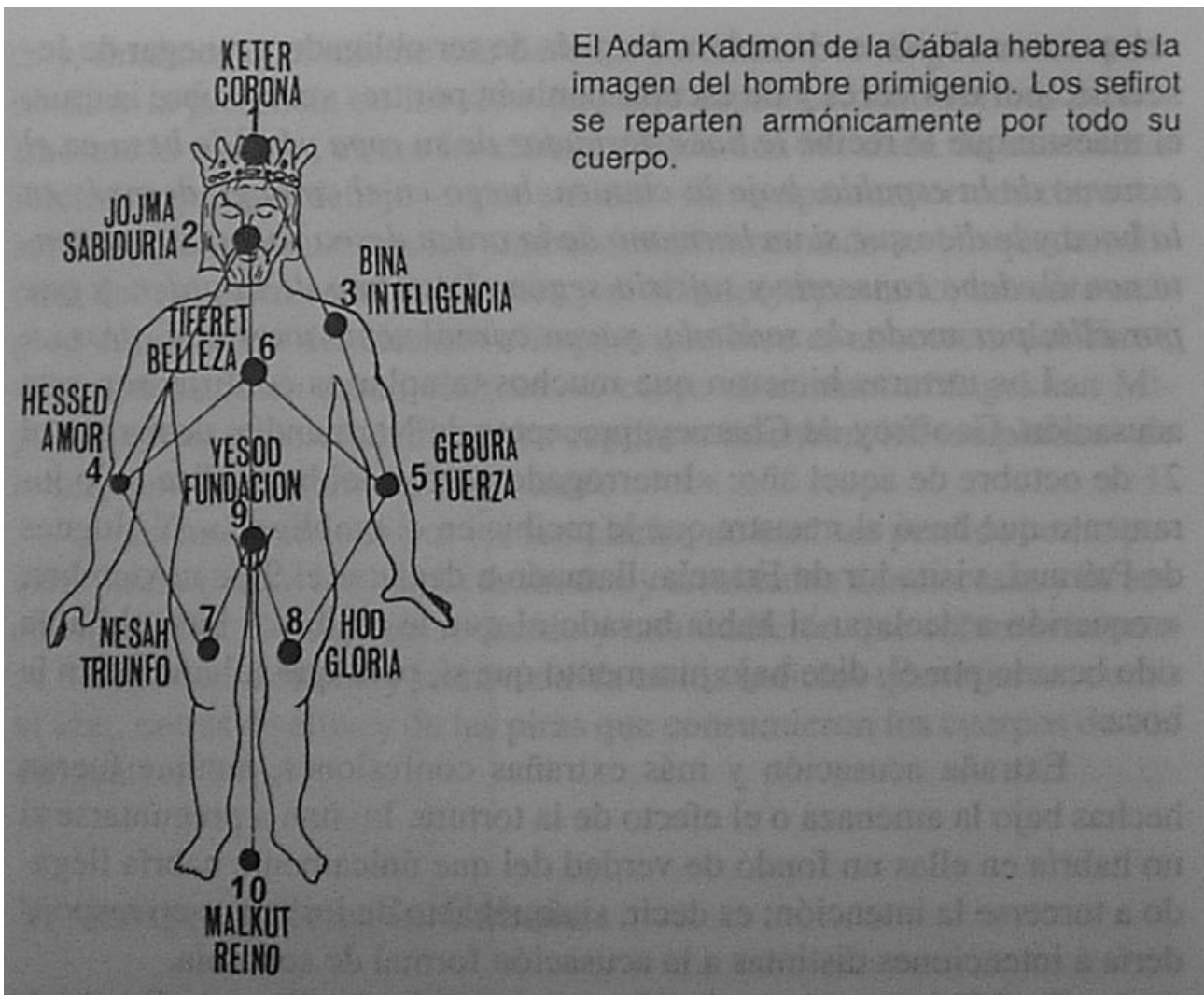
El artículo 23 de estos estatutos dice: «Si judío o sarraceno os invita a su mesa, comed de todo cuanto se os ofrezca y despreciad a los hipócritas que condenan la convivencia y rechazan el alimento que Dios ha creado, en vez de agradecer al Señor lo que concede al hombre».

Y el 24: «Llevad la guerra con justicia y caridad, tratad de proteger al débil y de castigar al culpable. Sobre todo, no penséis en aprovecharos de la gloria ni de la debilidad de los príncipes, ni practiquéis el saqueo. Durante los tiempos de paz, recordad que vuestro Dios es el mismo que el de los judíos y el de los sarracenos».

Estos dos artículos dan -con otros que no viene al caso citar en este lugar- la clave de una certeza que hemos estado vislumbrando hasta aquí: la búsqueda, por parte de los templarios, de las verdades que unían a los pueblos, y el rechazo de los errores que los separaban. Más adelante, en otro documento del mismo origen, el obispo Munter reproduce las oraciones templarias y nos descubre que, al parecer, entre ellas figura nada menos que la *Fatiha*, la oración musulmana que abre el Corán. Y afirma que el receptor termina el acto invocando: «Un Maestro, una Fe, un Bautismo, un Dios padre de todos y sea salvado todo aquel que invoque el nombre de Dios».

Conforme a esta idea sincrética de unidad religiosa, el artículo 11 de estos estatutos secretos de Roncelin justifica la acusación que reseñábamos antes,

12. La existencia histórica de Roncelin de Fos está debidamente probada, aunque no así su pretendida categoría de Gran Maestro *Secreto* del Temple. Efectivamente, este personaje fue recibido en la orden en 1281 y era miembro de una familia noble de la Provenza. En el pueblecillo de Bormes, cerca de Lavandou, se levantan aún las ruinas del castillo de Fos, y muchos de los miembros de esta familia jugaron importante papel a lo largo de la historia de Francia.



pero da una luz sobre su verdadero significado. Dice que el receptor besará al neófito después del juramento, primero en la boca para transmitirle el aliento, luego en el plexo solar y en el ombligo, que manda la fuerza, y finalmente en el miembro viril, imagen del principio creador.

De modo claro y sin segundas intenciones, estamos ante un acto cabalístico genuino. El beso en la boca es la exaltación del segundo *sefira* en el Adam Kadmon: JOJMA, la Sabiduría, correspondiente a la letra Beth. El beso en el plexo y el ombligo representa al sexto *sefira*: TIFERET, la Belleza, y a la letra Vav, Y el beso en el sexo es la exaltación pura, simple y simbólica del noveno *sefira*: YESOD, la Fundación, y de su letra Teth, la controvertida Tau templaria que, ahora sí, deja patente toda su función.

ATLAS INCOMPLETO PARA UNA GEOGRAFÍA OCULTA

Según cuenta Campomanes (1), los templarios, por la época de su prendimiento y disolución, contaban en los reinos peninsulares con doce conventos principales, aparte encomiendas y granjas anejas. De los doce logra localizar, citando a otros autores, un total de ocho. Dos de ellos los pone en duda por considerar que su autenticidad no es segura, y entre los otros cita por dos veces el de San Juan de Uceró, llamado entonces San Juan de Otero: el enclave soriano del río Lobos que hemos conocido en el capítulo anterior (2).

Hay que reconocer que, cuando se llega por primera vez a aquel lugar perdido en la soledad de las águilas, asalta la pregunta de cómo los templarios pudieron elegirlo para uno de sus más importantes emplazamientos peninsulares. El valle del río Lobos está apartado de las rutas comerciales; ya

1. *Disertaciones...* (pp. 137 y 138, título VIII).

2. Basándose en los estudios realizados por el padre Mariana en los archivos eclesiásticos toledanos, cita primero los cinco que se nombran en una bula del papa Alejandro III: Montalbán, San Juan de Valladolid, San Benito de Torija, San Salvador de Toro y San Juan de Otero. Cita a continuación los ocho reconocidos por Argote de Molina: Montalbán, Torrijos (en cambio era Torija en el anterior), San Salvador de Toro, San Juan de Valladolid, San Juan de Otero, Tomar, Montesa y Castromarín. La duda le surge en estos dos últimos, aludiendo a que Montesa debió de ser creado como sede primera de dicha orden (que albergó a la mayor parte de los templarios del reino de Valencia), y que Castromarín fue sede primera de la orden portuguesa de Cristo (creada también para legalizar la situación de los templarios de aquel reino).



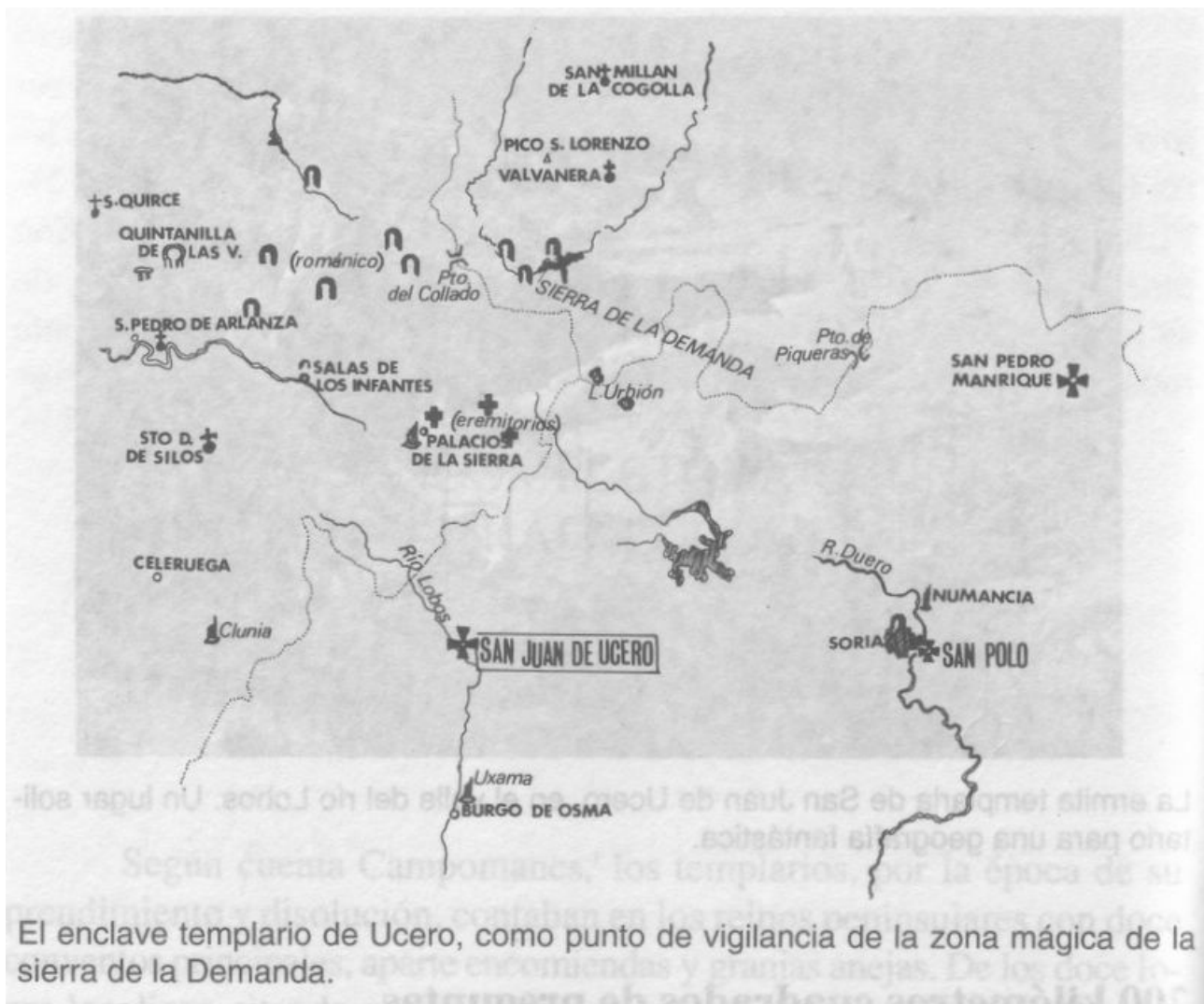
La ermita templaria de San Juan de Uceró, en el valle del río Lobos. Un lugar solitario para una geografía fantástica.

entonces carecía de valores estratégicos o militares, pues en tiempos de su ocupación templaria estaba ya muy lejos de la frontera musulmana, para cuya lucha el Temple había sido en buena medida creado, al menos de modo oficial. Tampoco pasaban por allí peregrinos a quienes dispensar protección, que era otro de los fines de la orden.

Ni lucha, ni guarda, ni intereses económicos, ni enclave políticamente interesante. ¿Qué significaba entonces el convento de Uceró para los templarios?

200 kilómetros cuadrados de preguntas

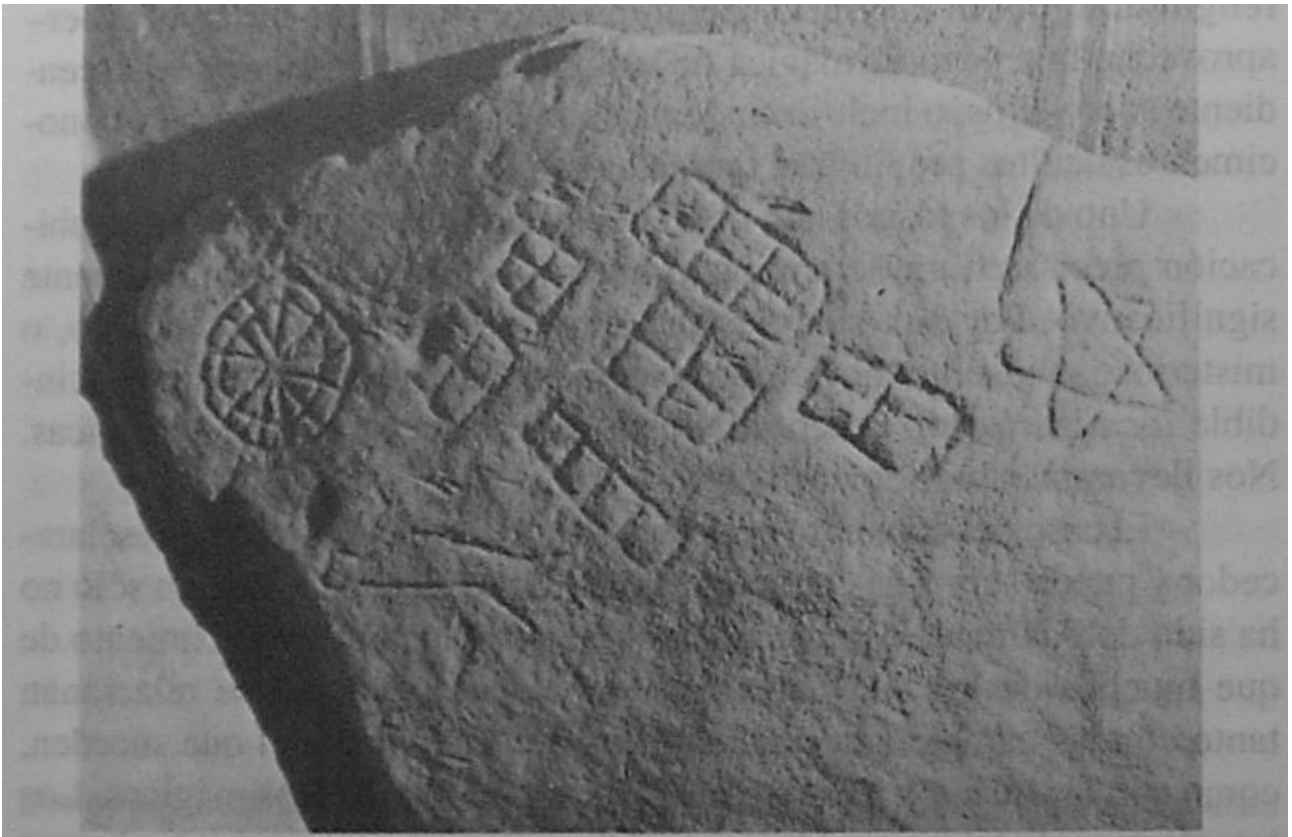
No hay noticias escritas que aclaren la importancia del convento de Uceró. Sólo los indicios, que llevan al convencimiento de que aquel lugar formaba parte de unos puntos muy determinados en los que, en medio de la soledad y el alejamiento, los templarios ocultaban los fines esotéricos de la orden. La huella de cultos antiguos, seguidos y estudiados por ellos, está presente en la caverna que se abre inmediata al convento, como está igualmente presente en las toponimias sagradas de los alrededores y en la presencia de lugares



megalíticos de las proximidades. Abundan las tradiciones religiosas y míticas, de indudable expresión esotérica (3), y hay lugares donde se detecta con toda claridad la presencia histórica de comunidades de anacoretas que aprovecharon en los primeros siglos de la Edad Media los santuarios precristianos olvidados en las profundidades de los bosques sagrados de tiempos paganos.

En este sentido, el convento del valle del río Lobos está encadenado a una tradición religiosa presente en aquella zona desde los albores de la humanidad. Forma parte de uno de los núcleos mágicos tradicionales de la península, de uno de esos lugares en los que se han ido sucediendo, a través de

3. El valle del río Lobos ocupa, casi con exactitud, el ángulo sudoriental de una zona tan rica en mitos y tradiciones remotas como es el alfoz de Lara y la sierra de la Demanda. Toda la tierra que se extiende al noroeste de Uçero contiene, en no más de doscientos kilómetros cuadrados, las mejores muestras de la cultura dolménica meridional, con monumentos megalíticos tan importantes como el camino de Vinuesa y sus dos templos megalíticos, el dolmen de Mazariegos y los poblados -santuarios- de Quintanar. Allí nació también la leyenda oculta de Fernán González, el primer conde independiente de Castilla, y todo el trasfondo ocultista del mito de los Siete Infantes de Lara.



Una de las insólitas lápidas encontradas en el cementerio paleocristiano de Palacios.

los tiempos, cultos, prodigios, milagros y fenómenos que escapan a la explicación racional, y misterios celosamente guardados por piedras que aún no han consentido en revelar el secreto que ocultan.

Un ejemplo, a menos de veinticinco kilómetros en línea recta del enclave templario: el hallazgo -relativamente reciente- de un cementerio paleocristiano en la colina que domina la localidad burgalesa de Palacios de la Sierra. Lo insólito del hallazgo no es tanto el cementerio en sí como los extraños signos indescifrables que están grabados en sus lápidas, hasta constituir una de las muestras más completas y reveladoras de la signología ocultista medieval de tradición remota, porque muchos de los grabados se corresponden con los signos inscritos en los petroglifos protohistóricos gallegos, y hay incluso varios que podrían identificarse sin dificultad con las marcas de las sociedades ocultistas de canteros de la Edad Media gótica. Las investigaciones -superficiales y nunca sistemáticas- que se han llevado a cabo para el esclarecimiento de estas marcas (4) no han dado ningún resultado positivo.

4. Según el testimonio de don Julián Manrique, cura párroco de Palacios, el doctor Alberto del Castillo, que fue catedrático de la facultad de Letras de Barcelona, investigó las lápidas del cementerio sin resultado positivo respecto a su significado y a los eventuales motivos de las inscripciones. **(sigue en la pag. siguiente)**

Otro ejemplo: el significado esotérico de toda la leyenda -yo le doy categoría de auténtico mito ocultista- de los Siete Infantes de Lara, cuya vivencia geográfica discurre en un área muy reducida en torno al viejo convento templario. En la historia de los siete infantes de Lara hay motivos simbólicos suficientes para un tratado de épica griática (5). Y en toda ella -es un dato altamente digno de tenerse en cuenta- el factor determinante del lugar juega, fundamentalmente, una función mágica, en la que la exactitud geográfica demuestra que para la narración es tan importante lo que está sucediendo como el lugar preciso donde acontece.

El lugar mágico

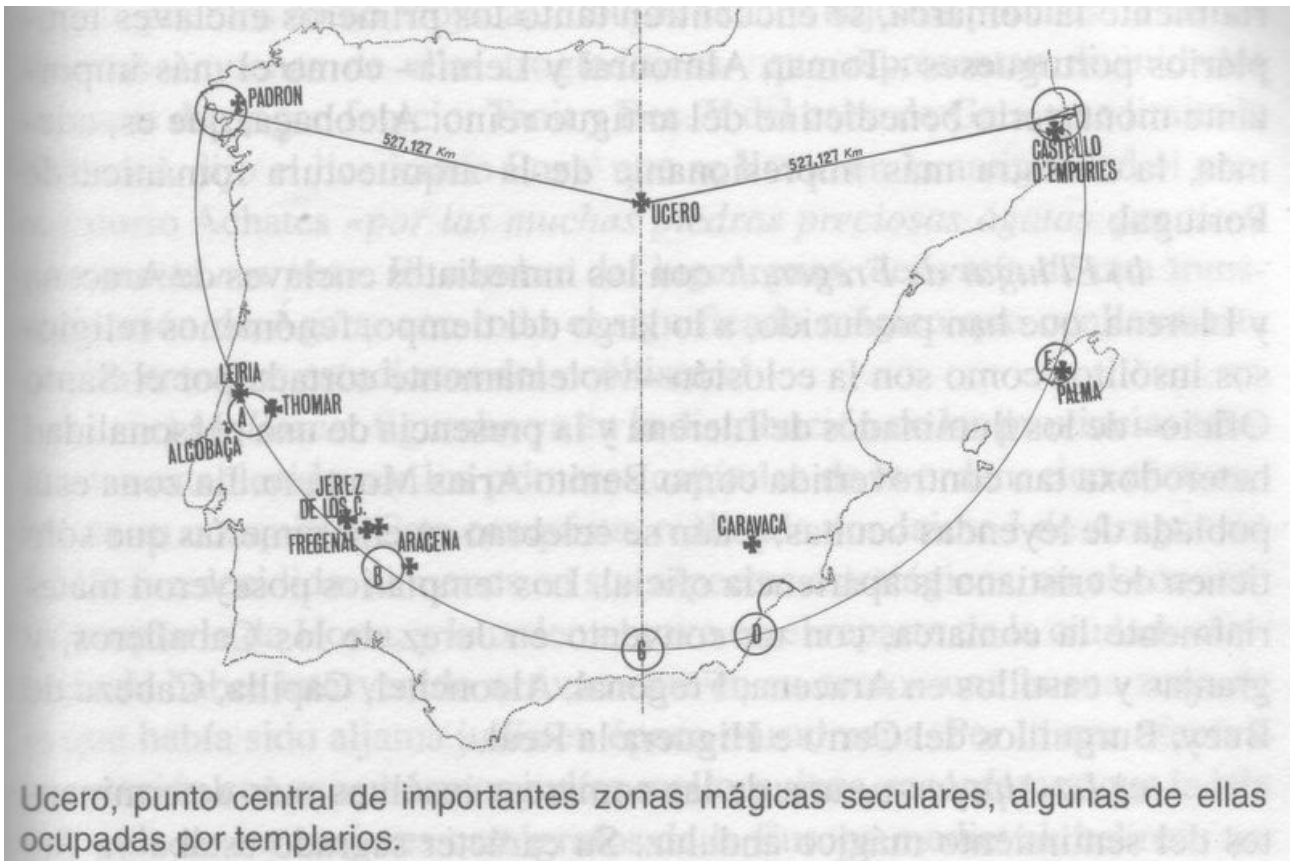
Siempre he sostenido que el hecho mágico es, fundamentalmente, una manifestación religiosa o supersticiosa que se produce ante hechos que, siendo esencialmente naturales, no tienen todavía -o no han tenido en un momento del pasado- una explicación que pueda ser captada por la razón humana o por el conocimiento. El hombre, frente a lo que desconoce racionalmente, aplica instintivamente la magia o la conciencia religiosa. Y, por el contrario, aquel que sabe -o el que busca el saber- aprovecha la tendencia mágica de los ignorantes para ejercer su ascendiente sobre ellos, o incluso su dominio, adjudicándose poderes y conocimientos ocultos propios del taumaturgo o del mago.

Uno de los rasgos aún desconocidos del hecho mágico es su ubicación precisa en un determinado lugar, ya de por sí geográficamente significativo. Por eso, siempre que surge el fenómeno desconocido, o misterioso, o insólito, hoy como en el más remoto pasado, es imprescindible *localizarlo* con exactitud y establecer sus coordenadas cósmicas. Nos llevaremos más de una sorpresa con ello.

El caso del convento templario del valle del río Lobos es esclarecedor y puede servir de ejemplo a esta geografía mágica, que no sólo no ha sido debidamente estudiada, sino que conduce al convencimiento de que muchos de los que llamamos fenómenos ocultistas se relacionan tanto con las características geológicas del suelo sobre el que suceden, como con la situación geográfica de determinados núcleos mágicos. Los templarios, al elegir aquel

Las lápidas encontradas se guardan actualmente en un local de la parroquia de Palacios y, según he podido comprobar, se hallaron con ellas, además de algunos cráneos, un cierto número de amuletos -o signos de reconocimiento- imposibles de clasificar dentro del contexto oculto del extraño cementerio.

5. Véanse los capítulos correspondientes de mi libro *Los santos imposibles* (*op. cit.*).



lugar, tenían que poseer necesariamente unos conocimientos cosmológicos que la ciencia histórica racionalista se niega sistemáticamente a reconocerles. Y más aún, sospecho con fundamento que esos conocimientos les habían llegado de una tradición remota que la orden se cuidó de investigar, estudiando desde muchos de sus establecimientos la continuidad mágica que se remontaba hasta los tiempos más oscuros de la historia.

Pongamos atención.

El lugar del emplazamiento del convento de Uceró está, con una absoluta exactitud, en el eje vertical de la península ibérica; es decir, en la línea que la divide en dos mitades y que equidista de sus dos puntos extremos, tanto a oriente -el cabo de Creus- como a occidente -el cabo de Finisterre-. Si situamos cuidadosamente el lugar en un mapa, sobre este meridiano imaginario, podremos comprobar que su distancia *en línea recta* a los dos puntos citados es de 527 kilómetros y 127 metros.

Pensemos un poco: sólo una improbable casualidad, o un profundo conocimiento de la cosmografía, puede determinar tal exactitud.

Si admitimos, sin más, la posibilidad casual, no sigamos haciendo cábalas sobre el lugar. Pero como yo me niego -y pido perdón por ello- a admitir sin más estas coincidencias fortuitas, me permitiré exponer paso a paso las sorpresas que he ido encontrando.

El paso siguiente fue el establecimiento, a partir del punto exacto del convento del río Lobos, de todos los lugares que se encuentran a esa misma distancia, en línea recta siempre, del centro templario sobre el que hemos detenido la atención. Significativo: sin contar con el hecho de que tanto la comarca del cabo de Creus como la zona inmediata en torno a Finisterre han sido núcleos de alta tradición mágica desde la prehistoria, se da el caso de que el arco de circunferencia que los une y tiene por centro la ermita templaria de Uceró, pasa por el enclave de Fátima en Portugal; por la zona mágica de Aracena y Fregenal, en los límites de Huelva y Badajoz; por el centro mismo de la comarca de la Alpujarra granadina; a continuación el arco sale al mar en las cercanías del río Almanzora, en pleno núcleo de la misteriosa civilización del Argar (6), roza la costa mallorquina en las inmediaciones de Palma y del monte sagrado del Puig Major, y vuelve a tierra firme en el cabo de Creus, clave del Ampurdán.

Estar en el lugar preciso

Fijémonos ahora en las circunstancias templarias de estos enclaves.

a) *Fátima*: los hechos insólitos conocidos -y sobre todo recordados-, de esta zona se remontan al primer cuarto del siglo actual. Sin embargo, es significativo que en sus inmediaciones, rodeando materialmente la comarca, se encuentren tanto los primeros enclaves templarios portugueses -Tomar, Almoural y Leiría- como el más importante monasterio benedictino del antiguo reino: Alcobaça, que es, además, la muestra más impresionante de la arquitectura románica de Portugal.

b) *El lugar de Fregenal*: con los inmediatos enclaves de Aracena y Llerena, que han producido, a lo largo del tiempo, fenómenos religiosos insólitos como son la eclosión -violentamente cortada por el Santo Oficio- de los iluminados de Llerena y la presencia de una personalidad heterodoxa tan controvertida como Benito Arias Montano. La zona está poblada de leyendas

6. Para un lector que no conozca mi libro *Los supervivientes de la Atlántida* puede resultarle extraña y fuera de lugar esta referencia a un supuesto misterio de la civilización argárica. Sin embargo -resumiendo lo expuesto ya allí-, su presencia coincide con una serie de mitos arcaicos que ya relataban su realidad muchos siglos antes de que los hermanos Siret descubrieran sus enclaves a fines del siglo pasado. Su huella, pues, puede ser detectada históricamente en los poemas irlandeses del *Leabhar Gabhala*, y geográfica y arqueológicamente entre los ríos Antas y Almanzora, identificando a aquel pueblo con el pueblo de los Thuata-de-Danán, poseedores de la gran magia blanca atlante y protegidos de Lug.

ocultas, y aún se celebran en ella romerías que sólo tienen de cristiano la apariencia oficial. Los templarios poseyeron materialmente la comarca, con un convento en Jerez de los Caballeros, y granjas y castillos en Aracena, Fregenal, Alconchel, Capilla, Cabeza de Buey, Burguillos del Cerro e Higuera la Real.

c) *La Alpujarra*: una de las comarcas insólitas más determinantes del sentimiento mágico andaluz. Su carácter sagrado estaba ya firmemente establecido en época musulmana, con la presencia de morabitas anacoretas que llegaron a estar afincados casi en la cumbre del Mulhacén, el pico más alto de la península. La tradición milagrera de imágenes y santuarios corre pareja con la presencia de manantiales de aguas medicinales que, en tiempos antiguos, tuvieron atributos mágicos. Los templarios nunca estuvieron en esta zona. Pero tengamos en cuenta que la orden fue disuelta en 1312, y que el reino de Granada no fue conquistado hasta 1492. Sin embargo, si recordamos los contactos officiosos que el Temple tuvo con los cabalistas judíos, conviene tener en cuenta que al menos uno de los prohombres hebreos que financió la conquista del reino nazarita por los Reyes Católicos, Ishaq ben Yehuda Abravanel, se reveló como importante conocedor de la Cábala después de su marcha de España por el decreto que establecía la expulsión de los judíos de los reinos de Castilla y Aragón.

d) *El Argar*: tampoco fue alcanzado nunca por los templarios, que sólo lograron establecerse en su relativa proximidad ocupando el castillo de Caravaca a fines del siglo XIII. El carácter mágico de la zona viene subrayado tanto por la presencia de la cultura protohistórica que ya hemos mencionado como por la existencia -desde los tiempos oscuros sólo recordados por la tradición popular hasta nuestros días- de mitos mineros y recuerdos confusos de santos milagreros de procedencia precristiana, ritos serpentarios y prácticas mágicas. Aún hoy es posible ver, en pueblos como Mojácar, dibujos hechos bajo los porches de las viviendas -muchas de ellas troglodíticas- que representan divinidades mágicas de origen fenicio: Tanit y Bes. Y del cabo de Gata, que limita la comarca, dijo el licenciado Poza (7), que se llamó en la antigüedad el promontorio Achates «*por las muchas piedras preciosas ágatas que tiene esta punta marina*». El nombre del lugar, pues, derivaría de una transformación de Ágata, con todo el significado mágico que conlleva esta

7. El licenciado Poza (Andrés), natural de la ciudad de Orduña en Euskadi, publicó en 1587 un curioso libro titulado *De la antigua lengua, poblaciones y comarcas de las Españas*, en el que, tal vez sin proponérselo, dio un importante paso por el camino de la primitiva historia peninsular, a través de lo que cuentan -y hoy es rechazado sistemáticamente- las tradiciones populares y los mitos.

pedra entre los estudiosos del ocultismo (8).

e) *Mallorca*: figuraba ya en la distribución de las provincias templarias establecida por los primeros capítulos de la orden, cien años antes de su conquista. Esta conquista, realizada por Jaime I de Aragón en 1228, fue decidida, al menos en sus aspectos estratégicos, en el convento templario de Horta, y la orden obtuvo en el reparto de la ciudad -después de haber intervenido activamente en su cerco- una buena zona de la que había sido aljama judía en época musulmana. Por lo que afecta a su relación con esos mismos judíos mallorquines, recordemos que la isla fue sede de los mejores cartógrafos de la Europa medieval, hebreos todos ellos. Y que ya en puertas del siglo XV, precisamente cuando la seguridad de los judíos era más precaria en los reinos hispánicos, los más importantes de estos cartógrafos, Abraham y Yefuda Cresques, fueron llamados a Portugal, donde trabajaron activamente bajo la protección directa de los reyes y de la orden de Cristo, en la cual se habían encuadrado todos los templarios lusitanos después de la disolución de la orden en 1312. Recordemos finalmente que en las Baleares, tradicionalmente pobladas en la antigüedad por descendientes de Tubal, floreció una importantísima cultura megalítica, de la que aún pueden admirarse santuarios laberínticos como el de Capicorp Vell, así como *taules*, *talayots* y *navetes* de un indudable origen religioso y cultural (9).

Bajo el signo de la Tau

Sigamos ahora con la cartografía mágica que nos descubre el convento templario de Uzero. Tracemos sobre el mapa las líneas ideales que unen este lugar con los dos extremos peninsulares antes mencionados: el cabo de Creus a oriente, y el de Finisterre a occidente. Nos aguarda una nueva sorpresa: *exactamente en el punto medio* de estas dos rectas ideales se encuentran dos nuevos núcleos mágicos de enorme interés.

1) *La Maragatería* y los montes de León en la recta de Finisterre. Los

8. En el *Lapidario* de Alfonso X el Sabio se recuerda su nombre árabe -*zavarget*- y se le atribuye el don de facilitar el parto a las mujeres y dar valor a los hombres de noche y cuando están solos. Se dice de ella que es indicio de la presencia de oro lo cual, traduciendo los significados del simbolismo ocultista, hace pensar en que su presencia -real o simbólica- denota la proximidad de una fuente de sabiduría. Si tenemos en cuenta que hay también la presencia de oro en el cabo de Gata, el simbolismo de la piedra se corresponde también con antiguas minas de oro de la zona -precisamente en Rodalquilar-, ya prácticamente abandonadas en la actualidad.

9. Puede consultarse, a propósito de este tema, mi artículo «Prodigios mistericos mallorquines», publicado en *Historia 16* (número 29, setiembre de 1978).

templarios tenían vigilado este enclave desde su fortaleza de Ponferrada (10).

2) *La sierra de San Saturnino*, en lo más abrupto del condado de Ribagorza, zona mágica de brujas y leyendas del Alto Aragón, dominada por el pico del Turbón, al que muchos campesinos conocen aún por el nombre del Frontón de las Brujas, por la presencia de aquelarres remotos en aquellos parajes. Comarca sagrada, potenciada desde tiempo inmemorial por manantiales sagrados también y hoy medicinales, como el de Vilás del Turbó, fue secularmente vigilada por los monjes benedictinos desde sus monasterios de Obarra, Alaón y San Victorián, y por los caballeros del Temple desde su castillo de Monzón, que era sede del maestre de Aragón (11).

Una coincidencia sospechosa antes de seguir adelante: el Turbón es el pico más alto de la sierra de San Saturnino. El que domina los montes de León es el Teleno. Dos montes dominados por la inicial T presiden dos comarcas sagradas en dos polos de simetría muy concretos.

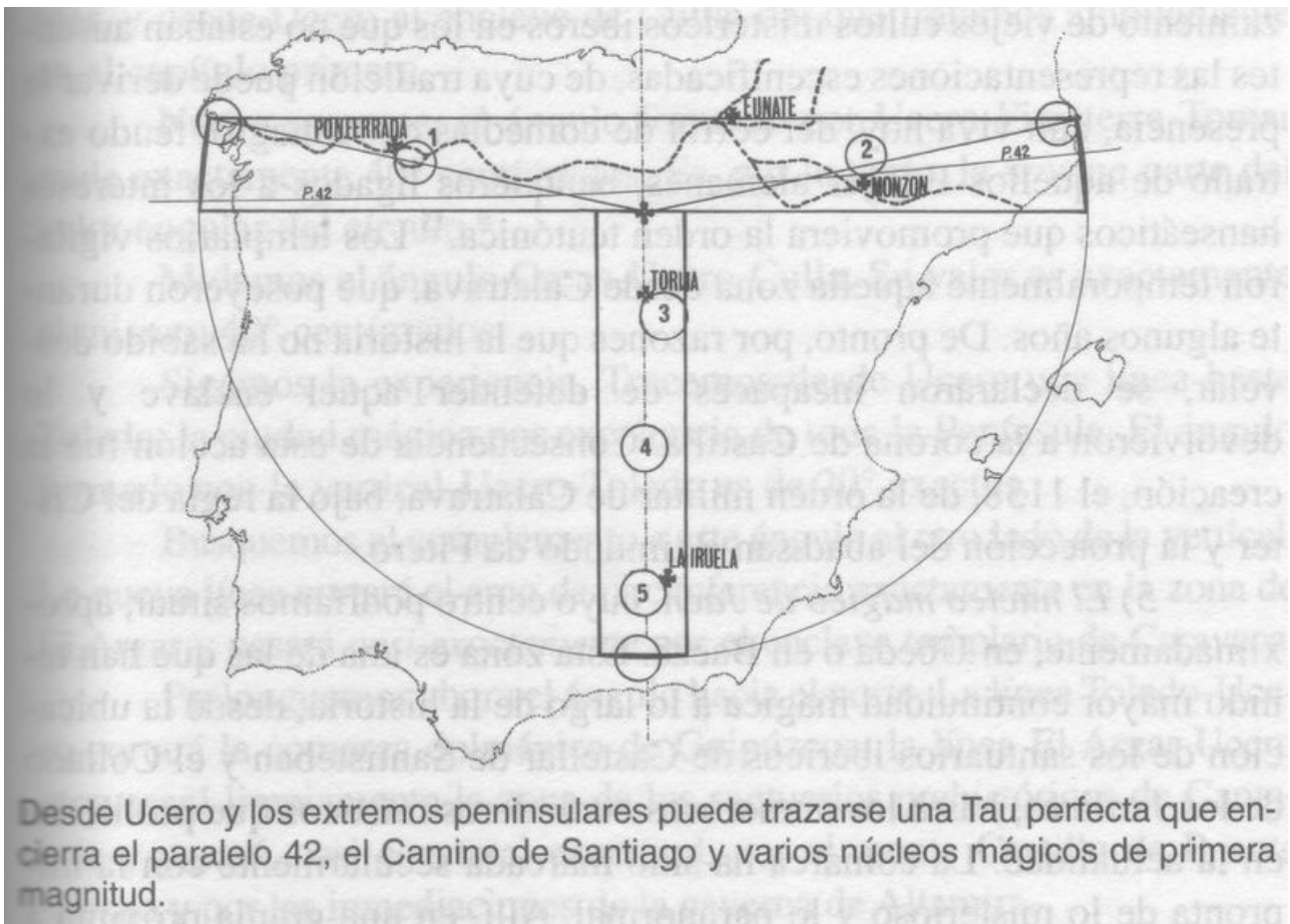
Tracemos ahora dos líneas sobre nuestro mapa. La primera que una el cabo de Creus con el de Finisterre. La segunda, paralela a la primera, que pase por el punto determinado por el convento de Uceró. Con estas líneas habremos delimitado una faja de unos cien mil kilómetros cuadrados -algo menos, contando con el mar- que contiene dos elementos fundamentales, tanto para la historia cultural de la península como para el estudio de los mitos religiosos universales.

El primer elemento a tener en cuenta es el paralelo 42, que atraviesa toda la zona y en cuyas inmediaciones, a lo largo de todo su recorrido planetario, se han originado los grandes movimientos religiosos de la tierra, desde Roma a los montes chinos de Heng Cheng, pasando por Armenia, la cordillera de Tian Shan y el desierto de Gobi (12).

10. Excuso ampliar aquí las referencias a este núcleo mágico, del que tendremos ocasión de hablar ampliamente a partir del próximo capítulo.

11. Véanse, a este respecto, las notas 1, 12 y 17 de mi *Crónica sin tiempo del rey Conquistador* (*op. cit.*). Ya traté allí de estudiar en profundidad el tema templario, aunque circunscrito al castillo de Monzón y a la presencia histórica de Jaime I en él.

12. El desierto de Gobi es precisamente el lugar donde todas las tradiciones religiosas orientales, desde el hinduismo al Tao, sitúan el lugar de Shambala, principio y meta de todos los saberes, conocimientos, ciencias y creencias del mundo entero. Consúltese sobre este tema a Andrew THOMAS, *Shambala, oasis de Lumière* (Robert Laffont París, 1976), y, con todas las prevenciones hacia su ideología fascista, pero respetando sus conocimientos y muchas de sus ideas, a René GUÉNON en *Le roi du monde*, que sólo conozco a través de su traducción italiana por Editrice Atanor, Roma, 1971.



El segundo elemento es el Camino de Santiago, que está contenido en esta faja de tierra tanto en su recorrido catalán, que comienza en Barcelona, como en su parte aragonesa, que entra en ella a la altura de Jaca y del monasterio griálico de San Juan de la Peña. En cuanto al camino llamado francés, que entra por Roncesvalles, penetra en nuestra faja mágica a la altura de la ermita templaria de Eunate y casi allí mismo, en Puente la Reina, se une a los caminos anteriormente citados y ya no la abandona hasta su misma meta compostelana.

Completemos ahora la figura que hemos comenzado a entrever. Situémonos de nuevo en Uçero y, tomando otra vez como centro el convento templario y el eje vertical que pasa por él, tracemos una faja de igual anchura que la anterior, la cual tenga a dicho eje por centro y que llegue hasta el borde del arco trazado anteriormente, con centro en Uçero y radios límite en Creus y Finisterre. Con esta nueva faja de terreno habremos acotado una zona peninsular de unos 155.000 kilómetros cuadrados en forma de T perfecta, en cuya rama vertical encontraremos otros cuatro núcleos mágicos de primera magnitud.

3) *La Alcarria oriental*, de tradiciones prodigiosas constantes, desde los milagros paranormales atribuidos a los santos franciscanos, benitos y carmelitas de sus numerosos conventos -ya hoy casi todos en ruinas o desaparecidos- hasta el nacimiento, precisamente allí, del movimiento heterodoxo de los alumbrados, cuyas huellas llegaron a simultanearse en Toledo y en Llerena, como vimos ya páginas atrás. Significativamente, la eclosión mágica de esta zona -vigilada por los templarios desde su castillo de Torija- no se ciñe al cristianismo o a sus variantes heterodoxas; abarca el judaísmo a través de los cabalistas de Guadalajara (13) y comprende a santos musulmanes que la Iglesia cristiana se apropió a su conveniencia (14).

4) *La Mancha mágica*, en torno a los Ojos del Guadiana, a las Tablas de Daimiel y a Almagro. Es la zona misteriosa del Quijote, el lugar preciso de la cueva de Montesinos y de las lagunas de Ruidera, emplazamiento de viejos cultos místicos iberos en los que no estaban ausentes las representaciones escenificadas, de cuya tradición puede derivar la presencia, aún viva hoy, del corral de comedias de Almagro, feudo extraño de aquellos Fugger alemanes, banqueros ligados a los intereses hanseáticos que promoviera la orden teutónica (15). Los templarios vigilaron temporalmente aquella zona desde

13. Aunque fueron mucho más conocidas las Escuelas cabalísticas de Soria, Segovia, Toledo y Gerona, es significativo que fuera en Guadalajara donde naciera -y probablemente se educara- Rabbi Moshe ben Sem-Tov en 1240, más conocido como Moisés de León, recopilador máximo de los saberes cabalísticos a través de su *Sefer Ha-Zohar*, que constituye, con el *Sefer Yetsira*, el texto fundamental de la llamada Cábala mística.

14. Me refiero aquí a la historia de Haly Maymun, contada en el monasterio Sopedrán, en las cercanías de Hita. Este príncipe, hijo al parecer del rey Almamún de Toledo, hizo vida eremítica en estos lugares. Y la iglesia dice que se convirtió al cristianismo y que adoptó el nombre de Pedro, después de haber vivido un extraordinario milagro de aparición de la Virgen sobre una higuera. Curiosamente, hay una tradición burgalesa, situada en la localidad de Salinillas de Bureba, que narra un milagro semejante y una vivencia parecida sucedida a una hermana de este príncipe toledano, la cual tomó el nombre de Casilda y hoy es venerada en un santuario cercano a la localidad citada. A mi modo de ver, sospecho que tanto uno como otro caso, si algo tienen de histórico -y probablemente tienen mucho de verdad-, forman parte de un tiempo en el que tanto cristianos como musulmanes y judíos vivieron juntos y en los mismos lugares la experiencia mística. Recuérdese a este respecto que en las ermitas cordobesas, que son enclave de anacoretas desde la eclosión del cristianismo, convivieron haciendo vida eremítica durante la época musulmana monjes mozárabes y morabitas musulmanes.

15. La orden teutónica fue, con todas sus variantes y derivaciones imperialistas, una especie de versión germánica del Temple. Menos abiertamente esotérica, tuvo de común con los templarios el fomento de los intereses territoriales y comerciales, que la llevaron a una campaña de conquistas por el Báltico y al fomento de compañías comerciales, de las que la Liga Hanseática fue la más internacionalmente conocida. Los Fugger, banqueros de Carlos V, le proporcionaron los fondos costosísimos de su coronación imperial. Como cobro parcial a esta deuda, recibieron los derechos de explotación de las minas de mercurio manchegas y, como feudo, la casi totalidad de la comarca de Almagro. En esta ciudad está aún en pie el palacio que fue de los banqueros alemanes.

Calatrava, que poseyeron durante algunos años. De pronto, por razones que la historia no ha sabido desvelar, se declararon incapaces de defender aquel enclave y lo devolvieron a la corona de Castilla. Consecuencia de esta acción fue la creación, el 1158, de la orden militar de Calatrava, bajo la regla del Císter y la protección del abad san Raimundo de Fitero.

5) *El núcleo mágico de Jaén*, cuyo centro podríamos situar, aproximadamente, en Úbeda o en Baeza. Esta zona es una de las que han tenido mayor continuidad mágica a lo largo de la historia, desde la ubicación de los santuarios ibéricos de Castellar de Santisteban y el Collado de los Jardines, hasta los numerosos curanderos místicos que proliferan en la actualidad. La comarca ha sido marcada secularmente con la impronta de lo misterioso y lo paranormal. Allí, en una granja próxima a Baeza, san Juan de la Cruz tuvo las experiencias místicas que le condujeron a la *Subida al monte Carmelo*. Y en esa misma zona tienen aún hoy lugar los controvertidos fenómenos de las llamadas «caras de Bélmez». Allí abundan los cristos milagrosos y las vírgenes encontradas en cuevas sagradas de la prehistoria. No hay constancia cierta de presencia templaria, pero el hecho de que la orden interviniera activamente en las sucesivas conquistas del territorio, desde tiempos de Alfonso VIII de Castilla hasta la estabilización cristiana bajo Fernando III, ayuda a confirmar la tradición que asegura que los templarios poseyeron durante algún tiempo el castillo de la Iruela, en las inmediaciones de Cazorla.

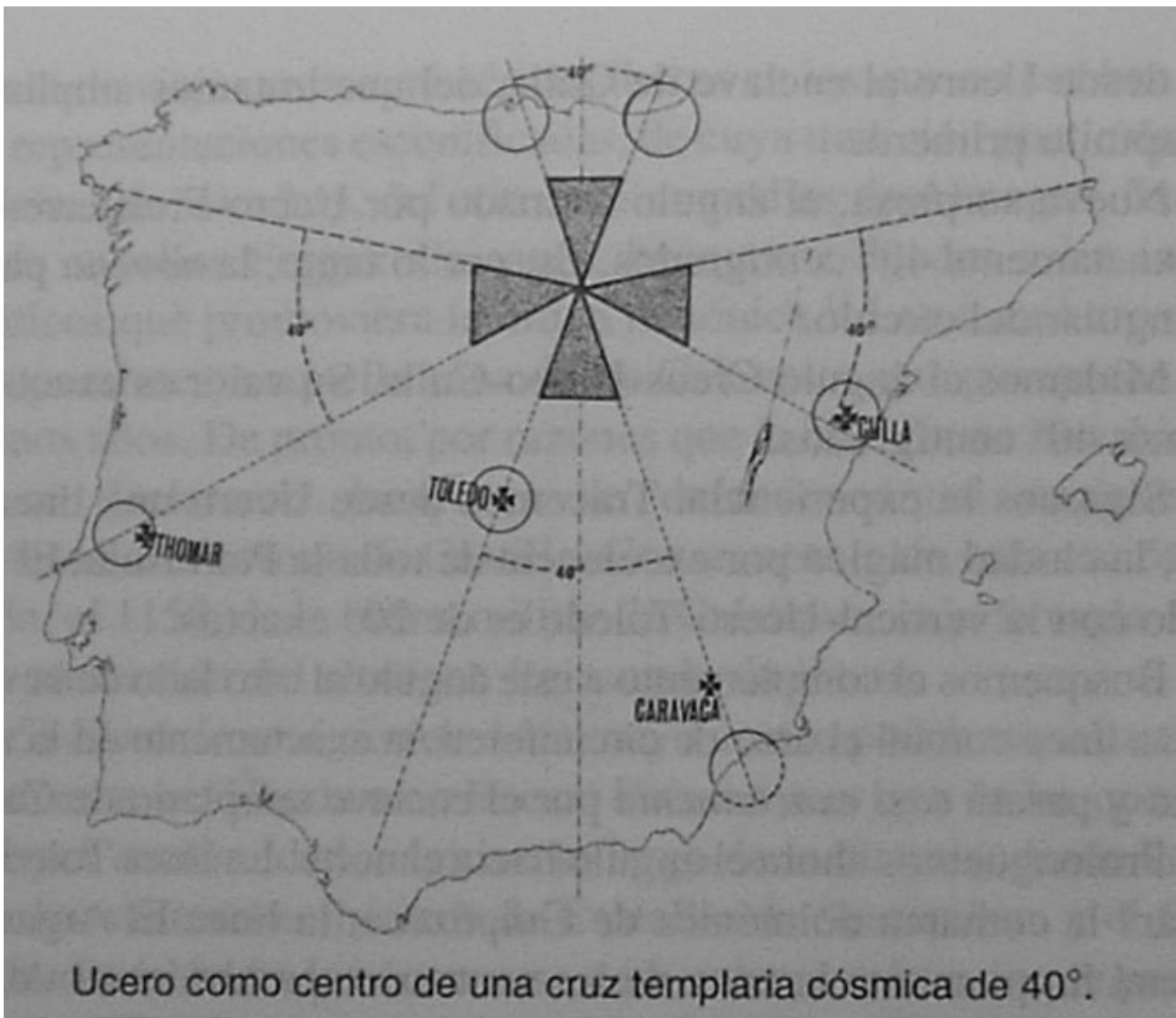
Recordemos, por último, que en el pie mismo de esta Tau mágica se encuentra el núcleo de las Alpujarras, del que hablábamos anteriormente.

Los ángulos de la cruz templaria

Una vez más vamos a regresar al convento templario de Ucero, para realizar, desde él, otra experiencia de cartografía informal. Situemos primero las dos distancias primitivas a Creus y a Finisterre y tracemos luego las líneas que van desde Ucero al convento portugués de Tomar, y desde Ucero al enclave de Culla, del que tratamos ampliamente en el capítulo primero.

Nueva sorpresa: el ángulo formado por Ucero-Finisterre-Tomar mide exactamente 40° centígrados. Es, por lo tanto, la novena parte del valor angular del círculo (16).

16. Recordemos todo lo contado en el capítulo anterior respecto al valor del número 9 en el esoterismo templario: 9 caballeros, 9 años desde la fundación hasta el reconocimiento de la orden, la importancia de la 9.a letra hebrea -la Teth- en la simbología templaria. Recordemos finalmente la importancia ritual ocultista -en cierto modo confirmada por la realidad histórica- referente a los años múltiplos de 9 y la coincidencia de crímenes rituales -o ritualizados- en algunos de estos años: 1170, asesinato de Tomás Becket; 1179, condena de los valdenses; 1188, derrota de los templarios en Casal-Robert; 1314, ejecución de Jacques de Molay; 1431, ejecución de Juana de Arco; 1440, ejecución de Gilles de Rais.



Midamos el ángulo Creus-Uzero-Culla. Su valor es exactamente el mismo: 40° centígrados.

Sigamos la experiencia. Tracemos desde Uzero una línea hasta Toledo, la ciudad mágica por excelencia de toda la Península. El ángulo formado con la vertical-Uzero-Toledo es de 20° exactos.

Busquemos el complemento a este ángulo al otro lado de la vertical. La nueva línea cortará el arco de circunferencia exactamente en la zona de El Argar y pasará *casi exactamente* por el enclave templario de Caravaca.

Prolonguemos ahora el ángulo hacia el norte. La línea Toledo-Uzero cortará la comarca dolménica de Guipúzcoa; la línea El Argar-Uzero atravesará limpiamente la zona de los santuarios prehistóricos de Cantabria y pasará, casi con total exactitud, por el monte Castillo de Puente Viesgo y por las inmediaciones de la caverna de Altamira.

Los cuatro ángulos -opuestos dos a dos- de 40° nos han dibujado una cruz

templaria, del mismo modo que las líneas maestras del apartado anterior nos dibujaron una Tau.

¿Se trata de una sucesión de casualidades? Cabría pensarlo sólo haciendo uso de una mentalidad espectacularmente escéptica. Concurren demasiadas coincidencias. Se dan demasiadas exactitudes. Hay, sin duda, un *marcaje* templario constante, vigilando con su presencia los núcleos místéricos de una geografía cuyas coordenadas tuvieron que ser establecidas desde un lugar clave previamente localizado. Un lugar desde el que *unos signos determinados podían señalar con exactitud los lugares que significaban una meta*.

Pero este lugar -Ucero- sólo podía encontrarse poseyendo unos conocimientos geográficos muy superiores a los que normalmente son admitidos en la época medieval en la que nació, vivió y murió la orden del Temple. Sin embargo, *no olvidemos* que los templarios pudieron estar en contacto con los grandes cartógrafos judíos, tanto mallorquines como portugueses. *No olvidemos* que Mallorca era una de las metas fijas del Temple. *No olvidemos* que los cartógrafos Cresques fueron protegidos en Portugal por la orden de Cristo, heredera de los bienes y de las metas de los templarios. *No olvidemos* que el mapa de Piri Reiss, que tanta polémica ha levantado sobre los conocimientos cartográficos de la antigüedad, tiene su origen probable en un marino que acompañó a Colón en sus viajes. *No olvidemos* que Colón, casi con absoluta seguridad «marrano» (17), tuvo acceso a los archivos de la orden de Cristo en Portugal y a los de Calatrava en Castilla, heredera y custodia ésta de los bienes del Temple.

Recordemos, finalmente, que el pueblo hebreo, desde los tiempos de Salomón, comerció, colaboró, construyó templos y surcó los mares codo a codo con sus vecinos fenicios, posiblemente el pueblo que en la historia antigua -me refiero a la historia oficial, conocida y reconocida- tuvo mayores y más perfectos conocimientos geográficos. Pero los fenicios, lo mismo que sus herederos y sucesores, los púnicos cartagineses, fueron materialmente borrados de la historia con la colaboración de Alejandro de Macedonia y de

17. El origen judío de Cristóbal Colón fue documentado ya en 1913 por el historiador Celso García de la Riega. Maurice David descifró en 1933 el judaísmo de su firma y de algunos de los signos empleados por el almirante. Salvador de Madariaga apoya en su biografía la ascendencia hebrea de Colón, y hoy ya casi todos los historiadores la han reconocido. Pero importa recordar que, durante su estancia en Portugal, Colón tuvo acceso a la carta de navegación del profesor judío de Salamanca Abraham Zacuto, y que Ishaq Abravanel, de quien hemos hecho mención anteriormente, protegió económicamente la empresa colombina, como la protegió el «marrano» Luis de Santángel. Se sabe igualmente que en la tripulación del primer viaje de Colón había varios judíos conversos: los hermanos Lacalle, que eran marineros; Torres, que actuaba de intérprete, y el médico Bernal.

los romanos. ¿Por qué y cómo desapareció un pueblo tan sabio y tan próspero que, además, había alcanzado tan altas metas en la búsqueda del saber?

El enigma fenicio

Baalbeck se encuentra a 70 kilómetros de Beirut, a 1.150 metros sobre el nivel del mar, en la llanura de Bekaa. Allí hay cuatro bloques de piedra tallada que forman parte de una edificación fenicia muy anterior a la conquista romana. Tres de estos bloques pesan, cada uno, 750 toneladas. El otro, de 21 metros de largo y con una sección cuadrada de 4 metros, pesa aproximadamente unas 2.000 toneladas. Los cuatro bloques formaron parte de templos fenicios dedicados a Baal y Astarté, aunque los antiguos escritores árabes cuentan que fueron levantados a iniciativa de Nemrod, por un pueblo de gigantes que surgió después del Diluvio.

Baalbeck es, en todo caso, la única muestra patente de la cultura tecnológica y científica de un pueblo, el de los fenicios, que tuvo fama de constructor y no ha dejado apenas restos de sus edificaciones (18), que inventó el alfabeto y no dejó literatura, que fue marino y no nos legó relación directa alguna de sus viajes ni de sus conocimientos náuticos.

Según Maspero (19), los fenicios procedían de la raza de Kush, un pueblo blanco que se localizó primeramente en la orilla asiática del mar Rojo poco después de la conquista menfita. El de Kush era un pueblo, al parecer, con un grado de civilización muy semejante al que Egipto había alcanzado en esta misma época. Emigraron hacia las orillas mediterráneas de la tierra de Canaán y allí, en vecindad inmediata con los hebreos, fundaron ciudades que

18. Naturalmente que, aunque escasos, no faltan restos arqueológicos de las construcciones fenicias y cartaginesas. Están los pocos restos de Biblos, parte de las construcciones de Tiro, las ruinas de Cartago. Pero tanto Biblos como Tiro y Sidón fueron prácticamente asoladas; sobre Cartago, como sobre Beritos (Beirut) y Gades (Cádiz), se edificaron otras ciudades que ocultaron para siempre las edificaciones anteriores. Se sabe que colaboraron activamente en la construcción del Templo de Jerusalén, pero el templo desapareció; se sospecha que levantaron el Coloso de Rodas, pero el Coloso es sólo un recuerdo mítico; las crónicas hablan de un importantísimo templo a Melkart en las inmediaciones de Cádiz, pero ninguna investigación ha dado con la clave de su emplazamiento. Es como si una intención precisa hubiera provocado, a lo largo del tiempo, la destrucción sistemática de todo el saber fenicio, relegando a aquel pueblo al olvido o, en el mejor de los casos, a un recuerdo parcial, compuesto en su mayor parte de referencias indirectas. La vida de los fenicios, tal como la conocimos, se reduce a unos cuantos sarcófagos, a un par de mausoleos, a algunas necrópolis dispersas y, en su mayor parte, depredadas por buscadores de tesoros.

19. *Historia antigua de los pueblos de Oriente* (Daniel Jorro editor, Madrid, 1913).

nunca llegaron a constituir un estado políticamente unificado, aunque su relación fue, casi siempre, fraternal (20).

Su relación con los judíos fue estrecha, tal como nos la cuenta la Biblia, sobre todo el libro de los Jueces y el primero de los Reyes. Por este último -capítulo 5- sabemos que Salomón tuvo la colaboración de Hiram de Tiro y de sus carpinteros para la obtención de toda la madera procedente de los cedros del Líbano que se empleó en la construcción del templo. Sabemos igualmente que otro Hiram -tal vez hijo del anterior- fabricó en bronce todos los grandes ornamentos y colaboró en los planos del templo. Igualmente, en el capítulo 11 -4 y 5-, se narra cómo el rey judío, en sus últimos años, cayó en la idolatría de las divinidades fenicias (21). Por su parte, el Canto de Débora censura a los de Dan por navegar en barcos ajenos (22), posiblemente fenicios. Y más adelante, en el mismo libro, se da cuenta de la vida justa y buena que llevaba a cabo el pueblo de Lais al estilo fenicio (23).

Un inciso posiblemente revelador: recordemos una vez más que los templarios realizaron, al menos, cinco traducciones del libro bíblico de los Jueces.

Fenicios y hebreos formaban parte de la misma familia cananea y, en principio, se diferenciaban apenas por sus actividades y por sus creencias religiosas. Los cananeos del interior eran agricultores y pastores; los de la costa, comerciantes y marinos. Los cananeos del interior tenían a Yavé por dios único, indivisible e inmaterial; los marineros fenicios repartían su adoración en una tríada divina más próxima a las tradiciones mistericas: Ba'al, dios padre; Astarté -o Tanit-, Gran Madre protectora de los hombres; y Melkart-Hércules, dios-príncipe-héroe, salvador de la raza humana y conductor de pueblos, maestro y civilizador de una cultura que, tanto a través de la simbología de los mitos como por las noticias que nos han llegado fragmentariamente, podemos sospechar con fundamento que fue muy superior a lo que aquellos tiempos primitivos podrían dejar suponer.

20. Fueron ciudades fenicias -además de las ya citadas Tiro, Sidón y Beritos (Beirut)- Arvad (la actual Rúa), Acco (San Juan de Acre), Achzib (Ez-Zeb), Sarepta (Sarafend), Byblos (Jebeil), Simira (Sumra), Marathna (Amrit) y Arka (Sin).

21. «Cuando envejeció Salomón, sus mujeres arrastraron su corazón hacia los dioses ajenos; y no era su corazón enteramente de Yavé, su Dios, como lo había sido el de David su padre; y se fue Salomón tras de Astarté, diosa de los sidonios, y tras de Milcom, abominación de los ammonitas.» Estos mismos conceptos se repiten en 11, 33 del mismo libro. Recordemos, a propósito de las mujeres, que Salomón había hecho su esposa a una hija de Hiram.

22. «Galaad descansaba al otro lado del Jordán. Y Dan, ¿por qué se quedó junto a sus naves?» (*Jueces*, 5, 17).

23. «Reemprendieron su camino los cinco hombres y llegaron a Lais. Vieron que la gente de ella vivía en seguridad, a modo de los sidonios, pacífica y tranquilamente, sin que nadie dañase a nadie, y que eran ricos y estaban alejados de los sidonios y no tenían relaciones con Siria» (*Jueces* 18, 7).

La primera certeza de esa civilización ha surgido ya ante las noticias de sus conocimientos arquitectónicos. Se confirma ante la realidad de que fueron los inventores del alfabeto, que se liberaba de las complicaciones de las sílabas y de los ideogramas jeroglíficos (24). Los mitos griegos proclaman a Cadmo y a Orfeo como inventores del alfabeto. Pero Cadmo era fenicio y, precisamente -cito la leyenda mítica-, hermano de aquella Europa, princesa de Tiro, que fue raptada por Júpiter transformado en toro.

Toros, Labrys, Tau

La realidad histórica que encierran los mitos hay que rastrearla muchas veces a través de un lenguaje críptico que esconde, detrás de los signos, los indicios de muchas verdades demasiado a menudo rechazadas. En este aspecto, la presencia del Toro raptor de la fenicia Europa despierta una cuestión digna de tenerse en cuenta.

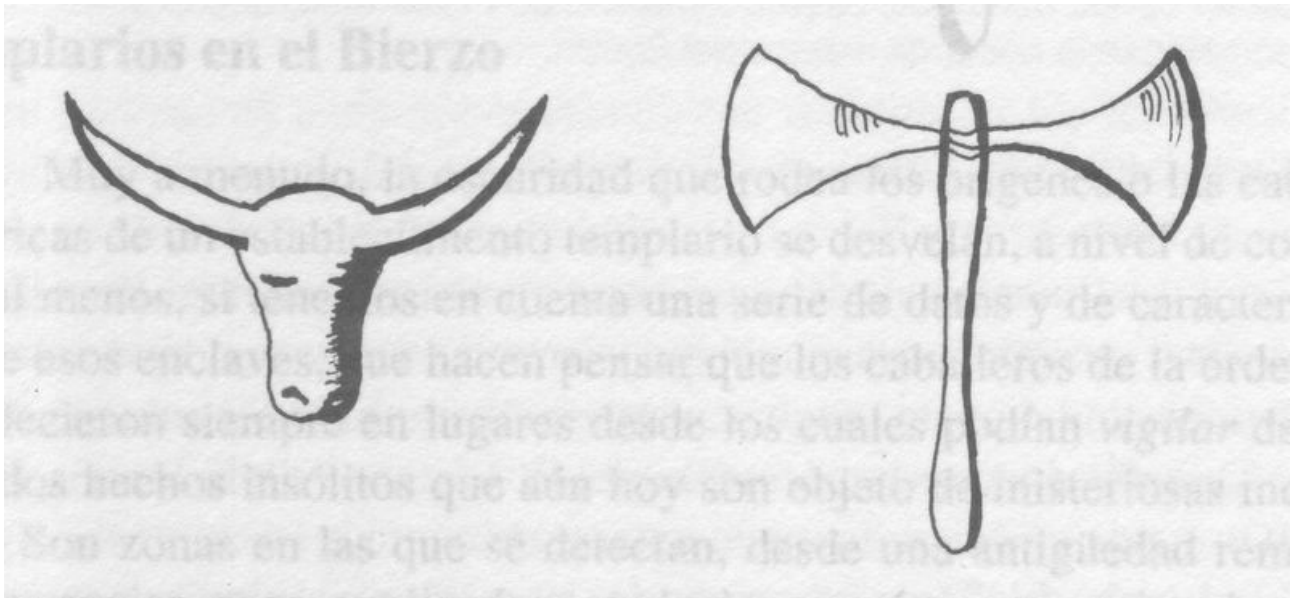
La era de Tauro corresponde, en la precesión equinoccial, a los años 4513 a 2353 antes de Cristo, y se caracteriza, en las civilizaciones históricas, por el culto a divinidades táuricas. Es la época de Apis y Athor en Egipto, la de los toros alados babilónicos, del toro Tarnos céltico, del toro irlandés de Cualungé. Es también la época del esplendor cretense de Cnosos del minotauro, la de la fundación de la primera Troya (h. 3000 a. de C.), la de las culturas urbanas de la India (2800 a. de C.), y la de la fundación de Tiro (2750 a. de C.). En esta época, exactamente en el año 3760 a. de C., comienza la era judía.

Es una larga época de 2.160 años en la que floreció universalmente el meollo de una cultura de la que únicamente la simbología y los cultos dejan entrever la realidad. Pero esa cultura y ese conocimiento fueron buscados por el Cadmos fenicio, y el resultado pudo ser muy bien la acumulación de un saber en todos los órdenes, del cual quedan apenas las noticias, los recuerdos y las sospechas.

Sospechas y noticias que nos descubren que Moccios de Sidón fue el descubridor probable de la teoría atómica. Que nos revelan que en Sidón se empleó por primera vez la tabla de multiplicar. En Sidón fundó Pitágoras su primera escuela matemática basada en la magia cósmica de los números y, cuando se trasladó a Crotona, en Sicilia, lo hizo eligiendo cuidadosamente

24. El alfabeto fenicio fue resuelto por primera vez por el profesor M. J. Rougé, y divulgado en 1874, en la memoria que dirigió a la academia francesa de Inscripciones y Bellas Letras.

una antigua colonia fenicia. De los fenicios se sabe que fueron grandes trabajadores del metal, y yo sospecho -a través de lo que cuentan de ellos Plinio, Estrabón, Tácito e Isidoro- que tuvieron profundos conocimientos de alquimia, y que fue gracias a la alquimia que descubrieron la fabricación del vidrio (25). Toda una carga de conocimientos científicos y filosóficos -toda una carga de saber total, a fin de cuentas- que venía simbolizada por el culto al toro y por la imagen de ese toro y de los signos abstractos que lo definían y le daban su trascendencia: el labrys cretense y la Tau.



La misma Tau que enarbolaron los templarios como enseña y que simbolizaba menos al Temple que al Templo de sabiduría y conocimiento que buscaron por todos los medios a lo largo de sus escasos doscientos años de existencia oficial (26).

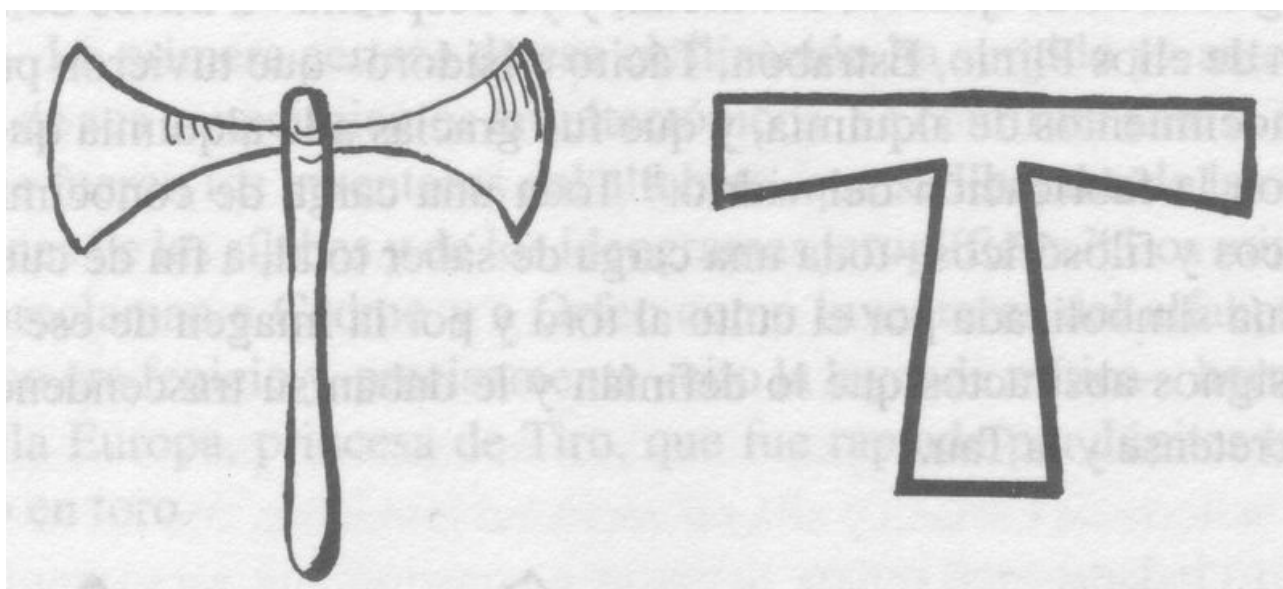
Una Tau cósmica que -lo hemos visto ya- servía menos de enseña que de módulo, menos de sigla que de signo de conocimiento. La Tau era el apoyo del báculo del Gran Maestro, como el compás era el signo que confería a la

25. No olvidemos una realidad de la que más adelante tendremos que hacer uso: las vidrieras góticas del siglo XIII fueron compuestas, en su mayor parte, con vidrios tratados alquímicamente, poseedores de unas cualidades técnicas -tanto por su naturaleza como por sus colores- cuyas características no han sido aún analizadas.

26. Hay un testimonio que demuestra que este paralelismo entre el labrys y la Tau templaria no es gratuito. La doble hacha de los cultos táuricos está representada entre los *graffiti* que grabaron los templarios prisioneros del castillo de Chinon. Jacques de Molay, el último maestro de la orden, se encontraba entre ellos.

divinidad el atributo de Gran Arquitecto del Universo (27). Era regla y señal de reconocimiento, una de tantas señales que los templarios tomaron de la sabiduría antigua y desconocida, y que habría de servirles para localizar, con su ayuda, los lugares de la Tierra donde podía adquirirse el conocimiento.

Por eso, seguramente, buscaron a los judíos y bebieron en sus saberes. Tenían conciencia de que el pueblo hebreo había compartido el conocimiento perdido de los fenicios. Sabían seguramente que aquellos *phoiniké*, destruidos en Tiro por Alejandro y en Cartago por Roma, tenían algo que ver con los hombres rojos que constituyeron, con los escitas -blancos- y con los etíopes -negros- la tríada de los pueblos atlantes, los *hipomolgos*, los bebedores de la leche de las *yeguas*, los primeros detentadores de los saberes de la Cábala.



27. En numerosas biblias de los siglos XIII y XIV, entre las cuales se cuenta como una de las mejores la Biblia flamenca de la catedral de Toledo, Dios es representado descansando en su regazo un universo caótico de nubes y formas, y sosteniendo entre sus dedos un compás de arquitecto con el que impondrá orden en todo aquel caos primigenio.

LOS VIGILANTES

Templarios en el Bierzo

Muy a menudo, la oscuridad que rodea los orígenes o las causas históricas de un establecimiento templario se desvelan, a nivel de conjetura al menos, si tenemos en cuenta una serie de datos y de características de esos enclaves, que hacen pensar que los caballeros de la orden se establecieron siempre en lugares desde los cuales podían *vigilar* determinados hechos insólitos que aún hoy son objeto de misteriosas incógnitas. Son zonas en las que se detectan, desde una antigüedad remota, circunstancias poco explicadas, explosiones místicas irracionales, leyendas de proyección ocultista; lugares donde se localizan comunidades étnicas extrañas y hasta hechos puramente históricos que la razón no puede explicar satisfactoriamente, porque se quedan en el aire demasiados motivos y demasiadas coincidencias que no resulta fácil atribuir a la casualidad.

Por esta razón, ante una determinada localización templaria no hay más remedio que plantearse el porqué del lugar elegido. Y es curioso que siempre salen por algún lado esos motivos sincréticos, misteriosos o simplemente culturales, que justifican y avalan aquella presencia con factores que escaparían a una explicación racional o que, al menos, podrían ponerla en seria duda.

En 1178. el rey Fernando II de León, de extrañas aficiones trovadorescas



para ser rey, entregó a los caballeros del Temple la fortaleza romana de Interamnium Flavium, totalmente destruida y situada en un punto leonés del camino de Santiago que ya todos llamaban Pons Ferrata desde que, un siglo antes, el obispo Osmundo de Astorga mandara reforzar con hierros el puente de peregrinos que cruzaba el Sil por aquellos parajes. Aquella donación era casi impropia. Las conquistas leonesas se extendían hacia el sur por tierras extremeñas y habría sido estratégica y políticamente más lógico extender los dominios templarios por aquellas zonas recién arrebatadas a los musulmanes que no concederles territorios en comarcas pacificadas desde mucho tiempo atrás.

Con el castillo de Ponferrada en plena construcción surgió ya la leyenda piadosa que lo sacralizaba y le daba aires divinales. Al parecer, unos leñadores que cortaban madera para las vigas del castillo templario encontraron una imagen de la Virgen en el hueco de una encina. La imagen -se dijo- había sido traída de Jerusalén muchos años antes por santo Toribio de Astorga, y hasta hubo quien aseguró que la había esculpido el mismo san Lucas. Luego, la invasión musulmana hizo que fuera ocultada por manos piadosas, y se perdió su rastro hasta que los leñadores de los templarios la encontraron. Con estos antecedentes, la imagen se convertía automáticamente en reliquia y, con el tiempo, llegaría a ser patrona de todo el territorio



berciano que dominaron los templarios... que también habían nacido, como orden, en la misma Jerusalén de donde la leyenda hizo llegar la imagen.

En pocos años, los monjes guerreros tenían bajo su vigilancia un territorio que prácticamente abarcaba la Maragatería, el Bierzo y los montes de León. Sus granjas, castillos y encomiendas se extendían desde Balboa al oeste hasta Rabanal del Camino, y por el este hasta Cerezal, lindando con territorios de la orden de Santiago. Los castillos templarios se levantaban en Comatel, en Corullón, en Bembibre, en Balboa, en Antares.

Pero con todo este dominio que abarcaba cerca de dos mil kilómetros cuadrados, los templarios del Bierzo son unos perfectos desconocidos para la historia. Salvo una narración decimonónica de Gil y Carrasco -*El señor de Bembibre*-, basada parcialmente en tradiciones populares de aquellas tierras, los investigadores han ignorado simplemente la aventura templaria leonesa. Campomanes, en sus *Disertaciones*, cita apenas unos pleitos que tuvieron los templarios con los santiaguistas en Astorga, y comenta a propósito del hecho: «[...] con lo que no es dudable que en él [reino de León] tenían ya los templarios tiempo había establecidas casas y prioratos» (1).

1. *Op. cit.*, p. 27. Es el único libro que trata las vicisitudes de la orden templaria en la península, aparte del estudio de A. J. Forey sobre los templarios en la Corona de Aragón. De todos modos, la abundante bibliografía esparcida por libros y revistas, aunque siempre incompleta, parcial y poco fiable, puede consultarse en el libro de Derek W. Lomax, *Las órdenes militares en la península ibérica durante la Edad Media*, editado en 1976 en Salamanca bajo los auspicios del Instituto de Historia de la Teología Española.

El motivo de su estancia, sin embargo, creo que puede justificarse y hasta comprenderse si, aparte de tener en cuenta su vigilancia de la ruta peregrina de Santiago, estudiamos una serie de indicios significativos insertos en esta gran comarca que, en muchos aspectos, podemos considerar como mágica por las interrogantes que esconde en su seno desde tiempos casi perdidos para la memoria.

El oro de los montes

Si tomamos, desde el pueblo de Carucedo, junto al lago del mismo nombre, una pista de tierra batida que conduce hacia el sur, tropezaremos, a unos seis kilómetros, con los restos de la más impresionante obra de ingeniería que pudiéramos imaginar. Montes enteros fueron aplanados por la fuerza de las aguas que llegaban por siete canales, perfectamente localizables todavía, desde 20 a 40 kilómetros de distancia e irrumpían con toda la furia de su corriente inclinada contra las paredes de esquistos y cuarcitas que formaban la estructura de los montes. Aún es posible perderse por el interior de los túneles de aquellos canales, de cinco y hasta diez metros de diámetro, y asomarse, desde sus bocas, sobre el circo de tierras arruinadas en las que, según las noticias que llegaron de tiempos del imperio romano, trabajaban hasta treinta mil esclavos, cántabros y astures en su mayor parte, moviendo más de 150 millones de metros cúbicos de mineral del que se extraía una media de uno a siete gramos de oro por tonelada.

Es la *ruina montium* romana, la destrucción sistemática de los montes para la extracción del mineral más codiciado del género humano.

La historia de las explotaciones auríferas romanas del Bierzo no deja de ser extraña. No se tienen noticias de grandes prospecciones anteriores a la conquista del país. Y, sin embargo, entre los restos arqueológicos encontrados hay abundancia de fíbulas y de brazaletes de oro puro que datan de comienzos de la edad del Bronce. Curiosamente, todos estos objetos se hallaban muy lejos de los lugares que constituyeron las increíbles explotaciones de Roma. Estrabón (3, 2, 8) cuenta que los turdetanos lavaban arenas auríferas. Y Plinio, en su *Historia Natural* -escrita cuando ya funcionaban las minas a pleno rendimiento- describe con los nombres usuales los distintos métodos de explotación, y, muy a menudo, al citar un determinado elemento o un método de trabajo, utiliza curiosamente la palabra *vocant* (llaman), dando a entender con eso que el nombre no corresponde a una voz latina conoci-

da (2). Tendría que tratarse, pues, de una expresión indígena adaptada por los conquistadores.

Entre los años -206 y -168, la Hispania Citerior proporciona a Roma 11.122 libras de oro y catorce coronas del mismo metal. Al comienzo de la época imperial, Augusto ordenaba la explotación masiva del territorio aurífero de Gallaecia, y a fines del siglo I se crea el cargo de procurador de Asturias y Gallaecia. Plinio sigue dando cuenta del producto *bruto* de las minas: 20.000 libras de oro al año (3).

Sin embargo, a fines del siglo II -es decir, tras apenas doscientos años de rendimiento- dejan de aparecer noticias sobre unas minas que habían constituido el gran incentivo del Imperio sobre las tierras astur-leonesas. La dinastía de los Severos suprime el cargo de procurador y, casi inmediatamente, el silencio más extraño se expande sobre esta obra de titanes que aún hoy puede contemplarse como un gigantesco esqueleto de poder. Según el geólogo H. Quiring, los filones de cuarzo con sulfuros auríferos de aquellas zonas eran decididamente pobres, el rendimiento resultaba muy escaso para el esfuerzo desplegado, y las dificultades de la explotación se incrementaban por la dureza de las rocas.

Si a esta afirmación añadimos que las descripciones técnicas de Plinio no conllevan noticias sobre la administración ni la economía de las explotaciones, cabe pensar que si el oro existía efectivamente, los métodos de Roma no se correspondían ni con la cantidad de mineral extraído ni con el camino *industrial* empleado. El oro, sin embargo, estaba allí. Y hasta hace no tantos años aún era relativamente frecuente ver a los «aureanas» que lavaban las arenas del Sil en las cercanías del puente de Domingo Flórez y en el Barco de Valdeorras.

A lo largo de la Edad Media hay un total silencio en torno al oro de los montes y de los ríos bercianos. Ningún dato permite suponer que se explotasen en beneficio de las economías reales. Pero tampoco existe ningún dato que impida suponer que los templarios hicieran uso de alguna de aquellas explotaciones abandonadas en beneficio de la orden.

Si tenemos en cuenta la ubicación de las encomiendas del Bierzo veremos que todas estuvieron en contacto inmediato con viejas explotaciones romanas: la de Rabanal del Camino, junto a la mina que había en las inme-

2. Tomo la mayor parte de estos datos del estudio de Claude DOMERGUE *Introduction a l'étude des mines dans du Nord-Ouest de la Péninsule Ibérique dans l'Antiquité*, incluido en las pp. 253-286 de la obra colectiva *Legio VII gemina*, editada en 1970 por la Diputación Provincial de León y el Instituto Leonés de estudios romano-visigóticos, Cátedra San Isidoro.

3. «*Uicema milia pondo ad hunc modum annis singuis Asturiam atque Galtaeciam et Lusitaniam praestar guidam prodiverunt*» (N. H. 33-78). La libra de oro valía 45 áurei, y cada áureo equivalía a 25 denarios (100 sestercios). Cita y datos de DOMERGUE (*Op. Cit.*).

diaciones de Santa Coloma; el castillo de Cornatel controlaba las Médulas y las extintas explotaciones de Pombriego; la encomienda de Pieros vigilaba el paso a los yacimientos del Cúa, y desde Corullón se dominaban las arenas auríferas del Burbia.

Un pueblo aparte

Es muy posible -aunque no existen pruebas incontrovertibles del hecho- que los templarios se valieran de los maragatos para poner secretamente en producción las viejas explotaciones auríferas romanas. Y pienso que es posible por varias razones. La primera porque una parte de esos yacimientos, aparentemente abandonados, se encontraban en tierra maragata, y aún pueden verse hoy sus restos en las cercanías de Murias de Pedredo y Tabladillo, en el término de Santa Colomba de Somoza. Los templarios tenían una granja en las proximidades de aquel lugar, precisamente en Rabanal del Camino.

La segunda razón, ya apuntada parcialmente por Dozy, estriba en que los maragatos -aún sin ese nombre, que les fue impuesto hacia el siglo XVII- ya debieron de trabajar como esclavos de los romanos en las explotaciones auríferas del Bierzo.

Hoy, este pueblo distinto, voluntariamente marginado, con un altísimo índice de endogamia, ocupa cuarenta y cuatro núcleos de población al oeste de Astorga, reunidos en siete municipios que llegan hasta las estribaciones más altas del Teleno, el monte más elevado de la comarca (2.188 metros). Sin contar con los emigrantes que regresan sólo esporádicamente, los maragatos forman una población que no llega a las ocho mil almas. Varias aldeas, como El Acebo, cuentan con un puñado escaso de familias. Otras, como Folgoso, ya han sido completamente abandonadas, mientras que algunos pueblos -ya muy pocos-, como Val de San Lorenzo, aún se defienden con la aportación de una industria artesanal de tejidos.

El misterio se extiende sobre el origen de los maragatos, lo mismo que planea a la hora de establecer la cuna primera de todos los pueblos marginados que aún quedan por España. Pero es curioso que, en todos los casos, existen unos determinados indicios que, aun sin propósito prefijado, aún en varios aspectos a vaqueiros, pasiegos, brañeros, agotes...

Las tesis sobre los orígenes de los maragatos han sido variadas y opuestas en muchos sentidos. Desde la afirmación gratuita de que su nombre provenía de musulmanes cautivos -mauros *captos*- establecidos en aquellas zonas en los primeros siglos de la reconquista asturiana, hasta su identificación con

colonias marginadas de leproso, se ha dicho de todo. Pero entre tantas hipótesis, la más reciente, debida al doctor Julio Carro, merece tenerse en cuenta. Este investigador descubrió antiguos sepulcros prerromanos en el lugar llamado campo de Soldán, en las inmediaciones de Santa Colomba de Somoza. Los sepulcros parecen tener los rasgos de las sepulturas púnicas. Si esto resultase confirmado -y parece que caben pocas dudas respecto a su autenticidad y catalogación- los actuales maragatos podrían tener un origen semita y constituirían un pequeño núcleo de descendientes de cartagineses establecidos en el Bierzo en tiempos anteriores a la conquista romana, con fuerte sentido de su esencia racial que les hizo contactar pero no mezclarse con los pueblos más o menos autóctonos que les rodeaban. De todos modos, alguna influencia debieron de ejercer sobre ellos, porque se tiene noticia, a través de los historiadores romanos, de que Aníbal logró reclutar guerreros astures para su invasión de Italia gracias a las colonias púnicas establecidas en aquellos territorios.

En los albores de la Edad Media, cuando toda la zona al norte del Duero fue ocupada por los suevos, hubo algunos pueblos que les opusieron una resistencia por encima de sus posibilidades. Entre estos pueblos se señalan los aunonenses, que pelearon y perdieron ante los invasores a lo largo del año 465. Curiosamente, este pueblo pudo muy bien ser el de los actuales maragatos, porque los cronistas lo sitúan precisamente en la comarca que éstos ocupan aún en nuestros días. Curiosamente también -y con este rasgo comienzan las numerosas coincidencias con otros pueblos *malditos* que apunté antes- los suevos tuvieron que luchar en aquellos años con los *rucones o runcones* que, según los historiadores que los han estudiado, estarían asentados en la comarca de Logrosán (Extremadura), donde están enclavados los brañeros, o en tierras del Pirineo navarro, donde se encuentran los agotes (4).

4. La tesis extremeña de los rucones la sostiene el investigador Aureliano Fernández Guerra, quien afirma -aunque sin un aporte de datos seguros- que estaban situados por los términos cacereños de Jaraicejo, Trujillo, Logrosán y La Conquista. Por su parte, el padre Vicente RISCO (*España Sagrada*, XXXII, 347) asegura que la Rucconia estaba situada en los montes navarros. De todos modos como la continuidad del texto no permite extenderse por los entresijos de los demás pueblos malditos peninsulares, bueno será que apuntemos aquí algunos de los rasgos que, en cierto modo, los unifican y llevan a pensar que no se trata de núcleos étnicos aislados, sino de un determinado núcleo específicamente marginado a lo largo de la historia, y aislado en diferentes lugares de la península, sin posibilidad de establecer contacto en la mayor parte de los casos. Unos cuantos indicios bastarán para apuntar esta realidad que quiero exponer más a fondo en otro libro:

a) El padre Martín Sarmiento considera posible (ya en 1768) la afinidad entre vaqueiros y maragatos, y asegura que éstos no son más que vaqueiros sedentarios a los que sus parientes trashumantes visitan durante sus desplazamientos. **(sigue en la pag. siguiente)**

Razones y heterodoxias

Tengamos un hecho muy en cuenta: el noroeste peninsular tuvo una cristianización muy tardía. Había en todo el territorio un núcleo de creencias que, por encima de las afirmaciones que puedan hacer los investigadores volcados visceralmente a la idea cristiana, tenían fuerza religiosa suficiente

No olvidemos, en este sentido, que hay una leyenda vaqueira que asegura que fueron miembros de esta comunidad marginada quienes, siguiendo el camino que les marcaba *una vaca blanca*, llegaron a tierras bercianas en tiempos remotos y fundaron allí la ciudad de Villafranca. La leyenda, conforme a la tradición semítica atribuida ya casi oficialmente a los maragatos -que no a los vaqueiros-tiene un clarísimo carácter ocultista y procede de tradiciones religiosas muy remotas.

b) El origen común -y falso, por supuesto- atribuido a maragatos pasiegos brañeros y agotes supone, en ciertos casos, una tradición paralela. Es la que hace que todos estos pueblos desciendan de núcleos musulmanes conquistados o de cristianos marginados por haber pactado antipatrióticamente con los musulmanes. En este sentido, no debemos olvidar que, para el pueblo, como puede verse en numerosas tradiciones, llamar *moro* a un ser remoto o fantástico no es tanto adjudicarle el apelativo de musulmán, sino retrotraer su historia al acontecimiento más antiguo del que se tiene noticia. Por eso, muchos megalitos y muchos petroglifos son llamados en Galicia *pedras dos mouros*. Uniendo a estos pueblos marginados por su pretendido origen *moro*, el pueblo no hace otra cosa que adjudicarles una antigüedad superior a todo acontecimiento conocido.

c) Curiosamente, incluso en algunos aspectos culinarios conservados hasta nuestros días hay rasgos que unen a distintos pueblos secularmente marginados. Por no citar más que un ejemplo entre otros muchos, sugiero la comparación entre los sobaos pasiegos y las mantecadas maragatas de Astorga: son prácticamente el mismo manjar.

d) Pero entre todos los rasgos comunes está, a mi modo de ver, la tradición abierta o encubiertamente semítica de estos pueblos. En el caso de los maragatos, ya hemos apuntado las investigaciones luminosas del doctor Carro. Si efectivamente tienen una razón de ser, los maragatos, como fenicios, tienen un origen semítico con un rasgo que les caracteriza en las Sagradas Escrituras: los fenicios del rey Hiram fueron los grandes colaboradores del rey Salomón en la construcción del Templo de Jerusalén. Por su parte, los agotes navarros fueron conocidos en la Edad Media, tanto en el lado francés como en el lado español de Navarra, como excelentes constructores y mejores carpinteros. Aunque no se los admitía en la vida comunitaria de los cristianos -hasta el punto de tener las mismas discriminaciones religiosas que los vaqueiros y no poder ser enterrados con los demás ciudadanos-, se solicitaba su colaboración en la construcción de los templos y una leyenda bastante difundida en tierras navarras contaba que los agotes habían colaborado en la construcción del Templo de Salomón y que lo habían hecho mal, por lo que Dios les condenó al exilio y les permitió contraer la lepra.

e) Esa misma lepra es otro de los rasgos comunes atribuidos por la tradición popular a buena parte de los pueblos marginados. Tanto los agotes como los vaqueiros y los maragatos fueron en su día acusados de leprosos. Sin embargo, a mi modo de ver, esta acusación tiene una doble vertiente significativa: por un lado, el deseo de las autoridades -sobre todo de las autoridades eclesiásticas- de mantenerlas por alguna razón en su marginación; por otro lado, la indudable importancia que tiene, a nivel de búsqueda de tradiciones olvidadas, que el patrono de estos leprosos sea precisamente san Lázaro. Y esto por una razón: porque san Lázaro, por encima de sus rasgos cristianos, aún rasgos pertenecientes a los antiguos cultos ligures al dios Lug. Con ello, la devoción hacia san Lázaro de los pueblos marginados se ve reforzada por olvidados cultos a Lug que siguieron practicando, tal vez sin saberlo ellos mismos.

para resistir los embates de un cristianismo políticamente poderoso. Esta zona noroeste era, en muchos aspectos, la meta de creencias y de búsqueda de conocimientos desde tiempos demasiado olvidados por la historia. Las llamadas «invasiones» célticas no habían sido otra cosa que una peregrinación en busca de los orígenes y de saberes muy remotos. El llamado luego Camino de Santiago era una ruta ancestral, seguida por hombres y pueblos enteros que buscaban al final de ella las razones más profundas de su esencia (5).

Muchos de estos pueblos se asentaban en amplias zonas de la larga ruta. Son los llamados pueblos invasores, que entraron en oleadas siguiendo más sus principios mágico-religiosos que sus eventuales necesidades económicas. Otros núcleos étnicos menores buscaron emplazamientos reducidos y allí subsistieron, a lo largo de muchos siglos, conservando sus creencias y sus costumbres, sin mezclarse con las mayorías raciales que les rodeaban, y aun muchas veces despreciados por ellas. Entre estos pueblos minoritarios estaban los que luego se llamarían maragatos (6). Entre las mayorías étnicas, los suevos que tal vez les combatieron. Pero recordemos que cuando entraron en la península con los vándalos asdingos (7), hacia el año 408, los suevos no eran cristianos, y que su primera conversión no se produjo hasta cuarenta años después (8).

5. Las razones de estas oleadas de inmigrantes primitivos las expuse en mi libro *Los supervivientes de la Atlántida (op. cit.)*. No puedo ahora volver sobre ellas, aunque probablemente más de una vez tendré que hacer alusión a las razones aportadas en este libro.

6. Fijémonos bien cómo todos los pueblos llamados «malditos» están localizados en vías de acceso natural -y hasta tradicional- al núcleo mágico de Compostela. Los agotes y los maragatos se encuentran precisamente en torno al camino francés de Santiago. Los pasiegos de Cantabria y los vaqueiros asturianos están asentados en vías secundarias que fueron utilizadas como rutas de acceso a Compostela antes de que se institucionalizara el camino francés. Aún pueden verse vestigios de la antigua ruta en tierras ocupadas por ambos núcleos de población. Por su parte, los brañeros extremeños estaban asentados en territorios atravesados de sur a norte por la Vía de la Plata, que era el acceso al noroeste peninsular de los que llegaban -antes y después del auge de las peregrinaciones jacobeanas- a las zonas sagradas de Galicia. En esa misma ruta están asentados los hurdanos, en el límite de Cáceres y Salamanca. Y hasta -curiosamente- los núcleos gitanos menos trashumantes de la península: los gitanos salmantinos.

7. Conviene tener en cuenta, a modo de recuerdo cultural, que los vándalos asdingos fueron los llamados *lugios* por Tácito, lo que hace pensar que, en un momento remoto de su historia, siguieron la religión de Lug. Por su parte, los suevos que entraron con ellos en la península pertenecían al grupo llamado Herminon, y formaban seguramente un núcleo de varias tribus unidas por la comunidad de culto a Ziu. En el momento de entrar en la península juntos, aunque los suevos seguían siendo paganos, los vándalos asdingos habían adoptado ya el cristianismo arriano, el mismo que practicaban los invasores visigodos.

8. A mi modo de ver, es más sospechosa -religiosamente hablando- la actitud de los suevos en cuanto a la adopción de credos. Haciendo un breve resumen, tengamos en cuenta que entran en la península, como paganos, en 408. En 448, Hidacio convierte a su rey Rekhiario -y de rebote a todos sus súbditos- al catolicismo. **(sigue en la pag. siguiente)**

Los bandazos del paganismo -yo lo llamaría mejor de las religiones tradicionales- tardaron en extinguirse en las tierras maragatas. Sólo que, estando ya oficialmente cristianizadas, esos focos de regreso a las creencias ancestrales fueron llamados heterodoxias porque trataban, en cierto modo, de tomar como base al cristianismo institucionalizado para adaptarlo a los sentimientos religiosos más arraigados en el pueblo.

Por este motivo, la herejía fomentada por Prisciliano se prolongó durante mucho tiempo en las tierras dominadas por la diócesis de Astorga.

Extraña y curiosa herejía la de Prisciliano. Posiblemente constituyó la muestra más clara de sincretismo religioso que se dio en los primeros siglos del triunfo oficial de la Iglesia (9). En ella resurgen los ritos ancestrales; las ideas cosmogónicas de las grandes religiones de la humanidad se adecuan, con un sentido auténticamente renovador, con las que siempre se han considerado como las creencias más primitivas del hombre. San Jerónimo comparó a Prisciliano, como poeta, con los clásicos antiguos y decía de él que fue «muy estudioso del mago Zoroastro». Por su parte, el concilio reunido en Zaragoza en el año 380 para juzgar su herejía lanzó contra él ocho cánones condenatorios, de los cuales el segundo prohibía «celebrar oscuros ritos en las cavernas y en los montes», y el cuarto especificaba: «Nadie se ausentará de la iglesia desde el 16 de las Calendas de enero (17-XII) hasta el día de la Epifanía, ni estará oculto en su casa, ni irá a la aldea, ni subirá a los montes, ni andará descalzo...». Se habló de consagraciones de frutos al Sol y a la Luna, y se le acusó formalmente de creencias prohibidas, como la transmigración y las prácticas astrológicas.

Prisciliano fue la primera víctima de la Iglesia triunfante. Fue decapitado en Tréveris en 385, junto con seis de sus seguidores más firmes, y la tradición popular asegura que su cuerpo reposa en la cripta de Santa Eulalia de Bóve-

En 465, por conveniencias políticas impuestas por la proximidad visigoda, Remismundo y todos los suevos se pasan al arrianismo. Sigue un período en que las noticias son confusas, y en 560 vuelve a producirse una conversión masiva al catolicismo después de la labor evangélica de san Martín Dumense. Cito todas estas vicisitudes porque tengo el convencimiento, abonado por la investigación de detalles muy significativos en construcciones que llamamos visigóticas, pero que pudieron tener un origen suevo, de que este pueblo llegó a la península -lo mismo que otros anteriormente- en busca de una tradición religiosa ancestral que le condujo camino de Occidente. Creo que lo prueba -aunque ahora no podemos descender a detalles- una serie de rasgos y de símbolos que aún pueden encontrarse en construcciones como Santa Comba de Bande, Quintanilla de las Viñas y la ermita llamada visigótica de Barbadillo del Mercado, estas dos últimas en la provincia de Burgos.

9. Quien desee ampliar sus conocimientos sobre Prisciliano y su herejía, le recomiendo la edición de sus *Tratados y cánones*, realizada por Editora Nacional en 1975.

da, a pocos kilómetros de Lugo (10). Sulpicio Severo dice que, después de su muerte, «no sólo no se reprimió la herejía [...], sino que se afirmó y propagó más. Pues sus seguidores, que antes le habían honrado por santo, comenzaron a venerarle por mártir» (11).

Los pájaros de Prisciliano

Efectivamente, después de su martirio -severamente condenado por san Martín de Tours- (12), las doctrinas de Prisciliano comenzaron a propagarse en secreto, muchas veces dentro de la misma jerarquía eclesiástica, hasta el punto de que varios obispos fieles al priscilianismo llegaron a provocar un auténtico cisma dentro de la Iglesia. Entre ellos se encontraba Paterno, obispo de Braga, Sinfosio, que llegó a serlo de Orense, y otros dos que fueron, entre todos, los más famosos: Simposio y Dictinio, padre e hijo, obispos ambos de la Astorga maragata de la que nos estamos ocupando.

Simposio era ya obispo de Astorga cuando Prisciliano comenzaba a predicar sus doctrinas. Dice Villada, en su *Historia eclesiástica*, que fue uno de sus amigos más íntimos y que les defendió de las acusaciones que se le hacían en el concilio de Zaragoza. Dictinio, por su parte, fue con seguridad el mejor teórico de la doctrina herética. Sus *Libra*, en doce títulos, merecieron el honor de ser refutados por san Agustín en el opúsculo *Contra mendatium*. Pero, sobre todo, es muy significativo que su fama estuviera respaldada por el fervor popular. En su tiempo -como en el del obispado de su padre- toda la Maragatería astorgana era priscilianista y fue el pueblo mismo el que hizo que Simposio le consagrara obispo. Posteriormente fue citado al primer concilio de Toledo y se le obligó a arrepentirse, con todos los demás obispos rebeldes, de sus ideas heterodoxas. Dictinio, sin embargo, no perdió su sede, mandó edificar un monasterio en Astorga e, insólitamente, fue reconocido como santo a su muerte. Su fiesta se celebra aún hoy, el día 2 de junio.

10. La cripta de Santa Eulalia era, en sus orígenes, un ninfeo romano extraordinariamente conservado a pesar de la humedad endémica del lugar. Es una estancia abovedada, sostenida por cuatro columnas y totalmente cubierta de frescos con representaciones abundantísimas de pájaros, muchos de ellos pintados como figuras dobles, simbólicamente enfrentadas. Antes de trasponer la entrada hay, a la derecha, una piedra grabada con extrañas figuras que es, según la gente, el lugar del enterramiento del hereje mártir.

11. Parte del *Cronicón* de Sulpicio Severo fue publicado por el padre FLÓREZ en su *España Sagrada*, de donde procede esta cita.

12. Las coincidencias son, muchas veces, esclarecedoras. Precisamente san Martín de Tours fue el maestro del otro san Martín el Dumense, que fue quien llevó el catolicismo a los suevos hispanos, en cuyo reino había surgido la herejía de Prisciliano.

Pero el sentimiento heterodoxo -yo diría mejor pagano- no se había perdido en tierra maragata. A lo largo del tiempo fueron surgiendo nuevos brotes, tanto generales como particulares. En el año 445 se extendió por allí una oleada de maniqueísmo, que tuvo que ser cortada enviando prisioneros a unos cuantos de sus dirigentes ante Antoniano, obispo de Mérida. Es de suponer que las autoridades eclesiásticas dudaran de su condena si se les procesaba en su tierra.

Incluso la arqueología ha dejado restos de estos movimientos religiosos al margen de la autoridad de la Iglesia. En plena tierra maragata, en Quintanilla de Somoza, fue encontrada una lápida con una inscripción gnóstica significativa: «*Uno (sólo son) Júpiter, Serapis (y) Yao*» (13).

Coletazos de paganismo y de heterodoxia se registran incluso en el siglo X. En el *Túmulo Viejo* correspondiente al monasterio de San Pedro de Montes se registra una donación importante hecha por cierto conde Citi en 930, por el remedio de su alma y por la de su hijo «*que murió pagano*».

Creo que en esta sucesión de hechos hay un motivo ya muy digno de ser tenido en cuenta a la hora de calibrar parte al menos de las razones que movieron a los templarios a instalarse en las comarcas del Bierzo y la Maragatería. Por encima de su confesionalidad, los que se llamaron a sí mismos caballeros de Cristo procuraron siempre la proximidad de otras creencias, de las que iban entresacando un especial modo de contemplar el mundo y de calibrar su auténtica trascendencia. Si anteriormente vimos su interés por instalar casas de la orden en la inmediación de las aljamas judías (14), podríamos comprobar igualmente la presencia del Temple en las proximidades de zonas donde se detecta la presencia de pueblos marginados y de focos seculares de herejías, de reminiscencias paganas y de heterodoxias.

13. VILLADA. en su *Historia eclesiástica*, afirma: «De todos los objetos de valor gnóstico, ninguno hay comparable a la piedra encontrada [...] en Quintanilla de Somoza, a unas tres leguas de Astorga, en la Maragatería». Por su parte, el historiador García Bellido sostiene que tal lápida nada tiene que ver con un movimiento gnóstico de época cristiana, sino que forma parte de un monumento serapeo de tiempos romanos. Sea cierta una u otra afirmación, no cabe duda de que en la Maragatería hubo una tradición sincrética que, aunque estaba extendida por todo el noroeste peninsular, tuvo allí uno de sus focos importantes. La lápida en cuestión no es la única prueba arqueológica. Hay también un anillo gnóstico encontrado en la misma Astorga -propiedad de la familia Panero- en el que se lee (o creyó leer el padre Fita, al menos): «Jesús, Salvador, Cristo, Florsol».

14. Unos pocos ejemplos que pueden invitar a hacer la lista completa de esta circunstancia templaria bastarán para hacer válida esta afirmación. Aparte del caso de Valencia, que ya citábamos anteriormente, recordemos que: 1) el castillo templario de Tortosa domina directamente el barrio judío de Remolinos; 2) los judíos de Mallorca estaban instalados junto a la casa del Temple, y fue llamado precisamente por ese motivo *Partita Templii*; 3) la casa templaria de Toledo -aparte el castillo de San Servando, que fue igualmente suyo- estaba rozando el barrio judío de la Alcana.

Los templarios tuvieron conventos en tierras navarras de agotes: en Eunate y en Vera de Bidasoa. Y en lo que concierne a sus posesiones extremeñas, recordemos el castillo de Aracena y el de Fregenal, situados con un sentido claro de vigilancia esotérica de una zona mágica en cuyo ámbito no sólo se daba la presencia de un pueblo marginado -los brañeros-, sino que se produjeron, a lo largo de la historia, lo mismo que en la Maragatería leonesa, brotes de herejía que todavía no han sido bien catalogados con respecto a sus posibles causas ancestrales. Me refiero a hechos como el de los alumbrados de Llerena y a personalidades clave del pensamiento sincrético, como Benito Arias Montano. Ni el gran heterodoxo bibliotecario de Felipe II ni los herejes del iluminismo extremeño son meras anécdotas de la historia religiosa peninsular. Responden a una búsqueda secular de la Verdad, que nada tiene que ver con las verdades parciales permitidas y toleradas por los dogmas llamados ortodoxos e impuestos muchas veces por la fuerza del hierro y del fuego.

Esa Verdad con mayúscula buscaba la orden del Temple, era la misma Verdad que, por muchos otros caminos -todos convergentes- buscaron ocultamente y hasta bajo capa de santidad otros hombres a los que hoy llamamos, sin establecer su relación íntima, santos u ocultistas. De una cosa y de la otra tuvieron, sin embargo, los eremitas del Bierzo.

*Un poco más cerca de Dios,
un poco más adentro en la Tierra*

Si nos situamos en el castillo de Ponferrada y buscamos el mediodía con la brújula, veremos que esa dirección coincide exactamente con el monte Aquiana (1.848 metros de altitud), que fue, desde tiempos muy anteriores al cristianismo, monte sagrado de la comarca berciana. A él dicen que se retiró don Álvaro de Bemibre, el último templario de Ponferrada, y que construyó la ermita que hay en la cumbre.

Si seguimos la ruta primitiva de los peregrinos de Santiago, desde Astorga, encontraremos, pasado el pueblecillo maragato de Foncebadón, una gran cruz oxidada a la derecha del camino. La cruz se levanta entre un enorme montón de piedras. La llaman la Cruz de Ferro, y la tradición jacobea exige, efectivamente, que el viajero añada una piedra más al montón para propiciarse la suerte en la etapa que sigue. Este lugar de la cruz fue, antes de cristianizarse, un altar elevado al Mercurio romano, la divinidad que, entre tantos otros atributos, tenía a su cargo la protección de los caminantes (15).

15. Pero recordemos que Mercurio fue también el nombre que los conquistadores romanos dieron al todopoderoso Lug. Y que ese nombre lo impusieron prácticamente a los pueblos conquistados -celtas y galos- cuando comprobaron que los atributos de la divinidad autóctona eran muy parecidos a los que la religión olímpica atribuía a Mercurio-Hermes.

Poco después de Foncebadón, la carretera termina en El Acebo, una aldea casi abandonada, por cuyos agujeros -que ya ni siquiera son ventanas o puertas- aparecen restos carcomidos de muebles y enseres llenos de orín, que la gente abandonó al emigrar. A la entrada del pueblo hay una fuente que se llama de la Trucha, en remoto y olvidado recuerdo druídico (16).

Entre El Acebo y el monte Aquiana se extiende una comarca abrupta, de riachuelos y montes silenciosos. Una comarca con una historia extraña de santidad, casi increíble si la tomamos al pie de la letra, tal como nos la quieren contar. Fue en lo más intrincado de estos montes donde surgió, hacia el siglo VII, en pleno poder visigodo sobre la península, un movimiento masivo de eremitismo que se aglutinó en torno a la figura venerable de san Fructuoso. Pero ¿quién era san Fructuoso?

Un insólito santo. Si recorremos la superficie de España, lo encontraremos en Cataluña, en Huesca, en los desiertos eremíticos segovianos, y hasta en el santanderino valle de Cabuérniga. Siempre se trata de un santo eremita, pero creo que nadie podría darnos razón de si se trata del mismo o de otro santo varón con el mismo nombre. O de varios. De este del Bierzo sabemos que viajó a Complutum -Alcalá de Henares- y que lo que allí aprendió de los sabios ermitaños que vivían en las cuevas que bordean el río Henares le sirvió, al regresar a su tierra del noroeste, para fijar su destino. Se retiró a los montes bercianos, predicó, fundó eremitorios y llegó a ser obispo de Braga, después de demostrar su santidad con prodigios increíbles (17). En el año

16. El recuerdo surge no porque no haya truchas en los alrededores del lugar, sino porque *nunca hay truchas en una fuente*. En cambio, sí conviene recordar que, para los druidas, el culto y el conocimiento de las fuentes era una de las bases de su enseñanza. Por otra parte recordemos también que los maestros druidas fueron eventualmente designados con nombres de ciertos seres de parecida fonética -céltica-, de cuyas propiedades participaban en su calidad de mentores del pueblo. Así eran designados como *dru* -roble-, como *truth* jabalí- y como *truit* -trucha-. Del roble tenía el druida la fuerza y el poder; del jabalí, el aislamiento y la astucia; de la trucha, la ligereza y la sabiduría. No olvidemos que el pez en general es símbolo de sabiduría y objeto indirecto de culto a lo largo de la era de Piscis. Esta sabiduría druídica fue reconocida por los conquistadores romanos y respetada hasta límites que podrían parecer increíbles. Bastaría comprobar el respeto con que son tratados por el mismo César o la amistad que unió a Cicerón con el druida Diviaticus, de quien dice el clásico latino: «Fue tu amigo y te jactabas de ello. Conocía la filosofía natural a la que los griegos llamaban fisiología, y tenía la costumbre de pronunciar, parte por don de vidente, parte por conjetura, lo que acaecería en el porvenir».

17. Según su historia, contada por san Valerio, realizó numerosos milagros. Curiosos milagros muchos de ellos, como el que le permitió caminar sobre las aguas en las cercanías de la isla de Tambo -en Pontevedra- para salvar a los pescadores de una barca que iba a la deriva y peligraba hundirse en medio de la tempestad. A propósito de san Fructuoso y de los eremitas del Bierzo, puede consultarse el libro *San Fructuoso y su tiempo*, escrito en colaboración por Florentino-Agustín Díez González, Justiniano Rodríguez Fernández, Francisco Roa Rico y Antonio Viñayo González, editado por el servicio de publicaciones de la Diputación Provincial de León (1966).

646, el rey visigodo Chindasvinto hizo donación al eremita y a sus seguidores de unas tierras que abarcaban buena parte de aquella serranía de los montes de León y, en poco tiempo, al parecer, toda la comarca se plagó de anacoretas que buscaban su perfección a la vera de san Fructuoso. Las cuevas se superpoblaron de hombres, de mujeres y hasta de familias enteras dispuestas a entrar en el paraíso por la puerta grande de la santidad. Dicen que hubo allí tantos anacoretas que los reyes llegaron a preocuparse seriamente ante la merma de hombres que aquella grey de aspirantes a santos significaba para sus ejércitos.

La invasión musulmana terminó momentáneamente con aquella epidemia de santidad. Muchos eremitas huyeron hacia las tierras del norte y formaron el núcleo religioso de los primeros tiempos del reino cristiano de Asturias. Luego, cuando Alfonso II extendió sus fronteras, regresaron al Bierzo, como siguiendo una querencia ancestral, y dieron nueva vida a los cenobios y a las cuevas santas. Surgieron entonces san Genadio y san Valerio, y si el primero fue, en cierto modo, el heredero espiritual del fundador (18), el segundo se encargó de contar la peripecia de aquella Tebaida leonesa.

En aquellos años del segundo florecimiento religioso de la comarca surgieron monasterios de los que aún quedan huellas bien visibles. Son las obras maestras de la arquitectura mozárabe leonesa: Santiago de Peñalba, San Pedro de Montes, San Clemente, todos ellos metidos en lo más áspero de la serranía berciana. Y está también por allí Santo Tomás de Ollas, apenas unos kilómetros al norte de Ponferrada, el enclave templario.

La fragua de Vulcano

Ante estas obras y, más que ante ellas, ante la presencia secular de aquellos eremitas escondidos en el fondo de los valles y en las cavernas de los montes que bordean el pico de Aquiana, ancestralmente sagrado -no lo olvidemos-, uno se pregunta: ¿qué buscaba aquella gente? ¿Acaso sólo la espiri-

18. En la comarca, la veneración por san Genadio es tan fuerte como la que se le profesa a san Fructuoso. A poca distancia del pueblo de Peñalba puede visitarse todavía la cueva en la que se refugió, convertida en santuario. Por mi parte pienso que, aunque puede muy bien tratarse de una coincidencia, no deja de ser curioso este santo a partir de su propio nombre, que no puede dejar de asociarse con la tradición sánscrita de los *jinas* y con la paralela tradición musulmana preislámica de los *djinnns*. Según se puede recordar, tanto unos como otros eran genios -también el nombre castellano es sugerente- que habitaban los desiertos y los lugares solitarios, y detentaban unos conocimientos tras los cuales anduvo el hombre a lo largo de toda su historia. Rizando el rizo de las significaciones esotéricas, no olvidemos que la palabra *jinete* tiene la misma raíz, que el jinete es el que cabalga un caballo, y que el caballo fue símbolo -como la Cábala- de un conocimiento total del cosmos que emanaba directamente de la divinidad.

tualidad contemplativa? ¿Sólo la ascesis mística? Y recuerda, casi sin quererlo, las palabras que impuso como regla de oro san Benito a sus monjes: *Ora et labora* (reza y trabaja).

Decía hace pocas páginas que, al llegar a la aldea de El Acebo, se termina definitivamente la carretera transitable. Desde allí hay que seguir a pie o sentirse atrevido conduciendo un todo terreno. El camino baja en curvas terribles, bordeando la ladera del monte y, al llegar al valle, cruza un riachuelo. Si se sigue a lo largo de unos quinientos metros el curso de ese regato, se alcanza un pequeño conjunto de viejísimas construcciones que forman, nada menos, que la herrería más antigua de España. Los especialistas le han dado fecha muy aproximada: el siglo VII. Hoy, mil cuatrocientos años después de su construcción, la fragua y el yunque funcionan todavía y su mecanismo constituye la obra de ingeniería más sabia, más económica y más eficaz que podríamos imaginar. Todo es movido por el agua del riachuelo, tanto la corriente de aire -perfectamente regulable- que convierte en un auténtico soplete el fuego de la fragua, como la rueda de madera que mueve el martillo pilón del yunque.

La herrería visigótica de Compludo no es la única que hubo en la comarca. En pleno Valle del Silencio, muy cerca de San Esteban de Valdueza y junto al curso del río Oza, hay una edificación, ya totalmente arruinada, que la gente sigue llamando La Herrería. Y se tienen noticias de que hubo algunas más que se han perdido definitivamente.

Lo insólito de estas industrias primitivas no es tanto el hecho de que existieran como la circunstancia de que estuvieran emplazadas precisamente *allí* y *entonces*. Si la fragua de Compludo se reconoce como del siglo VII -y nada permite ponerlo en duda- significa que se construyó precisamente cuando san Fructuoso y sus compañeros hacían *oficialmente* vida de anacoretas por aquellos andurriales. Pero puede significar incluso algo más: que fueran ellos mismos los constructores de aquel ingenio. Si fuera así, cosa que no veo nada improbable, sería una prueba de que, paralelamente a su calidad de eremitas místicos, los primitivos monjes bercianos sacralizaron un modo de trabajo exactamente igual a como se había sacralizado en las más antiguas civilizaciones.

Los principios históricos de la utilización del hierro son oscuros, porque se vieron envueltos en elementos mágicos prohibidos a la gente. El hierro, con todo lo que significaba de poder, era considerado como un metal maldito, demoníaco, pero, al mismo tiempo, cargado de sacralidad. Mircea Eliade (19)

19. Consúltese sobre este tema su obra, que creo más clarificadora a todos los niveles, *Herreros y alquimistas* (Alianza Editorial, Madrid, 1974).

atribuye al hierro el origen de los sacrificios humanos, por el odio mágico que suscitaba el metal. Si recordamos detalles de muchos cuentos populares, veremos cómo el hierro va asociado siempre al mal, al dolor, a la prisión y a la muerte: un arma de hierro es esencialmente mala, una de oro o de plata -aunque siga siendo un arma- es fundamentalmente buena y apta para ser manejada por el héroe.

Creo que el origen de esta superstición en torno al hierro y a los herreros viene de mucho más atrás de lo que la historia es capaz de contarnos. El hierro ha pasado a ser un elemento del inconsciente colectivo, pero ese elemento tuvo que ser implantado por gentes que *ya sabían* que este metal constituye uno de los elementos fundamentales de las culturas tecnológicas. Inyectando en el inconsciente el odio al hierro -y a quienes lo trabajan-, y dejándolo encubierto con magias malditas, se conseguía que un elemento fundamental de la civilización fuera lo bastante temido como para que su uso no se propagase (20).

Ésta es la causa de que el hierro y los herreros fueran, paralelamente, sacralizados y maldecidos. Incluso hasta muy avanzada la Edad Media, los herreros no podían vivir en los núcleos de población, y la técnica de la forja y del yunque se había envuelto en fórmulas mágicas y en leyendas aterradoras. A veces, incluso, el origen real de algunas de estas leyendas puede ser localizado si se admite la intervención de herreros en ellas.

Un ejemplo muy claro de esta génesis del mito popular lo tenemos, no lejos de la tierra leonesa, en los lagos asturianos de Somiedo. La mente popular llenó los parajes de estos lagos de seres fantásticos, de cuevas mágicas, de animales diabólicos, de genios malignos y de brujas, hasta el punto de que aquélla es una de las zonas más ricas en mitos populares de toda la península. No hace muchos años, las prospecciones realizadas por una compañía minera descubrieron que los alrededores de los lagos de Somiedo contenían un buen filón de mineral de hierro. La explotación ha roto casi totalmente el encanto mágico de los lagos; algunos están enrojecidos por la escoria del mineral. Pero creo que la mina ha desvelado también el misterio de los lagos, que probablemente estuvieron ocupados por herreros

20. Yo compararía el origen de este odio al hierro de tiempos protohistóricos con el odio actual que el hombre siente, incluso a niveles inconscientes, hacia las centrales nucleares. Un odio que, si es cierto que en muchos es realmente justificado porque conocen el alcance de la peligrosidad de elementos tales como los residuos radiactivos o la posibilidad de accidentes y fisuras, en muchos otros constituye un auténtico temor supersticioso, que contiene la magia de lo desconocido. Del mismo modo que ayer todos sabían tácitamente que el hierro era necesario para el progreso, hoy saben también que las centrales nucleares lo son en gran medida. Pero no ha desaparecido el terror hacia las consecuencias desastrosas que puede acarrear una utilización irracional de la energía atómica.

que supieron rodearse de leyendas terroríficas para seguir su labor sin la presencia inoportuna de aprendices curiosos de sus artes.

No he elegido el caso al azar. La comarca de la que forman parte los lagos de Somiedo es tierra de pastos veraniegos de los vaqueiros de alzada. Desde lo más alto de la zona de los lagos se distinguen las brañas del puerto. Más abajo, siempre en tierras secularmente vaqueiras, en el valle del Arganza, aún pueden localizarse varias herrerías ruinosas, del mismo tipo que las que se encuentran en los montes bercianos. Incluso se sabe que algunas de ellas fueron utilizadas hasta hace menos de cincuenta años. Y es que, aunque los historiadores y los etnólogos lo hayan ya olvidado, uno de los oficios que ejercieron en tiempos remotos los pueblos llamados malditos -vaqueiros, agotes o maragatos- fue precisamente el de herreros. Y es más que probable que el ejercicio de esta profesión fuera en el pasado una de las causas -una más- de su marginación secular. En este sentido, su unión o su identificación con los anacoretas bercianos tiene una razón de ser, si admitimos que esos anacoretas buscaban algo más que un contacto ortodoxo -esencialmente permitido- con la divinidad.

Maestros en muchos saberes

Cuenta Mircea Eliade (21) que, en Mesopotamia, Kôshar era el dios que servía de herrero a los demás dioses. Forjaba sus armas y fabricaba sus escudos, pero al mismo tiempo dirigió la construcción del palacio de Baal. En el panteón mesopotámico, además, se le relacionaba con la música y se le adjudicaba el arte de «*bien hablar*».

Si tuviéramos que definir la naturaleza de esta divinidad tendríamos que adjudicarle el epíteto de maestro. Y en ese sentido identificaríamos su naturaleza con la que tuvieron otros dioses muy especiales pertenecientes a otras formas religiosas: Osiris en Egipto, Quetzalcóatl o Kukulcán en México, Viracocha entre los peruanos, Hermes en el sincretismo religioso helénico, o Lug entre los pueblos atlánticos precélticos. Por mi parte, creo que este tipo de divinidades tiene un antecedente humano que se encuadra en el contexto de una realidad histórica desconocida, pero creo también que esa realidad, como sucede en muchos otros mitos religiosos, no se corresponde con una personalidad individual, sino con una colectividad humana -y aún no localizada o diferenciada en los hallazgos arqueológicos- que ejerció el magisterio sobre nuestros antepasados y les puso en el camino de la civilización. Su recuerdo

21. *Op. cit.*

se divinizó y su reconocido saber superior, nunca captado y tácitamente adorado por quienes aprendieron de ellos, se convirtió en una forma religiosa, en dogma de fe nunca comprendida y en meta trascendente del ser humano.

Curiosamente, estas divinidades -quiero decir, estos seres divinizados- coinciden muy a menudo en una enseñanza muy particular: la arquitectura. Pero no se trata de una arquitectura funcional o utilitaria sino que implica la construcción de *templos*. Templos que, precisamente por estar destinados a albergar lo trascendente, contienen en los elementos que los integran, bajo formas simbólicas, todo ese conocimiento a que el hombre aspira. Ahí está la raíz profunda de la pirámide de Kufú, la razón última de los zigurat babilónicos, el templo de Kukulkán en Chichén Itzá, y ese Templo de los templos, el de Salomón, de cuyos restos últimos se proclamaron custodios los caballeros del Temple.

Con la decadencia política de Roma, el sentido de las construcciones como obra pública, funcional y colosalista, que había dominado en los arquitectos del imperio, se abandonó, después de unos pocos intentos infructuosos y añorantes (22). El cambio espiritual que se gestaba paralelamente en oriente y en occidente se reflejaba en todos los niveles de la actividad humana, como si fuera necesario un regreso a las fuentes remotas y escondidas que, en cierto modo, la potencia vital de Roma había apagado. Los movimientos místicos -y el cristianismo era, en este sentido, la culminación sincrética de todos ellos-, que durante el imperio habían reptado entre minorías iniciadas, se convierten, aun perdiendo su nombre, en el motor de toda una búsqueda espiritual que se traduce en intentos de trascendencia a todos los niveles existenciales. Se partía de cero en el aprendizaje, pero esa partida respondía menos a un «borrón y cuenta nueva» que a un rastreo sistemático en la memoria dormida de tiempos anteriores.

De san Fructuoso del Bierzo cuenta san Valerio que le acompañaba siempre un monje anciano, Baltario, que era hábil cantero y le tallaba en la roca los peldaños de acceso a las cuevas (23). No era el único. Varios constructores más, parece que hicieron vida eremítica en el Valle del Silencio y, bajo la dirección maestra de san Fructuoso, edificaron iglesias sencillas que ya conte-

22. No quiero decir con esta afirmación que no se encuentren, entre los monumentos arquitectónicos romanos, construcciones que respondan a principios mágicos y trascendentes de la arquitectura. Buena parte de las construcciones religiosas místicas -ninfeos, serapeos y mitreos- fueron levantadas siguiendo estructuras y medidas simbólicas. Por su parte, Vitruvio hace de algún pasaje de sus *Diez libros de arquitectura* un auténtico tratado de arquitectura mágica.

23. Se cuenta lo mismo de san Juan de la Cruz, a quien acompañó siempre un lego albañil, fray Pedro de los Ángeles, que le preparaba el acondicionamiento de las casas que iban a ocupar los frailes de la orden recién reformada.

nían los principios mágicos del arco de herradura, la planta en cruz -griega- y de los *tres* accesos. Aquel trabajo de los constructores implicaba no sólo el hecho de orar bajo techado, sino que comportaba, aunque de modo todavía primitivo -olvidado-, los cánones mágicos necesarios para levantar un lugar donde el creyente pudiera ponerse en contacto con la divinidad y recibir de ella el conocimiento.

Pero es que, además, esa construcción tenía que levantarse necesariamente en el emplazamiento propicio y amoldarse a las coordenadas mágicas del lugar. Y debía contener, en sus medidas, en sus proporciones, en sus detalles decorativos, el mensaje secreto que haría del constructor un *adepto* de los condicionamientos culturales remotos en los que basaba su obra. Todo este proceso exigía un aprendizaje, una *iniciación* en un saber anterior, a la vez perdido para el hombre vulgar y recuperado para esos adeptos. Un saber que, como el conocimiento del secreto del hierro, era peligroso si llegaba a divulgarse. Por eso constituía un secreto que sólo podía descubrirse a los que hicieran promesa de guardarlo y demostrasen, superando determinadas pruebas, que eran dignos de *morir* para el mundo y *resucitar* a la nueva vida de saber y conocimiento que se les ofrecía.

Los templarios *sabían* dónde y por qué sucedía así. No en vano buscaron los primeros la custodia del templo de Salomón. Su labor consistió en contactar, allí donde se diera, con el conocimiento esotérico y con la búsqueda ocultista, contemporánea o remota. Ésa fue la causa de sus asentamientos en Tomar -a vuelo de pájaro de Fátima, en Portugal-, en Uçero, en Culla, en Fregenal, por citar únicamente lugares peninsulares. Ésa fue también la causa de su instalación en el Bierzo. Allí había sucedido algo que, por acumulación de hechos profundamente insólitos, merecía la pena de vigilar. Algo que contenía un secreto ancestral celosamente guardado. Algo que tenía que desvelarse.

Pero ¿en qué consistía ese misterio?

6

DIOSES QUE ERAN SABIOS

Todos los historiadores de la cultura y del arte coinciden en proclamar, sin excepción, que la caída del imperio romano y la consiguiente hegemonía de los visigodos en los antiguos territorios latinizados significó, por un lado, un notable retroceso de la vida intelectual y de las formas artísticas y, por otro, unos intentos -inútiles- por imitar aquella grandeza que los *bárbaros* venían a sustituir. Estamos tan acostumbrados ya a leer estas opiniones generalizadas que las hemos convertido en verdades axiomáticas y, desde los tiempos de la escuela, las hemos aceptado como hechos reconocidos que no parecen admitir discusión.

Sin embargo, sí la admiten. Y no sólo la admiten, sino que un análisis de los mismos acontecimientos y de los escritos de aquellos tiempos que nos han llegado pueden muy bien hacernos ver que la historia no se compone únicamente de apariencias externas, sino que va siendo conducida subterráneamente por una inteligencia colectiva que se manifiesta abiertamente sólo cuando ya se ha sedimentado, cuando ha encontrado la dirección y el mensaje que puede transmitir al futuro: a nosotros, los que analizamos aquellas realidades con cien, con quinientos o con más de mil años de perspectiva. En nosotros, pues, está en gran parte la posibilidad de acertar o de errar en esa apreciación.

Empeceemos por los nombres mismos

Uno de los grandes errores en que hemos vivido la historia ha sido precisamente, la tergiversación de los significados de las palabras a lo largo del tiempo. Se nos dice, por ejemplo, que los romanos llamaban *barbari* a los godos, y nosotros, incluso de modo inconsciente, asimilamos la palabra a actos de salvajismo, a depredaciones, a saqueos, a destrucción. Sin embargo, la palabra latina no tiene en absoluto nada que ver con todo esto. *Barbari*, para los romanos, eran todos los extranjeros, todos los pueblos que no formaban parte del imperio o que no se habían asimilado a la romanización. No importaba su grado de cultura, ni sus hábitos, ni su saber, ni sus tradiciones. Importaba sólo, para ser acreedores del apelativo, el hecho de no estar integrados en el engranaje político de Roma.

En el caso del pueblo visigodo, este apelativo se aplicaba a un grupo étnico que, si no había alcanzado los grados de manifestación externa de eso que llamamos civilización, era por su falta de asentamiento, por su vida errática desde unos orígenes oscuros que los historiadores no han logrado todavía fijar con precisión (1). Pero su mismo nombre, godos, viene a darnos ya una idea al menos del concepto que tenían de sí mismos o del concepto en que les tenían los pueblos con quienes convivieron a lo largo de su emigración secular por tierras europeas y asiáticas. Porque todavía en nuestros días, las lenguas germánicas llaman a Dios con la misma raíz que designa a los godos: los alemanes lo llaman *Gott*; los ingleses, *god*.

1. El esquema clásico sobre el origen de los visigodos y sus migraciones posteriores fijaba su cuna en Escandinavia, de donde partirían, cruzando los estrechos bálticos, en la segunda edad del Hierro. En el siglo I a. de C. se les localiza en el delta del Vístula y en el siglo II de nuestra era se asientan en la región de Pripet y en Ucrania. A mediados de siglo III están en las orillas del mar Negro y comienzan a extenderse en dirección al Asia Menor.

Este origen escandinavo se basaba, sobre todo, en la interpretación de la crónica histórica del godo Jornandes, la *De origine actibusque Getorum*, escrita a mediados del siglo VI. Allí, el cronista habla como lugar de origen de su pueblo la isla de Scanzia, situada según él «en las aguas árticas del Océano». Esta isla, «matriz de pueblos», fue el lugar de donde salieron los *getos* -el cronista les da ese nombre- al mando de su rey Berig. Y, en cuanto tocaron tierra, comenzaron a dar su nombre a los lugares que habitaron.

Lo cierto es, sin embargo, que las investigaciones arqueológicas efectuadas en Escandinavia han dado tumbas como único resto de unos godos que serían, según lo aceptado, originarios de aquella zona. Y no es muy creíble que un pueblo dejase sólo a sus muertos en el lugar de donde procedía. Más lógico parece pensar que Escandinavia fue uno de sus lugares de expansión, un paso en su secular migración. Su origen sería otro. Pero sólo puede avanzarse respecto a ese origen suposiciones y no certezas. Lo único cierto que se puede afirmar es el carácter migratorio del pueblo, siempre a la búsqueda de un asentamiento que sólo consiguió -y durante un período relativamente corto de 300 años- con la conquista de la península ibérica.

Los godos, pues, eran llamados *dioses*, y a veces se llamaban a sí mismo *gutans*, hijos de Wotan (2), su divinidad superior, el gran herrero del Walhalla.

Pero hay todavía otra equivocación con respecto a este pueblo. Estamos acostumbrados a oír y leer que los nombres con que se designó a visigodos y ostrogodos se debían a su ubicación territorial: visigodos (*Westgoten*) serían los godos del oeste, mientras que los ostrogodos corresponderían a las ramas que se quedaron más al este (*Ostgoten*). Ferdinand Lot (3) apunta una etimología más que digna de tenerse en cuenta: visigodos serían los *Weisgoten*, los godos sabios; ostrogodos, los *Austgoten*, los godos brillantes.

Godos sabios: dioses sabios. Sería demasiado fácil atribuir esta denominación -o autodenominación- a un sentimiento gratuito de superioridad. No hay pueblo ni comunidad humana que no se haya adjudicado a sí mismo la divinidad. Sí es cierto, en cambio, que muchas de las grandes creencias han hecho que sus seguidores tomasen como apelativo la cualidad de considerarse *hijos* de la forma divinal que seguían: cristianos, mahometanos o ligures (4) designan menos a unos determinados pueblos con especiales características étnicas que a una comunidad de creencias y de formas de vida acordes con ellas.

En cuanto al adjetivo *Weise* -sabios-, tal vez no sea tan absurdo como a primera vista podría aparentar. Si revisamos la mitología goda a través de su cronista Jornandes, encontraremos que «*no les faltaron maestros que les instruyeran en la sabiduría*» y que, entre ellos, destacó un tal Dicinio, que reunía en su persona el sacerdocio, el consejo, el magisterio y el conocimiento de la astronomía y de la música (5). Seguramente, este Dicinio personifi-

2. La permutación fonética G-W y O-U es corriente en la evolución de las lenguas indoeuropeas. Recordemos que, en su origen, las palabras *War* y *Guerra* son la misma, como tienen la misma raíz originaria *gut* (bueno, en alemán) y *bueno*. Recordemos a propósito de esta palabra, que aún es pronunciada en castellano coloquial como «*g*»: «*to er mundo e gueno*», dice la gente.

3. *La fin du monde antique et le début du Moyen Age* (Albin Michel, París, 1969).

4. Sostengo la posibilidad -que desarrollé ya en mis libros anteriores, *Los santos imposibles* y *Los supervivientes de la Atlántida*-, que el problema tan controvertido de los pueblos ligures tiene una solución si nos planteamos la realidad de que, con este nombre, se designó a un conjunto de comunidades que tenían a Lug como divinidad superior.

5. El texto de Jornandes cita: «Dicinio, viendo que los godos estaban dotados de una inteligencia natural, les enseñó casi toda la filosofía, la física, la moral y la lógica, porque era maestro en todas las ciencias. Les enseñó a observar los doce signos del Zodíaco, el paso de los planetas a través de esos signos y toda la astronomía; cómo el disco lunar crece y mengua; cómo el globo encendido del sol sobrepasa en tamaño al globo terrestre; les expuso los nombres con los que se designa a las 344 estrellas que se asientan en el polo celeste o se expanden precipitándose a Oriente y occidente...». Fijémonos en que muchos de estos conceptos difieren sustancialmente de las imposiciones pseudocientíficas del mundo cristiano dogmático de muchos siglos después.

caba a toda una generación de maestros, paralela a la de los druidas célticos, pero sus enseñanzas perduraron a lo largo del tiempo.

Bastaría ver los textos de san Isidoro -hispanorromano, pero integrado a la nueva civilización visigoda dominante ya en el siglo VII- para comprobar cómo la educación era una parte esencial en la vida visigoda (6). Una educación que, por otra parte, contenía formas y métodos que la hacían paralela en muchos aspectos a la formación iniciática, desde la que impartieron los mismos druidas hasta la de los maestros del hermetismo. Así especifica el escritor sevillano que la memoria -el ejercicio de la mente- era desarrollada de modo preferente, que se daba importancia primordial al estudio de la música y a la educación de la voz, que se domaba la voluntad por medio de ejercicios físicos especiales, y, en fin, que el aprendizaje de las artes del mar ocupaba un lugar importante, aun tratándose de un pueblo que, como el de los visigodos, tuvo una singladura eminentemente terrestre.

Regreso a la fuente

A este pueblo y a esta época -el siglo VII- pertenecía san Fructuoso (7). Era godo y «toda la sangre que llevaba en su cuerpo era de la más pura estirpe regia», al decir de su biógrafo san Valerio, que parece con ello insistir en un origen casi divino del maestro.

En aquel momento, vencidos tiempo atrás los suevos que ocupaban todo el noroeste peninsular, y oficialmente católico todo el territorio después de la conversión de Recaredo en el tercer concilio de Toledo (586), el pueblo visigodo podía sentirse ya definitivamente asentado en una patria que tal vez había sido su meta desde el inicio de la gran marcha migratoria secular. No apunto este hecho amparándome en meras suposiciones. Hay indicios que avalan esta posibilidad en el campo del mito. Lo único grave es que los historiadores racionalistas han arrinconado a los mitos en el baúl del olvido y les han negado toda posibilidad de mostrar lo que tienen de realidad. Pero fijémonos en que hay ocasiones en las que las narraciones míticas de pueblos sin aparente contacto coinciden en puntos clave y en simbolismos perfectamente identificables. Éste es uno de esos casos.

6. Vid. S. Isidoro de Sevilla, *Institutionum disciplinae*, ed. de E. Anspach en «Rheinisches Museum für Philologie», núm. 67 (1912), pp. 557-559.

7. San Isidoro murió en el año 636, veintiocho años antes que san Fructuoso el eremita godo del Bierzo.

Basándose fundamentalmente en Diodoro Sículo y en tradiciones de un origen ya perdido, algunos historiadores que hoy no son tenidos en cuenta para nada (8) cuentan que «el primero que a ella [la Península] después del Diluvio de Noé vino y fue su primer poblador fue Tubal, quinto hijo de Iaphet, hijo tercero de Noé y los que con él vinieron a ella» (9). De este origen atlante hacen derivar generaciones enteras de reyes y de dinastías de carácter aparentemente mítico, pero con un fondo de realidad que necesita todavía ser despojado de sus aditamentos legendarios.

Uno de los reyes de estas generaciones míticas de Tubal (10) es Brigo, hijo de Iubalda o Idubeda, que según estas crónicas reinó cuatrocientos años después del Diluvio y 259 después de Tubal. Dicen que, provisto de un poderoso ejército, se expandió por Europa y Asia Menor, y que su nombre dio nombre a los *brigios*, que luego se convirtieron en *frigios*. Que estos brigios-frigios fundaron Troya en los confines del Mediterráneo y, en la misma península, ciudades que conservaron su nombre hasta la romanización: *Segobriga* (Segovia), *Augustobriga* (Astorga), *Conimbriga* (Coimbra).

Si nos acercamos a la historia remota a través de otra tradición, precisamente la de los godos, veremos que su ya mencionado obispo y cronista Jornandes nos cuenta que el pueblo atravesó el mar bajo el mando de un rey al que llama *Berig*, de nombre paralelo -correspondiente, diría yo- al Brigo atlante de la península, y que su tierra de origen, Scanzia, fue «*matriz de pueblos*», tal como lo fue la península ibérica según la remota tradición.

Es curioso observar, en este sentido, que prácticamente todos los pueblos que, con mayor o menor grado de civilización, estaban asentados en el oriente mediterráneo y hasta el Caspio -donde los godos estuvieron en un determinado momento de su largo periplo migratorio-, tuvieron a las tierras de occidente como cuna de los antepasados, y como meta que los hombres tendrían que alcanzar aunque fuera después de la muerte. Desde Egipto a los godos, ese occidente era la querencia cultural donde, de alguna forma, se encontraría la tradición, el recuerdo o la huella de aquella Edad de Oro perdida hasta ahora para la arqueología. Si fue así, los visigodos, al alcanzar la

8. Me refiero, por ejemplo, a Julián de Ocampo y a Pedro de Alcocer, ambos del siglo XVI, que escribieron respectivamente una *Crónica General* (Madrid, 1543) y una *Historia de la ciudad de Toledo* (1554), en las cuales aventuran el origen atlantobíblico de los pueblos que habitaron la península en la más remota antigüedad. Es el caso también del licenciado Andrés de Poza, que dedica el capítulo IV de su libro *De la antigua lengua, poblaciones y comarcas de las Españas*, impreso en Bilbao el 1587, a los orígenes míticos de los antiguos reyes peninsulares.

9. Pedro de ALCOCER (*op. cit.*).

10. La tradición de una presencia de Tubal está extendida por varias regiones de la península. La encontramos, por ejemplo, en Noya (Coruña), fundada legendariamente por una hija suya. La volvemos a encontrar en el ídolo de Peña Tú, en Asturias; se repite en la tradición balear, según la cual las islas fueron pobladas por primera vez por la raza de este personaje bíblico.

península y asentarse en ella hasta conseguir su primera y única unidad política en la historia, no habían hecho más que cumplir una tradición que les afectaba tanto a ellos como a otros muchos pueblos.

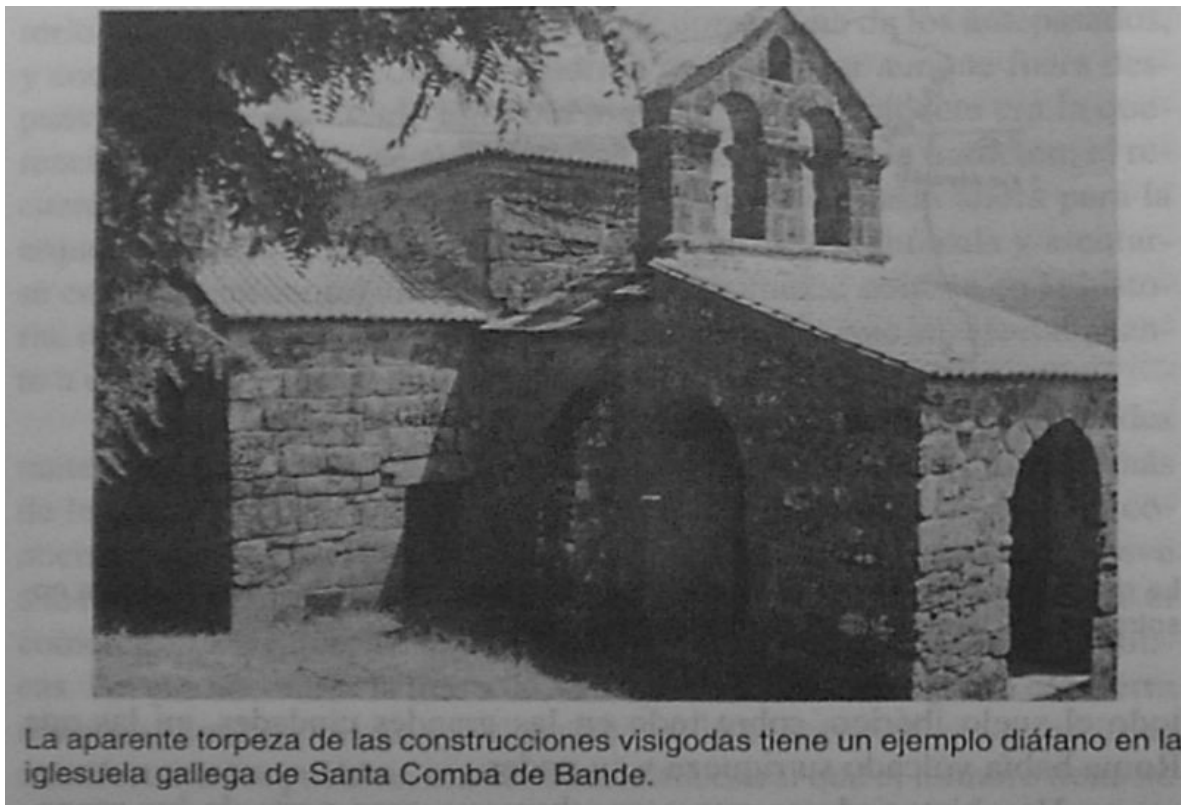
Porque el devenir histórico no se compone sólo de necesidades materiales que el hombre tiene que cubrir. Hay también -y mucho más de lo que podríamos imaginar- una búsqueda milenaria en pos del conocimiento y de la propia realización espiritual. Y esa búsqueda mueve a los pueblos tanto o más que las sequías o las tierras fértiles, más que el comercio o las riquezas naturales, mucho más que las presiones políticas. Porque encontrar la tierra de su origen más remoto -y con esa tierra encontrar también la clave y el sentido de la existencia- es un modo de manifestarse los pueblos, una tendencia ancestral que el hombre tiene no sólo como individuo, sino también como comunidad.

En cualquier caso, resulten ciertas o no las coincidencias míticas, es un hecho sin discusión que el pueblo visigodo hincó sus raíces en la península ibérica y que, por primera vez en su historia, se asentó en tierra que consideraba propia. Era el momento preciso para realizarse, para plasmar en obra visible todo cuanto llevaba dentro y todo cuanto le estaba dando la tradición de aquella tierra, adquirida... o recuperada de la oscura barrera del tiempo.

Cuando el saber se sedimenta

Cuando contemplamos una cualquiera de las escasas muestras que quedan de la arquitectura visigoda sobre el suelo peninsular, nos invade la impresión general de torpeza artesana, de pobreza de medios. Parece como si estos pequeños templos hubieran surgido de las manos de canteros aficionados, que no poseían el oficio suficiente para terminar su obra con pulcritud. Las ocho o diez iglesuelas visigodas que quedan en la Península son pequeñas, pesadas y se esconden en lugares apartados, como si sus constructores hubieran sentido vergüenza de exponer su obra junto a los monumentos imperiales que se levantaban por todo el suelo ibérico, sobre todo en las grandes ciudades, en las que Roma había volcado su riqueza y su poder.

Hay historiadores que sospechan que gran parte de los monumentos realizados por los constructores visigodos desaparecieron en las guerras medievales; que sólo se conservan aquellos que se habían construido lejos de las rutas comerciales o guerreras. Sin embargo, me inclino a pensar que esto no



La aparente torpeza de las construcciones visigodas tiene un ejemplo diáfano en la iglesuela gallega de Santa Comba de Bande.

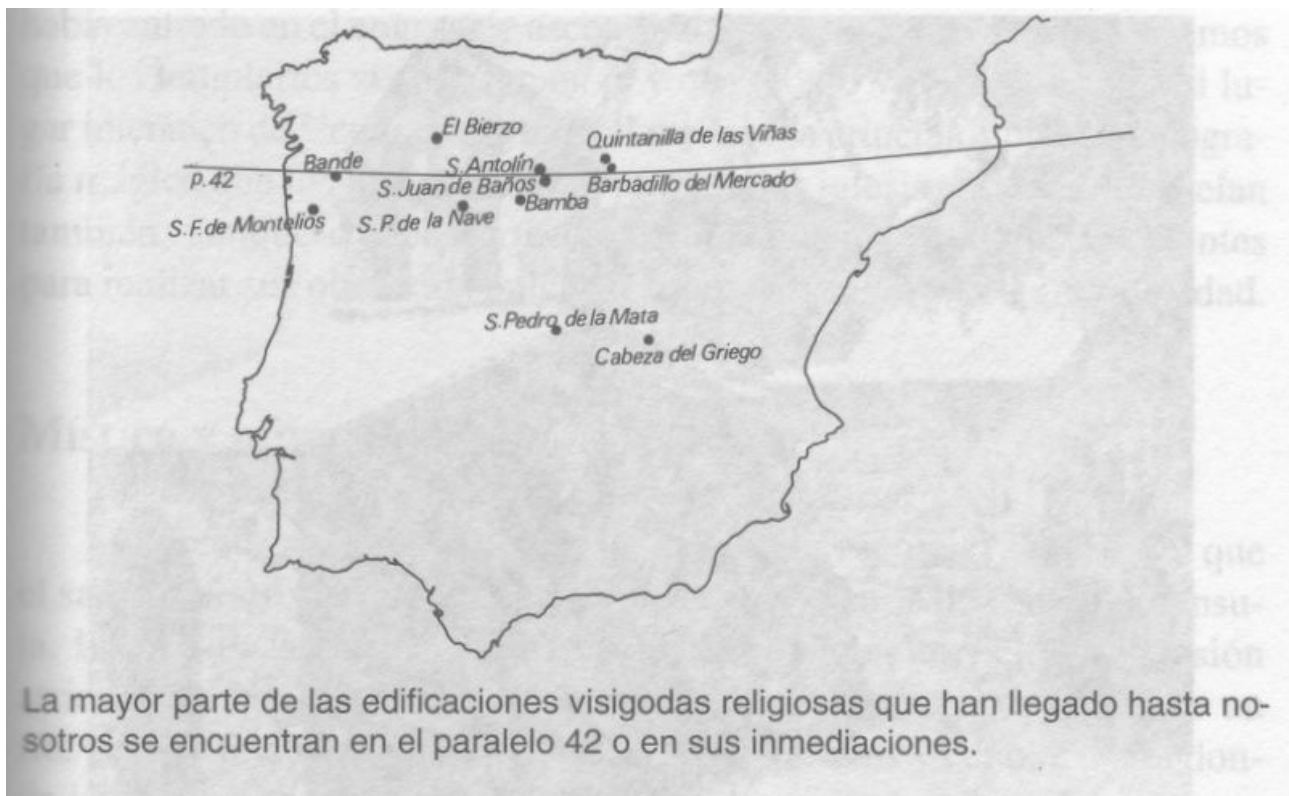
es totalmente cierto (11). Se destruirían templos y otras construcciones, pero serían muchos menos de lo que la imaginación permitiría suponer. Porque también podríamos pensar que la destrucción alcanzó a los monumentos romanos -y de hecho fue así-, y sin embargo, sus restos se levantan desde Tarragona hasta Tarifa y desde Sagunto hasta Coimbra, y siempre es posible apreciar, por más que les haya afectado la depredación secular, lo que fueron en los momentos cumbre del colosalismo imperial.

San Isidoro de Sevilla, en el libro XV de sus *Etimologías* (12), habla de la construcción sagrada casi en abstracto, como de una tradición que no se hubiera visto realizada. Prácticamente no cita ejemplos, sino modelos, lo mismo que hace en sus pretendidas descripciones el pseudoPaulo (13). Los

11. El que no sea *totalmente cierto* no presupone que no crea en la existencia de monumentos visigóticos desaparecidos. Por supuesto que los hubo. Bastaría recorrer la mezquita de Córdoba para comprobarlo. Prácticamente la mitad de los capiteles y de las columnas que componen el primer sector de la mezquita, el más antiguo, proceden de iglesias godas desaparecidas que se aprovecharon sin más cambio que la eliminación de alguna cruz esculpida. La otra mitad de la columnata está compuesta por restos de villas romanas igualmente depredadas por los conquistadores musulmanes.

12. Apartados II (*De aedificiis publicis*), III (*De habitaculis*) y IV (*De aedificiis sacris*), este último dedicado a los templos.

13. Llamado también el Anónimo de Mérida, es un manuscrito del siglo VII, *De vitis et miraculis Petrum Emeritensium*. Sus descripciones de templos se limitan a la imitación de la basílica romana con el exclusivo añadido del elemento torre.



dos testimonios llevan a suponer tanto una evidente escasez de monumentos así como la falta de una grandiosidad encomiable en los que existían. Ni más ni menos que lo que la realidad arqueológica nos muestra. Pero esa realidad nos lleva también a una serie de indicios que sobrepasan la simple pobreza del material con que contamos.

Una primera constatación me parece digna de tenerse en cuenta: la mayor parte de los templos visigodos que se han encontrado están levantados en lugares muy próximos al paralelo 42, de cuyas características religiosas hablábamos ya anteriormente. Sería demasiada casualidad admitir que es una simple coincidencia el que en esas inmediaciones estén Santa Comba de Bande, San Juan de Baños, la cripta de San Antolín de Palencia, la ermita de Quintanilla de las Viñas y la iglesuela de Barbadillo del Mercado. Todas estas construcciones están, prácticamente, *en* el paralelo 42. Por su parte, los templos de San Fructuoso de Montelios, de San Pedro de la Nave, así como las construcciones -casi desaparecidas- de los eremitas bercianos y Nuestra Señora de Bamba están a menos de cincuenta kilómetros en línea recta del paralelo citado.

Creo que no hay casualidades en este hecho. Estoy convencido de que existe una tradición de saber no revelado que asienta, por medio de símbolos concretos y en lugares específicos, las bases de un conocimiento superior que nunca fue transmitido en los escritos, sino que se manifestaba por medio

de signos y de indicios que tenían que ir siendo descifrados a medida que los catecúmenos del saber se adentraban por los recovecos del conocimiento. Y ese conocimiento iba siendo comunicado por medio de huellas que resultaban imperceptibles para el que no había entrado en el engranaje escondido del esoterismo. Pero recordemos que los templarios sí entraron en él y que, como vimos al hablar del lugar iniciático de Uvero, poseyeron al menos los principios de una topografía mágica que los torpes constructores de las iglesias visigodas poseían también, aunque carecieran de los conocimientos técnicos suficientes para realizar sus obras con pulcritud, con corrección y con grandiosidad.

Mística y número

Cuenta san Valerio, el biógrafo de san Fructuoso del Bierzo, que el santo maestro, en sus numerosos viajes fundacionales por la península, llevaba consigo numerosos códices, y que incluso en una ocasión arriesgó su vida para salvarlos cuando se los llevaba la corriente de un río. Cuenta también que fundó y construyó iglesias y cenobios allá donde le conducían sus pasos. Todos estos datos, junto a la presencia a su lado del monje Baltario, que era un experto cantero, y la noticia de los numerosos lugares santos que construyó, hacen de san Fructuoso un maestro que expresó su saber también en la construcción de templos. De lo que hizo no queda apenas nada: unas ventanas en la torre de san Pedro de Montes -que fue reconstruida, pero conservó estos detalles de la iglesia primitiva-, la iglesuela portuguesa de San Fructuoso de Montelios (14) y las vagas noticias o las sospechas inseguras de otros lugares santos.

Por eso, para analizar en lo posible el mensaje cifrado del maestro eremita, tenemos que recurrir a lo que de ese mensaje nos ha quedado en otros templos visigodos del paralelo 42. ¿Y qué es lo que encontramos en ellos? En primer lugar, una evidente torpeza en la mano de obra, como ya indicábamos antes y han proclamado los historiadores del arte y los arqueólogos. Creo, sin embargo, que esa torpeza no debe extrañarnos. Es una cuestión puramente formal, que no afecta a lo que se ha intentado expresar a través de la construcción. Es, diría yo, una cuestión de «buena» o «mala» letra.

14. San Fructuoso de Montelios -no olvidemos la etimología primitiva, aún posible de adivinar: Monte Helios, Monte Solar- está en las cercanías de Braga, ciudad de la que el santo fue obispo. Una tumba en el interior de la iglesuela ha hecho suponer a los fieles -y a muchos investigadores- que es la del fundador, que mandaría ser enterrado allí mismo.

Pensemos que el pueblo visigodo, como pueblo migratorio, carecía de tradición artesanal estable. No hay canteros en su historia anterior, porque poco o nada tenían que construir en sus constantes desplazamientos (15).

Sin embargo, llegado el instante justo de su estabilización territorial en el lugar buscado, llegado el momento de expresar su mensaje de conocimiento de modo estricto y urgente, surgen los constructores de la nada cuentan, a su modo, la verdad que quieren transmitir. Torpemente tal vez, porque carecen de la costumbre y del *oficio*, pero lo hacen como el sabio que escribe por primera vez o como el místico que tiene que contar *como sea* su experiencia trascendente. Tal vez por ese motivo, por carecer del truco técnico, esa búsqueda de la expresión del mensaje aparece como si fuera torpe, pero al mismo tiempo se nos muestra como más directa e inmediata, aunque no por eso menos críptica.

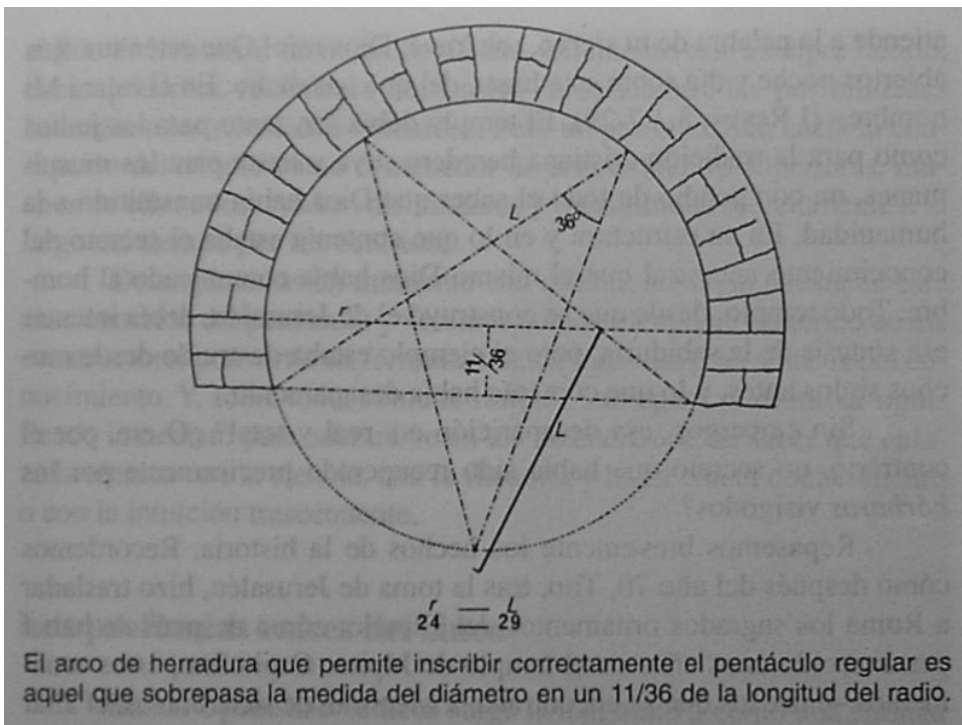
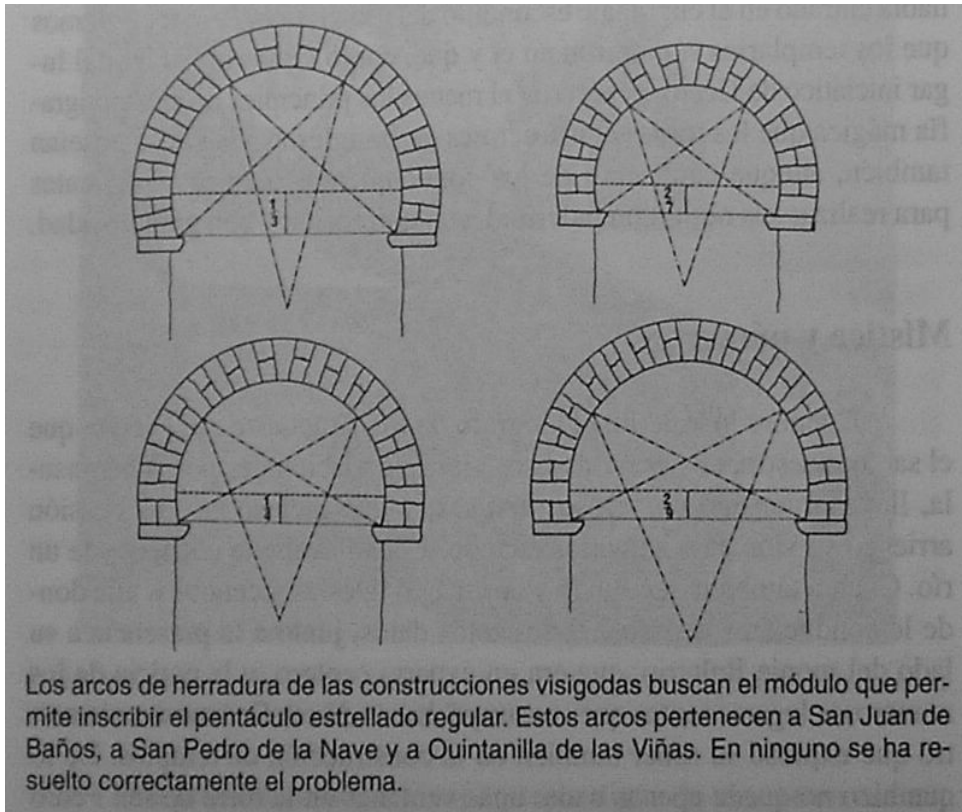
La primera novedad autóctona de estas construcciones, la primera al menos que surge como un elemento *deliberado* y no arquitectónicamente necesario, es el arco de herradura. En las entradas del templo, en las ventanas y en los interiores, los arcos se curvan por debajo del medio punto. Gómez Moreno (16) estableció esta prolongación en torno a $1/3$ del radio, y Camps Cazorla (17), creo que equivocadamente, da a estos arcos un valor sólo «*eminente decorativo*». Y digo equivocadamente porque la observación constante de los monumentos medievales me confirma cada vez más en la idea de que no existe entre los siglos VI y XV ni un solo monumento religioso en el que se antepusiera el sentido estético al mensaje trascendente que se intentaba transmitir. El templo, oficial y oficiosamente, era la auténtica Casa de Dios, y como tal tenía que contener todo el saber que sus constructores pudieran ofrecer a la Fuente divina del Conocimiento.

Así pues, el arco de herradura tiene que contener un significado, o por lo menos representa una búsqueda a la solución de un determinado problema. La búsqueda visigoda está representada en la variedad de proporciones que se utilizaron. Esa de $1/3$ que observó Gómez Moreno tiene variantes que oscilan entre los $2/7$ los $2/9$, y hasta el $1/4$ de la longitud del radio. Creo que

15. Aunque la tradición de los constructores godos es casi nula, surgen eventualmente ejemplos que dan testimonio de una preocupación por los secretos de la arquitectura iniciática secreta. El más inmediato que podríamos recoger es la tumba de Teodorico el Grande, en Ravena, con un monolito de más de 600 toneladas de peso que le sirve de techo, y que ningún erudito ha sabido aún explicar cómo fue colocado en el lugar que ocupa.

16. *Monumentos arquitectónicos de España*, Madrid, 1907.

17. «El arte hispanovisigodo», en *Historia de España* dirigida por R. Menéndez Pidal (Espasa-Calpe, Madrid, 1940, tomo III).



la búsqueda estaba centrada en el hallazgo de la proporción $\frac{11}{36}$, que es exactamente la medida sobre la que se puede construir el pentágono estrellado regular inscrito en la circunferencia del arco: el sello de Salomón de la tradición judía.

Un templo con todos los saberes

La oración del rey Salomón ante los ancianos y los sacerdotes de Jerusalén, en la que dedicó el Templo, tiene un pasaje que me parece revelador: «Los cielos y los cielos de los cielos no son capaces de contenerte. ¡Cuanto menos esta casa que yo he edificado! Mas con todo, atiende a la palabra de tu siervo, ioh Yavé, Dios mío! Que estén tus ojos abiertos noche y día sobre este lugar, del que has dicho: En él estará Mi nombre» (I Reyes, 8, 27-29). El templo debía ser, tanto para los judíos como para la tradición cristiana heredera suya y hasta para los musulmanes, un compendio de todo el saber que Dios había transmitido a la humanidad. En su estructura y en lo que contenía estaba el secreto del conocimiento ancestral que el mismo Dios había comunicado al hombre. Todo templo, desde que se construyó el de Jerusalén, debía intentar esa síntesis de la sabiduría, pero el ejemplo estaba destruido desde muchos siglos antes, y lo que contenía había desaparecido.

Sin embargo, ¿esa desaparición era real y total? ¿O era, por el contrario, un secreto que había sido recuperado precisamente por los *bárbaros* visigodos?

Repasemos brevemente los hechos de la historia. Recordemos cómo después del año 70, Tito, tras la toma de Jerusalén, hizo trasladar a Roma los sagrados ornamentos del Templo; cómo después de haber permanecido unos años en el templo de Júpiter Capitolino, estos ornamentos -entre los que se encontraba la Menorah de siete brazos, el altar de los perfumes y la mesa de los panes ácidos- (18) pasaron a formar parte del tesoro de los palacios imperiales, y allí permanecieron hasta la toma de Roma por Alarico en 410. Procopio, un historiador romano tardío, da cuenta de que en el saqueo que sucedió a aquella conquista, el rey godo confiscó también el tesoro del Templo de Salomón (19). A su muerte, sus inmediatos descendientes fundaron el reino visigodo de Occitania, y el tesoro real -llamado el «Tesoro Antiguo»-

18. «... hicieron nuevos vasos sagrados e introdujeron el candelabro, el altar de los perfumes y la mesa del templo. Quemaron incienso en el altar, encendieron las lámparas del candelabro, que lucieron en el templo; colocaron los panes sobre la mesa y colgaron las cortinas. De esta manera dieron fin a la obra» (I Mac. 4, 49-51). Todas las piezas citadas, construidas de oro o revestidas de oro, eran fundamentalmente objetos de culto precisamente por el simbolismo -doble: exotérico y esotérico- que encerraban. Los siete brazos de la Menorah simbolizaban los siete días de la Creación divina y era el signo de la obra de Dios. Fabricada en oro puro, pesaba exactamente la medida de peso judía: un talento, correspondiente a poco más de 23 kilogramos y medio. La mesa de los panes, símbolo de la huida de Egipto -y del conocimiento allí adquirido- medía dos codos de longitud por uno de altura y otro de anchura, estaba fabricada de madera de acacia -como el Arca de la Alianza y el féretro de Osiris- y se había revestido totalmente de oro.

19. *De Bello Gothorum*, libro II.

parece que fue depositado primero en Tolosa y más tarde, bajo la amenaza de los francos, sucesivamente en Carcasona y en Toledo, la nueva capital visigoda.

No sabemos con exactitud lo que contenía el tesoro, pero cabe pensar que, aparte su valor extrínseco, encerraba toda una gama de revelaciones que serían secularmente buscadas por los rastreadores del conocimiento. En cualquier caso salvo alguna leyenda casi perdida (20) y alguna noticia dispersa (21), la huella del tesoro de Salomón se pierde y ya es imposible de seguir, al menos de un modo material y directo.

Sin embargo, es significativo -a mi modo de ver- que los incipientes canteros visigodos, místicos y arquitectos en una sola pieza, comiencen a modelar su arte buscando precisamente la solución arquitectónica de una figura tan determinada como es la estrella de Salomón, cuya proporción exacta intentan expresar en la curvatura del arco de herradura. Aquellas formas plasmadas en los templos eran ya el intento decidido de transmitir un mensaje cifrado. Un intento casi siempre fallido, como podemos fácilmente comprobar si aplicamos las posibilidades buscadas a los resultados obtenidos. Pero un paso también hacia la concepción del templo como contenedor de conocimientos superiores, muchos de ellos conservados, disimulados y transmitidos secretamente a lo largo del tiempo por los ocultistas.

Detengámonos un momento con nuestra atención puesta en este caso concreto del pentáculo y veremos cómo el lenguaje esotérico de los constructores convertía en fórmula mágica toda una gran síntesis del conocimiento. Y, sobre todo, cómo el símbolo sobrepasa su eventual significado inmediato para adentrarse en los meandros de un saber que enlaza la técnica con la ciencia, con la filosofía y hasta con el conocimiento o con la intuición trascendente.

20. Una leyenda que se cuenta todavía en la localidad soriana de Medinaceli -la antigua Ocilis romana- da cuenta de que, en los primeros años de la conquista musulmana, un grupo de clérigos y nobles huidos de la invasión llegaron hasta allí cargados de tesoros procedentes de Toledo. Entre estos tesoros, al parecer, se encontraba «una mesa de oro y esmeraldas» procedente de la catedral. Tarik, el caudillo judío que mandaba uno de los ejércitos invasores, se apoderó de esta mesa y llamó a la ciudad Medina Talmeida en recuerdo de su botín. Tengamos en cuenta la naturaleza de esta mesa y recordemos el significado esotérico de la Tabla Esmeraldina de Hermes Trismegisto. El paralelismo nos llevará, al menos en parte, a comprender el valor simbólico de esta parte del tesoro del Templo.

21. Me remito a la noticia dada por Gérard de Sède de un historiador musulmán, El Mazin, que da cuenta de que, con la caída de Toledo, Tárik llevó a Walid, hijo de Abd Al-Malej, la mesa de Salomón.

Las profundas raíces del cinco

En los Upanishad védicos surge la magnitud 5 como una entidad catalizadora -la Akasa- que permite la existencia, las uniones y las combinaciones de los cuatro elementos que componen nuestro mundo: agua, aire, tierra y fuego (*apas, vayu, prithivi y agni*). Así, por su misma naturaleza, se convierte en símbolo de la creación y da no sólo vida, sino razón de ser a lo creado, del mismo modo que justifica y hasta explica la existencia (22). Es el «éter» de que habla Platón en el *Timeo*, y el «primer motor» de Aristóteles. El mismo que, transformado por el esoterismo de los alquimistas medievales, se convierte en lo que Arnau de Vilanova llama *spiritus*, la quintaesencia de la Gran Obra (23). Simbólicamente, esta quintaesencia se representa de varios modos, pero uno de ellos, posiblemente el más significativo junto con el pentágulo, es la pirámide de cuatro lados, en la cual cada uno de los vértices de la base representa un elemento, y la cúspide que los une significa la quintaesencia.

Si despojamos de sus implicaciones esotéricas estas significaciones y nos atenemos a una pura lógica del simbolismo, en abstracto y sin aplicación -de momento -a las llamadas ciencias ocultas, veremos cómo la magnitud 5 es la representación inmediata y el atributo esencial de todo lo que tiene existencia material, es decir, de todo aquello que puede ser apreciado por los sentidos -que son también 5-; y, sobre cualquier otra cosa, la materialización de la trascendencia, la objetivación de lo que existe por más oculto que permanezca a la expresión o a la observación humana.

Pero precisamente por su significación, los ocultistas consideraron, a través del tiempo, que todo aquello que contuviera de un modo u otro la magnitud 5 tendría que ser, esencialmente, *representación* de la fuerza que hace posible la existencia. *Trabajar* sobre la base 5 sería lo mismo que profundizar en la representación de lo existente y, en consecuencia, crear el módulo trascendente de esa misma vida. Y esto lo mismo en la alquimia que en el arte de la construcción.

22. Esta cuestión surge en los siguientes textos védicos: Aitareya Upanishad, del *Rig Veda* (V, 3); Prashna Upanishad del *Atharva Veda* y Mundaka Upanishad del mismo libro (II, 2); Shvetasvatara Upanishad, del *Ya jur Veda* (VI, 2); Brhadaranyaka Upanishad del *Yajur Veda* blanco (III, 7); Maltri Upanishad del *Sama Veda* (III, 2).

23. Esta quintaesencia está representada muchas veces en los textos «mudos» alquímicos como un dragón, cuyas alas significan los elementos ligeros de la materia -aire y fuego- y sus patas los elementos pesados -agua y tierra-. La cabeza del dragón, en estos casos, es la materia primordial que combina la acción de los elementos, que los conduce por el camino de la perfección y coordina su existencia, sus poderes y sus posibilidades de superación.



El papa, quinto arcano del Tarot, no es tanto la cabeza visible de la Iglesia como el pontífice, es decir, el constructor de puentes, el sabio capaz de tender un puente de conocimiento con el más allá.

Veamos un ejemplo inmediato que, a mi modo de ver, aclara más este concepto. En el Tarot, extraído de la Cábala y desarrollado por ocultistas europeos (24), el quinto arcano corresponde a la figura del papa. Pero comencemos teniendo en cuenta que este papa está visto allí menos como cabeza de la Iglesia que como *pontífice*, es decir, como constructor de puentes, que fue uno de los grados superiores entre los arquitectos medievales (25). Al mismo tiempo, este arcano representa a la letra He del alfabeto sagrado hebreo ה, cuya forma recuerda al dolmen -el bethel de Jacob-, que es, curiosamente, la primera construcción mágica conocida por el hombre. Una construcción levantada por medio de una fuerza o una técnica desconocidas, que también coincide con el nombre y el significado del *sefira* cabalístico correspondiente: GEBURA (la fuerza), ubicado en el brazo izquier-

24. Prescindo de los orígenes pretendidamente egipcios del Tarot. Creo que, efectivamente, existe una remota cadena que unifica en el tiempo y en el espacio a todas las formas del ocultismo, pero este hecho no nos interesa, al menos aquí y ahora. Nos basta con tener presente que, en su más remota raíz, todos los conocimientos proceden de un solo saber primordial que los unifica y los trascendentaliza.

25. Recordémoslo: los grandes *pontífices* del Camino de Santiago -Domingo de la Calzada y Juan de Ortega- fueron santificados por la iglesia, lo mismo que el mítico san Julián, que pasó buena parte de su vida pasando peregrinos de una a otra orilla de los ríos. El *pontífice* construía puentes materiales, pero era considerado como el que tendía un puente entre esta vida y la vida superior.

Figura del monasterio de Batalha. En su cuello aparece un collar hecho de manos mágicas, símbolo «operativo» del 5.



do del Adam Kadmon (26). Los significados de este *sefira* nos llevan a la unión de la esencia y la existencia, y su principio, la suma de los cuatro elementos, lo identifica a través del tiempo y de los credos con la Akasa de los *Upanishad*.

No se detienen aquí los significados, sin embargo. Al GEBURA de la Cábala se corresponde el signo de Géminis en el Zodíaco. Y este signo es el equivalente astrológico del Yin-Yang oriental, que une y separa a la vez a las dos fuerzas contrarias y complementarias, que rigen la existencia y que forman parte, como dos polos opuestos, de todo cuanto vive, de todo cuanto tiene existencia en el mundo que apreciamos con nuestros cinco sentidos tridimensionales.

Como vemos, el ocultismo tradicional y la magia, lo mismo que las creencias religiosas superiores, han concedido una importancia muy peculiar a la magnitud 5. Lo podríamos seguir comprobando a cada paso y a lo largo y ancho de la historia de las religiones. Es el 5, en tanto que fuerza y técnica, el que queda representado en las manos que los adeptos de los santuarios religiosos prehistóricos pintaron en las paredes de las cavernas iniciáticas. Es la misma mano que, como talismán, representan los musulmanes con la *mano de Fátima*. Y es ésta exactamente la misma mano que luce en su collar la damita esculpida en un capitel de la sala capitular del monasterio de Batalha, construido con toda la simbología oculta que los caballeros de la or-

26. Para el cabalista Eleazar de Worms -de quien hablábamos al referirnos al *gotem*-, la letra He simboliza el soplo, el aliento. Y su número, el 5, representa los cuatro humores del cuerpo unidos al alma, que les da sentido y razón de ser.

den de Cristo heredaron directamente de los templarios, como veremos más adelante.

Pero esta magnitud 5 tiene ocasionalmente una representación muy peculiar: el pentáculo, la estrella salomónica de cinco puntas, el signo especialmente utilizado por los constructores medievales que heredarían los masones desde sus albores oficiales en los inicios del siglo XVIII.

Sigillum templi

El pentáculo, según cuenta Matila C. Ghyka (27), citando a Luciano, era ya utilizado por los pitagóricos del siglo I como señal secreta de reconocimiento. No era, pues, empleado abiertamente, a pesar de la simbología que encerraba, o tal vez precisamente a causa de ella. Tampoco en las formas arquitectónicas visigodas surge abiertamente la pentalfa, pero está presente a través de las proporciones sobre las cuales puede construirse. El arco de herradura contiene el módulo que la hace posible. Y esa posibilidad, rompiendo con la tradición colosalista de las construcciones imperiales, inicia una arquitectura mágica en la cual las significaciones simbólicas aparecen balbuceando todo un mensaje que se irá haciendo patente, purificándose, complementándose y complicándose a lo largo de la evolución del pensamiento y del quehacer de los constructores medievales.

Con las aparentemente torpes iglesuelas visigodas se inicia una arquitectura trascendente que va a marcar a los constructores y a los estilos medievales. En cierto modo, en estos templos pequeños y humildes está ya el germen de una expresión nueva -y muy antigua a la vez- en la que se unifican los saberes al servicio de una idea superior que necesita ser resuelta y plasmada en secreto, transmitida de adepto a adepto, como una consigna oculta de fraternidad en el conocimiento.

Curiosamente, aquella arquitectura se inicia en el Bierzo leonés y en las inmediaciones del paralelo 42: en un lugar mágico y en una ordenada universal. Y la iniciaban, en torno al siglo VII, unos eremitas visigodos inexpertos en las artes de la construcción, que levantaban templos de apariencia sencilla y forjaban el hierro siguiendo tradiciones arcaicas y adaptando módulos culturales provenientes de fuentes remotas, conservadas en estado

27. *El número de oro* (t. II: Los ritos, ed. Poseidón, Buenos Aires, 1968).

latente a lo largo de los siglos de romanización (28), y, por supuesto, con significados muy anteriores al cristianismo oficialmente implantado. Son precisamente los signos que veremos grabados en Quintanilla de las Viñas y en San Pedro de la Nave: marcas de una tradición protohistórica que se conservarían como muestra de la nueva búsqueda que reiniciaban los anacoretas constructores de san Fructuoso, en los lugares concretos propiciados por las creencias de la vieja tradición.

En el año 711, la invasión islámica barrió de sur a norte toda la península. En poco más de tres años se derrumbaron las estructuras políticas y culturales levantadas por los visigodos, para ser sustituidas por un régimen de ocupación ejercido por un pueblo fanático, seguidor sincero de un profeta reciente. La población goda e hispanorromana tuvo dos alternativas: convivir con los conquistadores o emigrar a los pequeños núcleos de resistencia del norte peninsular. Quedarse significaba convertirse a la religión islámica o pagar tributos extraordinarios por seguir practicando el cristianismo. Emigrar era luchar en condiciones de inferioridad y comenzar todo de nuevo, incluso aquella cultura sincrética que empezaba apenas a asomar su personalidad.

Los constructores de aquella arquitectura mágica balbuciente se dividieron en los dos territorios. Los que se quedaron comenzaron a colaborar con los musulmanes, que pronto aceptarían con respetuoso reconocimiento el módulo del arco de herradura y levantarían sus mezquitas usándolo y hasta abusando de él. Los que se negaron a aceptar la convivencia se refugiaron en las montañas asturianas, vascas y aragonesas, y allí, en los períodos -escasos- de paz, siguieron trabajando en templos en los que el mensaje de conocimiento iría afirmándose y haciéndose más y más expresivo, más y más significativo.

Todo un mundo de mensajes escondidos esperaba el momento de ir plasmándose en piedra, en templos que serían como libros mudos de una ciencia trascendente, transmitida sin palabras siglo tras siglo. A esos libros, que contenían en sus estructuras la herencia de la sabiduría tradicional, mirarían atentamente los monjes templarios desde sus conventos, situados en los lugares clave de aquel saber. Y de su estudio habrían de nacer las biblias del ocultismo, las catedrales góticas que ponían ante el pueblo -ante quien fuera capaz de desentrañarlo- el mensaje de conocimiento que venía de siglos y milenios anteriores, ignorados por las crónicas.

28. Conviene recordar que la forma modular del arco de herradura que no se encuentra reflejada hasta este momento, aparece precisamente en la zona del Bierzo leonés en estelas funerarias de época romana, pero probablemente pertenecientes a ciudadanos autóctonos. Las estelas encontradas -dos se encuentran en León y otra en el Museo Arqueológico Nacional- lucen, además, signos, muy específicos de las culturas prerromanas del noroeste ibérico: svásticas y cruces de 6 radios que rodean los arcos de herradura grabados en las lápidas.

SEGUNDA PARTE

DEL LABERINTO A LA BIBLIA DE PIEDRA

DONDE DA COMIENZO UN JUEGO CÓSMICO

Durante el año 1968 dio comienzo una restauración más o menos sistemática del templo de Santianes de Pravia, la iglesia más antigua -entre las que aún se mantienen en pie- entre las que constituyeron el primitivo estilo arquitectónico asturiano del prerrománico peninsular. Las obras, a diez años vista de su iniciación, marchan al ritmo lento de todos los trabajos de este tipo que se suelen emprender en cualquier parte. Montones de piedras a medio clasificar resisten las inclemencias del tiempo húmedo de Asturias, esperando los presupuestos necesarios para que toda la vieja estructura pueda ir completándose. En cualquier desván del barrio se guarda parte de una inscripción, y en alguna parroquia de la vecindad se deposita una basa de altar que, probablemente, tendrá que aguardar lustros enteros hasta que llegue a ocupar algún día su sitio primitivo. Todo discurre despacio, con ejemplar monotonía.

Sin embargo, la sorpresa surgió precisamente el día 11 de septiembre de 1975, cuando se efectuaba una cata debajo del altar mayor.

Allí se encontró una piedra con parte de una inscripción. Era, con toda seguridad, la piedra más interesante y significativa entre las que la excavación había puesto al descubierto, porque se trataba de un fragmento de veinticinco letras que formó parte del laberinto mandado colocar por el rey Silo en el arco toral que separaba la nave central del crucero del templo.



Fragmento del laberinto del rey Silo, hallado en el templo de Santianes de Pravia.

Un enigma casi olvidado

Sobre el pequeño fragmento encontrado, el ya casi legendario laberinto puede ser hoy reconstruido totalmente. Constaba de 285 letras, distribuidas de tal modo que, formando un rectángulo de 19 letras por 15, se lee en cualquier dirección o sentido que se tome, a partir de la S central, siempre la misma leyenda: SILO PRINCEPS FECIT (El príncipe Silo lo hizo).

Con el hallazgo de este fragmento resultaban, además, definitivamente ciertas las noticias que nos habían llegado a través de crónicas y de historias sobre la existencia de este extraño enigma que el rey Silo, o los constructores de su templo, legaron a las generaciones que habían de sucederles.

Desde el monje Vigiliano, que lo consignaba ya en el año 975 en *Cronicón Albeldense*, con todas sus características (1), hasta Ambrosio de Morales, que lo describió para noticia de su señor el rey Felipe II (2), muchos escritores

1. «*Idem legas, si in exteriori pergas, si retrorsum cedas, si latera, si angulos ex transverso, circumspicias...*» El *Cronicón* de Albelda se supone de la época del reinado de Ramiro III, en torno al año 975.

2. Se lee en su relación: «Que él [el rey Silo] edificase la iglesia dícelo la piedra que dexó en ella con tal manera de escritura que poniendo la primera letra por centro en el medio discurre la escritura por todas partes; y esta es la más antigua escritura o cifra de esta forma en España y de allí parece se tomó para usarse después tanto como en los libros antiguos la vemos, y harto de ellos en el Real Monasterio de San Lorenzo, con otras variedades y enredos que después sobre ellos se inventaron...». Ambrosio de Morales recorrió la península entera por orden del rey Felipe II haciendo la primera relación conocida de monumentos arqueológicos.

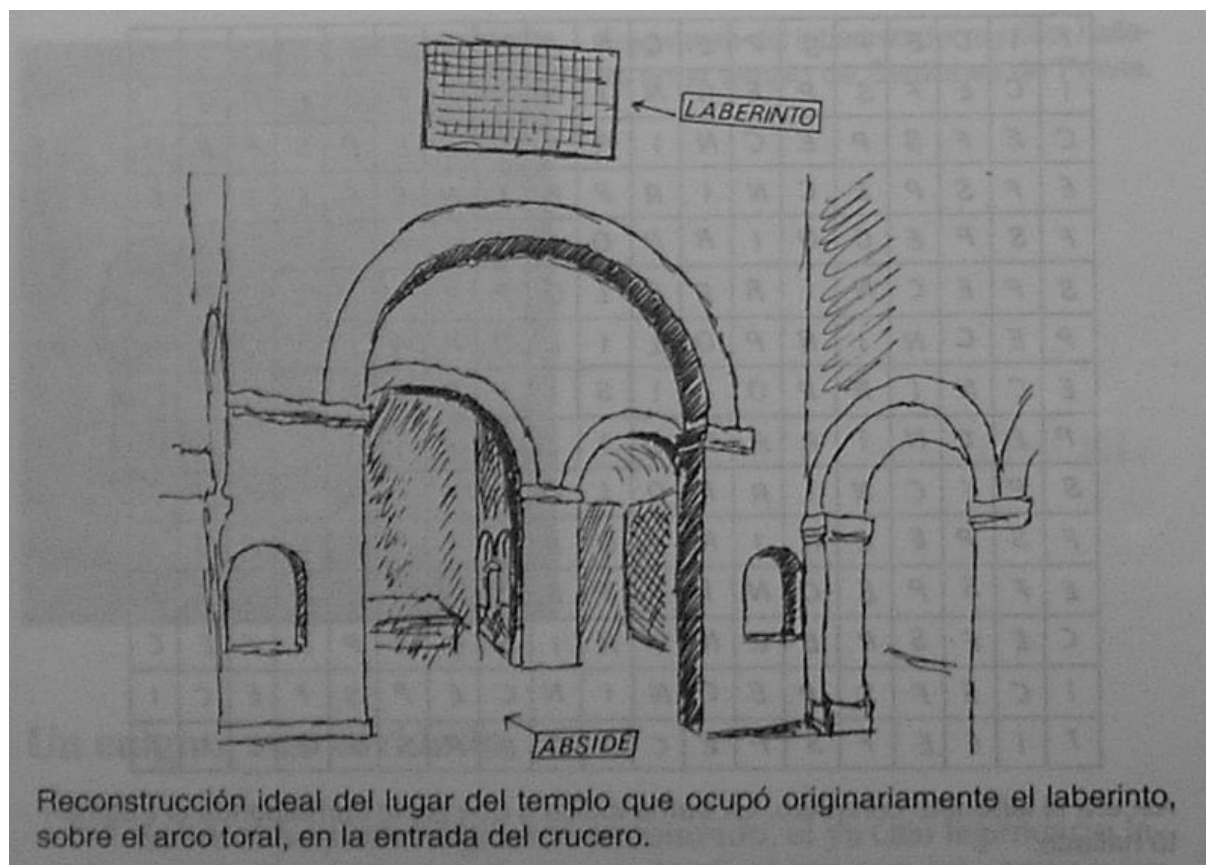
habían hablado de este laberinto, incluso después de su destrucción a manos de don Francisco García de Salas, propietario del palacio que está aún hoy adosado al templo. Este caballero, en 1637, pretendió hacer una reconstrucción de la iglesia de Santianes, sobre todo de su cabecera ruinoso, porque aspiraba a compensar aquel dispendio instalando dos sepulcros permanentes destinados a los suyos, con sus armas familiares grabadas, debajo mismo de aquel arco toral que, dando entrada al presbiterio, contenía el laberinto.

Aquel señor casi feudal emprendió la obra, al parecer con el permiso tácito de las autoridades eclesiásticas, pero los vecinos de Santianes lograron detenerla interponiendo un curioso y significativo pleito en el que alegaban, entre otras cosas, que el templo era propiedad de todos y no propiedad privada; y que *nadie*, ni siquiera los mismos reyes, podían hacerse enterrar en aquel lugar del presbiterio, porque a partir del arco toral todo el recinto estaba reservado a albergar únicamente *reliquias santas*. El pleito fue insólitamente ganado por el pueblo pero, mientras se fallaba, don Fernando García de Salas tuvo tiempo de cometer varias barbaridades en el interior del templo, entre ellas, precisamente, la destrucción del laberinto, del que nunca más se tuvo evidencia hasta ahora. Dicen que el historiador don Modesto Lafuente conservaba un fragmento (3), pero lo único cierto que puede asegurarse es que ni siquiera Jovellanos, ni los que le acompañaban cuando visitó Santianes en 1792, sabían realmente dónde había estado colocado (4). El laberinto era, para los que habían oído hablar de él, apenas una curiosidad legendaria, una muestra imprecisa de ingenio primitivo, una historia divertida para recordar y repetir.

Pero cabe preguntarse seriamente si un laberinto de estas características podía realmente ser sólo eso, si el rey Silo o sus canteros pudieron colocar, precisamente en el acceso a la parte considerada como más sagrada en el templo más importante de su momento histórico -porque la corte asturiana estaba entonces afincada en Pravia-, un simple crucigrama ingenioso, un divertido losange.

3. Modesto Lafuente Zamalloa (1806-1866) fue en cierto modo el padre de la moderna historiografía española. El fragmento que al parecer poseía, correspondía al centro del laberinto y, según el dibujo que reproduce la *Historia de España* dirigida por Menéndez Pidal (t. VI, p. 41, reproducido de la *Asturias Monumental* de Vigil), constaba de la S central y una de las I inmediatas.

4. *Diarios* de Jovellanos, 12 de julio, 1792: «En la torre, bajo la ventana, hay un cuadro relleno de obra moderna, donde pudo estar el célebre laberinto de don Silo».



La respuesta, al menos para mí, es que tal cosa es imposible. Porque *nunca* - y, repitémoslo, sobre todo en los siglos medievales- se dejó nada al azar o al capricho en el arte de la construcción, al menos cuando se trataba de una obra religiosa. Porque los constructores sabían que, en su oficio, cada piedra, cada ángulo, cada columna o cada cancela tenían -o debían tener- un significado concreto: que el hecho mismo de edificar no implicaba sólo la simple construcción, sino que tenía que ser la expresión a escala humana de la totalidad de saberes que el hombre podía adquirir para alcanzar su propia trascendencia.

Esto lo sabía muy bien el mundo cristiano, como lo sabía también el mundo musulmán. Por eso el sabio sufí Jaladud'din Rumi afirmaba que «lo que es una piedra para el hombre ordinario, es una perla para el que sabe». Porque la trascendencia del mundo de la arquitectura no era privativa de una determinada creencia, sino que alcanzaba a la humanidad entera, desde los tiempos más remotos de la historia.

Un rey realmente desconocido

Para muchos lectores de cuestiones históricas, el rey Silo de Asturias es

poco menos que una caricatura en aquellos primeros tiempos oscuros de monarquía incipiente. Forma parte de un extraño trío de soberanos, con Aurelio antes y Mauregato después, que sucedió a Fruela y que dejó en su primer *impasse* a la reconquista que había sido emprendida ya de modo más o menos sistemático por Alfonso I el Católico. Los tres reyes llamados «holgazanes» son, al mismo tiempo, los monarcas malditos que preceden -tras el breve reinado de Vermudo el Diácono- a Alfonso II el Casto, el paladín casi legendario de la lucha contra la morisma, el protegido divinal de Nuestro Señor Santiago en el hallazgo imposible de su sepulcro, el rey que hizo ciertas las palabras del marqués de Lozoya cuando afirmaba que «todo aquel que ha aspirado a fundar un imperio ha sido un gran constructor».

Entre las figuras -en cierto modo señeras y positivas- de los dos Alfonsos asturianos, Silo y los demás reyes que le rodean constituyen aún una especie de fosa tenebrosa de la historia. Se sabe tan poco de ellos que se les conoce mejor -casi- por su nombre y su leyenda que por unos hechos que, en su mayor parte, seguramente nunca llevaron a cabo. De Mauregato se dice que fue el presunto responsable del hipotético «Tributo de las Cien Doncellas», un entuerto que -siempre en el terreno de la leyenda- se cuidaría de *desfazer* el inmediato sucesor de Alfonso II, Ramiro I, en la mítica batalla de Clavijo y con la ayuda celestial del Apóstol Matamoros Santiago, cuya invención había tenido lugar precisamente en el reinado de su antecesor (5).

¿Y Silo, qué? Extrañamente, entre Aurelio y Mauregato, lo poco que cuentan de él los cronistas más inmediatos no es precisamente funesto. La *Crónica* de Albelda dice: «A causa de su madre, tuvo paz con España». Y al

5. La leyenda mítica del «Tributo de las Cien Doncellas» está expandida por todo el norte de España. Aunque históricamente no tiene ninguna viabilidad, parte de un rey real -Mauregato precisamente el sucesor de Silo- que, al decir de las crónicas pactó con los musulmanes la paz a cambio de un tributo anual de cien doncellas. La hipotética batalla de Clavijo, con la milagrosa aparición de Santiago, terminó con aquella infamia legendaria. Naturalmente, el mito corresponde a una tradición muy anterior e indudablemente precristiana. Tiene un paralelo con la leyenda de Teseo y el Minotauro, y este paralelo es el que hace pensar, sobre todo, que el mito hispánico corresponde a ritos protohistóricos de fertilidad, en el que un número de doncellas serían entregadas a los toros para propiciar la fertilidad de la tierra. Lo más probable es que este rito significase un acto mágico correspondiente a una enseñanza todavía anterior, pero de aquella enseñanza, conservada sólo por los ocultistas, quedaría su apariencia externa, la materialización del símbolo. Todavía hoy, varias localidades de la península conservan festejos que recuerdan el hipotético tributo: así sucede en Sorzano (Rioja) y en San Pedro Manrique (Soria). En esta última población, que fue propiedad de los templarios, se celebra anualmente, en torno al solsticio de verano, la fiesta de las Mórdidas, en la cual las doncellas del pueblo recorren las calles con unos enormes «cestaños» sobre la cabeza. Los cestaños están llenos de panes y de flores, exactamente igual que en la fiesta «dos Tabuleiros» que se celebra en Tomar (Portugal). En este sentido, creo que la presencia de los templarios en ambas localidades tiene mucho que ver en la conservación de tal paralelismo.

referirse a España se está refiriendo, naturalmente, a la gran parte del territorio peninsular que estaba en manos de los musulmanes. La cita de la vieja crónica, además, parece dejar sentado que Silo era hijo de una mujer islámica. Hay incluso quien afirma que pudo tratarse de una princesa, probable hermana de Abd al-Rahman I, el primer emir independiente de Al Andalus.

Silo reinó entre los años 774 y 783. Fue, en consecuencia, contemporáneo de Carlomagno y del imperial desastre de Roncesvalles, que tendría lugar hacia el año 778. Asimismo, por entonces se llevaban a cabo también las campañas aragonesas del primer emir independiente, durante las cuales se recuperó Zaragoza para el Islam. Silo fue, pues, en medio de una tierra envuelta en efervescencias guerreras, un monarca pacífico que únicamente tuvo que enfrentarse con la rebelión gallega que se había iniciado con su antecesor, y terminó con ella en la victoria del monte Cuperio, el actual Cebrero.

Casado con Adosinda, hija de Alfonso I y hermana por lo tanto de Fruela, parece ser que Silo tuvo especial interés en que se restaurase en Asturias la línea dinástica más directa, la estirpe goda de Recaredo, intentando hacer sucesor suyo al príncipe Alfonso, hijo de Fruela. Pero no lo consiguió, porque a su muerte se levantó con la corona Mauregato, bastardo de Alfonso I; el príncipe designado por Silo tuvo que refugiarse en las Bardulias -el futuro territorio del condado de Castilla, no lo olvidemos- y esperar aún ocho largos años y dos reinados para obtener la corona que le pertenecía por lógico derecho sucesorio.

Silo tuvo su corte en Pravia, donde la había trasladado su antecesor Aurelio desde Cangas de Onís, primera capital, pobre y efímera, de la monarquía astur, instaurada sesenta años antes. El nuevo rey fundó cuatro cenobios y los puso bajo el cuidado de monjes de la regla de san Fructuoso: Lucis, en Galicia; San Vicente en el lugar donde luego se levantaría Oviedo; San Antolín, en Obona -actual concejo de Tineo-; y este Santianes de Pravia que nos ocupa ahora.

Descorrer despacio la punta de un velo

Muy poco después de la muerte del rey Silo, su viuda Adosinda tomaba hábito en el mismo monasterio de Santianes de Pravia, obedeciendo las normas dictadas mucho antes -en 683- por el XIII Concilio de Toledo. A esta toma de hábito asistían dos monjes muy singulares: Beato de Liébana, el au-

tor de los *Comentarios al «Apocalipsis»* de san Juan, tan copiados en los años en torno al milenio que aún hoy subsisten unos treinta ejemplares, repartidos por esos mundos extraños de las bibliotecas y museos diocesanos y tesoros catedralicios. El otro monje era Heterio, obispo de Uxama, que colaboró con Beato en la polémica mantenida contra la herejía adopcionista del obispo mozárabe Elipando de Toledo.

Efectivamente, se sabe muy poco del rey Silo. Pero ese poco que hemos consignado no deja de ofrecer ciertas características que son, sin lugar a dudas, bastante significativas.

Nos hallamos, en primer lugar, ante un monarca que, al contrario de sus contemporáneos, parece buscar la paz a toda costa, y que trata, por encima de sus propios intereses, de restaurar una dinastía estable en el pequeño territorio que le ha tocado regir. Es un rey que, además, resulta ser el primero en dar vida en sus tierras a los monjes de la regla de san Fructuoso que, por aquellos tiempos, eran los únicos que seguían un modo de vida coherente, en el que se olvidaban las mortificaciones y los ascetismos para dejar paso al trabajo y al estudio, combinados con la oración. Silo funda cenobios para ellos y, respetando una costumbre que luego fue casi obsesiva en los benitos, los instala en enclaves estratégicos, en lugares en los que todavía hoy es posible encontrar la huella de cultos ancestrales que se habían dado en épocas muy anteriores al triunfo espiritual y político de la Iglesia cristiana. Los mismos lugares donde, ya cuatro siglos antes, se habían afinado los seguidores del hereje Prisciliano.

El rey Silo, a través de los monjes a los que brindó protección, se erigía, dentro de su modestia y de la indudable penuria de su reino, en monarca constructor. Y tuvo que ser respetado y hasta encumbrado por los mismos monjes, como lo prueba esa presencia en la toma de hábitos de la reina viuda de los dos cerebros más privilegiados del momento: Beato, el monje escritor de Liébana, y Heterio, el obispo que hasta fue respetado por las aceifas musulmanas cuando abandonó Uxama y buscó refugio entre los pinares de la sierra de la Demanda, estableciendo sus cenobios donde anteriormente hubo templos y santuarios misteriosos de los tiempos megalíticos (6).

6. Recorriendo las estribaciones de la sierra de la Demanda tuve ocasión de comprobar recientemente, en las proximidades del pueblecillo burgalés de Palacios de la Sierra, la existencia de un cenobio altomedieval que ocupó, sin duda, el mismo emplazamiento de un poblado -o santuario- anterior, mucho más primitivo. Junto a la oquedad que sirvió de ábside al templo rupestre es posible adivinar todavía los escalones excavados en la roca que conducían a la parte alta del enclave, con sus depósitos para almacenar el agua de lluvia y los canales que permitían que ese agua pudiera distribuirse por las celdas. En ese ábside de la iglesia rupestre se adivina una estructura tumbal excavada en la misma peña, que parece dedicada a un alto personaje por el lugar que ocupa. Cabría preguntarse si se trata tal vez de la tumba del obispo Heterio.

La tradición -apenas conservada- de aquellos lugares que tan cuidadosamente elegían para establecerse, junto a indicios que en otro momento iré consignando, convierten a los monjes, lo mismo que a aquellos que les protegen, en integrantes de ese sector de la humanidad que, de un modo u otro, va secretamente en busca del sincretismo religioso por encima de los credos acatados; es el sentido especial de todos aquellos que tienen en común el afán más alto del ser humano por alcanzar su propia y total trascendencia. La arquitectura, en el templo o en el cenobio, es sólo una más entre las manifestaciones de esa búsqueda. Pero resulta más inmediata también, por ser precisamente la que perdura a través de los tiempos y la que demuestra más diáfananamente un empeño de perfección plasmado en clave permanente de piedra.

El misterio esotérico

Por todas estas razones, en las que se une el sentido místico a la búsqueda del conocimiento, sin dar pie a caprichos estéticos, pienso que no debemos conformarnos con ver sencillamente en el curioso laberinto de Santianes de Pravia un mero juego ni una pirueta más o menos ingeniosa. El laberinto ha de tener, *necesariamente*, una razón de ser. Y a nosotros corresponde el intento de desentretener su sentido último, porque no hemos de pensar que quienes lo pusieron en un lugar tan significativo del templo -el acceso al crucero, donde da comienzo la parte más sagrada del recinto- lo colocasen allí sólo con el deseo de que todos lo percibieran. Algo había en él que tenía que ser captado.

Desde la prehistoria hasta nuestros días ha habido siempre un deseo ocultista de transmitir los conocimientos en clave iniciática. Quien conoce o cree conocer un determinado secreto -y no importa qué tipo de secreto sea-, tanto si se trata de un individuo aislado como si forma parte de una específica comunidad, se resiste a transmitirlo abiertamente, porque hay un axioma que falla muy raras veces: *el saber proporciona poder*. Y el poder, según la mentalidad esotérica, debe estar reservado a los elegidos. Porque el pueblo -siempre según ese principio ocultista- tendrá la conciencia ancestral de obedecer a ciegas al que sabe más.

Lo que sucede con este tipo de mentalidad con visos de mesianismo es que lleva indefectiblemente a un deseo de dominio total por parte de esa élite que detenta el saber y, de rechazo, al mantenimiento consciente del estado de ignorancia en la mayoría. De ese modo, el saber guardado en secreto

conlleva la esclavitud, la dependencia y el irracional dominio del hombre por el hombre.

En este sentido, el laberinto del rey Silo es sólo una muestra más -una de tantas, pero fundamental por el instante histórico en que fue concebido- de esa transmisión esotérica del mensaje oculto. Estudiarlo y tratar en lo posible de desentrañar su misterio, aunque sea parcialmente, puede ser un ejercicio para comprobar cómo el ocultismo, además de constituir una práctica que comparte el conocimiento religioso e intelectual con la búsqueda del poder, es una actividad cuyas ramificaciones se extienden en todos los terrenos del conocimiento, hasta formar un todo alucinante en el que coinciden, extrañamente, las creencias más universales practicadas, sentidas y, sobre todo, expuestas en clave por los más apartados lugares del planeta.

No creo en absoluto haber alcanzado a vislumbrar las razones últimas que motivaron la construcción del laberinto. Generalmente, las manifestaciones simbólicas del ocultismo entrañan tantos vericuetos que muchas de ellas se han de perder necesariamente al tomar los caminos que marcan otras. Ni siquiera podría asegurar que las soluciones que creo haber encontrado sean totalmente ciertas. Pero este intento de aproximación puede servir, en cualquier caso, como muestra de uno de los métodos que pueden emprenderse para abordar racionalmente el significado último de la representación simbólica. Debo advertir, además, que el método implica, demasiado a menudo, el recuento inútil, la vuelta a empezar, el desandar caminos que se tomaron por buenos y estaban errados. Todo ello forma parte también de la intención trascendente de los constructores ocultistas. Por eso, muchos de los símbolos que utilizan están basados precisamente en un laberinto. Un laberinto que para ellos es el inmediato paralelo de la vida humana, llena de posibilidades y de elecciones entre las que el neófito tiene que dudar y escoger la que en cada ocasión sea más conveniente a sus fines, la que le conduzca al lugar preciso donde se encuentra la verdad.

Un ordenado montón de letras

Cualquiera que observe el laberinto de Silo por primera vez, y sin un previo aviso sobre su modo de lectura, recibirá la impresión de encontrarse ante un amasijo de letras sin ningún sentido aparente. Sólo cuando se le revela el secreto inmediato descubre las numerosas posibilidades de lectura que encierra. Y este hecho parece, en principio, aplacar la curiosidad del que ya cree ser dueño del secreto. Ambrosio de Morales en el siglo XVI, y Mario

Roso de Luna a principios del XX, cayeron en esta tentación inmediata y se conformaron con intentar el cálculo de lecturas posibles. Extrañamente equivocados, ambos concluyeron que el laberinto podía leerse de unas 250 maneras distintas.

Sin embargo, cualquier curioso que se plantee seriamente dicha lectura descubrirá que ambos estudiosos, como todos los que les hicieron caso, se quedaron ligeramente cortos. La fórmula matemática que nos permite llegar a conocer el número de modos en que la lectura es posible resulta un poco difícil de deducir para el profano (7):

$$\frac{(N + M - 2) !}{(N - 1) ! - M - 1 !}$$

Sin lugar a dudas, la cifra es de... 45.760 combinaciones posibles. Una cifra insólita ya de por sí -compuesta por el producto $13 \times 11 \times 5 \times 2^6$ -, sobre la que habrá que investigar más en profundidad en el campo de esa que aún llamamos numerología simbólica. Dejémosla de momento, sin embargo.

Una segunda observación del laberinto, más atenta y liberada momentáneamente de la magia de su estructura singular: a partir de la letra S que se halla en el centro geométrico del rectángulo y hasta las cuatro T que ocupan las esquinas, todas las letras del conjunto *siloprincepsfecit* se agrupan en rombos concéntricos que tienen como centro y origen la S inicial.

Pongamos atención a una primera clave simbólica aparente: la letra S es, en términos esotéricos, un signo serpentario. La serpiente representa, en las mitologías arcaicas de todos los pueblos de la Tierra -y, por supuesto, en la mitología popular asturiana, transmitida a través de innumerables cuentos y leyendas- un retrato en clave del propio principio ocultista. Porque la serpiente es guardadora ancestral de tesoros escondidos; lo cual significa, traducido a nuestro lenguaje, lo mismo que una celosa guardiana de saberes excelsos superiores que no deben ser transmitidos por aquel que los posee.

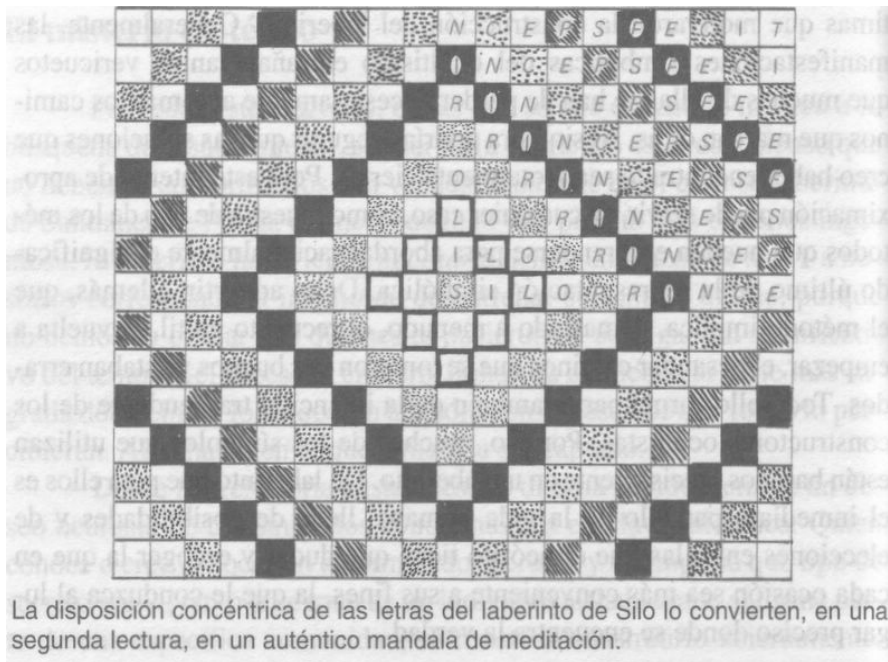
7. Yo soy, por desgracia, bastante profano en las ciencias matemáticas. Cuando se me planteó el problema de calcular el número de posibilidades de lectura que contenía el laberinto tuve que recurrir a un amigo especialista en matemática pura y plantearle el problema que yo no podía resolver. Tengo que recordar aquí que mi amigo, a pesar de sus conocimientos y de su costumbre en el manejo de las cifras y contando con la ayuda de una calculadora de las últimas generaciones, tardó no menos de dos horas en hallar la fórmula que he reproducido.

| | | | | | | | | | | | | | | | | | | |
|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|
| T | I | C | E | F | S | P | E | C | N | C | E | P | S | F | E | C | I | T |
| I | C | E | F | S | P | E | C | N | I | N | C | E | P | S | F | E | C | I |
| C | E | F | S | P | E | C | N | I | R | I | N | C | E | P | S | F | E | C |
| E | F | S | P | E | C | N | I | R | P | R | I | N | C | E | P | S | F | E |
| F | S | P | E | C | N | I | R | P | O | P | R | I | N | C | E | P | S | F |
| S | P | E | C | N | I | R | P | O | L | O | P | R | I | N | C | E | P | S |
| P | E | C | N | I | R | P | O | L | I | L | O | P | R | I | N | C | E | P |
| E | C | N | I | R | P | O | L | I | S | I | L | O | P | R | I | N | C | E |
| P | E | C | N | I | R | P | O | L | I | L | O | P | R | I | N | C | E | P |
| S | P | E | C | N | I | R | P | O | L | O | P | R | I | N | C | E | P | S |
| F | S | P | E | C | N | I | R | P | O | P | R | I | N | C | E | P | S | F |
| E | F | S | P | E | C | N | I | R | P | R | I | N | C | E | P | S | F | E |
| C | E | F | S | P | E | C | N | I | R | I | N | C | E | P | S | F | E | C |
| I | C | E | F | S | P | E | C | N | I | N | C | E | P | S | F | E | C | I |
| T | I | C | E | F | S | P | E | C | N | C | E | P | S | F | E | C | I | T |

Así era el laberinto completo. La trama indica a qué parte corresponde el fragmento hallado.

La T, por su parte, lo mismo que la cruz, es un símbolo esquemático de esclavitud, pero, a la vez, de superación de la vida: de sujeción y de libertad del ser humano dentro de su propia condición. Significa, pues, vida; pero vida consciente que sabe de su propia trascendencia en su misma limitación. Entre los egipcios se representó con un *ankh*, la cruz con asa de la diosa Isis. Los gurús de las religiones hindúes la pintaban en la frente de sus *chelas*. La empleaban los pueblos celtas como representación de lo universal, y está repetida hasta la saciedad en los templos mexicanos de Palenque. Y en el cristianismo es, aún más que el símbolo del hipotético martirio de Cristo, la culminación trascendente de la naturaleza humana del Mesías cristiano.

Aquí hay ya una primera clave esotérica posible del laberinto: desde la S se alcanza, por muchos caminos -cuarenta y cinco mil setecientos sesenta caminos- la T; es decir, que partiendo de la sabiduría secreta se llega por muchos modos a la vida trascendente, a la sabiduría total, al conocimiento



de la esencia última del ser (8).

Pero todavía la ordenación de las letras nos indica algo más: agrupadas todas simétricamente en torno al centro, forman una figura en la que nos bastaría sustituir cada letra por un color para apreciar su estructura de *mandala*.

El *mandala* está reconocido, en las filosofías religiosas orientales, como fuente superior de meditación, lo que podríamos llamar algo así como un esquema místico del pensamiento trascendente. Circular unas veces, cuadrado otras, el *mandala* es siempre un centro del que parte o al que convergen las líneas, las figuras, los círculos. Es un símbolo en el que están representadas, al mismo tiempo, la *expansión* dimensional y la *concentración* mental. Como el iris del ojo o el diafragma de la cámara fotográfica, abre o cierra la meditación hacia el infinito o hacia el núcleo más profundo de cada cual. Para Carl G. Jung, el *mandala* es símbolo universal, que está fijado en el inconsciente colectivo, y él mismo lo vio numerosas veces representado espontáneamente por muchos de sus pacientes a los que había impulsado a expresarse por medio de grafismos inconscientes.

Pero, al margen de la intención reconocida de las técnicas místicas de

8. No es invención mía esa relación S-T. Pensemos que, precisamente relacionada con el laberinto, está presente en la mitología arcaica griega en la historia del laberinto de Creta, resuelto -y vencido el minotauro- precisamente por un personaje -Teseo- que contiene en su nombre las dos letras susodichas y su consiguiente significado simbólico. Con la significativa diferencia de que Teseo entra en el laberinto -de la T a la S- y del laberinto de Silo se sale de la S a la T. Si el laberinto cretense simboliza la penetración del hombre en el secreto oculto, el laberinto de Silo nos lleva a un significado distinto, aunque paralelo: por -o desde- el Secreto se alcanza la luz. En este sentido, el laberinto asturiano es una invitación a resolver su sentido para alcanzar la verdad.

Oriente, que le han dado su nombre, el *mandala* está también presente en el mundo cristiano. Son *mandalas* -o principios de meditación-el crismón románico y, sobre todo, el rosetón de la catedral gótica.

Pero no es necesario llegar aún a los siglos del gótico para reconocer la figura del *mandala* en las representaciones religiosas cristianas. En las pinturas murales de la iglesia asturiana de Santullano -San Julián de los Prados, en Oviedo- esa figura mística está profusamente representada, y la reconstrucción de los frescos efectuada por el profesor Magín Berenguer lo ha puesto claramente al descubierto (9).

¿Qué diferencia esencial hay entre esta representación y el significado de los mandalas tibetanos?

El laberinto de Silo, de acuerdo con el orden en que están dispuestas sus letras, se nos plantea también como un *mandala* de meditación. Es como una invitación muda al pensamiento, para que la mente no se conforme con las apariencias inmediatas y trate de ir siempre más allá.

El enigma está incompleto

Contemplemos el laberinto una vez más. No será la última. Veamos cómo, mientras algunos rombos de los que forman sus letras aparecen enteros -precisamente hasta la N correspondiente a PRINCEPS- las siguientes letras van formando rombos incompletos hasta la T final. La que ocupa las cuatro esquinas. Una realidad parece evidente: hay *otra figura* no representada, pero sugerida, que completaría absolutamente todas las posibilidades de lectura. Y en esa figura estará inscrito nuestro rectángulo laberíntico.

Prolongando, pues, las posibilidades de lectura, nos encontraremos con un rombo de 17 casillas de lado -545 casillas en total- en las que la T final cubre absolutamente todas las casillas límite y la S sigue ocupando el centro geométrico del nuevo *mandala* completo. Las posibilidades de lectura han aumentado de forma sensible: 262.140 posibilidades.

Es aquí donde surge una duda que nos va a obligar a buscar una nueva razón: a través de la continuidad histórica de la idea ocultista o mágica, to-

9. San Julián de los Prados -Santullano para los asturianos- es una de las iglesias del primitivo estilo asturiano que mejor han conservado su estructura a través de los siglos. Fue construida en el reinado de Alfonso II y se advierte en ella -aparte las características mágicas que veremos más adelante- una indudable evolución y perfeccionamiento de la intencionalidad de los constructores al concebirla. El templo tiene todavía culto en nuestros días, conserva restos de su primitiva pintura y nos sirve de ejemplo para calibrar cómo serían otras iglesias ya perdidas o irreparablemente transformadas a lo largo del tiempo.

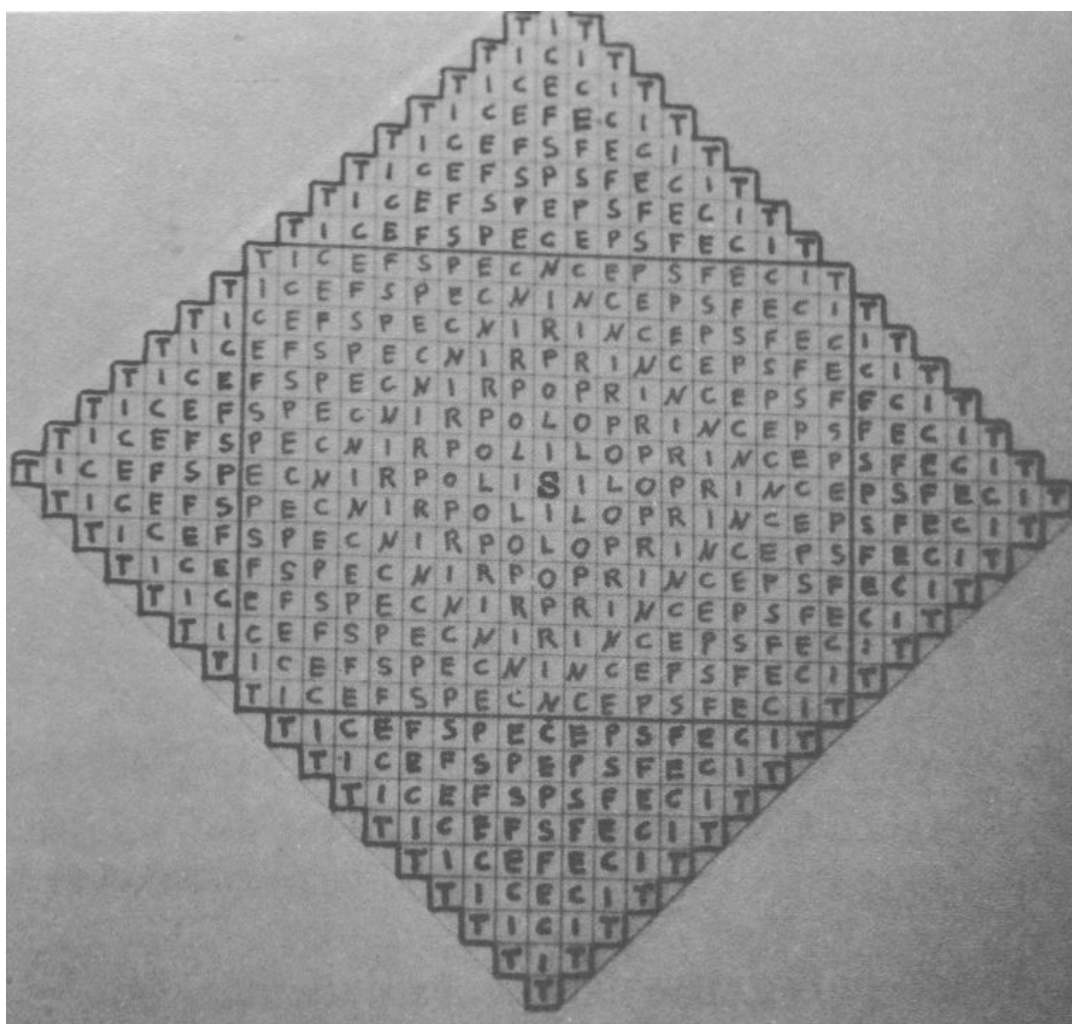


Figura completa del laberinto mandálico ideal.

dos los laberintos, mandalas y cuadrados mágicos han tendido, sin excepción, a ser planteados con una preocupación obsesiva por la regularidad total. Podríamos comprobarlo fácilmente observando cualquiera de los cuadrados de Agrippa y de Athanasius Kircher, u observando los amuletos con cuadrados mágicos que se conservan en el Museo Arqueológico Nacional de Madrid (10).

10. El Museo Arqueológico Nacional de Madrid conserva una de las más interesantes colecciones de amuletos mágicos del Renacimiento y del siglo XVII que podrían contemplarse. En buena parte de ellos, una de las caras muestra la figura que representa el signo zodiacal correspondiente, mientras en la otra surgen los cuadrados mágicos de muy diverso tipo, pero todos con la característica común de que las sumas verticales, horizontales y transversales de sus cifras -árabes, romanas o hebreas- tienen el mismo resultado. Henri Corneille-Agrippa, en la segunda parte de su obra *La philosophie occulte ou la magie*, dedica varias páginas a la descripción mágica y a la significación de estos cuadrados, a los que hace coincidir igualmente con determinadas influencias astrológicas del Zodíaco (Libro II, cap. XXII).

La regularidad es una norma que, prácticamente, nunca se rompe en los laberintos. Si nos detenemos ante cualquiera de los que quedan a nuestro alcance veremos cómo a lo largo de esa ya tan larga historia del juego iniciático, desde Mogor hasta Chartres, pasando por los laberintos Romanos (11) y por la reconstrucción ideal del de Creta hecha por Maso Finguera (12), hay una constante preocupación por plantear el enigma laberíntico en clave de regularidad total o casi total: con el círculo o con el cuadrado.

También nosotros, a la vista del gran rombo total que hemos construido partiendo de la figura del laberinto de Silo, podríamos construir perfectamente un cuadrado de 17 letras de lado que, en apariencia al menos, habría constituido el «laberinto ideal» y correcto, el losange mágico que habrían elegido buen número de ocultistas.

Pero no cabe duda. Por más que se intente su encaje, el fragmento del laberinto encontrado en 1975 cuadra únicamente en la estructura clásica conocida, de 19 letras por 15. Hay que pensar, entonces, que quienes pusieron aquel enigma sobre el arco toral de Santianes lo estructuraron así por alguna razón muy determinada. Porque, del mismo modo que la disposición de las letras y de la forma de lectura tenía un significado preciso, también lo tenía la *proporción* justa de aquella figura. Y esa proporción debía estar con un fin muy determinado.

11 . Estos laberintos han aparecido profusamente como suelos de villas, realizados sobre mosaico. Hay uno extraordinario en Itálica, muy completo y de las mismas características del de Chartres -sólo que en cuadrado-, y otro, incompleto, que he tenido ocasión de ver en el museo de El Bardo, en Túnez.

12. Cronica della Pittura Fiorentina, Florencia, 1460-70.

DOS LEYENDAS PARA UNA ESTRUCTURA

La meta de los peregrinos

La tradición religiosa asturiana cuenta con dos elementos fundamentales que hicieron de Oviedo, y sobre todo de la Cámara Santa de la basílica de El Salvador, ya en tiempos de Alfonso II el Casto, un centro de peregrinaciones paralelo -aunque más efímero- a lo que muy poco tiempo después significaría Santiago de Compostela: el Arca Santa de las reliquias y la Cruz de la Victoria. Ambas joyas formaban parte de los dos cultos fundamentales que se instauran como forma visible de la fe cristiana en la zona peninsular del norte no sujeta al poder de los musulmanes: el culto a la cruz y el culto a las reliquias.

El culto a la cruz parece haber sido el primero en instaurarse. No es extraño, porque la cruz, como podemos comprobar observando los signos de los petroglifos protohistóricos y de los poblados neolítico y célticos, o incluso recordando las tradiciones religiosas universales fue signo ancestral que la iglesia cristiana se limitó simplemente a asimilar. Es el mismo sentido -herencia cristianizada de cultos anteriores- que guió sin duda al hijo del héroe Pelayo, Favila, cuando fundó en Cangas de Onís la iglesia de la Santa Cruz, edificándola - y esto ya no resulta coincidencia- encima de un antiguo dolmen. Si nos detenemos a pensar en las circunstancias mágicas que conformaron la leyenda de Covadonga y hasta en los nombres de sus protagonistas y en su aven-

tura mítica, veremos que no es tan descabellada la hipótesis (1).

El templo de Favila, construido en el año 737, contenía una inscripción fundacional que decía: «Figura en honor de la Santa Cruz. Esperemos que a Cristo le resultase acogedora esta casa que, bajo la consagración de la Cruz... le dedica su siervo Favila». Hoy no queda ya nada del viejo templo, pero se conserva el dolmen en la cripta del nuevo, y en el exterior, un relieve que representa una cruz sobre una mediana nos habla, más que cualquier discurso, de la razón remota que levantó aquella casa a Dios.

Pero no es esta Santa Cruz de Favila a la que vamos a referirnos, sino a la denominada de la Victoria, que hoy es aún símbolo de Asturias y que fue originariamente de madera de roble y que, según la tradición, sirvió a Pelayo para matar más moros en Covadonga que todos sus guerreros juntos. Alfonso II la hizo cubrir de oro, esmaltes y pedrería y la expuso a la veneración pública en la basílica de El Salvador.

Tras el culto a la cruz -o contemporáneo a él - surgió en el mundo cristiano el culto a las reliquias. La Cámara Santa de Oviedo tiene también las suyas: muchas, infinidad de ellas, pero las más preciadas -entre ellas se cuenta hasta una ampolla con leche de la Virgen y tierra de la que el Creador fabricó a nuestro padre Adán (2)- estaban guardadas en el Arca de las Reliquias.

Allí había, según los testimonios tradicionales, maná del desierto, cinco espinas de la corona de Cristo, cabellos del profeta Elías, huesos de otros profetas y de los tres niños del Horno, pedazos de la caña de Pilatos, huesos de los Santos Inocentes, pan de la comida con la que Cristo alimentó a cinco mil personas, parte de un panal y de uno de los peces de los que comieron los israelitas en el desierto, un trozo del pie del apóstol san Bartolomé, la sandalia derecha de san Pedro, y muchas reliquias más cuya enumeración sería demasiado fatigosa (3).

1. Trato los orígenes míticos de la reconquista asturiana en mi artículo «Asturias, el retorno de los mitos publicado» en la revista *Historia 16* (núm. 17, setiembre de 1977).

2. Fijémonos en la repetición secular de reliquias como éstas. Tanto la leche de Nuestra Señora como la tierra con la que Dios fabricó a Adán constituyen símbolos alquímicos de evidente significación hermética que explican, en clave, el proceso que conduce a la obtención de la Piedra Filosofal y del Elixir.

3. Detengámonos brevemente en el simbolismo que encierran todos estos elementos religiosos. El *maná* es la representación hermética de la comida espiritual que sacia el ansia de saber del adepto. Las *espinas* marcan siempre un camino hermético, lleno de dificultades; bastaría, para comprobarlo, observar la cantidad de topónimos espina que se encuentran en las proximidades o en la ruta de los lugares secularmente mágicos. El profeta *Elías* arrebatado a los cielos, conoció la verdad directamente, según la tradición. Los *tres niños del Horno* son una trasposición de los ritos fenicios a Baal y, de rechazo, un recuerdo de la real trascendencia de aquella religión. No conozco paralelo simbólico de la caña de Pilatos ni de los huesos de los Inocentes pero recordemos que el

(sigue en la pag. siguiente)

El culto a las reliquias tiene, a mi entender, una fortísima razón de ser que se prolonga en el mundo del primer milenio cristiano. No se trata sólo de creer en la influencia benéfica que eventualmente podía ejercer sobre el creyente cualquier cosa que hubiera pertenecido a un ser considerado como santo, es decir, como semidivino. Se trata, sobre todo, de *poseer* esos restos, de *acumularlos*, de almacenarlos, para que del total de todos ellos -el total relativo, naturalmente- emane una *fuerza santificante* superior.

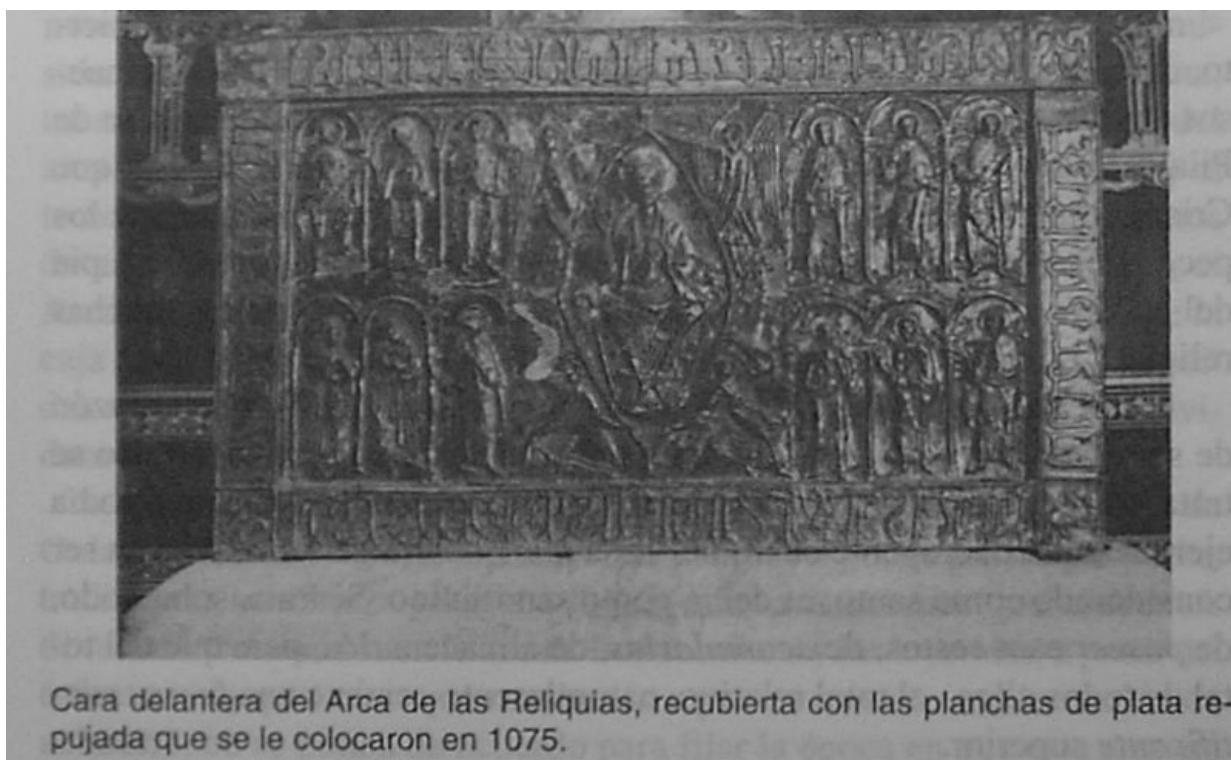
Así, del mismo modo que en el mito místico de Egipto Isis recorrió la tierra reuniendo los pedazos dispersos de Osiris, y cuando los reunió todos formó otra vez su cuerpo y dio vida al dios despedazado el tiempo suficiente para engendrar un hijo de él -Horus el vengador, Horus el unificador-, los fieles cristianos buscaban en la acumulación de fragmentos santos, en su presencia y casi con su contacto, la fructificación del saber religioso que sólo tenían permitido conocer por un abstracto acto de fe. En este sentido, la herencia mística del cristianismo resulta clara. Pero hay aún otros detalles que encadenan los ritos aceptados por el cristianismo primitivo a la tradición mística oriental; detalles que podrían llevarnos, si quisiéramos, mucho más allá en el tiempo, pero que al menos de momento vamos a dejar a un lado. Recordemos sin embargo que, según el mito egipcio, el cuerpo de Osiris había sido *metido en un arca* y lanzado al Nilo, y que del Nilo salió al mar y que, por el mar, alcanzó las costas de Tiro para encallar definitivamente en las playas de la tierra fenicia (4).

El Arca, continente del saber

Se unen en estos misterios -lo mismo que en la tradición bíblica- el concepto del arca-caja con el sentido del arca-nave. El saber, la ciencia, el germen de toda vida y de toda trascendencia, están contenidos y celosamente guardados siempre en un *recipiente* que tiene el mar por camino, que

pan con que Cristo alimentó a cinco mil personas es pan espiritual, alimento de saber. En cuanto al *panal*, comporta un determinado punto de vista social en el esoterismo, como podríamos igualmente comprobar si revisásemos todos los lugares en los que intervienen las abejas como elementos milagrosos en las tradiciones hagiográficas populares. El apóstol san *Bartolomé* ha sido frecuentemente identificado con los cultos serpentarios, debido al martirio que sufrió -según la tradición- de despellejamiento. Por su parte, la *sandalia* de Pedro es un símbolo del carácter peregrino de la iniciación.

4. Quiero subrayar nuevamente -para que el lector no lo olvide o lo pase por alto- la incidencia que en los mitos de todos los pueblos del oriente mediterráneo tiene el pueblo fenicio, del que hablábamos detenidamente en capítulos anteriores.



Cara delantera del Arca de las Reliquias, recubierta con las planchas de plata repujada que se le colocaron en 1075.

llega siempre por el mar allí donde tiene que cumplir su misión reveladora. Esa llegada providencial constituye ya, por sí misma, un *milagro*, un prodigio de predestinación. Y las cualidades mismas del arca -del elemento continente- marcarán, muy a menudo, el respeto y el temor con que esos prodigios tienen que ser aceptados por los profanos de un saber considerado a todos los niveles como trascendente. Así, el Arca hebrea de la Alianza -construida de madera de acacia, igual que la caja que contuvo los restos de Osiris- rechazaba con terribles sacudidas a los que osaban acercarse a ella sin estar libres de pecado. No olvidemos esta circunstancia importantísima.

La leyenda que envuelve el origen del Arca de las Reliquias de Oviedo es esclarecedora, y en muchos puntos responde paso a paso a las tradiciones místicas y hasta a los significados hebreos que acabamos de resumir contenidos en la Torah. Los cronistas y las leyendas, a pesar del esfuerzo interpretativo que muchos han puesto en su buena intención de aclararlo, no se ponen de acuerdo para fijar la época en que esta arqueta llegó a Asturias -si es que realmente llegó y no fue construida allí mismo en una fecha incierta-. Las versiones son múltiples, pero merecen la pena consignarse, siquiera sea para comprobar qué rasgos comunes las definen a todas y qué tiene de especial cada una de ellas.

Versión primera: Santo Toribio de Liébana, que fue obispo de Astorga entre 440 y 450, peregrinó a Jerusalén y se trajo de allí el arca, que fue depositada en una capilla que se le construyó en el Monsacro lebaniego. El ar-

ca, según esta tradición, se trasladaría a Oviedo durante el reinado de Alfonso II el Casto. Hasta aquí la tradición; pero tengamos en cuenta que la leyenda se completa con la noticia de que santo Toribio trajo también de su viaje un fragmento de la cruz de Cristo. Los paralelismos y las relaciones entre la cruz y el arca se repetirán insistentemente.

Versión segunda: Cuenta la crónica del Silense (h. 1115), con variantes sobre la que escribe el obispo Pelayo -que vivió en tiempo de Alfonso VII- y con datos complementarios aportados por el arzobispo Ximénez de Rada, que el arca fue traída a España desde Jerusalén entre los años 614 y 637. El arca, según estas versiones, habría sido labrada por discípulos de los apóstoles y contenía reliquias de Jesucristo y de los que estuvieron cerca de él. El viaje -¡atención al itinerario!- se realizó por Alejandría, y el desembarco peninsular tuvo lugar en Cartagena, de donde pasó a Sevilla y de allí a Toledo (5). Parece ser que en Toledo permaneció cien años y que, con la invasión musulmana, monjes mozárabes la hicieron salir de la ciudad, la embarcaron -¿en el Tajo, tal vez?- y, bordeando la costa, la llevaron a un puerto que el Silense identifica como Subsalas, y que correspondería a la actual villa de Luarca en Asturias (6). A partir de ahí las versiones de los cronistas difieren, porque si el Silense y Ximénez de Rada sitúan su posesión por los monarcas asturianos en la persona de Alfonso II, el obispo Pelayo afirma, basándose en otras tradiciones más populares -que le valieron el calificativo de «visionario» por parte de algunos historiadores- que el arca estaba ya en manos de Pelayo, lo mismo que la cruz de la Victoria, cuando tuvo lugar la mítica gesta libertaria de Covadonga.

5. Los pasos de este viaje mítico son importantes. Recordemos, en primer lugar, que Alejandría contuvo la biblioteca más importante de la antigüedad, en la cual, según el testimonio de escritores que la conocieron, se llegaron a guardar todos los libros y escritos que contenían la totalidad del saber. El desembarco se efectúa en Cartagena, el puerto fundado precisamente por los fenicios. Y el arca pasa, sucesivamente, por las dos ciudades consideradas como mágicas en la mitad meridional de la península: Sevilla -meta de las brujas asturianas a lo largo de la historia- y Toledo -sede de todos los saberes ocultos de las tres religiones medievales de la península.

6. Una leyenda -una más- merece consignarse en torno a este último desembarco. Se cuenta que, traída por un navío misterioso, el arca fue abandonada circunstancialmente y que, entre los muchos lobos que vivían en los alrededores, hubo uno que comenzó a dar vueltas en torno a la reliquia y terminó arrodillándose ante ella. Por eso se le puso al lugar el nombre de Lupus Arca -que se convertiría en Luarca- en vez del antiguo de Subsalas. La leyenda tiene, fundamentalmente, la importancia de poner en relación al lobo -animal sabio de dioses precélticos como Lug- con el arca, y contiene los mismos elementos simbólicos que relacionaron en la misma época a la reina Lupa -loba- con la barca llegada a las costas gallegas con el cuerpo santo del apóstol Santiago. Un simbolismo popular que hace pensar, con bastante fundamento, en las raíces precristianas -y, sobre todo, en las últimas razones religiosas- de estos cultos que se habrían de convertir en eje y mira suprema de la cristiandad medieval.

Las versiones, e incluso las interpretaciones de una misma versión, difieren en muchos puntos. Pero hay aspectos en los que todos, cronistas y leyendas, parecen coincidir: el origen del arca está en la ciudad santa por excelencia, en Jerusalén; y el viaje por mar tiene un papel fundamental en su traslado. Fijémonos en cómo, de modo constante a lo largo del tiempo, estos elementos actúan condicionando las historias milagrosas. Son como una referencia -tamizada por los mitos cristianos- a un pasado muy anterior, ya convertido en ortodoxo por la creencia popular. Pero conserva, para los que están atentos a la génesis remota de las leyendas, un significado que ya en este momento no puede pasar inadvertido.

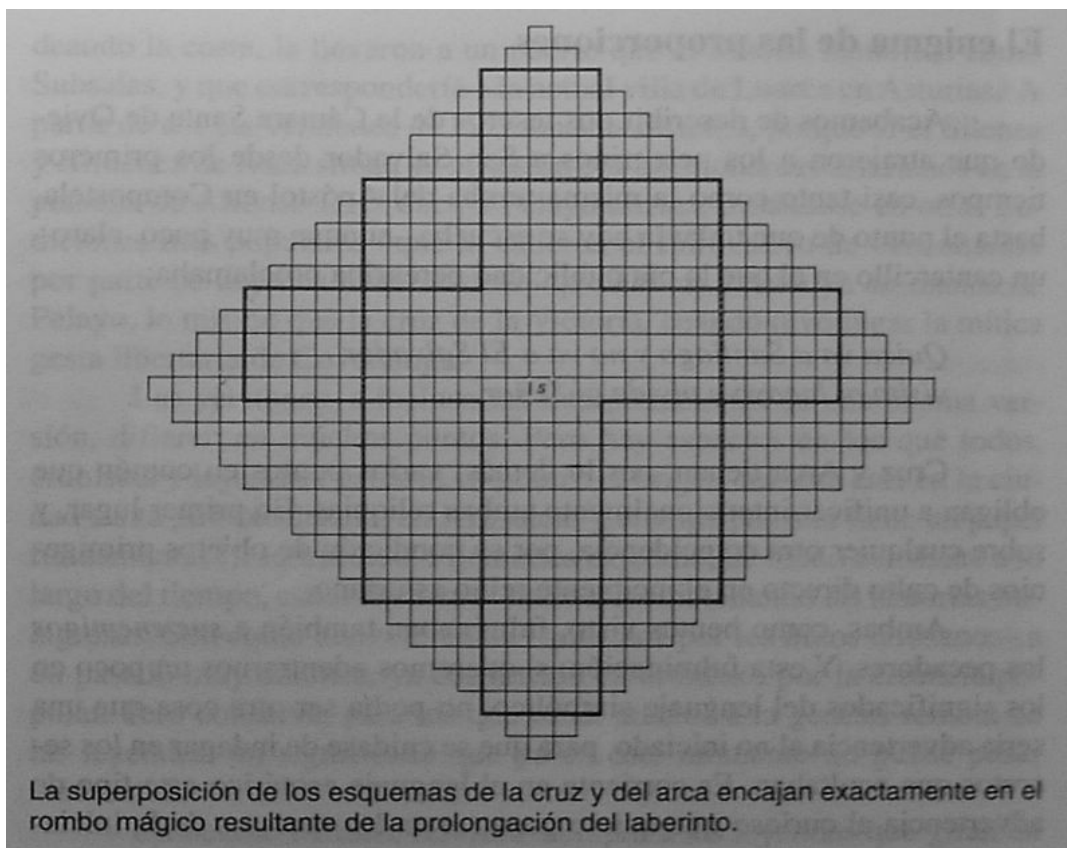
Un detalle curioso, referido siempre a las leyendas que giran en torno al arca santa, lo cuenta Carballo en sus *Antigüedades asturianas* (II, 26). Al parecer, hubo gente que quedó cegada por haber intentado satisfacer la curiosidad mirando lo que contenía en su interior el relicario. Al abrir el arca -dice la tradición- surgió de dentro una luz vivísima que los cegó. Esto, siempre según Carballo, sucedía hacia el año 1030. Recordemos de nuevo que también el Arca de la Alianza que Moisés mandó construir por designio de Yavé tenía el poder de fulminar a quienes se acercaban a ella sin estar purificados.

El Arca de las Reliquias se abrió por fin, *legalmente*, en 1075, en presencia de Alfonso VI y de varios testigos, entre los cuales firmaba el acta un Rodericus Díaz que -se supone- debió de ser el mismísimo Cid Campeador. Los que iban a asistir a esta ceremonia hicieron penitencia desde muchos días antes para demostrar al cielo que en el acto que iban a realizar no entraba ningún pecado de curiosidad, sino las más piadosas intenciones. Nada malo sucedió esta vez, por supuesto; se hizo un cuidadoso inventario de las reliquias que había dentro y el rey castellano mandó forrar el cofre, que era de madera, con láminas de plata labrada.

El enigma de las proporciones

Acabamos de describir dos tesoros de la Cámara Santa de Oviedo que atrajeron a los peregrinos a San Salvador desde los primeros tiempos, casi tanto como la misma tumba del Apóstol en Compostela, hasta el punto de que todavía hoy se escucha -aunque muy poco, claro- un cantarcillo en el que la pía publicidad peregrina proclamaba:

*Quien va a Santiago y no va a El Salvador,
visita al lacayo y olvida al Señor*



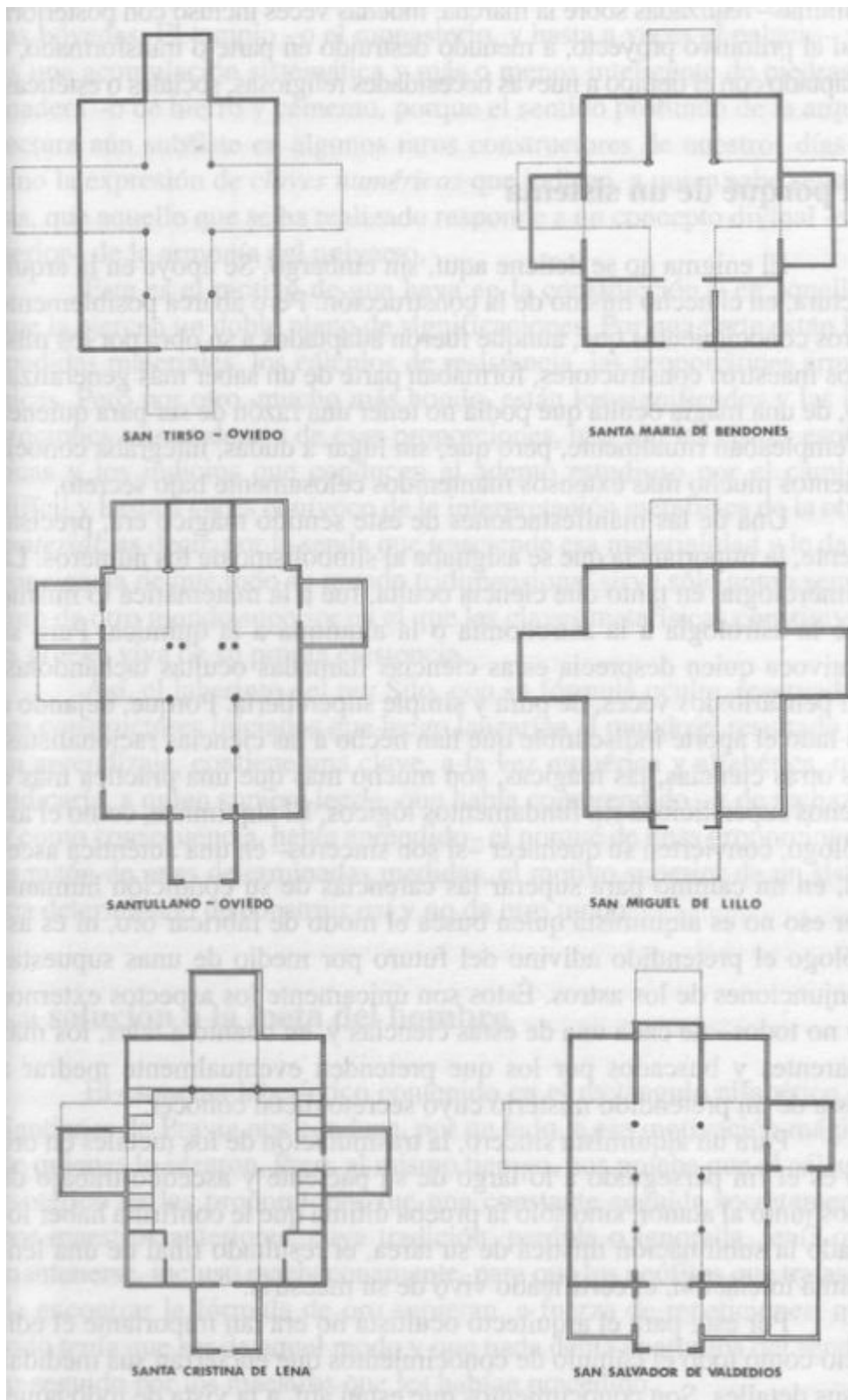
La superposición de los esquemas de la cruz y del arca encajan exactamente en el rombo mágico resultante de la prolongación del laberinto.

Cruz y Arca tienen, por lo demás, varios puntos en común que obligan a unificar intencionalmente ambas reliquias. En primer lugar, y sobre cualquier otra coincidencia, por su condición de objetos primigenios de culto directo en el incipiente reino asturiano.

Ambas, como hemos visto, fulminaban también a *sus enemigos* los pecadores. Y esta fulminación, si queremos adentrarnos un poco en los significados del lenguaje simbólico, no podía ser otra cosa que una seria advertencia al no iniciado, para que se cuidase de indagar en los secretos que ocultaban. Es corriente en el lenguaje esotérico este tipo de advertencia al curioso que quiere penetrar en los secretos de la iniciación sin haber pasado por las pruebas y los grados exigidos.

Del mismo modo, ambos objetos, originariamente de madera, fueron forrados y cubiertos de metales preciosos. Pero ignoramos si este trabajo se hizo efectivamente para protegerlos... o para esconder su verdadera naturaleza a la mirada de los profanos.

Por último -y fundamentalmente- hay una relación que vale ya por todas las demás: tomando proporciones esquemáticas relativas, y prescindiendo por aproximación, necesariamente, de los ropajes que las envuelven, resulta que las figuras de ambas reliquias caben a la perfección, *proporcionalmente*, en el rombo mágico que había resultado de prolongar hasta el límite de sus posibilidades el laberinto del rey Silo.



Aún más: las proporciones ideales del arca santa son las mismas que las del laberinto..., o tan aproximadas que cabe pensar en una mayor exactitud -como en el caso de la cruz- si, en lugar de medir ambas reliquias con el forro metálico que las envuelve en la actualidad, se tomaran sus proporciones a partir de su primitiva estructura de madera.

Contemplemos ahora con atención la figura resultante de la yuxtaposición. Contiene, ni más ni menos, el esquema *total* de TODAS las posibilidades dentro de las cuales se desarrollaron las plantas de los templos más significativos de la arquitectura asturiana altomedieval, desde Santullano a San Salvador de Valdediós, pasando por las iglesias -o lo que queda de alguna de ellas- de la gran época ramirense. En este esquema cabe tanto el ábside exterior que debió de lucir San Tirso de Oviedo como el triple ábside de Santa María de Bendones. Cabe el nártex incorporado a la nave del templo, como en esta misma iglesuela de Bendones o como tuvo que ser San Miguel de Lillo cuando estuvo entero, y hasta es posible, igualmente, la variante del nártex añadido, tal como se construyó -dice Schlunk que en época tardía- en Santullano de Oviedo. Y hasta es posible encajar sólo una parte del crucero-capilla, como se da el caso de la estructura de San Salvador de Valdediós, de tiempos tardíos de Alfonso III.

Incluso en alguna ocasión es prácticamente perfecta la estructura completa, como aún puede reconstruirse en el templo ramirense de Santa Cristina de Lena.

Pero no lo olvidemos: estamos hablando de *esquemas*, de módulos proporcionales y no de resultados finales o de eventuales variantes -siempre mínimas- realizadas sobre la marcha, muchas veces incluso con posterioridad al primitivo proyecto, a menudo destruido en parte o transformado, o adaptado con el tiempo a nuevas necesidades religiosas, sociales o estéticas.

El porqué de un sistema

El enigma no se detiene aquí, sin embargo. Se apoya en la arquitectura, en el hecho mismo de la construcción. Pero abarca posiblemente otros conocimientos que, aunque fueron adaptados a su obra por los mismos maestros constructores, formaban parte de un saber más generalizado, de una magia oculta que podía no tener una razón de ser para quienes la empleaban ritualmente, pero que, sin lugar a dudas, integraba conocimientos mucho más extensos mantenidos celosamente bajo secreto.

Una de las manifestaciones de este sentido mágico era, precisamente, la importancia que se asignaba al simbolismo de los números. La numerología, en tanto que ciencia oculta, fue a la matemática lo mismo que la astrología a la astronomía o la alquimia a la química. Pero se equivoca quien desprecia estas ciencias llamadas ocultas tachándolas, sin pensarlo dos veces, de pura y simple superchería. Porque, dejando a un lado el aporte indiscutible que han hecho a las ciencias racionalistas, las otras ciencias, las mágicas, son mucho más que una práctica más o menos supersticiosa sin fundamentos lógicos. El alquimista, como el astrólogo, convierten su quehacer -si son sinceros- en una auténtica ascesis, en un camino para superar las carencias de su condición humana. Por eso no es alquimista quien busca el modo de fabricar oro, ni es astrólogo el pretendido adivino del futuro por medio de unas supuestas conjunciones de los astros. Éstos son únicamente los aspectos externos -y no todos- de cada una de estas ciencias y, en cuanto a tales, los más aparentes y buscados por los que pretenden eventualmente medrar a costa de un pretendido misterio cuyo secreto dicen conocer.

Para un alquimista sincero, la transmutación de los metales en oro no es el fin perseguido a lo largo de su paciente y ascético trabajo de años junto al atanor, sino sólo la prueba última que le confirma haber logrado la sublimación mística de su tarea, el resultado final de una lentísima iniciación, el certificado vivo de su maestría.

Por eso, para el arquitecto ocultista no era tan importante el edificio como todo el cúmulo de conocimientos que encierran sus medidas y sus detalles. Son conocimientos que están ahí, a la vista de todo aquel que no se conforme con mirar y pueda ver más allá de las piedras y de las bóvedas. El templo -o el monasterio, y hasta a veces el palacio- no es una acumulación sistemática y más o menos inteligente de piedras y madera -o de hierro y cemento, porque el sentido profundo de la arquitectura aún subsiste en algunos raros constructores de nuestros días- (7), sino la expresión de *claves numéricas* que indican, a quien sabe seguirlas, que aquello que se ha realizado responde a un concepto divinal -superior- de la armonía del universo.

Éste es el motivo de que haya en la construcción y en aquellos que la ejercen un doble plano de significaciones. Por una parte están las medidas materiales, los cálculos de resistencia, las proporciones armónicas. Pero por otro, mucho más hondo, están los significados y las intenciones trascenden-

7. Me refiero al caso concreto de Antonio Gaudí, que conservó extrañamente en su obra el sentido simbólico de los constructores medievales, no sólo con la continuidad de los símbolos empleados -que aún pueden admirarse en su Sagrada Familia-, sino también con su amor casi místico por la piedra y su desprecio -desgraciadamente no respetado por los que pretenden terminar su obra- por los materiales funcionales de la construcción actual: hierro y cemento.

tes de esas proporciones, que son las claves esotéricas y los indicios que conducen al adepto estudioso por el camino difícil y hasta a veces equívoco de la interpretación metafísica de la obra *material*; es decir, por la senda que trasciende esa materialidad y le da la conciencia de que todo su mundo tridimensional sirve sólo como semáforo de otro mundo superior en el que las claves metafísicas constituyen la prueba viva de su propia existencia.

Así, el laberinto del rey Silo, con su fórmula oculta, reservada a los constructores iniciados que luego lanzarían al mundo el resultado de su aprendizaje, contiene una clave, a la vez numérica y alfabética, que indicaría, a quien supiera leerla, que había comprendido -y de rechazo, y como consecuencia, había aprendido- el porqué de unas proporciones, la razón de unas determinadas medidas, el motivo superior de un sistema determinado de construir *así* y no de otro modo.

La solución a la meta del hombre

El esquema laberíntico contenido en el rectángulo alfabético de Santianes de Pravia nos conduce, por un lado, a esa motivación mágica de quienes lo idearon. Pero, al mismo tiempo, nos prueba que el cálculo esotérico de las proporciones fue una constante seguida secretamente por maestros anteriores, cuya tradición, perdida o ignorada, tenía que mantenerse, incluso machaconamente, para que los neófitos que trataran de encontrar la fórmula de oro supieran, a fuerza de repeticiones, que todo tenía que ser de aquel modo y que nada debía apartarlos del sendero seguido por los maestros que les habían precedido.

Si buscamos en un primer intento lo que *numéricamente* nos está contando el laberinto de Silo con su estructura y sus proporciones, es posible que nos encontremos con resultados que puedan parecer obra de la pura casualidad. Sin embargo, ante la acumulación de claves me inclino a pensar que hubo una efectiva intencionalidad muy definida en la elección de este concreto esquema laberíntico.

En cuanto a las combinaciones, las 285 letras del laberinto -recordemos: 19 x 15- se pueden combinar de acuerdo con la fórmula expuesta más atrás de 45.760 modos para formar la frase SILO PRINCEPS FECIT. Pero esta cifra es también, a su vez, el producto de dos cantidades de singulares características: $45.760 = 260 \times 176$.

Pero 260 es $256 + 4$, y representa una de las combinaciones sagradas del año, que aparece empleada por mayas y quichés en las antiguas culturas

precolombinas (8). Se trata, pues, de un cómputo temporal insólito, fundamentado en las fases lunares.

A su vez, el número 176, desde el punto de vista de la numerología mágica, se descompone en tres cifras simples, 1, 7 y 6, cuya suma es 14. Y, a su vez, 14 es $1 + 4 = 5$. Por tanto, 176 es un número de base mágica 5, base a la que habremos de volver muy pronto.

Si observamos ahora las proporciones, veremos que el rectángulo mágico del laberinto se compone -repetámoslo- de 285 combinadas en la relación 19×15 .

Pero 19 es la suma de $3 + 4 + 5 + 6 \dots + 1$.

Y 15 es la suma de $2 + 3 + 4 + 5 \dots + 1$.

Suma que, convertida en producto, nos daría $2 \times 3 \times 4 \times 5 = 120$ (tercera parte de la medida angular de la circunferencia), y $3 \times 4 \times 5 \times 6 = 360$ (valor del ángulo de la circunferencia).

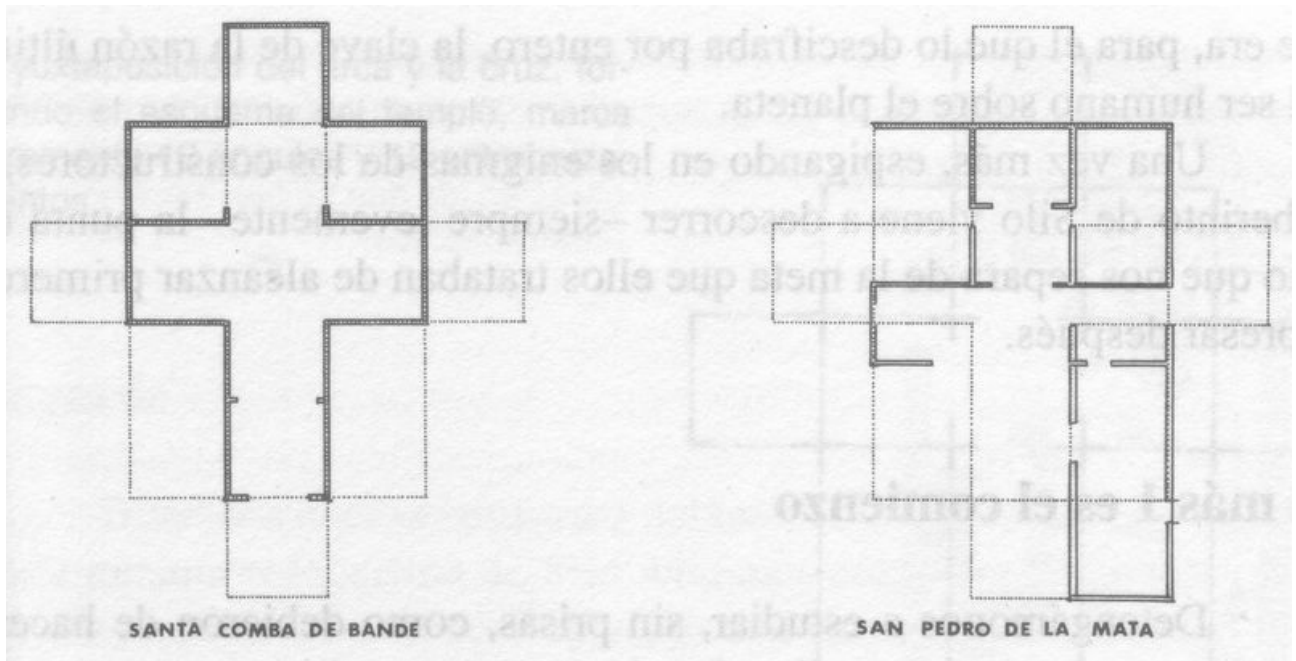
La proporción de este cociente $120/360$ es la misma que $1/3$

Aquí hay ya, sin duda, un auténtico logro de las armonías matemáticas digno de tenerse en cuenta. Porque no sólo responde con exactitud a un momento histórico determinado de la arquitectura, sino que supone una tradición que viene de más atrás.

Porque, en efecto, si aplicamos la fórmula esquematizada del arca con la cruz yuxtapuesta podemos darnos cuenta de que ese esquema arquitectónico sirve para determinar la forma de otros monumentos sagrados que vienen de mucho más atrás, en el tiempo. Es como si, históricamente, hubiera sido necesario mantener un conocimiento que no debía perderse, como si ese mantenimiento hubiera supuesto la necesidad de dejar una huella para que, a partir de ella, los que fueran capaces de interpretarla tuvieran abierto un camino que les permitiría no retroceder en su intento, sino que además les ayudaría a dar, poco a poco, los pasos necesarios para progresar en la senda del conocimiento.

El esquema compuesto cruz-arca es el mismo que estaba ya patente antes de la eclosión de la arquitectura asturiana en edificaciones sagradas de la época paleocristiana. Rige en la basílica siria de Tebed y se repite, con pe-

8. Este sistema de cómputo del tiempo se componía anteponiendo los números del 1 al 13 -ciclo lunar- a los nombres de los 20 días de modo que la combinación se repetía cada 260 días de tal modo que el último día de la primera veintena coincidía con el número 7 y el último día del ciclo con el número 13. Este sistema, llamado Tzolkin, se combinaba con el sistema Haab de 365 días. La combinación suponía que las posiciones iniciales de los días coincidían sólo al cabo de 52 años o 19.890 días. El «siglo» de 52 años se ha denominado Rueda Calendárica, y supone una precisión extraordinaria en el cómputo del tiempo si tenemos en cuenta que en el año de 365 días se intercalaba un día cada 4 años -lo mismo que nuestros años bisiestos- para compensar la pequeña diferencia. Del mismo modo, a cada ciclo Tzolkin de 52 años se le añadían 13 días (A. ESCALONA RAMOS, *Cronología y astronomía maya*, México).

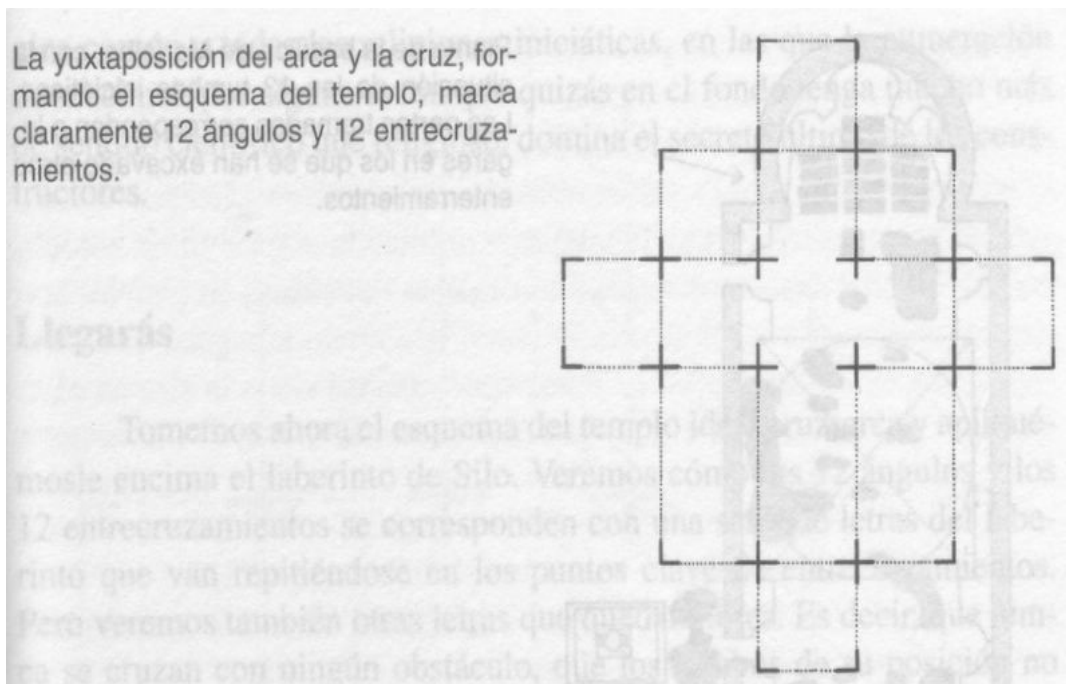


queñas variantes -que indican a la vez desorientación y evolución-, en la basílica también paleocristiana de Tarragona, en la estructura de templos visigodos como San Pedro de la Nave, Santa Comba de Bande, el toledano de San Pedro de la Mata y el burgalés de Quintanilla de las Viñas -cuando estaba entero-, y surgirá, con todas las variantes accesorias, pero conservando su estructura mágica original, en los templos mozárabes que elevarán los constructores cristianos de la zona musulmana y en las tierras que poco a poco vayan recuperándose, desde San Miguel de Escalada a Santa María de Lebeña.

¿Qué es lo que contienen estas especiales estructuras que los canteros respetan casi hasta la monotonía? ¿Qué fórmula, qué mensaje tenían que hacer perdurar para que no se perdiera?

Tendríamos que haber sido iniciados en la sabiduría oculta de los primitivos maestros constructores para saberlo totalmente. Ahora nosotros, al penetrar en su intención última, tenemos que conformarnos con abandonar el intento casi a medio camino. Y, sin embargo, es posible que sigamos proclamando nuestra superioridad de cultura evolucionada aunque no seamos capaces de penetrar el secreto expresado en la piedra que era, para el que lo descifraba por entero, la clave de la razón última del ser humano sobre el planeta.

Una vez más, espigando en los enigmas de los constructores, el Laberinto de Silo viene a descorrer -siempre levemente- la punta del velo que nos separa de la meta que ellos trataban de alcanzar primero y expresar después.



12 más 1 es el comienzo

Detengámonos a estudiar, sin prisas, como debieron de hacerlo nuestros constructores medievales, la estructura primera que marca la yuxtaposición racional del rectángulo laberíntico y la cruz. Podremos constatar varias características que, sin ser definitivas, pueden contener la clave de una intención determinada.

La primera comprobación vendría dada por el hecho preciso de que hay, en la estructura total del templo ideal, 12 ángulos maestros y 12 entrecruzamientos de los elementos que lo integran. Y ambos conjuntos están centrados por la letra S de tal modo que ella parece gobernarlos y hasta estructurarlos.

Fijémonos, además, en que los doce cruces son los que habrán de servir, en la estructura total del edificio, para colocar en ellos las columnas o las pilastras maestras que sostendrán todo el peso de la construcción.

La configuración de la cifra 12 es una especie de módulo tradicional de perfección entre los ocultistas. Fijémonos en que es un número que aparece constantemente en la leyenda mítica, en las historias trascendentes de las mitologías religiosas de todos los tiempos y de todos los credos y, en tanto que garantía de perfección, incluso en la ley.

En las Escrituras hebreas, 12 son los hijos de Jacob y, en consecuencia, las tribus de Israel. En la mitología griega, Hércules lleva a cabo 12 trabajos. Son

12 los puntos pitagóricos, y Cristo se rodea de 12 apóstoles, del mismo modo que Artús convoca a 12 caballeros en torno a la Tabla Redonda, y Carlomagno lleva consigo 12 pares.

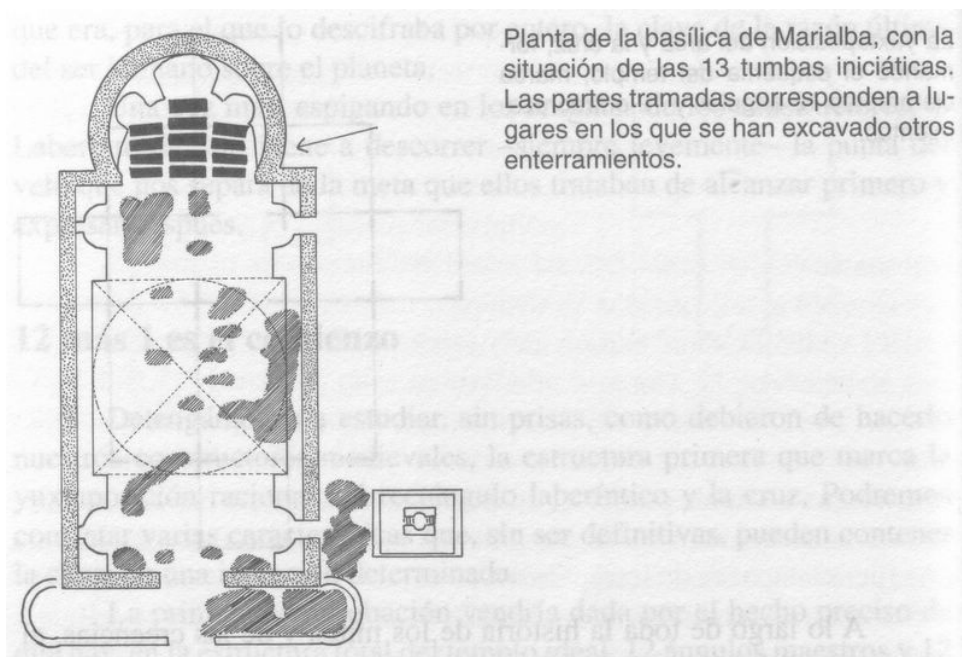
Pero fijémonos en un aspecto que creo que es de suma importancia: el número 12 NUNCA está solo, sino que aparece siempre acompañado de UN elemento *rector* que, en cierto modo, lo gobierna. Los signos del Zodíaco están regidos por el Sol, los apóstoles son discípulos de Cristo, los pares son caballeros de Carlomagno, lo mismo que los 12 hijos lo son de Jacob.

A lo largo de toda la historia de los mitos y de las creencias, el sistema numérico llamado duodecimal ha alternado con el sistema decimal que nosotros seguimos ahora como norma general. Pero el sistema duodecimal -basado en la sucesión y la *unidad* del 12- se ha conservado para buen número de mediciones: meses, horas, ángulos... Incluso hay movimientos científicos que apuntan la eventualidad -seguramente justa- de que los grandes espacios del Cosmos podrían ser medidos y calibrados más convenientemente empleando un sistema de base duodecimal.

En la tradición mágica de la numerología esotérica, el 12 sigue siendo un número muy especial por sus características peculiares. Porque contiene, en su misma naturaleza -dicen-, todas las cifras primarias, en tanto que es divisible por 2, por 3, por 4 y por 6, y es, a la vez, el resultado de la suma de 5 y 7. Todas estas magnitudes, como veíamos, están contenidas en la descomposición de la proporción 19-15 del laberinto (9).

En la tradición popular del cristianismo hispánico, esa constante del número 12 gobernado por el número 1 aparece de modo casi obsesivo, como un intento de que el principio duodecimal no llegara a perderse. Hay un ejemplo diáfano de esta preocupación en la basílica paleocristiana de Marialba, muy cerca de León -entonces tierra de astures-. No hace aún muchos años se descubrió entre las ruinas de esta basílica primitiva un buen número de enterramientos que abarcaban épocas muy diversas, pero en el ábside del

9. Todas menos una: precisamente el 7, correspondiente en la Cábala a la letra hebrea Zain y al *sefira* NESAH (triunfo). A mi modo de ver, hay una doble razón para que el 7 no esté presente en este juego de proporciones. La primera, el hecho de que siempre el 7 en ocultismo es número que actúa por sí solo, como número de la Creación que es, mientras que en el caso de la construcción es la combinación de números la que va a conducirnos a la estructura total de la obra. La segunda razón puede estar en el hecho de que el *sefira* NESAH se corresponde al signo Piscis del Zodíaco -siempre en términos cabalísticos, se entiende-, y este signo es el que personifica la era equinoccial en la que todas estas construcciones fueron levantadas. Prescindiendo de su magnitud 7, los constructores, en cierto modo, proclamaban su despegue de las exigencias temporales -que aceptarían en otras ocasiones- y, al mismo tiempo, dejarían entrever que sus conocimientos venían de eras equinocciales muy anteriores. En cualquier caso, ésta que expongo es sólo una hipótesis perfectamente refutable. En torno a la importancia esotérica del 7 puede consultarse el libro de Desmond VARLEY, *Seven, the Number of Creation*.



templo se encontraron precisamente trece tumbas dispuestas en tres grupos: los laterales constaban de cuatro sepulturas y el central de cinco, una de ellas notablemente destacada de las demás. Nada se encontró en esas tumbas a lo largo de las excavaciones. Probablemente, el atávico furor religioso por las reliquias las hizo pasto de la rapiña de los fieles.

Pero la coincidencia del 12 más 1 no se detiene aquí. Entre las gentes de los contornos de Marialba circula una leyenda tradicional que cuenta de una gallina que empolló 12 huevos, de los cuales salieron 12 polluelos de oro. Y en la ciudad de León es también artículo de fe popular la historia hagiográfica de san Marcelo, centurión de la Legión VII, que murió martirizado a causa de su fe cristiana. A san Marcelo se le adjudican precisamente 12 hijos, santos todos ellos -como es lógico- que, divididos en grupos de parejas y tríos, constituyen todavía hoy la devoción de muchos enclaves y parroquias leonesas, y hasta de lugares bastante lejanos a León, ya que dos de esos hipotéticos hijos del centurión Marcelo, Emeterio y Celedonio, son los santos patronos de la ciudad riojana de Calahorra (10).

10. Aparte *Emeterio* y *Celedonio*, patronos de Calahorra, los demás hijos de san Marcelo se dividen del siguiente modo: *Servando* y *Germán*, cuya fiesta celebra el martirologio el 23 de octubre; *Fausto*, *Jenuario* y *Marcial*, el 13 de octubre; *Facundo* y *Primitivo* el 27 de noviembre; *Claudio*, *Lupercio* y *Victorico*, el 30 de octubre. Uno de estos santos, precisamente Facundo, dio, con su patronazgo, nombre a una de las más importantes poblaciones del reino de León: Sahagún, cuyo antiguo nombre era *Sancti Facundi*. Fijémonos, de todos modos, que la división en parejas y ternas de estos hipotéticos hijos del centurión Marcelo comporta también un esoterismo numerológico, puesto que hay 2 grupos de 3 santos y 3 grupos de 2. (A propósito de esta cuestión, así como de las características y vicisitudes de la iglesia paleocristiana de Marialba, véase Theodor HAUSSCHILD, *Die Martyrer-Kirche von Mariatba Bei León*, en el estudio conjunto *Legio VII Gemina* editado por la Excma. Diputación Provincial de León en 1970.)

No es ni remotamente probable que las tumbas de Marialba albergasen los cuerpos de los 13 legendarios mártires cristianos. Esto es tan improbable como tomar al pie de la letra el cuento de la gallina y sus 12 polluelos de oro. Pero tanto el mito cristiano como el apólogo popular y las 13 tumbas de Marialba forman parte de la tradición numerológica común a todas las religiones iniciáticas, en las que la numeración duodecimal, por alguna razón que quizás en el fondo tenga mucho más de sentido científico que religioso, domina el secreto último de los constructores.

Llegarás

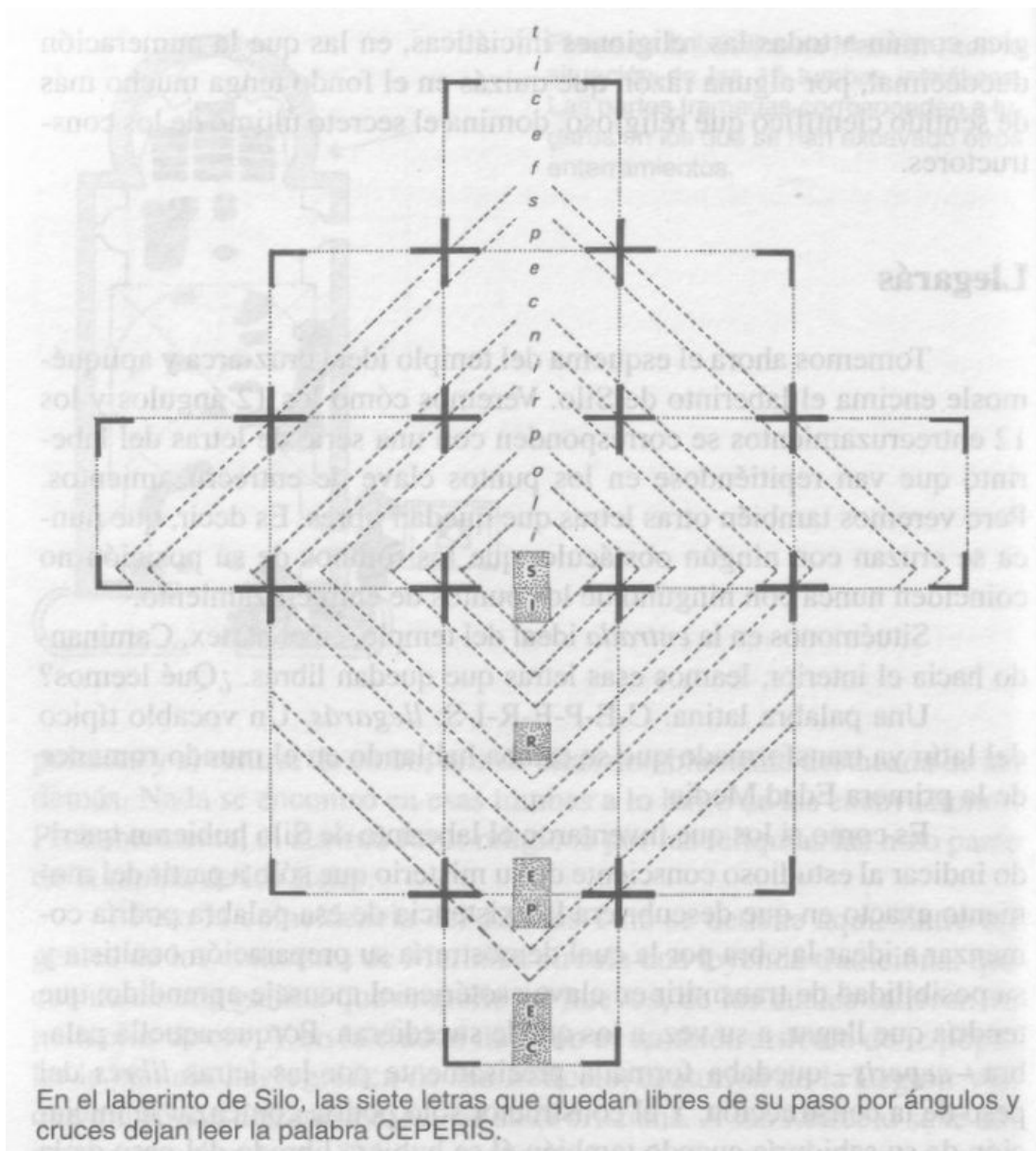
Tomemos ahora el esquema del templo ideal cruz-arca y apliquémosle encima el laberinto de Silo. Veremos cómo los 12 ángulos y los 12 entrecruzamientos se corresponden con una serie de letras del laberinto que van repitiéndose en los puntos clave de entrecruzamientos. Pero veremos también otras letras que quedan libres. Es decir, que nunca se cruzan con ningún obstáculo, que los rombos de su posición no coinciden nunca con ninguno de los puntos de entrecruzamiento.

Situémonos en la *entrada* ideal del templo, en el nártex. Caminando hacia el interior, leamos esas letras que quedan libres. ¿Qué leemos?

Una palabra latina: C-E-P-E-R-I-S: *llegarás*. Un vocablo típico del latín ya transformado que se estaba hablando en el mundo romance de la primera Edad Media.

Es como si los que inventaron el laberinto de Silo hubieran querido indicar al estudioso consciente de su misterio que sólo a partir del momento exacto en que descubriera la existencia de esa palabra podría comenzar a idear la obra por la cual demostraría su preparación ocultista y su posibilidad de transmitir en clave esotérica el mensaje aprendido, que tendría que llegar, a su vez, a los que le sucedieran. Porque aquella palabra *-ceperis-* quedaba formada precisamente por las letras *libres* del peso de la construcción. Y el constructor sólo podría comenzar la iniciación de su sabiduría cuando también él se hubiera librado del peso de la obra que emprendía. Sólo entonces podía empezar a expresar en ella sus *otros* saberes, las claves mágicas del conocimiento total al que aspiraba.

El mundo secreto de los ocultistas tiene, sin lugar a dudas, ramificaciones de increíbles cadenas mágicas. Fijémonos en que el laberinto de Silo, colocado originariamente en el arco toral del crucero de Santianes, está marcado en el esquema ideal precisamente en el lugar que corresponde a la S central,



símbolo -como hemos visto- de la sabiduría secreta. Y fijémonos igualmente en cómo esa S está marcando el lugar preciso donde se encontraría el laberinto si, en lugar de ocupar una plaza de piedra, hubiera estado colocado en el suelo del templo y al tamaño relativo de la nave esquemática. Es justamente el mismo lugar -y la misma circunstancia- que hizo colocar un laberinto esotérico a los constructores de la catedral de Chartres, cuatrocientos años después. Porque los iniciadores del gótico seguían, en ese sentido, la misma tradición que guió a los precursores inmediatos del arte primitivo asturiano: la tradición del laberinto que venía desde muy lejos en el tiempo y que se originaba en los pasadizos iniciáticos de las cuevas del paleolítico, marcados por puntos rojos en la oscuridad. Y seguía como una muestra de desconocida tradición científica en los laberintos de los petroglifos neolíticos

desde Morbihan hasta las Canarias, y se convertía en elegante mosaico en los santuarios romanos, sin solución de continuidad.

El laberinto marcaba el camino que debe seguir el adepto una vez que ha aceptado, con todas sus consecuencias, el juego iniciático que se plantea. Si lo acepta, el camino será para él una sucesión de obstáculos que salvar y de problemas -religiosos y científicos- que tendrán que ser resueltos. Llegar al meollo, al fondo último de los problemas, significará la ascesis al conocimiento superior. Y el hecho mismo de alcanzarlo comportará la gloria divina o humana, pero siempre gloria y siempre trascendente.

Volvamos a hacer historia

Si saltamos otra vez en el tiempo al momento preciso en que fue construido el laberinto de Silo, comprobamos, seguramente, las circunstancias mágicas de su invención.

El momento justo está situado unos diez o doce años antes de que subiera al trono asturiano Alfonso II el Casto, el monarca constructor, protegido más que probable de toda una comunidad esotérica que *inventó* para él los dos hechos más populares y difundidos de su reinado: la santidad peregrina de Oviedo y el hallazgo milagroso del sepulcro de Santiago.

Pero este reinado -con el cúmulo de hechos mágico-milagrosos que lo acompañaron- estaba ya preparándose durante el gobierno del rey Silo. No olvidemos lo que contábamos al principio: Silo y su mujer Adosinda intentaron ya que fuera su sobrino Alfonso el sucesor al trono. Mauregato torció sus planes, alzándose violentamente con el poder y haciendo que el príncipe elegido tuviera que refugiarse en las Bardulias. El castigo -moral- del usurpador no se hizo esperar. A falta de un golpe de estado político que le arrebatase el poder, se creó en torno suyo una leyenda de ignominia y traición: el vergonzante «Tributo de las Cien Doncellas», del que su sucesor Ramiro I tendría que liberar al buen pueblo cristiano en la legendaria batalla de Clavijo.

El mismo nombre del rey, Mauregato, que tan chistoso y divertido nos sonaba de niños, cuando lo escuchábamos en la escuela las primeras veces, bien podría ser un apodo peyorativo que difundirían los que estaban en contra suyo hasta el punto de conseguir que se olvidase su verdadero nombre, si es que fue distinto. No olvidemos nosotros el sentido peyorativo que tiene este apelativo en el caso de los *maragatos* leoneses, un pueblo que fue tradicionalmente marginado, como veíamos anteriormente. La voz, aparte de

su etimología latina de «mauros captos» -moros cautivos- bastante problemática, tiene aún otra raíz, la misma que la palabra sánscrita *maraka*, que significa destrucción, peste, mortandad. Curiosamente, otra raíz sánscrita similar a Silo, *sihla*, significa incienso y aroma divino (11). Estas posibilidades etimológicas, si fueran ciertas -y, por supuesto, si pudieran demostrarse sin el menor lugar a dudas-, nos darían una luz muy importante que alumbraría la noche de unos reinos demasiado desconocidos.

En lo referente al señor Santiago, ya en la época de Silo estaba preparando Beato de Liébana su veneración a nivel peninsular cuando le invocaba en sus *Comentarios al «Apocalipsis»* de san Juan proclamando: «Protege al pueblo que te fue encomendado y dirige a su príncipe, a sus sacerdotes y a su gente». Clavijo y, sobre todo, Compostela se estaban ya gestando a través del monje lebaniego cuando aún nadie había lanzado siquiera el rumor de que Santiago, el hipotético hermano de Juan y discípulo de Cristo, hubiese tenido absolutamente nada que ver ni con el acontecer religioso ni con la historia de los habitantes de la Península.

Que el Camino de Santiago -y no sólo el llamado camino francés, sino todas las rutas seguidas por los peregrinos en los primeros tiempos- iba a ser, en buena parte, un camino de enseñanza y de aprendizaje para los constructores es algo que no ofrece ya la menor duda. No sólo pasó por él, de ida y de vuelta, el románico, sino todo tipo de influencias y de detalles arquitectónicos, cada uno de los cuales constituía un símbolo determinado del lenguaje cifrado en el que se expresaban los constructores, tanto para ellos como para los ocultistas que quisieran comprender sus fines; era una parte del secreto superior que detentaban o creían detentar. Ahí están los extraños signos grabados en Carracedo, cerca de Cacabelos, o los círculos taróticos de Santa María del Naranco, y hasta los saltimbanquis indudablemente simbólicos de San Miguel de Lillo (12).

11. Otra etimología posible del nombre de Silo podríamos hallarla en *Shita*, la ciudad sagrada bíblica citada en el libro de Josué (18, 1), situada en las cercanías de Beth-El y sede primera del arca hasta los tiempos de Samuel.

12. La figura del saltimbanqui se repite numerosas veces a lo largo del arte primitivo medieval, tanto en las construcciones asturianas como en los canecillos de los templos románicos. Muchos historiadores del arte y estudiosos de la arqueología medieval han querido ver en ellos representaciones de juegos y espectáculos populares de la época. Sin embargo, su profusión y, sobre todo, el lugar donde suelen estar colocadas estas figuras, permiten suponer que encierran un simbolismo más significativo. Los saltimbanquis representan precisamente a los constructores y, en general, a los buscadores del saber, que no «caminan» como los hombres normales, sino que se permiten alterar la realidad cotidiana y verla desde perspectivas muy distintas, rompiendo deliberadamente el equilibrio establecido.

Muchos de estos símbolos surgen como simples elementos decorativos, otros muestran escenas o personajes evidentemente equívocos; pero siempre coinciden con la eclosión de una época en la que la arquitectura -como la más perdurable de las artes- aflora definiéndola y personalizando su momento histórico preciso.

Es Menéndez Pidal quien dice que, en el siglo VIII, «no había en toda Asturias ninguna ciudad histórica antigua». Sólo con el advenimiento de Alfonso II se funda la primera que puede en realidad recibir el nombre de tal: Oviedo. Y de ella añade el mismo historiador: «Fue Alfonso el Casto quien concibió y realizó la idea de construir una ciudad regia, y la construyó en un lugar rústico cuyo extraño nombre, ajeno por completo a la cultura romana, no había sonado nunca hasta entonces: Obetao».

Efectivamente, era un nombre insólito, sin precedentes. El mismo Menéndez Pidal confiesa que sólo conoce uno similar en España, con la misma raíz: Obétigo, en la provincia de Soria. Sin embargo, yo creo que en Asturias hay dos lugares significativos cuyo origen fonético puede tener raíces comunes: Obona -fundación precisamente del rey Silo o de un hipotético Aldegaster, hijo suyo- y Abamia, que había servido de tumba a Pelayo antes de que sus restos fueran trasladados a Covadonga.

Saltos a través de los tiempos

Al margen de eventuales relaciones entre el oriente mediterráneo y el noroeste de la península ibérica, que ya he expuesto más atrás, tengamos en cuenta que Obetao, Obona y Abamia, como la misma Obétigo soriana que cita Menéndez Pidal, podrían tener una raíz común -transformada por mil eventuales circunstancias- con Abydos, la ciudad egipcia donde tradicionalmente se encontraba la tumba de Osiris y la entrada ritual al reino de los muertos (13).

No olvidemos que la misma obsesión cristiana por almacenar reliquias -pedazos de santos, trozos de sus vestiduras, fragmentos de los utensilios con que los martirizaron- tiene también un claro antecedente con el mito isíaco, cuando la esposa del dios, y hermana suya al mismo tiempo, vagaba por las tierras mediterráneas recogiendo uno a uno los pedazos de Osiris esparcidos por la traición de Set.

13. Las relaciones lingüísticas paralelas que se aprecian entre topónimos egipcios y asturianos fue estudiada anteriormente por mí en *Los supervivientes de la Atlántida* (*op cit.*).

Ni neguemos tampoco que, en muchos aspectos, el culto de Osiris tenía mucho de enseñanza de la construcción esotérica, de la construcción que dejaba de ser un puro edificar para convertirse en un mensaje transmitido a través de la piedra ensamblada. Un mensaje que, en cierto modo, está ya expresado en el Libro de los Muertos: «¡Mirad esa casa! La ha construido un espíritu santificado. Barreras mágicas la protegen».

Pero fijémonos aún en algo más: el que llamamos Libro de los Muertos tiene por título verdadero *El libro del viaje a la plena luz del día* y, si se lee con detenimiento, se comprueba que no es una simple preparación espiritual del ser humano para la muerte, sino la iniciación para un viaje que lleva camino de occidente, hacia la tierra donde moraron los antepasados. Es decir, una peregrinación iniciática a los orígenes. Porque en Egipto, lo mismo que en los ritos de las religiones místicas superiores, la iniciación implicaba un cierto tipo de muerte. No una muerte material, sino muerte -olvido, aniquilación- de todo lo que el neófito fue antes de entrar a formar parte del grupo restringido de los elegidos.

El peregrinaje es, pues, para muchos -precisamente para los que forman o pretenden llegar a formar parte de los elegidos del grupo ocultista-, una auténtica iniciación en la que, igual que en el Libro de los Muertos, ha de ir aprendiéndose el *nombre verdadero* -es decir, el auténtico significado- de las cosas. Los constructores, en este sentido, se comportaban como iniciados. Buscaban su saber en los templos que habían construido antes otros iniciados, para luego construir ellos, a su vez, otros templos que transmitirían en secreto, para sus sucesores, el saber que ellos mismos habían asimilado. Un saber que ya no era estrictamente el de la construcción, sino el de otros muchos conocimientos que configuraban el camino -intentado- hacia el saber total.

Alfonso II el Casto, el fundador de la Oviedo-Obetao, llenó la ciudad de templos. De los cuatro que dan noticia las crónicas queda uno solo: Santullano, San Julián de los Prados, y restos de otros dos: la Cámara Santa, que se integra hoy en la catedral, y el ábside de San Tirso. La Cámara Santa formó parte de la basílica de El Salvador, precisamente la que provocó las masivas peregrinaciones de sus primeros tiempos por su posesión de las reliquias más preciadas del mundo cristiano de aquel instante, sobre todo las contenidas en el Arca de las Reliquias.

La crónica llamada *ad Sebastianum*, última de las que se escribieron bajo el reinado de Alfonso III, dice: «La belleza de estas obras, mejor puede admirarla quien las visita que no encomiarlas el erudito escritor». Cuenta luego cómo todas estas casas de Dios las mandó adornar el rey con oro y plata y las decoró con pinturas. Suena el nombre de Tioda como maestro de las

obras, si bien es cierto que nada más que el nombre parece conocerse de él. Pero, en cualquier caso, lo que sí es verdaderamente revelador es que el cronista, llegado el momento de describir Oviedo, se olvida de que es un historiador de hechos y se convierte automáticamente en una especie de cicerone turístico de la ciudad y de sus monumentos, como si aquellas construcciones, fabulosas para el lugar y el momento en que fueron hechas, hubieran sido ya concebidas previamente para la peregrinación.

Pienso que todo aquel auge, que estalló cuando Alfonso II subió al trono, no era en modo alguno un hecho fortuito ni improvisado. Por el contrario, debió de estar preparándose desde mucho tiempo antes, en ese momento oscuro de la historia en el que tiene lugar siempre la gestación secreta de los acontecimientos posteriores. Tuvo que tratarse de un período en el que las circunstancias se desarrollarían sin trascender a las crónicas, un momento en el que los grupos de presión ocultistas -y debo pedir perdón por el aparente anacronismo, pero sigue pareciéndome el término más adecuado- tomarían posiciones firmes en el poder, desarrollando su saber secreto y organizando los asentamientos de las futuras escuelas esotéricas: las instituciones monásticas que les permitirían salir luego a la luz sin tener que desvelar su verdadera personalidad ni la trascendencia que adjudicaban ellos mismos a la misión que se habían impuesto. De ese modo, su presencia se expandía en secreto para, en el momento preciso -ni antes ni después-, sacar a la luz un reino en pleno apogeo.

Las huellas de ese movimiento preparatorio y de la iniciación que habría de llevar al estallido casi apoteósico de Alfonso el Casto son ya imposibles de encontrar. Han desaparecido los monumentos -si es que los hubo- que podrían haber desvelado totalmente el antecedente misterioso inmediato al auge alfonsino. Santianes mismo, a la espera de su problemática reconstrucción que nunca haría revivir su esencia primera, no es hoy más que un montón de piedras.

Sólo nos queda el laberinto; 285 letras y la evidencia de que encierra algo del germen secreto de todo un modo arquitectónico que iba a empezar a desarrollarse muy poco tiempo después. Y el convencimiento de que el mensaje secreto del laberinto no se detiene en lo que hemos estudiado hasta ahora.

Los restos del pasado nos sorprenden con extrañas precisiones que sólo podemos ignorar cerrando la mente a toda posibilidad de conocimiento de aquellos que nos precedieron. Ante hechos de esta naturaleza, aceptar -en principio al menos- un saber insólito en los constructores que colocaron el laberinto precisamente sobre el arco toral de la iglesia regia de Santianes no es un despropósito. Al margen de sus problemáticos conocimientos y de sus

no menos problemáticas iniciaciones, no cabe la menor duda de que el mensaje está ahí. Y que va mucho más allá todavía del punto que hemos alcanzado en nuestro intento de desentrañarlo.

LA LARGA MARCHA DE UN SECRETO SABER

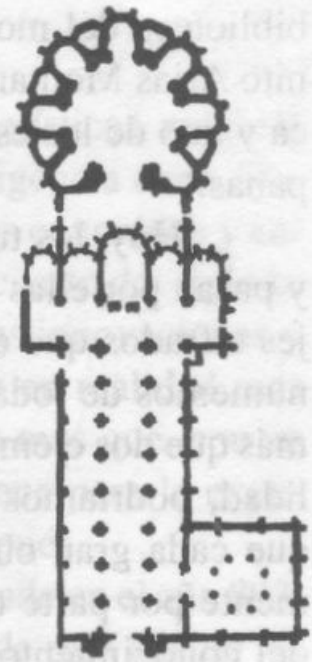
Testimonio de constructores

Decía anteriormente, citando al marqués de Lozoya, que es característica de los grandes gobernantes el ser a la vez grandes constructores. Lo que habría que discernir, en este sentido, es el lugar donde se encuentra la causa y el momento exacto del efecto. Es decir, si esos gobernantes fueron considerados grandes porque construyeron o si, por el contrario, construyeron como prueba tangible de su importancia.

A mi modo de ver, la relación que existe, en un determinado instante histórico, entre la grandeza de un estado o de un pueblo y las muestras arquitectónicas que se levantan en esa precisa circunstancia estriba en la beligerancia que en aquel momento hayan adquirido los movimientos culturales y religiosos que sostienen con su saber y su influencia esa chispa de esplendor. Tengamos en cuenta que cuando cito estos movimientos no me refiero tanto a los promovidos por los credos y poderes establecidos oficialmente, sino a las corrientes más o menos soterrañas de poder heterodoxo, ocultista o mágico. Pongamos un par de ejemplos que, a escala peninsular, se desarrollan al lado de las normas exotéricamente establecidas, a pesar de su apariencia contraria.

En 1387 se comenzaba a construir en Portugal el monasterio de Batalha, aparentemente concebido como acción de gracias por la victoria portuguesa

Planta de la iglesia del monasterio portugués de Batalha.



de Aljubarrota sobre los castellanos que les invadieron dos años antes. Sin embargo, una obra planteada como monumento oficial y realizada con todas las premisas necesarias de legalidad religiosa impuestas por la ortodoxia cristiana dominante, resulta que responde en su más profunda realidad a unos principios ocultistas que están presentes en toda su concepción, desde el lugar mismo del emplazamiento del monasterio -en la comarca mágica que contiene el santuario de Fátima, y que dominaron los templarios desde Tomar y Leiría- hasta los mínimos detalles alquímicos de la decoración y de las vidrieras, pasando por la misma estructura del templo, concebido y resuelto como una perfecta *llave* que *abre* todo un mundo de revelaciones más propias de los saberes prohibidos que de conmemoraciones políticas más o menos circunstanciales (1).

Otro ejemplo, en cierto modo paralelo al anterior, lo tenemos en las circunstancias que llevaron a Felipe II a la construcción del monasterio de El Escorial, también planteado como conmemoración de una victoria militar -la

1. Aunque más adelante profundizaremos en esta cuestión, no está de más que recordemos aquí que en el reino de Portugal, cuando la orden de los templarios fue definitivamente disuelta por la Iglesia en el concilio de Vienne en 1312, se creó inmediatamente otra orden monástico-militar, la orden de Cristo (1318), que no sólo acogió a todos los templarios del reino, sino a otros muchos -sobre todo franceses- que se refugiaron allí huyendo de las persecuciones que tenían lugar en Francia. La orden de Cristo heredó todos los bienes del Temple en Portugal y continuó su obra. Se estableció en sus mismos castillos, poseyó sus mismos conventos, y tuvo una enorme influencia sobre los reyes, a los que aconsejó en todo momento. La orden de Cristo fue la real creadora de la escuela náutica de Sagres, y de sus astilleros de Nazaré salieron las carabelas que emprendieron las grandes travesías marítimas por el Atlántico.

de San Quintín-, pero resuelto, desde su ubicación hasta su mismo contenido, con la colaboración primera de astrólogos y alquimistas que determinaron por orden del monarca el lugar idóneo para su emplazamiento -un núcleo mágico megalítico tradicionalmente habitado por herreros -y con el concurso, en los planos y en la concepción total de la obra, de un arquitecto como Juan de Herrera, absolutamente compenetrado con los saberes herméticos, seguidor de las doctrinas cabalísticas de Ramón Llull y pitagórico nato en toda su circunstancia vital y hasta profesional (2). Por si esto no bastaba, los primeros fondos de la biblioteca del monasterio fueron suministrados desde Flandes por Benito Arias Montano, uno de los heterodoxos más importantes de la época y uno de los espíritus más interesantes en la historia de las ideas hispanas (3).

Hoy, los turistas y viajeros curiosos acuden a visitar estas obras y pasan por ellas sin llegar a darse cuenta de todo el mundo de mensajes cifrados que encierran. Lo mismo pasa con infinidad de otros monumentos de todas las épocas, porque éstos que he citado aquí no son más que dos ejemplos entre otros muchos que podrían aportarse. En realidad, podríamos asegurar -y no nos equivocaríamos garrafalmente- que cada gran obra de la arquitectura universal contiene, conscientemente por parte de sus constructores, una serie de elementos propios del conocimiento ocultista que la configuran y le dan su sentido trascendente. Porque la arquitectura ha sido, desde siempre, el vehículo más directo de la comunicación esotérica. Y esto no por azar, sino por una razón de peso: cualquier otro arte es más íntimo, puede ser requisado o escondido. Un edificio -un templo- no puede escamotearse. Está ahí, contando su mensaje al aire, siglo tras siglo; un mensaje destinado a los que *sepan* encontrarlo. Pero incluso para esa mayoría que jamás lo captará hay un estímulo estético que, de alguna forma, puede influir sobre su circunstancia vital. Una pintura, un libro, incluso una escultura, son en cierto modo factores individuales: los ve a la vez un número restringido de personas. El monumento arquitectónico, por el contrario, es de todos, lo ven todos, y

2. La obra de Juan de Herrera -su *Discurso... sobre la figura cúbica*- y un estudio sobre su vida y sus circunstancias como seguidor de determinadas doctrinas herméticas ha sido publicada en 1976 por la Editora Nacional en edición al cuidado de Edison Simmons y Roberto Godoy (Biblioteca de Visionarios, Heterodoxos y Marginados, dirigida por Javier Ruiz).

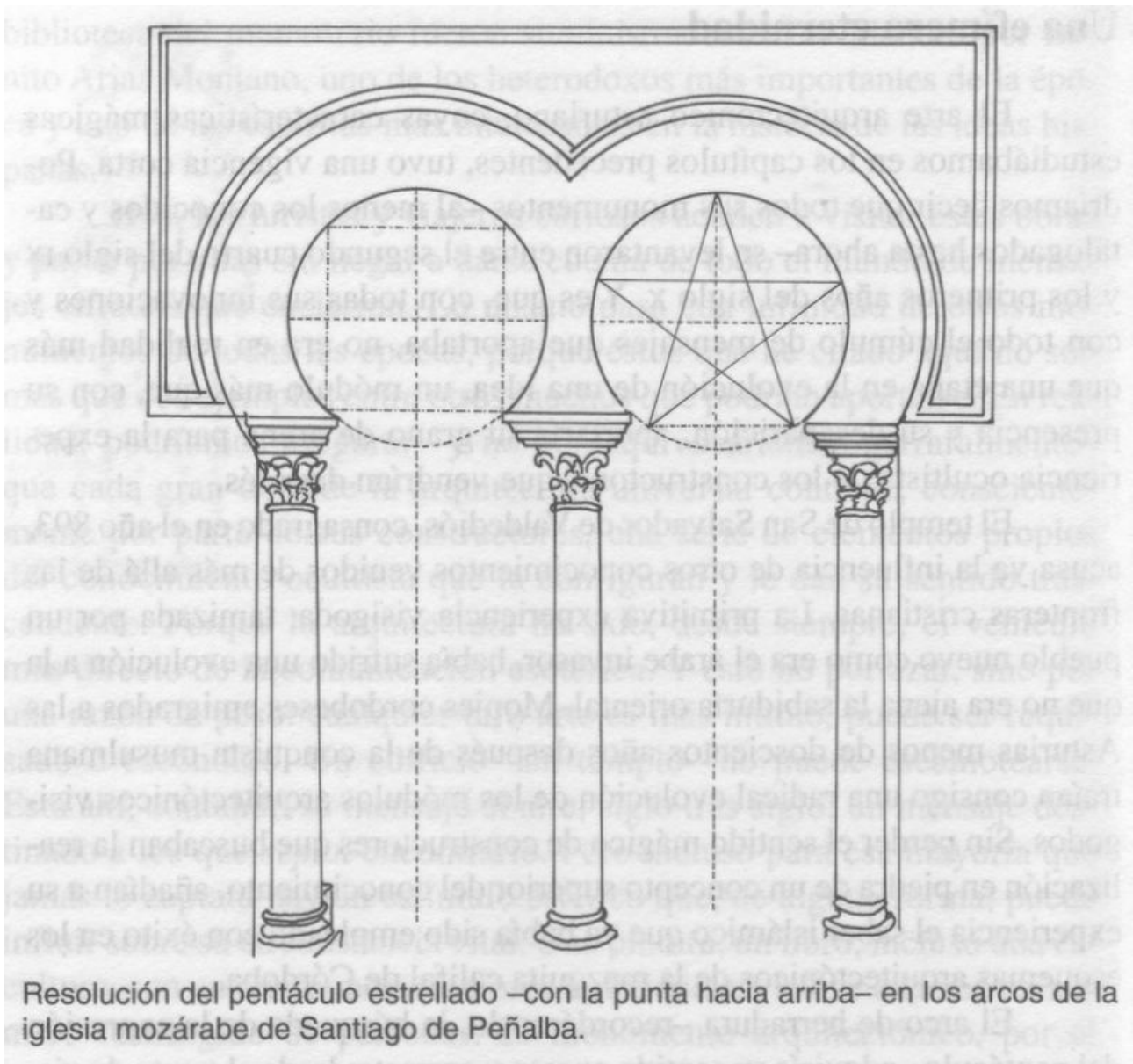
3. La figura de Benito Arias Montano ha sido traída y llevada por los estudiosos del humanismo y por los ocultistas, sin que ninguno llegase a dar cuenta exacta de una personalidad tan compleja que escapaba a cualquier intento de análisis. De todos modos, con toda probabilidad, el estudio más concienzudo que se ha hecho hasta la fecha sobre su personalidad y su circunstancia espiritual es el de BEN REKERS: *Benito Arias Montano*, publicado por el Wartburg Institute de Londres en 1972 (hay traducción española publicada por Taurus Ediciones, Madrid, 1973).

actúa de algún modo sobre todos. Al margen de que se llegue o no a captar su sentido, está *ahí mismo*, formando parte de la vida pública o de la naturaleza, influyendo sobre ellas y transmitiéndoles su sentido y su razón de estar ahí. Un monumento, lo mismo que un monte o que un río, nunca puede ser, en última instancia, *privado*. Forma parte del paisaje y de quienes lo contemplan y lo viven. Y, en el fondo, ésa es la intención que guía al constructor consciente. Porque al edificar está transformando el entorno natural, está influyendo sobre la naturaleza, está *trasmutando* la naturaleza, fabricándola, o al menos fabricando algo que la trasmutará cuando esté terminado. Y si la naturaleza es obra inaprehensible de una potencia superior, el constructor se identifica con esa fuerza emulándola, lo mismo que el alquimista lleva a cabo su obra para alcanzar, por el esfuerzo y la voluntad, lo que la naturaleza consigue a fuerza de lentas trasmutaciones cósmicas de milenios.

Una efímera eternidad

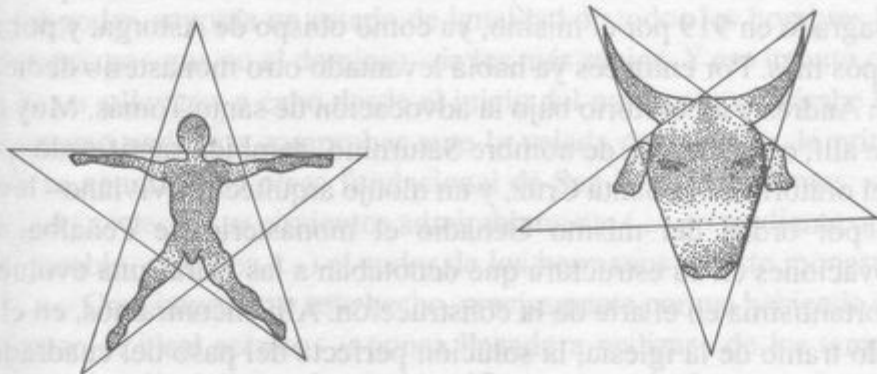
El arte arquitectónico asturiano, cuyas características mágicas estudiábamos en los capítulos precedentes, tuvo una vigencia corta. Podríamos decir que todos sus monumentos -al menos los conocidos y catalogados hasta ahora- se levantaron entre el segundo cuarto del siglo IX y los primeros años del siglo X. Y es que, con todas sus innovaciones y con todo el cúmulo de mensajes que aportaba, no era en realidad más que una etapa en la evolución de una idea, un módulo más que, con su presencia y su desaparición, aportaría su grano de arena para la experiencia ocultista de los constructores que vendrían después.

El templo de San Salvador de Valdediós, consagrado en el año 893, acusa ya la influencia de otros conocimientos venidos de más allá de las fronteras cristianas. La primitiva experiencia visigoda, tamizada por un pueblo nuevo como era el árabe invasor, había sufrido una evolución a la que no era ajena la sabiduría oriental. Monjes cordobeses emigrados a las Asturias menos de doscientos años después de la conquista musulmana traían consigo una radical evolución de los módulos arquitectónicos visigodos. Sin perder el sentido mágico de constructores que buscaban la realización en piedra de un concepto superior del conocimiento, añadían a su experiencia el saber islámico que ya había sido empleado con éxito en los esquemas arquitectónicos de la mezquita califal de Córdoba

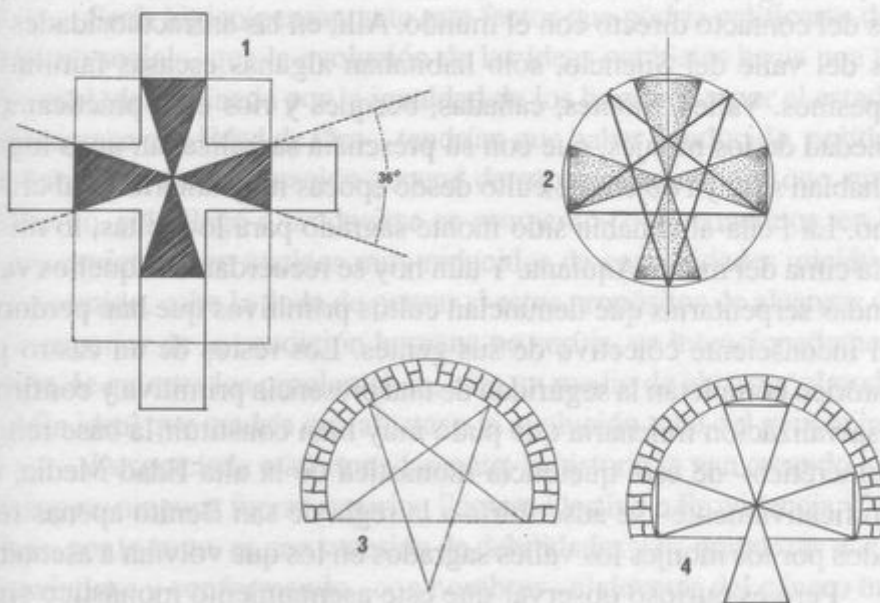


El arco de herradura -recordémoslo, la búsqueda de la expresión del pentágulo- adquiriría su sentido exacto y correcto desde el punto de vista de la más pura expresión esotérica. Porque fijémonos en que mientras en las construcciones visigodas el pentágulo resultante era una figura invertida, en muchas de las muestras que nos han llegado de los módulos mozárabes aparece ya el arco en el cual es posible inscribir la misma figura con la punta hacia arriba. La importancia esotérica de este hecho es fundamental, puesto que el significado oculto del pentágulo cambia radicalmente según su posición y, si simboliza al hombre pensante en su posición derecha -el *Manas* sánscrito (4),

4. El *Manas* sánscrito es el quinto principio de la constitución humana, la facultad de pensar que tiene el hombre, la que le hace aglutinar y combinar los otros cuatro principios de la naturaleza -agua, fuego, tierra y aire- y darles sentido en su combinación.



Representaciones simbólicas del pentágulo estrellado regular. Con la punta hacia arriba simboliza al hombre superior y armónico. Con dos puntas hacia arriba es signo de magia negra, proveniente de antiguos cultos táuricos.

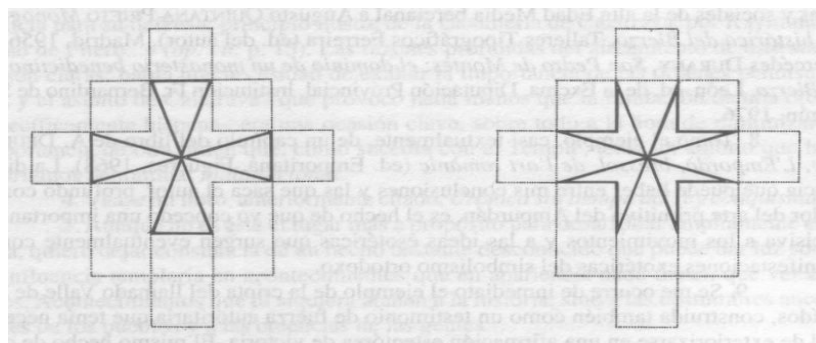


En el esquema arca-cruz de los templos asturianos es perfecta la inscripción de la cruz templaria de 36° , que se convertirá en módulo arquitectónico oculto (1). A su vez, esa cruz permite la construcción, a partir de la circunferencia en que se inscribe, del pentágulo regular (2), cuyos ángulos coinciden con los ángulos internos de la cruz: 36° . El arco de herradura se puede, pues, construir como módulo del pentágulo (3) y de la cruz templaria (4).

que fue incluso expresado por Leonardo en sus dibujos-, en posición invertida fue secularmente considerado como signo de magia negra, la *goecia*, y representó esquemáticamente al chivo o al toro, según el momento ritual que se atravesaba.

Sin embargo, el efímero arte arquitectónico asturiano, en su módulo ideal del templo esquematizado por la superposición arca-cruz, había llegado a la misma solución de la forma del pentáculo, a partir de la circunferencia que tiene por centro el límite del ábside central. Con la particularidad de que en aquel módulo estaba inserta también la cruz angulada de 36° que menos de trescientos años después habrían de adoptar los templarios como enseña secreta de los grandes módulos de arquitectura esotérica que transmitirían a los constructores del gótico (5). El corto tiempo de supervivencia que tuvo el

5. Uno de los problemas a cuya solución no se ha llegado de modo unánime y que sigue despertando controversias en los investigadores es precisamente este de la angulación de la cruz templaria. Incluso hay discrepancias respecto a la forma usual de dicha cruz. Mientras que investigadores como Maurice Guingand (en *L'or des templiers*, R. Lafont, Paris, 1973) insisten en que esa abertura angular era de 34° , basándose en cálculos astronómicos y en distancias angulares de determinadas constelaciones empleadas como guías náuticas, otros, como J. H. Probst-Biraben (*Los misterios de los templarios*, Dédalo, Buenos Aires, 1973) se apoyan en la cruz de las Ocho Beatitudes, de 45° , tomando como punto de apoyo el pretendido alfabeto secreto que los templarios utilizaban en sus transacciones comerciales. Por mi parte, pienso que el problema reside precisamente en el hecho de que los templarios, al contrario que los benedictinos o los caballeros de Malta, no tuvieron una sola angulación en sus cruces. Siendo como eran incansables buscadores del saber ocultista, adaptaron esa angulación según las conveniencias de cada significación que querían representar.



Así, cuando se trató de ajustar los módulos de la construcción, adoptaron la angulación de 36° -como estamos comenzando a comprobar en este capítulo- que es, precisamente, la décima parte del valor angular del círculo y la mitad de los 72 años que tarda el sol en recorrer un grado equinoccial. 36° es, además, el valor de los ángulos del pentáculo regular de los constructores. Además, esta cruz de 36° , inscrita en el módulo arca-cruz, deja la posibilidad de una construcción complementaria, la cruz de Ocho Beatitudes, de 54° centrales y ángulos exteriores de 90° .

En cambio, cuando quisieron marcar angulaciones telúricas, al margen de los módulos de la construcción, los templarios debieron utilizar la cruz de 40° , tal como tuvimos ocasión de estudiar en el capítulo 4. Y 40° es la *novena* parte del valor angular del círculo -recordemos la importancia cabalística del 9, adoptada en tantos aspectos por los templarios- y punto clave de la numeración duodecimal.

arte asturiano -el intento, diríamos mejor- fue, pues, un paso definitivo que inmediatamente vendría a acumularse a los saberes que traían los constructores mozárabes desde la zona musulmana de la península.

Querencias ancestrales

Documentos de fines del siglo IX dan cuenta de que los eremitas que abandonaron el Bierzo con la invasión islámica regresaron por entonces a sus antiguos lares. En el año 895, san Genadio, con la ayuda de 12 compañeros -y surge de nuevo la cifra mágica, significativamente- comienza a construir el monasterio de San Pedro de Montes, que sería consagrado en 919 por él mismo, ya como obispo de Astorga, y por tres obispos más. Por entonces ya había levantado otro monasterio dedicado a san Andrés y un oratorio bajo la advocación de santo Tomás. Muy cerca de allí, otro eremita, de nombre Saturnino -también santificado-, erigía el oratorio de la Santa Cruz, y un monje arquitecto -Viviano- levantaba por orden del mismo Genadio el monasterio de Peñalba, con innovaciones en su estructura que denotaban a las claras una evolución importantísima en el arte de la construcción. Allí encontramos, en el segundo tramo de la iglesia, la solución perfecta del paso del cuadrado al octógono en una cúpula de ocho cascos que parte de cuatro arcos. Allí encontramos igualmente la solución perfecta del pentáculo derecho, apuntada en el mismo acceso al templo por medio de un doble arco de herradura cuya columna central común, ligeramente más levantada que las laterales, apunta a su vez el módulo del cuadrado perfecto inscrito en el arco.

Cabe preguntarse, en el caso concreto del Bierzo, el porqué de aquella querencia monástica que hacía regresar a los frailes a sus antiguos lares para seguir experimentando modos esotéricos de construcción, apartados del contacto directo con el mundo. Allí, en las anfractuosidades salvajes del valle del Silencio, sólo habitaban algunas escasas familias de campesinos. Valles, montes, cañadas, bosques y ríos eran prácticamente propiedad de los monjes, que con su presencia sacralizaban unos lugares que habían sido ya objeto de culto desde épocas muy anteriores al cristianismo. La Peña-alba había sido monte sagrado para los celtas, lo mismo que la cima del monte Aquiana. Y aún hoy se recuerdan en aquellos valles leyendas serpentarias que denuncian cultos primitivos que han perdurado en el inconsciente colectivo de sus gentes. Los restos de un castro protohistórico completan la seguridad de una presencia primitiva y confirman una sacralización milenaria

que pudo muy bien constituir la base religiosa -sincrética- de esta querencia monástica de la alta Edad Media, que -significativamente- se adscribiría a la regla de san Benito apenas recuperados por los monjes los valles sagrados en los que volvían a asentarse (6).

Pero es curioso observar que este asentamiento monástico significaba, por un lado, un retiro religioso de experiencia mística que se vería confirmada por la realización de construcciones de muy determinado sentido, y por otro significaba una experiencia social que, en cierto modo, ha sido la consecuencia y el móvil de muchos movimientos ocultistas muy concretos, e igualmente una meta a largo plazo que los templarios se habían impuesto y que su destrucción impidió que se llevara a cabo. La experiencia social, reñida con los móviles políticos de la Iglesia en el poder, suponía un estado de igualdad de todos los hombres bajo el maestrazgo -que no el dominio- de los más sabios. Y ese intento comenzaba ya a llevarse a cabo desde el inicio del monacato mozárabe berciano, como podemos comprobar ante la velada declaración de principios que se apunta en la placa fundacional de San Pedro de Montes: «(...) lo erigió (...) desde sus cimientos admirablemente (...) no mediante opresión del pueblo, sino con (...) el sudor de los hermanos de este monasterio» (7).

6. La adscripción a la regla de san Benito por los monjes del valle del Silencio parece que tuvo lugar en el año 896. Fue el entonces obispo de Astorga, Ranulfo, quien entregó la regla al mismo san Genadio. De este modo, la labor de sincretismo religioso secularmente llevada a cabo por los monjes benedictinos se justificaba en la posesión -y en el estudio y en la influencia- de un lugar secularmente sagrado, paralelo a los que siempre buscaron los monjes de san Benito para sus asentamientos. Paralelo también a la búsqueda que llevarían a cabo los monjes templarios, hijos espirituales de los benedictinos y ahijados efectivos del fundador de la reforma cisterciense, san Bernardo de Clairvaux.

7. La traducción del texto completo de la lápida fundacional de Montes dice, interpretando lo más correctamente posible sus abreviaturas: «El bienaventurado Fructuoso, insigne por sus méritos, después que hubo fundado el cenobio complutense, en este mismo lugar levantó también un pequeño oratorio en el nombre de san Pedro. Después de aquello, el no inferior en méritos Valerio, el santo, amplió la obra de la iglesia. Recientemente, el presbítero Genadio, con doce hermanos, la restauró en la era de 933 (año 895). Exaltado a obispo, lo levantó de nuevo desde los cimientos muy admirablemente como puede observarse, no mediante la opresión del pueblo, sino gracias a la largueza de los eclesiásticos y al sudor de los monjes de este monasterio. Fue consagrado este templo por cuatro obispos: Genadio de Astorga, Sabarico de Dumio, Fruminio de León y Dulcidio de Salamanca, en la era de 957 (919), el día octavo de las calendas de noviembre (24 de octubre)». Puede consultarse, a propósito de las circunstancias históricas y sociales de la alta Edad Media berciana a Augusto QUINTANA PRIETO *Monografía histórica del Bierzo*, Talleres Tipográficos Ferreira (ed. del autor), Madrid, 1956. Y Mercedes DURANY, *San Pedro de Montes: el dominio de un monasterio benedictino de El Bierzo*, León, ed. de la Excma. Diputación Provincial, institución Fr. Bernardino de Sahagún, 1976.

Creo importante este hecho, precisamente porque habiendo sido, al parecer, el ideal secreto -y nunca llegado a realizar- de los templarios, constituye el móvil común que identifica a una serie de movimientos heterodoxos libertarios de todos los tiempos con el sentido popular -tanto en su concepción como en sus fines- que iba a caracterizar la explosión del arte gótico, tres siglos después de esta aventura monástica del Bierzo leonés.

Los vaivenes de la historia

Sería lógico pensar, ante este factor que podría calificarse de «esoterismo social», que la evolución de las ideas ocultistas hacia una tendencia vital, determinada por la igualdad de los hombres y por el estado ideal -el regreso a la Edad de Oro-, tendrían que haber conducido, políticamente hablando, a una situación general de superación humana que, en último extremo, sólo llegó a producirse en momentos muy concretos, en lugares muy estrictos y en núcleos muy reducidos de comunidades iniciáticas. En este sentido, cabe la duda de pensar si estos propósitos de alcanzar un estadio superior de la condición humana no serían, ya intencionadamente por parte de quienes los proclamaban, sólo un medio de alcanzar el poder y no un fin ideal que tendría que afectar a la evolución total del género humano.

Desgraciada o afortunadamente, la historia la van creando los hombres y no ninguna fuerza superior, llámese Destino o Providencia. Y esa historia, por lo tanto, es una sucesión de debilidades y de grandezas que van alternándose y conformando -con hombres- el devenir del género humano. Sin lugar a dudas, en ese devenir, los pueblos han seguido en principio a quienes sabían ejercer el magisterio de su sabiduría. Y así han surgido los mesías, los profetas y, con perspectiva de milenios, los seres semidivinos de recuerdo mítico, los héroes de las grandes epopeyas religiosas.

Todos ellos, también sin excepción, en tanto que maestros del saber, crearon escuelas. O bien -y esto es aún más corriente- surgieron en torno suyo escuelas que ellos nunca habían soñado en crear, porque su discipulado lo constituía la humanidad entera. La escuela iniciática puede ser perfectamente válida, como tal, en las primeras generaciones. Pero, indefectiblemente, el tiempo aleja de sus miembros esa conjunción inalterable que está compuesta por el conocimiento superior y por el espíritu apto para contenerlo. Del sentido total que inspiró su creación queda, con el paso de los años, sólo el sentimiento de ser miembros del colegio iniciático, los *herederos* de un saber y de un magisterio necesariamente degenerado en poder. El poder genera a

su vez, sin excepción, un sentido de mando y este sentido lleva a la convicción -consciente o inconsciente- de ser -individual o colectivamente- distinto y superior al resto de la humanidad, con atribuciones para avasallar a los que dependen de su influencia.

Esta situación lleva, lógicamente, a la rebelión de los oprimidos, abierta o soterrada. La rebelión supone la protesta, pero también -y sobre todo- la búsqueda de los medios para alcanzar ese estado superior de conocimiento que permitirá enfrentar una nueva fuerza positiva igual al poder que se rechaza. Y el enfrentamiento, a su vez, supondrá la victoria -real o sólo moral- de la nueva fuerza sobre la vieja corrupta y caduca. Si la victoria es real el ciclo da comienzo de nuevo, a partir del mesías o el profeta que ha promovido la rebelión. Si sólo es moral, la derrota real hará que, de todos modos, la fracción vencedora adquiera conciencia de una parte de su error y que trate, aunque sea en apariencia, de volver a los preceptos primeros que le permitieron poseer una ascendencia real sobre su entorno. También así da comienzo de nuevo el ciclo.

Es el vaivén de la historia, si lo tomamos en un sentido político. Pero es también el vaivén de las creencias y de los movimientos espirituales, que tan a menudo van ligados al acontecer histórico y que, tan a menudo también, lo condicionan por encima -y aun por debajo- de los acontecimientos visibles, susceptibles de ser medidos y controlados documentalmente. Y ese vaivén, que yo me atrevería a llamar esotérico, llega a ser, más a menudo de lo que los documentos demuestran, el verdadero y definitivo motor de la historia y la causa de buena parte de sus acontecimientos.

La pequeña historia de una espina de piedra

Vamos a ilustrar con un ejemplo, a mi modo de ver muy claro, todo este vaivén ocultista del proceso histórico. Deliberadamente no voy a escoger un ejemplo conocido, sino un fenómeno en apariencia nimio en la historia del arte, que es, a la vez, reflejo de la más profunda historia humana (8).

Es un hecho que va siendo reconocido por la arqueología y por la historia del arte que el románico, como estilo arquitectónico, surgió balbuciente y envuelto en mozarabismos en la comarca catalana del Ampurdán, a ambos

8. Tomo el ejemplo, casi textualmente, de un capítulo del libro de A. DEULOFEU, *L'Empordà, bressol, de l'art romànic* (ed. Emporitana, Figueres, 1968). La diferencia que puede haber entre mis conclusiones y las que saca el autor, profundo conocedor del arte primitivo del Ampurdán, es el hecho de que yo concedo una importancia decisiva a los movimientos y a las ideas esotéricas que surgen eventualmente como manifestaciones exotéricas del simbolismo ortodoxo.

lados de las actuales fronteras políticas, hacia fines del siglo IX. Como todos los grandes movimientos culturales, se fue gestando lentamente en un núcleo territorial muy restringido. Y de pronto, en torno a la primera mitad del siglo XI, floreció sin aparente origen y ya totalmente evolucionado en distintos puntos de la Europa occidental.

El románico primitivo ampurdanés se caracterizó por dos elementos simbólicos significativos. Y los llamo simbólicos porque su importancia en la estructura del templo no era funcional, sino expresiva. Me refiero al llamado *opus spicatum* y a la bóveda de cañón.

La bóveda de cañón -que sirvió de techo interior a los templos- era una simbolización de la bóveda-celeste, bajo la cual discurre la vida humana y hacia la cual debe tender el espíritu henchido de fe. En cuanto al *opus spicatum*, era un sistema de construcción en espiga o espina, mediante el cual las piedras de los muros, burdamente trabajadas, se apoyaban en hileras inclinadas en ángulo, alternativamente a derecha e izquierda. El simbolismo del *opus spicatum* está probablemente inspirado, según Deulofeu, en la espina del pez que sirvió de enseña y signo de reconocimiento a los primeros cristianos, el pez que -añadiría yo- personificaba y definía también la nueva era equinoccial de Piscis, que prácticamente comenzaba con la eclosión cristiana. En unos momentos de fe religiosa firme y socialmente coherente, el simbolismo de ambas formas estaba plenamente justificado y hasta formaba parte de la unión religiosa de los fieles.

Pero en torno a ese momento histórico comienzan a surgir, precisamente en aquella comarca, brotes de heterodoxia personificados en las ideas iconoclastas de Félix, el obispo de Urgel, y de Claudio, su discípulo, obispo de Tori. El odio por las imágenes se hace extensivo a la repulsión por los símbolos y personifica, en cierto modo, un naciente rechazo por la corrupción interna de las órdenes monásticas, cada vez más ávidas de riquezas desde su posición de poder terreno e influencia espiritual. Súbitamente, con este estado de cosas, desaparece de las construcciones el *opus spicatum* y se pierde todo su rastro y todo su recuerdo hasta un momento preciso el primer cuarto del siglo XIII- en que, vencida definitivamente a sangre y fuego la herejía cátara, los constructores ortodoxos intentan regresar a las fuentes perdidas y comienzan a revivir un modo de construcción que valora, en aquellas zonas del Rosellón, el recuerdo de la fe ancestral patentizada tres siglos antes. El *opus spicatum* vuelve entonces a surgir en las construcciones religiosas, pero ¡atención!, únicamente en aquellos núcleos en los que se había sufrido la represión cruzada contra la herejía albigense. Como una prueba -y, más que prueba, como una necesidad- de demostrar que estaba vigente y viva la fe primitiva que había sabido valorar el símbolo en toda su dimensión.

Pero fijémonos -y creo que esto es importante a la hora de valorar las formas arquitectónicas en la evolución del pensamiento- en que estas convulsiones religiosas y políticas tienen un reflejo diáfano en los modos que van empleándose en cada momento en el arte de la construcción. El edificio, sobre todo si se trata de un templo, revela en sus formas, en su estructura, en su situación, y hasta en sus menores detalles, buena parte de las motivaciones que llevaron a realizarlo. Y esto no sólo en la Edad Media, sino a lo largo del tiempo: tanto en el zigurat babilonio, que revela la preocupación astronómica de los movimientos religiosos mesopotámicos, como en los dólmenes megalíticos, que son como una prueba y una señal a la vez del lugar sagrado; tanto en las pirámides egipcias -síntesis de un conocimiento que tiene que ser descifrado- como en obras colosalistas contemporáneas, realizadas con el único y exclusivo fin de testimoniar una fuerza ciega dictatorial que tiene necesidad de exteriorización para justificarse (9).

El mensaje del Más Allá

Esa misma prueba, en el caso de la evolución de las formas arquitectónicas medievales que ahora estudiamos, viene dada por una lenta acumulación de conocimientos, que se van sumando en la estructura de los templos en un intento de aplicar a la casa divina todos los resultados de un aprendizaje oculto que conduce, en la mente de los constructores, a la explicación de una realidad superior. Resolver problemas que no son puramente técnicos, sino que expresan el grado de evolución esotérica de quienes los plasmaron en la concepción general y en los detalles del templo, lleva a la transmisión críptica de ese conocimiento, destinada a conformar una serie de mensajes, de llamadas de atención hacia el saber superior que debe primero aprenderse -con esfuerzo de iniciación- para después hacer uso de él.

En la evolución de la arquitectura religiosa medieval, este mensaje venía dado por el enlace proporcional de unos elementos geométricos cuya misma concepción implicaba, cuando menos, un acercamiento a esa aparente abstracción matemática. Y esa abstracción, debidamente comprendida, podía conducir a la captura última de la realidad cósmica que se encuentra detrás de las puras apariencias formales.

9. Se me ocurre de inmediato el ejemplo de la cripta del llamado Valle de los Caídos, construida también como un testimonio de fuerza autoritaria que tenía necesidad de exteriorizarse en una afirmación estentórea de victoria. El mismo hecho de que fuera realizada en su mayor parte por presos políticos es ya una muestra *esotérica* -es decir, de mensaje no proclamado- de esa pretendida fuerza que tenía que ejercerse sobre la ideología vencida.

Por eso no es inútil ni gratuito el hecho de que se resuelvan problemas abstractos en los módulos arquitectónicos de los templos. Esas soluciones, expresadas bajo formas que tienen que ser así y no distintas, son soluciones arquitectónicas, naturalmente, pero son también, y sobre todo, respuestas vitales a preguntas trascendentes que sólo pueden ser contestadas por medio de esa aparente abstracción, porque sobrepasan los límites de la experiencia cotidiana tangible. Pero, al sobrepasarlos, los abarcan también y, en consecuencia, los dominan. Son, pues, una forma de poder que llega a través del entendimiento y que se transmite por medio de signos que forman parte de un lenguaje que nada tiene que ver con las palabras, porque se trata de un mensaje que esas palabras, en tanto que expresión de lo cotidiano, nunca podrían aclarar.

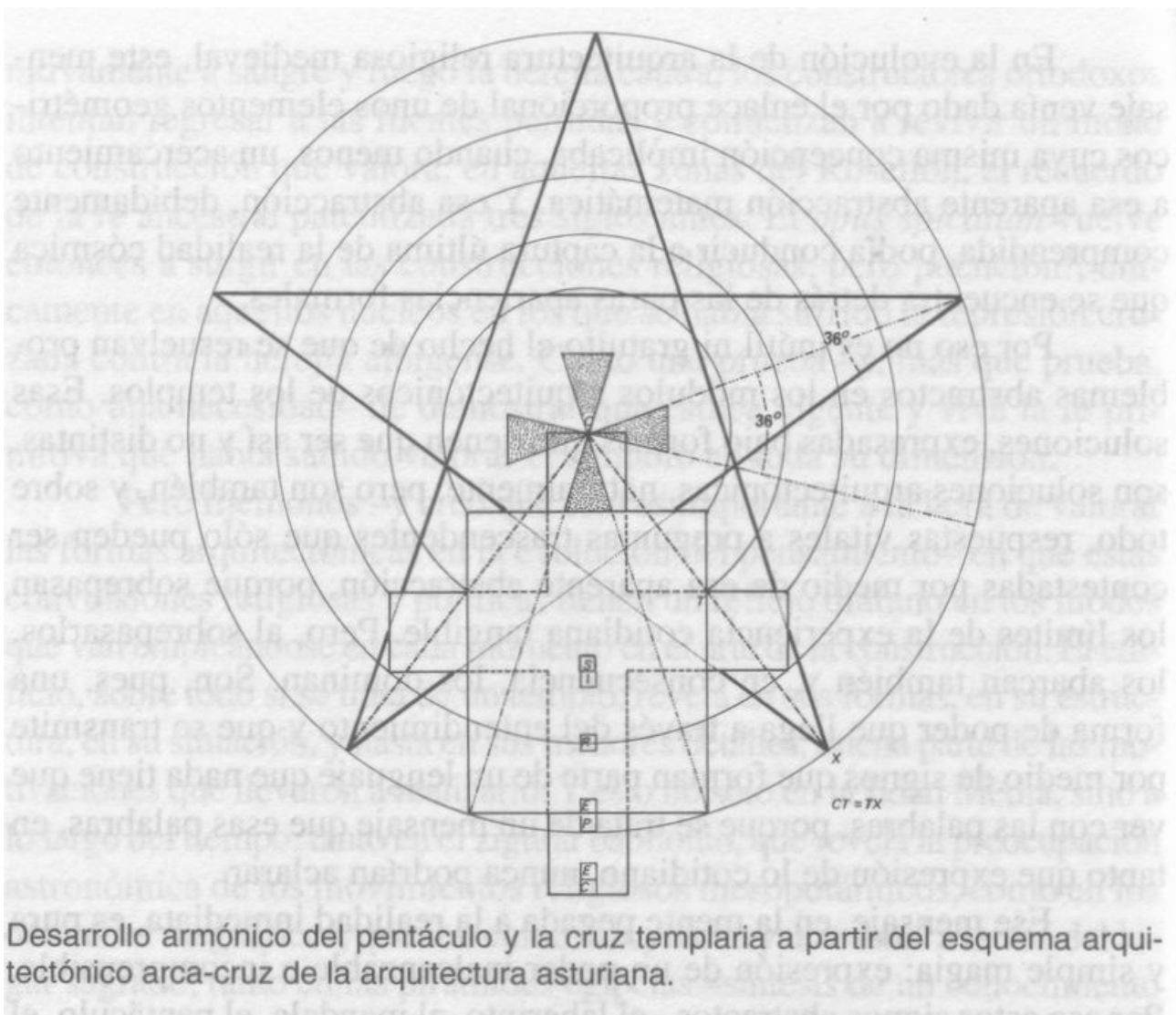
Ese mensaje, en la mente pegada a la realidad inmediata, es pura y simple magia: expresión de un poder inalcanzable e incomprensible. Por eso estos signos abstractos -el laberinto, el mandala, el pentáculo, el Yin-Yang, el número mismo- se convierten en elementos mágicos y se utilizan como magia cuando se desconoce su función real, su verdadera razón de ser. Y quienes los emplean como signos son considerados automáticamente e instintivamente como magos, porque están utilizando unos medios expresivos que escapan a la comprensión inmediata y tangible.

Nuestra labor, si tiene algún sentido, debe ser la de intentar en lo posible que el concepto de magia -de misterio, de secreto- se convierta en objeto de conocimiento y de auténtica investigación. Porque lo desconocido no tiene por qué ser ignorado para toda la eternidad, y el ser humano, hundido en su propia conciencia mágica, tiene el deber ineludible de saberse parte integrante de una realidad que no por ser imposible de aprehender con los sentidos es menos auténtica, ni menos cierta, ni menos real.

En la base del pentáculo está la cruz

Ahora podemos abordar y resumir de nuevo todos los problemas que plantean en sus estructuras los templos medievales. Y podemos abordarlos, creo, con la conciencia de que no había gratuidad en ellos, aunque las razones se escondieran detrás de toda una concepción esotérica del mundo, de las cosas y del universo.

Repitamos brevemente los pasos desde el principio. Volvamos a la búsqueda visigótica del pentáculo y fijémonos en cómo ese pentáculo está resuelto, por otros caminos, en la planta ideal del templo que apunta la pro-

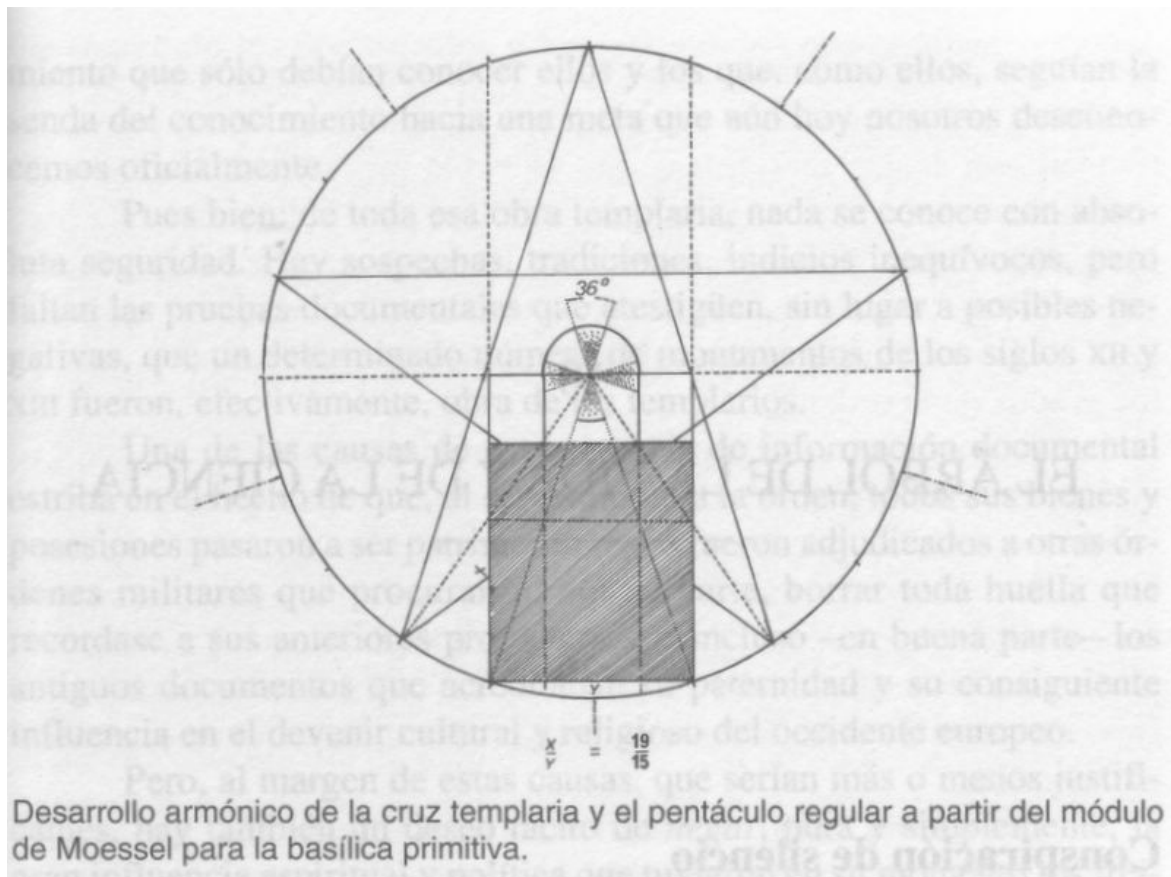


porción 19/15 del laberinto de Silo. La solución geométrica de ese pentáculo se da gracias a la adecuada superposición armónica de las proporciones cruz-arca, a la correcta posición de ángulos y entrecruzamientos que armonizan la cifra 12 y que, al armonizarla, la sacralizan y la hacen trascendente.

Pero tal cifra 12, base de toda esta concepción armónica, es igualmente la base del ángulo de 36° que condiciona el pentáculo, pero que determina también, geoméricamente, en la misma figura del templo ideal, la silueta de la cruz templaria.

En última instancia, pues, pentáculo y cruz templaria (10) son expresión de

10. Insisto en llamarla cruz templaria, no por el hecho de que fuera una *exclusiva simbólica* de la orden -puesto que vemos claramente que está presente ya mucho antes de la aparición de los templarios- sino porque, de un modo u otro, determinará la adopción de este símbolo concreto por parte de la orden a partir del momento mismo en que se constituyó y se hizo cargo de aquel templo de Salomón cuyo signo de reconocimiento estaba precisamente en el pentáculo.



la misma respuesta armónica a un problema único de proporciones arquitectónicas. Por eso el mismo arco de herradura que expresa al pentágulo expresa también y comprende las proporciones de la cruz. Por eso también, esa cruz aparece ya expresada -falsamente expresada en su angulación- en la piedra central del arco de entrada a la iglesia visigoda de San Juan de Baños. Y por eso, como signo mágico, surge una y otra vez, hasta la saciedad, en las representaciones artísticas y ornamentales de la cultura visigoda.

Curiosa y significativamente, este doble módulo pentágulo-cruz estará presente a lo largo de todas las estructuras arquitectónicas medievales cristianas, ordenándolas y armonizándolas en una intencionalidad única que sobrepasa el simple acto de fe para expresar una idea superior que contiene en sí misma el germen de otros muchos conocimientos. La raíz estructural está en el esquema. Una vez conseguido, cuando se han logrado establecer las bases generales sobre las que apoyar el templo, todos los demás símbolos -y serán muchos, muchos más de los que podamos entrever- encontrarán el necesario entramado que los justificará y les dará sentido. Precisamente entonces cada signo tendrá su lugar exacto y único y, a lo largo y ancho del templo, podrán localizarse absolutamente todas las señales ocultistas que proclamarán, en el secreto de los símbolos, las verdades iniciáticas que tenían que transmitir al mundo los constructores.

EL ÁRBOL DE LA VIDA Y DE LA CIENCIA

Conspiración de silencio

Un hecho que se repite incesantemente en todo el territorio de los antiguos reinos de Castilla, León, Navarra y Aragón es la falta de información que, a todos los niveles, encuentra el investigador cuando trata de profundizar en la presencia templaria, y sobre todo en los monumentos que construyeron y que utilizaron. Ya al principio de esta exposición contaba cómo incluso los más minuciosos y prolijos historiadores pasan sobre la presencia templaria peninsular sin apenas rozarla. En el mejor de los casos -concretamente, en la aventura aragonesa de la orden- (1) se conocen parcialmente los hechos, pero nunca las causas que los provocaron, y mucho menos aún las consecuencias, casi nunca documentadas, que acarrearón.

La muralla de silencio se multiplica cuando se trata de catalogar con un cierto grado de exactitud la obra constructora del Temple. Algunos acontecimientos sonados de la historia han conseguido evitar que esa ignorancia fuera absoluta. Por eso, nadie suele desconocer la vinculación a la orden de ciertos castillos como Monzón, Miravet, Ponferrada o Aracena. Sin embargo, con ser importantes estas edificaciones, no constituyeron la obra única de los caballeros del Templo de Jerusalén. En sus territorios levantaron templos y conventos no fortificados. Y en esos lugares dejaron su impronta y los detalles de su ideología, marcaron los caminos de su búsqueda y señalaron

1. Véase la obra ya anteriormente citada de A. J. FOREY, *The templars in the Corona of Aragón*.

los símbolos de reconocimiento que sólo debían conocer ellos y los que, como ellos, seguían la senda del conocimiento hacia una meta que aún hoy nosotros desconocemos oficialmente.

Pues bien: de toda esa obra templaria, nada se conoce con absoluta seguridad. Hay sospechas, tradiciones, indicios inequívocos, pero faltan las pruebas documentales que atestigüen, sin lugar a posibles negativas, que un determinado número de monumentos de los siglos XII y XIII fueron, efectivamente, obra de los templarios.

Una de las causas de esta carencia de información documental estriba en el hecho de que, al ser extinguida la orden, todos sus bienes y posesiones pasaron a ser patrimonio real o fueron adjudicados a otras órdenes militares que procuraron, por su parte, borrar toda huella que recordase a sus anteriores propietarios (2) e incluso -en buena parte- los antiguos documentos que acreditaban su paternidad y su consiguiente influencia en el devenir cultural y religioso del occidente europeo.

Pero, al margen de estas causas, que serían más o menos justificables, hay también un deseo tácito de *negar*, pura y simplemente, la gran influencia espiritual y política que tuvieron en su momento los freires templarios: nada fue suyo, nada se hizo por su mediación, en nada contribuyeron al éxito de las campañas guerreras, ni al progreso de la cultura medieval, parecen confirmar crónicas e historiadores con una fuerza disuasoria digna de mejor causa (3).

2. La excepción a esta regla es la de Portugal. En aquel reino, los bienes de los caballeros templarios fueron totalmente transferidos a la orden de Cristo, fundada en 1319 -apenas siete años después de la disolución del Temple-, que acogió a todos los templarios portugueses y a muchos caballeros de la orden procedentes de Francia. La orden de Cristo fue una fiel prolongación del Temple y en buena medida, completó en Portugal la obra que no pudo realizar en Francia ni en el resto de los reinos donde estuvo establecida la Caballería del Templo de Salomón. Como podremos ver más adelante la orden portuguesa de Cristo continuó incansablemente la obra templaria, y su búsqueda, tanto exotérica como esotérica, se vio coronada por el éxito que habrían obtenido los templarios si se les hubiera dado ocasión de sobrevivir.

3. Por el contrario, la historia recuerda con especial deleite aquellos acontecimientos que, de un modo u otro, tienen a los templarios como protagonistas negativos. Uno de estos hechos, que encontramos en todas las historias como una consigna dictada, es la aventura templaria de Calatrava, cuyo castillo les fue confiado por el rey Alfonso VII en 1129 -al año siguiente de que la orden fuera confirmada por el concilio de Troyes- y que abandonaron en 1158, alegando que no podían hacerse cargo de su defensa. En palabras de Campomanes, «acudieron a hacer dexación de esta Villa en manos de Don Sancho el Deseado, que se vio, por ser frontera, en la precisión de crear nueva Milicia para su defensa: principio ilustre de la Cavallería de Calatrava, por Raymundo, Abad de Fitero...» (*op. cit.* p. 13). Las razones profundas del aireamiento de este suceso son claras: había una necesidad de exaltar la importancia de las órdenes peninsulares, y el asunto de Calatrava -que provocó nada menos que la fundación de una orden específicamente hispana- era una ocasión clave, sobre todo a la hora de minimizar la importancia de otra orden que, como sucedía con el Temple, tenía un ámbito que hoy podríamos denominar *multinacional*.

Sin embargo, aunque oficialmente ignorada y culturalmente negada, la obra de los templarios está ahí mismo. Y si es cierto que fueron, seguramente desde el anonimato, los principales iniciadores de la expansión mediterránea aragonesa en tiempos de Jaime I (4), no es menos cierto que contribuyeron, en el campo de la arquitectura religiosa, en el mundo de las ideas, y sobre todo en el de las creencias, al mantenimiento de unos principios ancestrales perfectamente válidos que, en muchos casos, todavía están vigentes a nivel popular en zonas que, por encima del tiempo, siguen acusando -aun sin saberlo- la influencia espiritual de los templarios (5).

La herencia del rey Salomón

Los templarios comenzaron a expandirse por Europa nueve años después de su fundación, poco antes de que la orden fuera reconocida por la Iglesia en el concilio de Troyes. Traían de la Tierra Santa la fama de ser rectos, sobrios, puros, fieles defensores de la fe. En Siria y en Palestina habían cons-

4. Véase mi libro, anteriormente citado, *Crónica sin tiempo del rey conquistador*.

5. Aunque no es éste el lugar más a propósito para desarrollar ampliamente esta idea, quiero dejar constancia de un hecho bastante desconocido que puede dar luz sobre la influencia templaria en acontecimientos que en apariencia nada tienen que ver con ellos. Acontecimientos que ni siquiera atañen a la historia, sino a las costumbres ancestrales de los pueblos y a las creencias de las gentes.

En el pueblecillo soriano de San Pedro Manrique, donde hubo un importante convento templario, se celebra el día de San Juan de todos los años un festejo curioso, cuyas raíces se hunden en tradiciones precristianas a pesar de que la tradición popular asocia estas fiestas al hipotético «Tributo de las Cien Doncellas» atribuido al rey asturiano Mauregato (véase nota 5 del capítulo 7). La fiesta, llamada de las «móndidas», consiste en un paso nocturno del fuego -del que hablaremos en otra ocasión- y en una procesión y baile de muchachas, las «mozas de móndida», que pasean sobre la cabeza un enorme cestaño con flores y un pan. El rito ha sido estudiado por varios autores, entre ellos Julio Caro Baroja (*Mitos y ritos equívocos*, Istmo, Madrid, 1974), pero no ha sido posible establecer con seguridad la antigüedad de la fiesta en época cristiana. La luz, sin embargo, puede llegarnos, al menos en parte, si comparamos esta fiesta con otra casi paralela, la de los Tabuleiros, que tiene lugar en la localidad portuguesa de Tomar, donde, curiosamente, los templarios tuvieron el convento más importante de cuantos poseyeron en el reino portugués. Según los datos que se tienen, la fiesta de Tomar fue instituida en el siglo XIV por la reina Isabel, esposa de don Dinís, precisamente cuando, recién deshecha la orden de los templarios, se creaba la de Cristo para sustituirla y acoger a sus miembros. La fiesta de los Tabuleiros es idéntica a la de San Pedro Manrique en lo que se refiere al atuendo de las muchachas, que llevan igualmente sobre su cabeza un enorme cestaño con flores y panes -mucho más grande, por otra parte, que el cestaño soriano- y tiene lugar, cada dos años, entre los días medieros del mes de julio, celebrando la festividad del Espíritu Santo, pero con claros antecedentes -como es el caso de San Pedro Manrique- en las festividades panateneas del mundo pagano. No olvidemos que Palas Atenea era -como el Espíritu Santo cristiano, salvando todas sus diferencias conceptuales- una divinidad transmisora de sabiduría.

truido fortalezas que sirvieron de protección a los peregrinos y de defensa a las fronteras de aquella cristiandad con ansias mesiánicas que se había proclamado dueña a ultranza de unos lugares que eran tan sagrados para la Iglesia como para los mahometanos y para los judíos. En Jerusalén, donde habían conseguido la custodia de las ruinas del Templo de los templos, tenían la casa madre y su lugar principal de iniciación para llegar a los más altos grados de la orden.

Al comenzar su expansión europea, los templarios traían consigo un bagaje espiritual que había prendido en ellos y que, en cierto modo, condicionaba su actuación, su comportamiento y hasta su modo de construir. Las fortalezas templarias de Europa no se diferenciaban en su concepción estratégica de las que habían edificado en oriente. Y también, lo mismo que en las de oriente, pusieron en ellas una intención paralela que superaba ampliamente los fines guerreros de una arquitectura exclusivamente militar.

Del mismo modo, sus edificaciones religiosas -las propias, no las que fomentaron con la creación de escuelas iniciáticas de maestros constructores- llevaban consigo la influencia espiritual de los templos orientales. Y, en gran parte, también contenían su mismo mensaje mudo dirigido al fiel que debía integrarse plenamente con la divinidad al entrar en el recinto sagrado.

Se ha repetido hasta la saciedad la influencia que tuvo sobre las edificaciones templarias la estructura de la mezquita de la Roca, construida como un monumento octogonal en el recinto mismo del templo de Salomón (6). Esta circunstancia, aunque cierta por otra parte, ha hecho que se atribuyera una total influencia islámica a las construcciones templarias. Sin embargo, la mezquita de la Roca es, en realidad, una construcción también insólita en el mundo musulmán. Es una obra que entra de lleno en la modalidad arquitectónica con el profundo sentido místico ejercido por los sufíes, y que enlaza directamente con el concepto esotérico de la *stupa* búdica y hasta con la intención iniciática de los templos místicos del mundo griego. La influencia ejercida por este edificio sobre las construcciones templarias no es, pues, una

6. La mezquita octogonal de La Roca fue construida por Maaruf Karchi, un arquitecto sufí muerto en el año 815, llamado por los musulmanes Solimán -Salomón- y discípulo del constructor Daud -David- de Tai, muerto en 781. La mezquita, restaurada en 913, consta de un recinto octogonal de 9,50 m de altura, con lados que miden 20,60 m. Este recinto que constituye una especie de corredor interior rodea un recinto circular con cúpula, de 20,44 m de diámetro y altura máxima de 35,30 m. La cúpula está colocada sobre la Roca Sagrada del Templo salomónico y los corredores del primer recinto permiten realizar la ceremonia sufí denominada *tawaf*, el deambular sagrado. Por fuera, la mezquita está recubierta de cobre sobredorado, que fue colocado por el califa fatimita ez-Zahir en 1022. Los cruzados coronaron la cúpula con una cruz cuando se apoderaron de la ciudad santa. Así la encontraron los templarios cuando les fue encomendada la custodia del Templo por Balduino III.

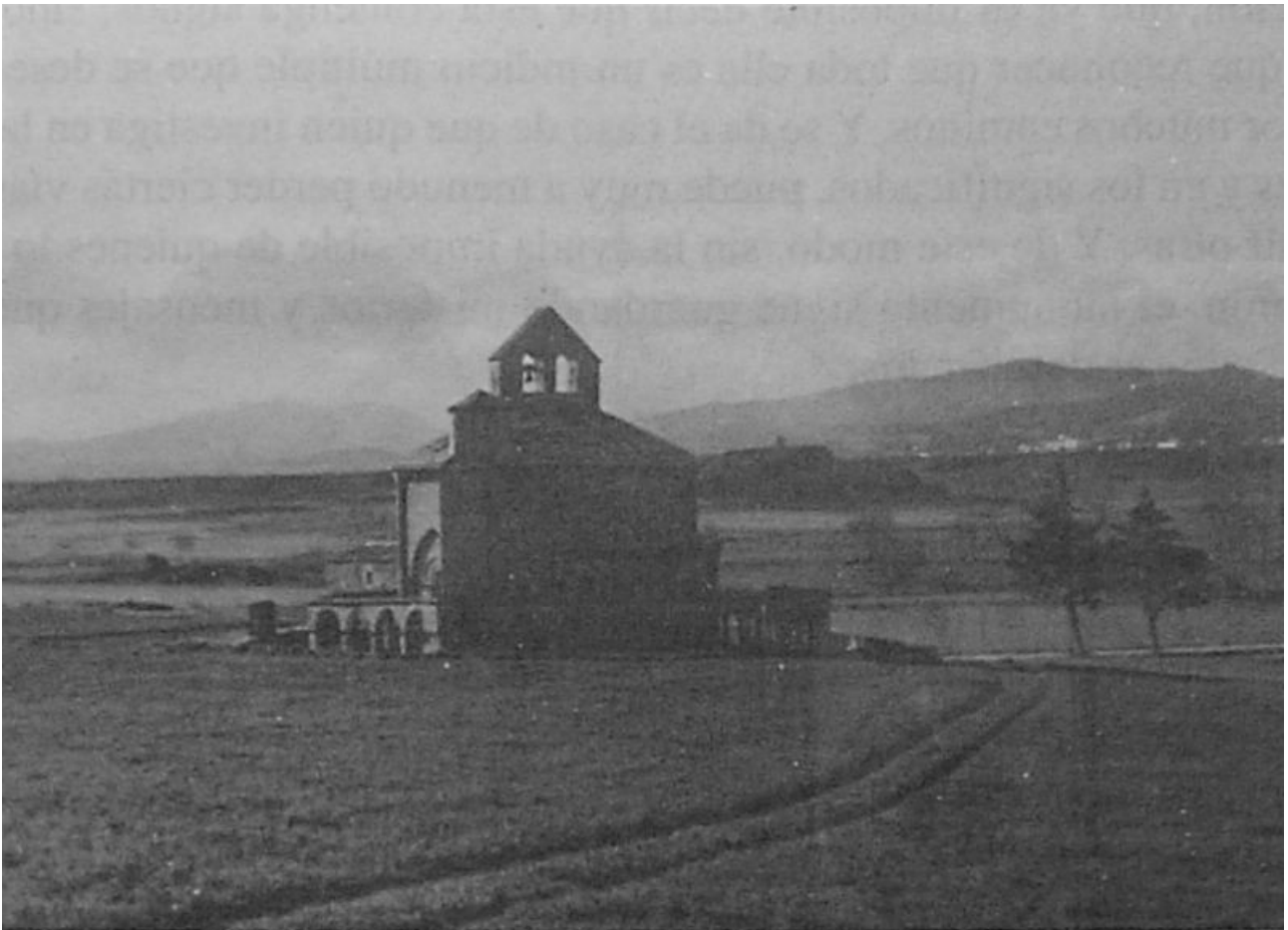
influencia específicamente islámica, sino que forma parte de la misma corriente esotérica de un ecumenismo religioso que se advierte como tónica general en la formación ocultista de los freires del Temple.

Por eso sus construcciones se caracterizan tan a menudo por su estructura poligonal, y por eso también, aunque generalmente hayan desaparecido los documentos y los testimonios que confirmen su origen, han de atribuirse a los templarios las construcciones religiosas de los siglos XII y XIII que fueron erigidas con estas características, como los primitivos baptisterios, cuya función integradora los equiparaba al templo donde tenían lugar las iniciaciones en la antigüedad. Es el caso de las ermitas románicas navarras de Eunate y Torres del Río; la de San Marcos de Salamanca; la de Pobla de Lillet y Llusá en Cataluña; lo mismo que la iglesia segoviana de la Vera Cruz, y el caso -no por menos conocido menos cierto- del pequeño santuario octogonal cercano al convento templario de Villalba del Alcor, en la provincia de Huelva. Y es, en fin, el caso diáfano -único reconocido y plenamente documentado- del templo octogonal del castillo de Tomar, la llamada girola, que constituye, al margen de su significado profundo, una de las obras fundamentales del arte arquitectónico románico de la península, y una muestra única del ecumenismo templario, que aflora desde la misma concepción general del templo y su orientación astronómica (7) hasta cada una de las figuras que componen la ornamentación de sus capiteles.

El significado esotérico inmediato de estas construcciones, levantadas sobre 12 lados -el caso de la Vera Cruz de Segovia- y sobre 8 lados -en el caso de todas las demás- (8) hay que buscarlo en las relaciones numéricas $12 + 1 = 13$ y $8 + 1 = 9$ de las que hemos hablado anteriormente. En este aspecto, creo que en todos los casos hay que situar la unidad complementaria, como móvil y guía, en el centro preciso de la construcción, y por tanto debemos tomar en consideración que ese centro *cuenta* de modo fundamental a la hora de encontrar el sentido que los templarios quisieron conferir a sus ermitas iniciáticas. No olvidemos, por otro lado, que el baptisterio, en el mundo cristiano ortodoxo, se construía en los primeros tiempos en forma circular, y que en el centro preciso de ese círculo -círculo de tradición pura-

7. Maurice GUINGUAND (*L'or des templiers, op. cit.*) hizo un análisis bastante profundo de la orientación astronómica del castillo templario de Tomar. Según sus investigaciones, la girola octogonal, unida en líneas rectas a las torres de la fortaleza, va marcando la posición de las constelaciones clave del firmamento, convirtiendo el castillo en un auténtico observatorio astronómico.

8. A estos casos habría que añadir una serie de construcciones que sufrieron de una forma u otra la influencia esotérica templaria. Entre ellas cabría señalar el Micalet de la catedral de Valencia y una serie de campanarios octogonales, o con remate octogonal, distribuidos por toda la superficie de la península.



La capilla templaria de Eunate, en el cruce de dos vetas mágicas.

mente mágica- se colocaba la pila de agua bendita por la que el neófito entraba en la comunidad cristiana, por sí mismo o con la ayuda de un padrino. Las ermitas poligonales templarias son paralelas en la intención última a ese significado, con la diferencia de que la iniciación que allí tenía lugar comportaba unos significados más profundos y, a la vez, mucho más restringidos que la simple integración del catecúmeno cristianado en la comunidad eucarística de todos los creyentes.

Eunate: la reina muerta

Recuerdo que en mi primera visita a la capilla de Eunate, cuando llevaba ya mucho tiempo contemplando y fotografiando los detalles del exterior, apareció una muchacha -creo que era la hija del guardián oficial del monumento- la cual me abrió amablemente la puerta del templo y me estuvo contando muchas cosas curiosas sobre aquel lugar y sobre lo que se había encontrado

en él. La mayor parte de aquella información formaba parte de las superficialidades que suelen contarse de Eunate y de su circunstancia -capilla funeraria, hospital de peregrinos, custodia del Camino Jacobeo-, pero hubo algo que me puso en estado de alerta. La muchacha contó que se habían descubierto varias tumbas, tanto en la iglesia como en el claustro exterior y que, entre ellas, había una que pertenecía a «una reina», aunque nadie sabía cuándo ni en qué lugar del recinto había tenido lugar el hallazgo.

No creo demasiado en la posibilidad de que ninguna reina, navarra o de otro país, fuera enterrada en Eunate, pues ni las características ni la circunstancia del monumento permiten suponerlo. Sin embargo, la figura simbólica de *la reina* sí encaja con la realidad profunda de la capilla, situada a la vez en una encrucijada de caminos -el camino francés y el camino aragonés hacia Compostela, que se unen allí mismo- y en un cruce de corrientes geológicas telúricas conocidas o presentidas desde la más remota antigüedad.

De norte a sur, la corriente desciende desde Saint-Jean-de-Luz -de Lug- y, pasando por las concentraciones megalíticas que se encuentran entre Lesaca y Oyarzun, pasa por los dólmenes de Leiza y por los cromlech de Ezcurra, atraviesa la sierra sagrada de Aralar y bordea Pamplona antes de cruzar la capilla de Eunate y de seguir hacia el sur hasta alcanzar el Moncayo. Toda esta línea está repleta de tradiciones milagrosas. Toda ella, también, acusa a lo largo de la historia la presencia secular de cultos extraños que van desde las milagrerías de origen precristiano a la abundancia de ritos satánicos -heterodoxos- y brujeriles.

De este a oeste, la franja viene, al menos, desde los bordes del Aneto (Aneto: ánade/oca, ave sagrada de Lug), pasa por el centro griálico de San Juan de la Peña y por el monasterio de Leire (9) y, después de cruzar Eunate, se interna en la zona megalítica de lava -por Santa Cruz de Campezo, el Villar y Laguardia-, pasa por lugares de vieja tradición de cultos místicos -San Vicente de la Sonsierra- y sigue, hacia el oeste, una línea sinuosa paralela, por el norte, a la ruta jacobea.

Se da el caso, generalmente comprobado, de que estos cruces de corrientes energéticas de la tierra corresponden a lugares de antiguos cultos a divinidades femeninas del tipo de la Gran Madre: *anxanas* vascas, *metusinas* bretonas, *xanas* astures, *reinas negras* de la tierra -en contraposición a las reinas blancas celestiales- que engendraron, por el lado pagano, a las brujas y las meigas y, por el lado ortodoxo, a la multitud de vírgenes negras cuyo

9. No olvidemos que el monasterio de Leire conserva, entre sus tradiciones, la de la presencia de san Virila, una figura cuya circunstancia vital, digna de ser estudiada a la luz de los conocimientos científicos y matemáticos actuales, fue ya tratada por mí en *Los santos imposibles*.

culto fue preferentemente promocionado en torno al siglo XII por benedictinos y templarios, en un intento de confraternizar las viejas creencias paganas latentes con la figura de la Virgen María madre (10).

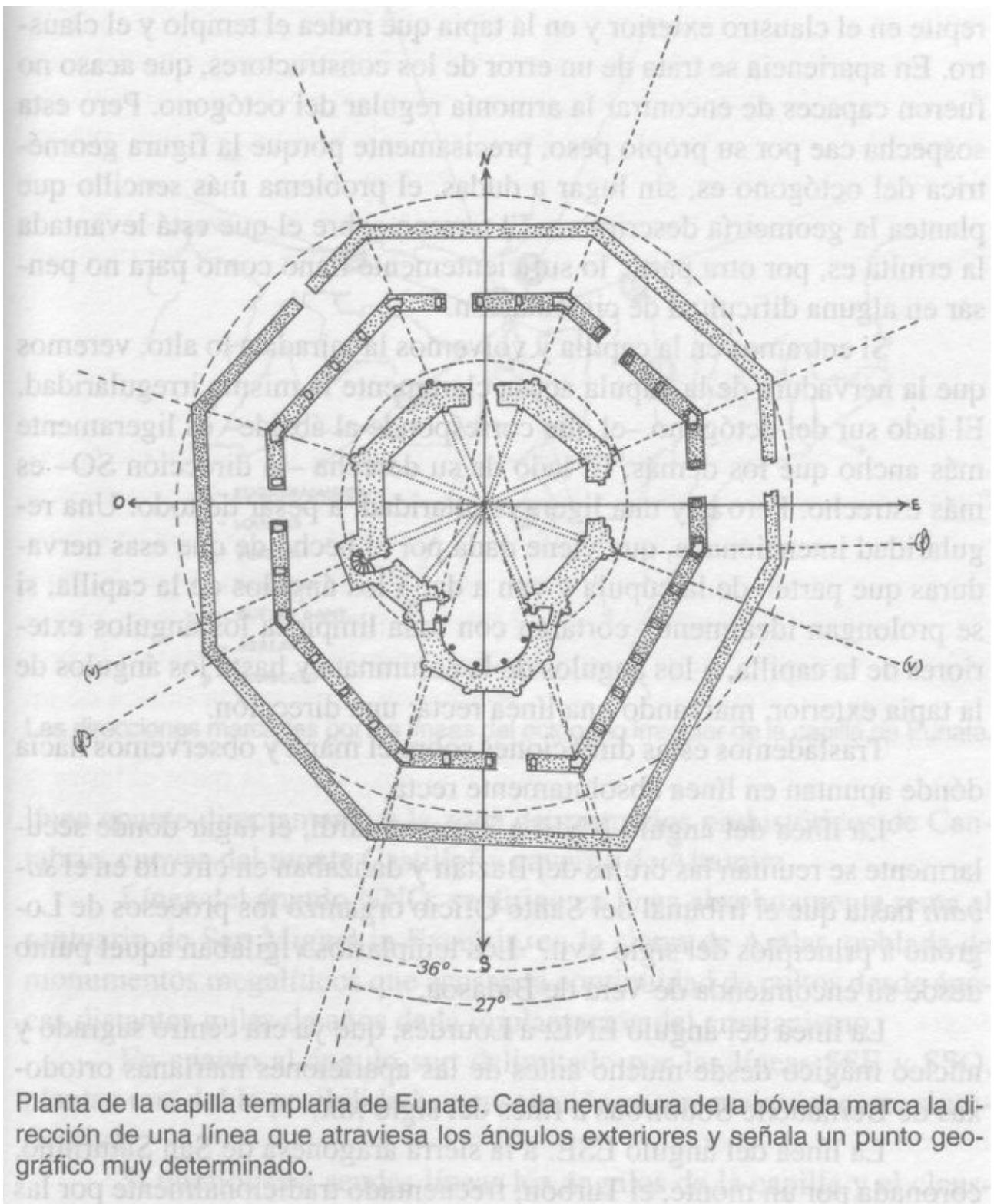
A la luz de estas tradiciones, la *reina muerta* de Eunate entra de lleno en el significado de que aquel santuario pudo ser, en su origen remoto, sede de un culto a la Gran Madre que tendría lugar precisamente allí y que no llegaría a cristianizarse como en otros lugares. Simplemente se limitaría a la veneración a una imagen de Nuestra Señora que aún preside el altar del santuario.

Pero la capilla de Eunate es algo más que eso. Toda su concepción, desde el modo de orientarse hasta los últimos motivos que la decoran, está proclamando un mensaje que pide ser desentrañado. Como sucede en tantas otras construcciones esotéricas, se da tan acumulado el simbolismo, tan íntimamente ligado a la estructura general de la construcción, que ya es imposible decir que ésta contenga signos, sino que hay que reconocer que toda ella es un indicio múltiple que se desentraña por muchos caminos. Y se da el caso de que quien investiga en las razones y en los significados, puede muy a menudo perder ciertas vías por seguir otras. Y de este modo, sin la ayuda imposible de quienes lo concibieron, el monumento sigue guardando misterios y mensajes que pedirán aún ser descifrados.

Sigillum: sello/secreto

A ambos lados de la puerta oriental de la capilla de Eunate, formando parte de los capiteles de las jambas interiores, hay dos cabezas de piedra casi idénticas. Son rostros con una barba muy poblada y trenzada en dos espirales que les oculta parcialmente la boca. Las barbas de ambas figuras se parten en dos y se extienden por el resto del capitel formando como una cornamenta simétrica.

10. El estudio de las vírgenes negras peninsulares -Montserrat, Guadalupe, Algemesí, Nazaré, La Balma y multitud de vírgenes pirenaicas- nos llevaría a la comprobación de que todas ellas se encuentran en lugares de clara tradición mágica milenaria y -lo que es más importante aún- que también todas ellas reciben culto en un lugar que en realidad es el que influye activamente en el culto más que la misma imagen, la cual no es más -en última instancia- que la *personificación* del sitio justo donde el culto tiene lugar. Recordemos que muchas tradiciones que hablan del encuentro o del hallazgo milagroso de estas imágenes cuentan cómo las autoridades eclesiásticas o civiles intentaron trasladar la imagen desde el lugar del hallazgo a otro lugar consagrado, y cómo la imagen, prodigiosamente, regresaba una vez y otra al mismo sitio donde había sido hallada; cómo generalmente es un *pastor* el que encuentra la imagen; y cómo, muy a menudo, en ese hallazgo intervienen vacas o bueyes, animales sagrados de la era de Tauro. Véase mi libro *Nuestra Señora de Lucifer*, Martínez Roca, Barcelona, 1991, en el que amplío estas cuestiones en torno al culto de la Virgen María.



Estas dos figuras nos descubren, con su sola presencia, la intención escondida que presidió la concepción del pequeño templo. Bocas tapadas significan

un secreto deliberadamente mantenido (11); las espirales, por su parte, indican de forma esquemática los laberintos que tendrá que recorrer -y resolver- quien quiera enfrentarse con el enigma allí contenido.

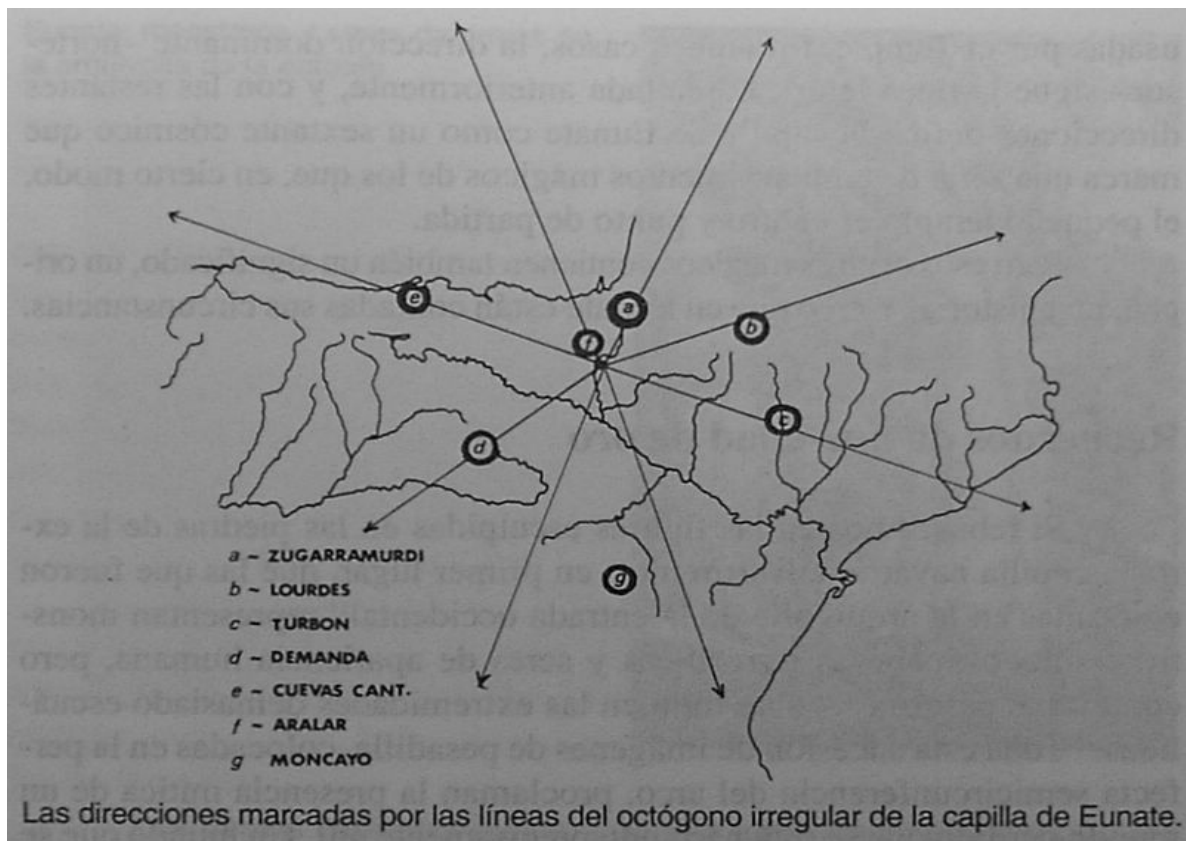
Ante esta advertencia, hay que observar la capilla con una mirada que no se conforme con la simple contemplación. Y esa mirada atenta podrá descubrir, como primera impresión, tres aspectos insólitos que configuran la capilla.

La primera incógnita es la orientación del templo. El ábside no apunta hacia el este, como es precepto ortodoxo de las iglesias cristianas, sino hacia el sur. Este hecho da ya un sentido distinto a todo el edificio y advierte que todo lo demás que encontremos comportará, al menos, un rompimiento de la regla impuesta por el credo dominante.

Segunda incógnita: el torreón cuadrado que está adosado a la esquina SO de la capilla. Una escalera espiral interior permite subir por él ...al tejado de la ermita, que sólo tiene una espadaña construida para dos campanas que, por otro lado, pueden ser tañidas desde abajo. Se ha apuntado la posibilidad de que esta escalera del torreón diera acceso a una linterna funeraria -como sucede en Torres del Río, que estudiaremos luego-, pero no hay rastros de que haya existido nunca esa linterna en el tejado de Eunate. Nos encontramos, pues, ante una escalera que, al menos en apariencia, no conduce a ninguna parte. Permítaseme, al menos de momento, dejar en el aire esta incógnita. Más adelante la recogeremos de nuevo, y hasta es posible que entonces entreveamos más claramente su significado.

La tercera incógnita de bulto que nos plantea Eunate es su relativa y casi imperceptible irregularidad. Los ocho lados del polígono que configuran la capilla no son exactamente iguales. Y esta irregularidad se repite en el claustro exterior y en la tapia que rodea el templo y el claustro. En apariencia se trata de un error de los constructores, que acaso no fueron capaces de encontrar la armonía regular del octógono. Pero esta sospecha cae por su propio peso, precisamente porque la figura geométrica del octógono es, sin lugar a dudas, el problema más sencillo que plantea la geometría descriptiva. El terreno sobre el que está levantada la ermita es, por otra parte, lo suficientemente llano como para no pensar en alguna dificultad de cimentación.

11. Los rostros sin boca o con la boca tapada se repiten a menudo tanto en la iconografía decorativa románica como en las figuras grabadas en las piedras de los monumentos megalíticos. En la ventana del ábside de San Pantaleón de Losa hay un rostro con la boca tapada. Y otros muchos rostros sin boca aparecen en los dólmenes bretones de Morbihan y en muchos de la península. Recuerdo un rostro muy significativo grabado en las losas interiores del dolmen de Soto (Trigueros, Huelva).



Si entramos en la capilla y volvemos la mirada a lo alto, veremos que la nervadura de la cúpula acusa claramente la misma irregularidad. El lado sur del octógono -el que corresponde al ábside- es ligeramente más ancho que los demás. El lado de su derecha -la dirección SO- es más estrecho. Pero hay una ligera regularidad, a pesar de todo. Una regularidad intencionada, que viene dada por el hecho de que esas nervaduras que parten de la cúpula y van a dar a los ángulos de la capilla, si se prolongan idealmente, cortarían con toda limpieza los ángulos exteriores de la capilla, y los ángulos de la columnata y hasta los ángulos de la tapia exterior, marcando una línea recta: una dirección.

Traslademos estas direcciones sobre el mapa y observemos hacia dónde apuntan en línea absolutamente recta.

La línea del ángulo NNE: a Zugarramurdi, el lugar donde secularmente se reunían las brujas del Baztán y danzaban en círculo en el *sabath* hasta que el tribunal del Santo Oficio organizó los procesos de Logroño a principios del siglo XVII (12). Los templarios vigilaban aquel punto desde su encomienda

12. No faltan autores -Louis Charpentier es uno de ellos- que apuntan la posibilidad de que el mismo claustro de Eunate, con su peculiar estructura en torno a la capilla, hubiera servido intencionadamente para efectuar en él danzas iniciáticas, paralelas a las danzas en círculo que practicarían las brujas de Zugarramurdi, lo mismo que las que se reunían para efectuar sus ritos de danza pagana en el recinto de los cromlechs de Berasategui, Arano u Oyarzun.

de Vera de Bidasoa.

La línea del ángulo ENE: a Lourdes, que ya era centro sagrado y núcleo mágico desde mucho antes de las apariciones marianas ortodoxas de Bernadette Soubirous a fines del siglo XIX.

La línea del ángulo ESE: a la sierra aragonesa de San Saturnino, coronada por un monte, el Turbón, frecuentado tradicionalmente por las brujas del norte de Aragón. El lugar estaba vigilado por los templarios desde su fortaleza de Monzón, y por los monjes de San Benito desde los monasterios de Obarra, San Victorián y Alaón.

La línea del ángulo OSO: a la sierra de la Demanda y al monte sagrado de San Lorenzo, vigilado igualmente por los templarios desde su convento de Ucero (13), y por los benedictinos desde Valvanera, San Millán y San Quirce.

La línea del ángulo ONO: me parece la más problemática en cuanto a su eventual intención. Sin embargo, parece significativo que la línea apunte directamente a la zona de santuarios prehistóricos de Cantabria, cuevas del monte Castillo y caverna de Altamira.

Línea del ángulo NNO: se dirige en línea absolutamente recta al santuario de San Miguel in Excelsis, en la sierra de Aralar, poblada de monumentos megalíticos que acusan la continuidad de cultos desde épocas distantes miles de años de la implantación del cristianismo.

En cuanto al ángulo sur, delimitado por las líneas SSE y SSO, plantea una doble posibilidad cuya solución es, en cualquier caso, significativa.

Si unimos con sendas líneas los ángulos de la capilla y el claustro, la intersección de ambas no tendrá lugar en el centro geométrico de la cúpula, sino exactamente en el centro de la entrada norte, formando allí un ángulo de 27° . Si, por el contrario, prescindimos de integrar el ángulo de la tapia exterior y centramos el vértice en la cúpula octogonal, las líneas pasarán por las esquinas del claustro y por las dos columnas interiores laterales del ábside de cinco lados, formando un ángulo de 36° que -lo vimos anteriormente- constituye el módulo arquitectónico mágico adoptado por los templarios. Por otra parte, la diferencia de ambas angulaciones (9°) nos da igualmente una de las magnitudes cabalísticas usadas por el Temple. En ambos casos, la dirección dominante -nortesur- sigue la línea telúrica apuntada anteriormente, y con las restantes direcciones define la capilla de Eunáte como un sextante cósmico que marca una serie de emplazamientos mágicos de los que, en cierto modo, el pequeño templo es centro y punto de partida.

Pero esos centros mágicos contienen también un significado, un origen, una historia. Y creo que en Eunáte están contadas sus circunstancias.

13. Véase el capítulo 4.

Eunate: monstruos y seres deformes en la arquivolta de la entrada.



Recuerdos de una edad de oro

Si rebuscamos en las figuras esculpidas en las piedras de la extraña capilla navarra, advertiremos, en primer lugar, que las que fueron colocadas en la arquivolta de la entrada occidental (14) representan monstruos míticos, cabezas terroríficas y seres de apariencia humana, pero con rasgos deformes, sobre todo en las extremidades demasiado escuálidas (15). Toda esta sucesión de imágenes de pesadilla, colocadas en la perfecta semicircunferencia del arco, proclaman la presencia mítica de un mundo perdido que se está narrando precisamente allí. Un mundo que se prolonga en los canecillos que coronan el ábside por la parte exterior y que, compuestos por cabezas en las que se advierten claramente alternados rasgos de monstruos diabólicos y rasgos típicamente negroides, proclaman la sacralización de ese mundo míti-

14. Es curioso observar que, siendo la entrada norte la principal del templo, carece totalmente de alusiones iconográficas, como si la atención se hubiera querido desviar del significado geográfico que hemos visto que posee.

15. En apariencia, cabría pensar que la erosión secular de la piedra ha deformado figuras que, en su origen, no tendrían los rasgos tan acusadamente deformados. No se me ha pasado por alto esta posibilidad, pero me confirma en mi sospecha el hecho de que las mismas actitudes retorcidas de las figuras proclaman haber sido concebidas deliberadamente como seres deformes.



Las razas de la tradición atlante en los canecillos del ábside de la capilla templaria de Eunate.

co que narran las imágenes (16). A mi parecer, el mundo atlante y la edad de oro de los mitos religiosos arcaicos, un mundo y un tiempo de los que salieron las tres razas -roja, negra y blanca- que poblarían el hemisferio occidental.

Si nos detenemos a observar ahora los capiteles del claustro exterior nos asaltará la sospecha de que en ellos se contó una historia que hoy queda necesariamente incompleta e imposible de narrar, pues únicamente quedan 14 de los 41 capiteles que debieron de componer en su origen la totalidad del claustro. Y aun de esos catorce, hay cuatro en los que el grado de deterioro hace imposible cualquier intento de adivinar con seguridad lo que representaron.

La primera sorpresa que nos reservan estas figuras es el hecho de que, tratándose de un monumento religioso, sólo un capitel de los catorce conser-

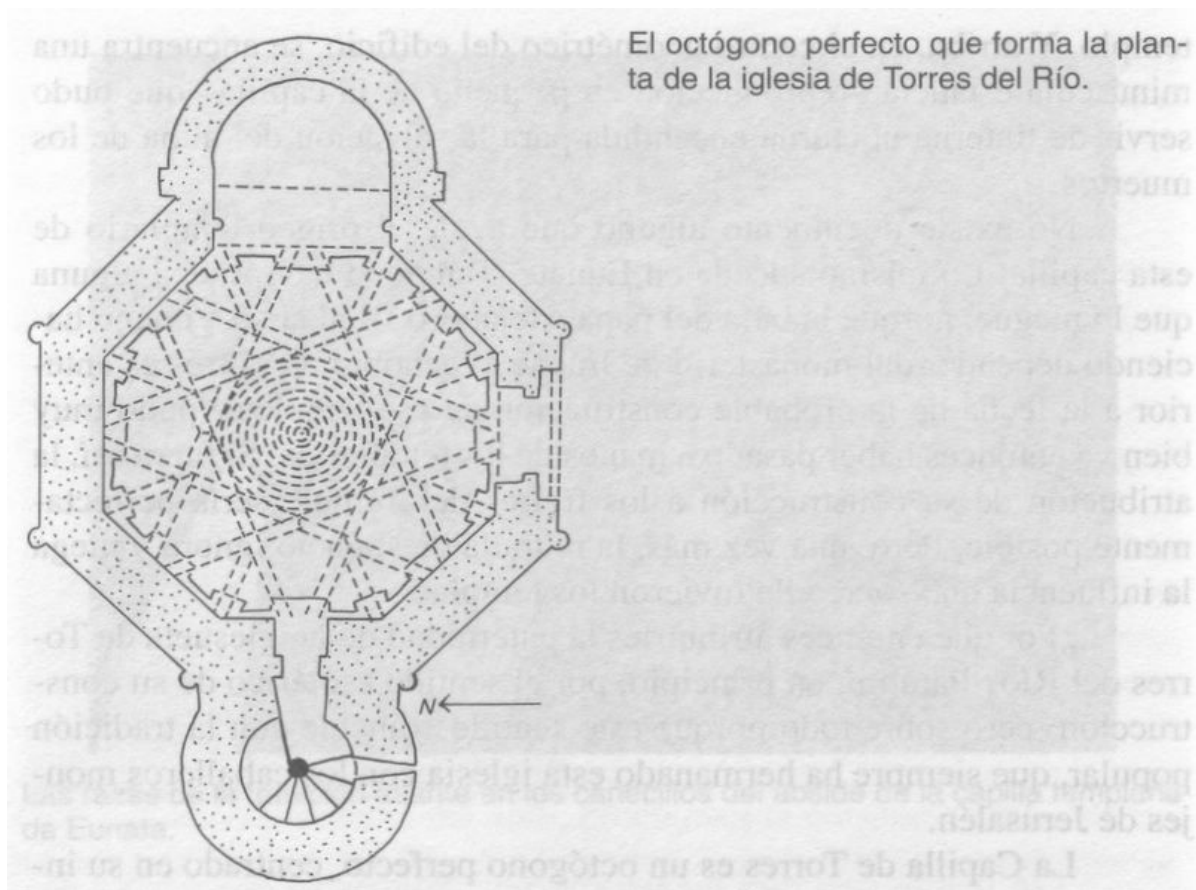
16. En la iconografía románica, las figuras responden en su significado a la colocación que tienen en el templo. Así, aquellas que están más cerca del tejado o de la bóveda -representación de la bóveda celeste- tienen, en principio, una significación superior, más sagrada que aquellas otras colocadas más cerca de la tierra, en capiteles bajos o en ventanas inferiores.

vados tiene una escena directamente relacionada con la fe cristiana: se trata del sexto, comenzando a contar por el sur. Representa una extraña crucifixión *sin cruz*, en la que un personaje -¿Jesucristo?- con los brazos abiertos está rodeado de otros 13 personajes inidentificables.

Los demás capiteles juegan con una alternancia que denota una historia desaparecida, con elementos dignos de tenerse en cuenta en lo que atañe al sentido simbólico de sus significados más profundos. Los capiteles que hacen los números 5, 9, 13 y 14 -siempre de sur a norte- muestran unos rostros, o tal vez máscaras cornudas, cuyas bocas *narran* un mundo vegetal frondoso que, eventualmente, termina en frutos de forma parecida a una piña o una granada. Y digo que narran porque sólo ese significado puede tener la piedra labrada cuando de las bocas salen ramos y hojas. Pero ¿qué es lo que narran? Si completamos parcialmente los significados apuntados en la arquivolta y en los canecillos, estos capiteles nos estarán hablando de un mundo feraz. Tal vez de ese mundo atlante que se hundió precisamente en la era equinoccial de Leo, cuyo símbolo -los leones- está presente en los capiteles 7 y 8 -y tal vez en el 2- del mismo claustro.

El resto de los capiteles del claustro, como la mayor parte de los 26 capiteles del interior de la capilla, presentan decoración vegetal, con plantas muy determinadas y diferenciadas. Y, eventualmente, aparecen personajes inidentificables, planteando la representación de un mundo habitado cuyas características reales se nos escapan detrás de signos imposibles de identificar. Sólo otros dos capiteles, ya en el interior del ábside, nos revelan de nuevo, en el lugar más sagrado del recinto, la intención de su estructura. A la izquierda, de nuevo los rostros de cuyas bocas emerge el mundo vegetal. Pero ahora sí está claro que la génesis de ese mundo vegetal está en el Árbol de la Vida, porque ese árbol está representado enfrente, en el capitel de la derecha, flanqueado por dos aves -¿fénix?- que comen de su fruto, prohibido al hombre. Toda la significación simbólica del templo- *stupa* queda aclarada en estas figuras, cuya clave, como vemos, no está en ellas mismas, sino en la sucesión y en la totalidad de todas las demás (17).

17. En términos generales, creo que ha sido un error de los historiadores del arte y de los arqueólogos cuando han intentado encontrar el sentido aislado de las figuras que integran los templos medievales. Tal como vemos aquí, existe una constante relación entre unas y otras, de tal modo que los símbolos aislados son únicamente partes de un símbolo total, o al menos mayor, que los integra y les da sentido. El problema, muchas veces, reside en averiguar -si es que ello es posible- el lugar exacto donde da comienzo la narración simbólica. No he tenido ocasión de profundizar en ello, pero tengo la impresión de que la narración da comienzo precisamente en el punto por el que se halla el acceso más inmediato al lugar en que se encuentran las figuras en cuestión.



Torres del Río: la linterna de los muertos

Torres del Río dista unos cincuenta kilómetros de la capilla de Eunate, hacia el oeste. También en este caso se trata de un templo octogonal, *stupa* o *Árbol de la Vida* que, a decir del historiador benedictino José María de Lojendio (18), pudo ser en su origen una capilla funeraria en cierto modo al servicio de los peregrinos jacobeos.

Hay, efectivamente, un detalle que avala -al menos en un primer golpe de vista- esta suposición: el torreón occidental, casi simétrico al ábside, por cuyo interior asciende una escalera espiral hasta el tejado del templo. Y arriba, en el centro geométrico del edificio, se encuentra una minúscula estancia -reproducción en pequeño de la capilla- que pudo servir de linterna nocturna encendida para la salvación del alma de los muertos.

18. *Navarre Romane* (Zodiaque, «La Nuit des Temps», Yonne, 1967).

No existe documento alguno que avale el origen templario de esta capilla. Lo mismo sucede en Eunate. Tampoco hay prueba alguna que lo niegue, porque la bula del papa Alejandro III al abad Viviano haciendo depender del monasterio de Irache el cenobio de Torres es anterior a la fecha de la probable construcción de ese templo, y pudo muy bien ya entonces haber pasado a manos de los templarios. Si fuera así, la atribución de su construcción a los freires del Temple sería perfectamente posible. Pero, una vez más, la muralla de silencio ignora y niega la influencia que sobre ella tuvieron los templarios.

¿Por qué entonces atribuirles la paternidad de la iglesuela de Torres del Río? Para mí, en principio, por el sentido esotérico de su construcción; pero sobre todo porque este sentido coincide con la tradición popular, que siempre ha hermanado esta iglesia con los caballeros monjes de Jerusalén.

La Capilla de Torres es un octógono perfecto, centrado en su interior por una cúpula de trazado oriental tan parecida a alguna otra cúpula cordobesa (19), lo cual ha hecho afirmar que en la construcción navarra intervinieron artesanos moriscos o mozárabes. No voy a negar esta posibilidad, que sería hasta muy probable, pero tampoco debemos olvidar hasta qué punto los templarios aprovecharon las enseñanzas arquitectónicas orientales y las adaptaron a sus fines constructivos; y eso tanto en la península como en la misma Francia, que fue su sede primera.

El análisis de la llamada capilla funeraria de Torres no acusa ningún especial significado en la estructura, como sucede en Eunate. Como decía, la planta octogonal es perfecta y el alzado en tres cuerpos, los cuales complican su ornamentación a medida que crece su altura. La relación $8 (+ 1) \times 3 = 27$ es típica del esoterismo primario de los constructores, como lo es igualmente la complicación ornamental a medida que la altura de la edificación va alcanzando el lugar que simboliza la vida superior.

Es en dos de los capiteles interiores donde la incógnita *funeraria* del templo va a despejarse. Entre todos los que rematan las columnas de la capilla, compuestos con el tema vegetal o el de los animales enfrentados -dos principios, Yin-Yang, no lo olvidemos-, debemos detenernos en los que a ambos lados del ábside forman el pie del arco triunfal.

19. El esquema de las nervaduras de la capilla de Torres es exactamente el mismo que el que rige las cúpulas de las capillas colaterales de la mezquita de Córdoba en torno al mihrab.



El «descendimiento» de Torres del Río.

En el de la izquierda, varios personajes parecen representar un «descendimiento» Pero los personajes que rodean al Cristo muerto no parecen tratar de bajarlo de ninguna parte, sino que tiran de él como si cada uno quisiera llevarse un pedazo de su persona, como si en lugar de un descendimiento estuviéramos asistiendo a un despedazamiento. Cabría pensar en que la torpeza de los artífices hubiera dado lugar a una interpretación equivocada, si no fuera porque el capitel de la derecha viene a aclarar su sentido.



El «sepulcro» de Torres del Río.

Este segundo capitel representa un sepulcro vacío, con la tapa medio abierta y dos mujeres con recipientes a su lado. Aunque la interpretación inmediata está en el recuerdo del Santo Sepulcro, debemos ver cómo de la tapa entreabierta de éste surge una especie de neblina que se resuelve en formas espirales -laberínticas-. Por detrás de esta nube de piedra surge la forma de un edificio.

Sólo este detalle cambia ya el sentido de lo que está narrando el capitel. La caja medio tapada ya no es un sepulcro: es un arca contenedora de saber, portadora de un saber *laberíntico* que permitirá conocer el arte de la construcción. Es una figura iniciática, lo mismo que ahora resulta ya ser iniciática la escena representada en el capitel izquierdo. Si las mujeres con recipientes son, por obra del laberinto y el templo, figuras alquímicas -portadoras de matraces- la lucha por separar y desmembrar el cuerpo -simbólico, no de Cristo- se corresponde con la operación alquímica de la *separatio*, representada astrológicamente por Escorpio, que a su vez se identifica con la novena letra del alfabeto hebreo, la *Teth*, la Tau templaria.



Exterior de la iglesia templaria de la Vera Cruz, en Segovia. El saliente central corresponde a la celda tapiada a la que se accedía desde el edículo.

La Vera Cruz: el Árbol de la Ciencia

El arca es continente tradicional del saber total, de las leyes que rigen el cosmos, de las verdades más excelsas del conocimiento, aquellas que tienen que ser unidas, después de que las fuerzas negativas las separaron en la noche de los tiempos: lo mismo que Isis reunió los fragmentos de Osiris despedazados por Set; lo mismo que los piadosos cristianos de la Edad Media se afanaron por reunir las reliquias -fragmentos- de sus santos martirizados y destrozados por el paganismo romano.

Pero los miembros despedazados de Osiris viajaron por el mar en un arca; y la Ley hebrea estaba dentro del arca de la alianza; y las reliquias de los santos se guardaron en arcas santas (20).

Las arcas contienen ciencia, saber y vida, verdad trascendente. Y están construidas de una madera que, según transmite la tradición, procede del Árbol de la Vida que estaba en el Edén; el mismo árbol del que -lo cuentan los evangelios apócrifos- se fabricó la cruz en la que fue martirizado Cristo.

20. Recuérdese todo lo que se desarrolló en el capítulo 8.

Toda esta planificación esotérica del símbolo ocultista está presente en la iglesia templaria segoviana de la Vera Cruz. Pero, una vez más también, no hay documento que pruebe totalmente que los caballeros del Temple la construyeron (21). Sí se sabe, en cambio, que el templo fue consagrado en 1208, gracias a una lápida que está empotrada en el muro del edículo central y que, traducida de su letra monástica primitiva, dice: «Que los fundadores de este templo tengan un lugar (reservado) en la mansión celestial y que los que entren en él les acompañen en la misma. Dedicación de la iglesia del Santo Sepulcro. Idus de abril, era de 1246» (22). El marqués de Lozoya cree que sí se trata de una fundación de los templarios, que pasaría luego a la propiedad de los caballeros del Santo Sepulcro, de cuyos herederos, los caballeros de la orden de Malta, parece que depende en la actualidad.

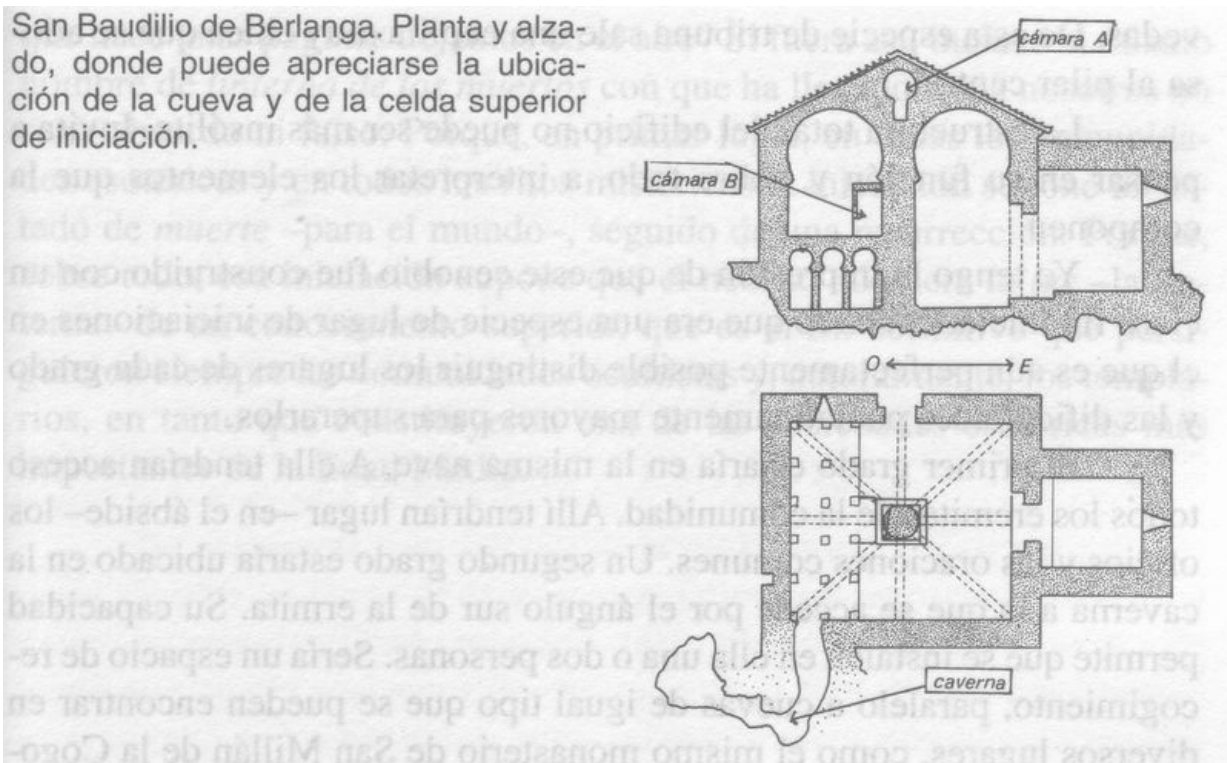
Al margen de su perfecta forma en dodecágono regular, la iglesia de la Vera Cruz patentiza su forma simbólica de Árbol de la Vida en el edículo central, una construcción de doce lados y dos pisos colocada en el centro del templo y de la cual nacen, como ramas regulares, las nervaduras de la bóveda que se extienden entre los dos cuerpos -el interior y el exterior- del edificio. Este tipo de construcción es insólito y, al mismo tiempo, aporta un dato más a su ascendencia originaria templaria, porque es la misma estructura que aparece en la capilla octogonal del castillo de Tomar, edificado cincuenta años antes que esta Vera Cruz segoviana. Y la misma estructura de la ya mencionada mezquita de la Roca en Jerusalén.

En cualquier caso, como nos lo prueba el altar central de la capilla de Tomar, este edículo -*stupa* - era, en la configuración total del templo, el lugar sagrado por excelencia. En la Vera Cruz parece que se trata de una capilla supletoria o complementaria, pero la presencia en el piso alto del edículo de una pieza de piedra en forma de arca nos lo confirma de modo contrario. Ese lugar es -lo fue para los templarios- el *sancta sanctorum* de su templo, el lugar central donde se rendía culto máximo al símbolo del saber: el arca hecha con la madera del Árbol de la Vida y la Ciencia.

21. La prueba que aportó en el siglo XVII el historiador Diego de Colmenares para demostrar la procedencia templaria de esta iglesia fue un breve del papa Honorio III a los caballeros del Templo de Jerusalén, remitiéndoles una reliquia de la cruz del Gólgota. Este breve, fechado el 16 de mayo de 1224, se conserva en los archivos parroquiales de Zamarramala, el pueblecillo de «las alcaldesas», a pocos kilómetros al norte de Segovia, en la carretera sobre la que está asentado el templo de la Vera Cruz. Sin embargo, recientemente parece haberse descubierto que la copia conservada era falsa y, por lo tanto, la prueba queda en el aire.

22.«HEC:SACRA:FUNDATES:CELESTI:SEDE:LOCENTVR:ATQVE:SVBERRANTES:IN;EADEM:CONSCOCIENTVR:DEDICATIO:ECCLIE:BEATI:SEPVLCRI:IDVS:APRILIS:ERA:M:CC:XL:VL». Algunos lectores han interpretado GOBERNANTES en lugar de SVBERRANTES, con lo cual la traducción diría que quienes acompañan al cielo a los fundadores son sus gobernantes, sus jefes. No parece que sea lógica esta interpretación.

San Baudilio de Berlanga. Planta y alzado, donde puede apreciarse la ubicación de la cueva y de la celda superior de iniciación.



Pero hay aún otro detalle que proclama el carácter iniciático de aquel lugar. Si desde el piso alto del edículo observamos la pequeña bóveda que lo cubre, descubriremos un agujero tapado al que no accede ninguna escalera. El agujero da a un recinto en el que apenas cabe una persona encogida, y sólo tiene un minúsculo ventano que permite ver el ábside del templo. Nadie sabe dar una explicación del fin que tenía aquel recinto.

Creo, sin embargo, que su forma piramidal y su total aislamiento proclaman el fin al que estaba destinada esta celda. Pero creo que, para comprenderlo, hemos de remontarnos unos siglos en el pasado y unos kilómetros hacia el norte.

Vivir sobre el Árbol de la Vida

En la provincia de Soria, a poco trecho de Berlanga del Duero, se levanta del suelo penosamente, en medio de parameras que antes fueron robledales, la ermita mozárabe de San Baudilio de Berlanga. A poco más de diez metros tiene un manantial de agua que fue considerada como milagrosa en otros tiempos. La ermita está construida sobre la roca viva y cubre la boca de una pequeña caverna que tiene acceso desde el interior del templo, por el extremo sur.



La columna central del templo mozárabe de San Baudilio de Berlanga. Entre las nervaduras se distinguen los agujeros por los que se entra en el cubículo de la cima del templo.

Los investigadores no se han puesto de acuerdo sobre la época de su construcción, porque aunque la estructura general hace sospechar que fue en la época visigótica, las pinturas que lo cubrían -en gran parte desaparecidas- (23) eran de muy variadas épocas, que iban desde el siglo XI hasta el XIV. Por mi parte, me inclino a pensar que el cenobio es mozárabe, y que fue levantado cuando aquella zona estaba aún dominada por los musulmanes (24).

En cualquier caso, lo que ahora nos importa de él es su estructura y el sentido muy especial que le dieron sus constructores. El minúsculo monasterio tiene planta casi cuadrada, y de su lado nororiental sale un pequeño ábside-capilla también cuadrado. La nave principal tiene en el centro un pilar redondo, de casi un metro de diámetro, del que parten ocho arcos de herradura irregulares que dan al conjunto el aspecto inequívoco de una palmera. Se trata, sin duda, de la misma palmera que, representando al *Árbol de la Vida*, aparece pintada en las miniaturas de varias copias de los *Comentarios apocalípticos* de Beato de Liébana.

Pongamos atención ahora: si miramos entre estos arcos en forma de ramas de palmera veremos que hay un hueco en lo alto. Ese hueco, de acceso muy difícil, da a un espacio de apenas un metro de diámetro que hay en el interior y que está cubierto con una cupulilla de nervios cruzados en auténtica filigrana. Allí cabe malamente un ser humano acurrucado. Y, sin embargo, el

Notas 23 y 24 en la pág. siguiente

lugar fue construido con todo cuidado, precisamente en lo alto del pilar que simula e imita el Árbol de la Vida.

Sigamos con la descripción de San Baudilio. La mitad de la nave principal está ocupada por una especie de tribuna a la que se accede por unos escalones ruinosos. La tribuna está sostenida por 18 columnas recordemos: 9 + 9- unidas por arquillos de herradura y pequeñas bóvedas. De esta especie de tribuna sale una capilla muy chica que se adosa al pilar central.

La estructura total del edificio no puede ser más insólita. Invita a pensar en su función y, sobre todo, a interpretar los elementos que la componen.

Yo tengo la impresión de que este cenobio fue construido con un claro fin iniciático. Creo que era una especie de lugar de iniciaciones en el que es aún perfectamente posible distinguir los lugares de cada grado y las dificultades paulatinamente mayores para superarlos.

El primer grado estaría en la misma nave. A ella tendrían acceso todos los eremitas de la comunidad. Allí tendrían lugar -en el ábside- los oficios y las oraciones comunes. Un segundo grado estaría ubicado en la caverna a la que se accede por el ángulo sur de la ermita. Su capacidad permite que se instalen en ella una o dos personas. Sería un espacio de recogimiento, paralelo a cuevas de igual tipo que se pueden encontrar en diversos lugares, como el mismo monasterio de San Millán de la Cogolla. Allí el eremita estaría en contacto directo con la tierra, absorbiendo místicamente su esencia.

23. La historia del expolio de la pinturas murales de San Baudilio de Berlanga es tan triste y tan característica del paupérrimo tercermundismo en que ha vivido España a lo largo del siglo xx que formaría, por sí sola, un tratado de legislación especial. San Baudilio forma parte de una de las zonas más pobres y abandonadas de Soria, ya de por sí terriblemente abandonada por la administración. El pequeño cenobio era propiedad de los vecinos de la aldea de Casillas, a pesar de haber sido declarado monumento histórico-artístico por una real orden del 24 de agosto de 1917. En el año 1922, un millonario yanqui, míster Dereppe, hizo a los vecinos de Casillas una tentadora oferta por las pinturas, a través de la gestión de un intermediario, León Leví. No valieron protestas, procesos ni amenazas. El Estado fue incapaz de ofrecer a los campesinos una cantidad equivalente a la que ofrecía el millonario americano, y en 1925 la mayor parte de los frescos de San Baudilio embarcaban convenientemente embalados hacia Estados Unidos. Hoy, ese tesoro está repartido. Tan repartido que no sé si un milagro sería capaz de reunirlos de nuevo. Según mis noticias, el Museo de los Claustros de Nueva York posee varios de ellos, entre los que se cuentan *La resurrección de Lázaro* y *Las tentaciones del desierto*. Dos médicos de Indianápolis poseen una *Entrada en Jerusalén* y un *Cazador con halcón*. El museo de Boston tiene *La última cena* y *Las tres Marías ante el sepulcro*, y el Museo del Prado pudo adquirir, en 1957, algunos paneles: un oso, un elefante, una escena de caza, un guerrero cazador y un paño con medallones, pero... todo esto fue adquirido a cambio de los frescos del ábside de Fuentidueña (Segovia), que se llevó a Estados Unidos el director del Museo de los Claustros de Nueva York, James Rovimer.

24. Lo del dominio musulmán de la zona es relativo. Aquellos parajes formaron parte, durante dos siglos -probablemente los dos siglos entre los cuales sería edificado el cenobio, entre el VIII y el X- de la tierra de nadie despoblada por los cristianos y sólo esporádicamente hollada por los musulmanes.

Otro espacio iniciático lo constituiría la cámara que se adosa al pilar desde la tribuna. Allí, el adepto entraría ya en contacto inmediato con la imagen del Árbol de la Vida representado en el pilar. Y, por último, pasaría un tiempo en la celda superior, en lo alto mismo del Árbol, beneficiándose tanto del influjo de su forma como de la pirámide-techo que tenía sobre él.

Este espacio iniciático superior tiene exactamente la misma función en el cenobio mozárabe de San Baudilio de Berlanga y en la iglesia templaria de la Vera Cruz de Segovia. Se trata, sin lugar a dudas, de un lugar concreto en el que se encerraría el caballero-freire para pasar un tiempo indeterminado en soledad meditativa. Un espacio equivalente a la columna de san Simeón el Estagirita o a las cuevas iniciáticas de los anacoretas del Bierzo o de la Tebaida. Una celda que, a un tiempo, contenía el simbolismo del árbol-columna y el beneficio de la pirámide-caverna. El lugar idóneo, pues, para que el neófito recibiera la iniciación en el saber y en el sentir superior que exigían los mandamientos secretos de la orden templaria.

Pero este lugar -celda de retiro, lugar de prueba para alcanzar la iniciación-, ¿no sería acaso también el mismo que en la capilla de Torres del Río es llamado la linterna de los muertos? ¿Y no sería un espacio así -ya desaparecido- al que se accedería por la escalera espiral de Eunáte, que hace unas páginas dejamos en el aire? Si fuera así, incluso el mismo nombre de *linterna de los muertos* con que ha llegado hasta nosotros no sería absurdo ni falso. Porque, en primer lugar, en todas las comunidades esotéricas y en todos los ritos místicos la iniciación supone un estado de *muerte* -para el mundo-, seguido de una resurrección. Porque, sobre todo, esa iniciación supone que el neófito adquiere *la luz* -la linterna- de un conocimiento superior, que es el fin definitivo que persiguieron siempre las comunidades ocultistas y, naturalmente, los templarios, en tanto que constituyeron una de las sociedades esotéricas más importantes de la Edad Media.

LAS FAUCES DEL LEÓN

«Finalmente nosotros, con toda afección y piedad fraternal, y a ruegos del maestro Hugo, en quien la sobredicha milicia tuvo principio, estando juntos con ayuda de Dios e influyendo el Espíritu Santo de diversas mansiones de la Provincia ultramontana, en la fiesta de San Hilario, año de la Encarnación del Señor 1128, y del principio de dicha milicia el nono, merecimos oír de boca del mismo maestro Hugo, el modo y observancia de esta Orden Militar, capítulo por capítulo; y según la noticia de la pequeñez de nuestro saber, todo lo que en el presente Concilio no se nos pudo contar y referir de memoria, lo pusimos, de conformidad y con dictamen de todo el Capítulo, a la providencia y discreción de nuestro Venerable Padre Honorio II y del ínclito Patriarca de Jerusalén Esteban, experto en la fertilidad y necesidad de la Religión Oriental y los pobres Comilitones de Christo; a la verdad, aunque un gran número de Religiosos Padres que en aquel Concilio se juntaron por Divina inspiración apoya la autoridad de nuestro dictamen, no debemos pasar en silencio aquellos que vieron y profirieron estas verdaderas sentencias, de que yo Juan Michaelensis, por mandado del Concilio y del Venerable Abad de Claraval, a quien estaba encargado y aun le era debido este asunto, merecí, por la Gracia Divina, ser escritor de la presente página (1).»

1. Tomo la transcripción de don Pedro RODRÍGUEZ CAMPOMANES (*op. cit.*, pp. 166 y 181), que dice haberlas traducido de las *Colecciones de concilios, y cuerpo universal diplomático de Mons. Dumont*.

Así da comienzo la regla del Temple dada en el concilio de Troyes. Una regla perfectamente ortodoxa y dogmática, severa y caritativa como ninguna. Una regla, sin embargo, que ocasionalmente deja aparecer alguna extraña sentencia. Así, bajo el epígrafe «*Que al león siempre se, hiera*», dice en el punto XLVIII: «Porque es cierto lo que especialmente debéis, y se os tiene encargado el poner vuestras almas por las de vuestros hermanos y extirpar de la Tierra a los incrédulos que siempre amenazan al Hijo de la Virgen. Porque del León leemos lo siguiente: Porque él anda circulando, buscando a quien deborar; y en otra parte: Sus manos contra todos, y las de todos contra él».

A los templarios, que tenían prohibida expresamente la caza de todo tipo (2), incluso para cubrir sus necesidades de subsistencia, se les permitía únicamente la caza del león.

En apariencia, este detalle de la regla es una incitación caballeresca al valor, al juego de la aventura. Pero sería demasiado fácil quedarse con este significado primario, sobre todo conociendo el valor religioso que, según acabamos de ver, se le da al acto. Y más aún cuando, en el mundo de los símbolos, tanto la caza como el león han respondido siempre a unos significados muy específicos de los que el Temple, en tanto que fraternidad esotérica, estaba al corriente.

Un signo en el Zodíaco

Una de las figuras del pórtico central de la catedral de Notre-Dame de París representa a un caballero cubierto de cota de malla -y templario, a juzgar por la cruz del yelmo- que abraza un escudo en el que hay grabado un león. Fulcanelli (3) descubre en esta figura la representación del *compos*, el cuerpo fijo alquímico sobre el que tiene que trabajar el alquimista para extraerle la esencia con la ayuda del compuesto mercurial.

Reflexionemos un poco en torno a este simbolismo alquímico, que nos presenta, en síntesis, una *lucha* en la que un elemento agente -el mercurio- arrebató la esencia del elemento que es, en cierto modo, vencido -el león-. Es exactamente la misma lucha simbólica del Sigurd germánico con la serpiente Fafnir, al fin de la cual el héroe se baña en la sangre vertida por el monstruo y adquiere la facultad de conocer el lenguaje de los pájaros. El

2. «... especialmente mando a todo Hermano professo, no se atreva a herir con arco, o ballesta en el Bosque, ni que con el que esto hiciera vaya, sino es por guardarlo de algún pérvido Gentil; ni con perros sea ossado a dar voces, ni clamar, ni pique a su cavallo con ánimo de coger la fiera» (artículo XLVII de los estatutos del Temple, *op. cit.*).

3. *El misterio de las catedrales* (Plaza & Janés, Barcelona, 1967).

león, como la serpiente, son fieras simbólicas que *guardan* un valor -un tesoro, se le llama a veces- que hay que arrebatarse por la fuerza. Bajo este punto de vista, se corresponden con los gigantes míticos de la tradición vasca, con los *baxajaun*, igualmente guardadores de tesoros y conocimientos. Se identifican también con la serpiente Pithon, vencida por Apolo, que construyó sobre su cubil el oráculo de Delfos.

El león es, pues, un animal simbólico al que hay que vencer para extraerle su secreto. Y esta lucha iniciática, que estaba oficialmente reconocida en la regla templaria, es la lucha del hombre contra la bestia -personificada a menudo en el león- que aparece constantemente representada en los capiteles de los templos románicos. Con la particularidad de que, muy a menudo, este hombre puede ser reconocido como san Miguel, que es, en el mito originario de la Biblia, una limpia y directa trasposición del Hermes-Mercurio de la aventura mítica clásica. Insensiblemente, volvemos al campo de la alquimia.

Salomón, el constructor del Templo de Jerusalén, fue llamado el León de Judá. Y no precisamente porque diera muestras de fiereza, pues es sabido que no fue rey pendenciero. Su apelativo le vino del hecho de ser sabio, de poseer los secretos profundos del conocimiento. Añadamos: de un conocimiento ancestral que venía de muy lejos, de las profundidades de un tiempo en el que ese león convertido en símbolo -solar, áureo, viril o lo que queramos encontrar en cualquier aspecto de las religiones y de las enseñanzas paralelas- tenía una realidad.

Si seguimos los pasos de las precesiones equinocciales (4) nos encontraremos con la sorpresa de que la era correspondiente al signo de Leo abarcó -aproximadamente y según uno de los cálculos- los años comprendidos entre el 10993 y el 8833 antes de Cristo. En este período terminó la última glaciación de Wurm y se produjo el cambio climático de la Tierra, caracterizado culturalmente por la era mesolítica. Estas circunstancias hacen sospechar fundadamente la realidad de un cataclismo cosmológico de tremendas consecuencias. Un cataclismo que pudo muy bien terminar con una civilización superior -la civilización atlante de Poseidonis- que hoy ha pasado, por falta de pruebas *materiales* que atestigüen su realidad, a formar parte de los

4. Para aquellos que oigan hablar por primera vez de esta cuestión, adelantaré brevemente que estas precesiones vienen dadas por las épocas en las que el punto vernal -el lugar del horizonte por donde aparece el Sol- está condicionado por la presencia de una de las doce constelaciones zodiacales. La presencia de cada una de estas constelaciones dura un tiempo equivalente a 2.160 años y el paso de todo el ciclo dura 25.920 años. Cada año, el Sol se desplaza en su recorrido 1/72 de grado, o lo que es lo mismo, el Sol tarda 72 años en desplazarse un grado. En la actualidad nos encontramos gobernados por la era de Acuario y hemos abandonado hace muy poco tiempo la de Piscis, que se inició 193 años antes de dar comienzo la era cristiana por la que nos regimos en el cómputo del tiempo.

mitos universales (5).

Si esta civilización existió -y creo que cada día caben menos dudas de esa existencia-, sus escasos supervivientes fueron, en cierto modo, los guardadores del conocimiento que allí se había desarrollado. Fueron, pues, los poseedores de la sabiduría de Leo, los guardianes de un tesoro intelectual que todos los pueblos de la Tierra trataron de adquirir.

La realidad de aquellas vivencias se tradujo en mitos. Mitos de lucha y de conquista. Mitos como el primer trabajo de Hércules, el del *león* de Nemea. Mitos del hombre, que se convirtieron en símbolos para unas minorías que conocían su valor real y pretendían alcanzar ocultamente la verdad trascendente que representaban. Por eso son símbolos de esta vivencia cultural la esfinge de Gizeh (6) y los leones que guardaban la entrada de los templos asirios. Por eso comienza precisamente en esta era el cómputo del tiempo para el calendario zodiacal de Dendera.

Pongamos atención ahora: el desastre atlante tuvo lugar en algún lugar del océano Atlántico, según todas las tradiciones y en consonancia con la lógica histórica. El Atlántico se encuentra al occidente de todo el mundo cultural de las civilizaciones mediterráneas, y el occidente fue precisamente, con la trayectoria del sol, la meta para vivos y para muertos en toda la querencia ancestral de estos pueblos; como origen de su existencia, como patria remota de los antepasados. La última ruta histórica hacia ese occidente fue el camino de Santiago; un camino sacralizado por la Iglesia desde el siglo IX, pero utilizado desde las más remotas edades de la historia por hombres que lo siguieron en busca de los orígenes de un conocimiento perdido.

El camino de Santiago, en todos sus templos, está cuajado de representaciones de leones, desde Jaca a los leones dobles que presiden con su mirada penetrante la entrada a la pretendida tumba apostólica por la puerta de las Platerías. La misma ciudad de Santiago se edificó en torno al núcleo de la peregrinación, en un lugar que se llamaba Compostela. Pero fijémonos: no Compostela, sino Compostela. Compostela no es, contra lo que la tradición dirigida quiere hacernos creer, un antiguo *Campus Stelae*, sino el lugar donde se encuentra el *compos* alquímico, la meta *estelar* del león del conocimiento, el enclave donde se produce la transfiguración de la base alquímica a la que

5. Nuevamente tengo que remitir a las informaciones que aportó en mi libro *Los supervivientes de la Atlántida (op. cit.)*, para evitar repetir conceptos, pruebas y tesis allí expuestas.

6. El historiador copto Masudi cuenta que los sacerdotes habían prevenido al rey Surid, constructor de la esfinge, de la inminencia de un diluvio universal que habría de venir, precisamente, de «la constelación de Leo». Surid, según esta historia, habría mandado construir la esfinge para avisar de este desastre a los hombres.

el mercurio extraerá su esencia vital, el germen profundo de la sabiduría (7).

La búsqueda en la misma fuente

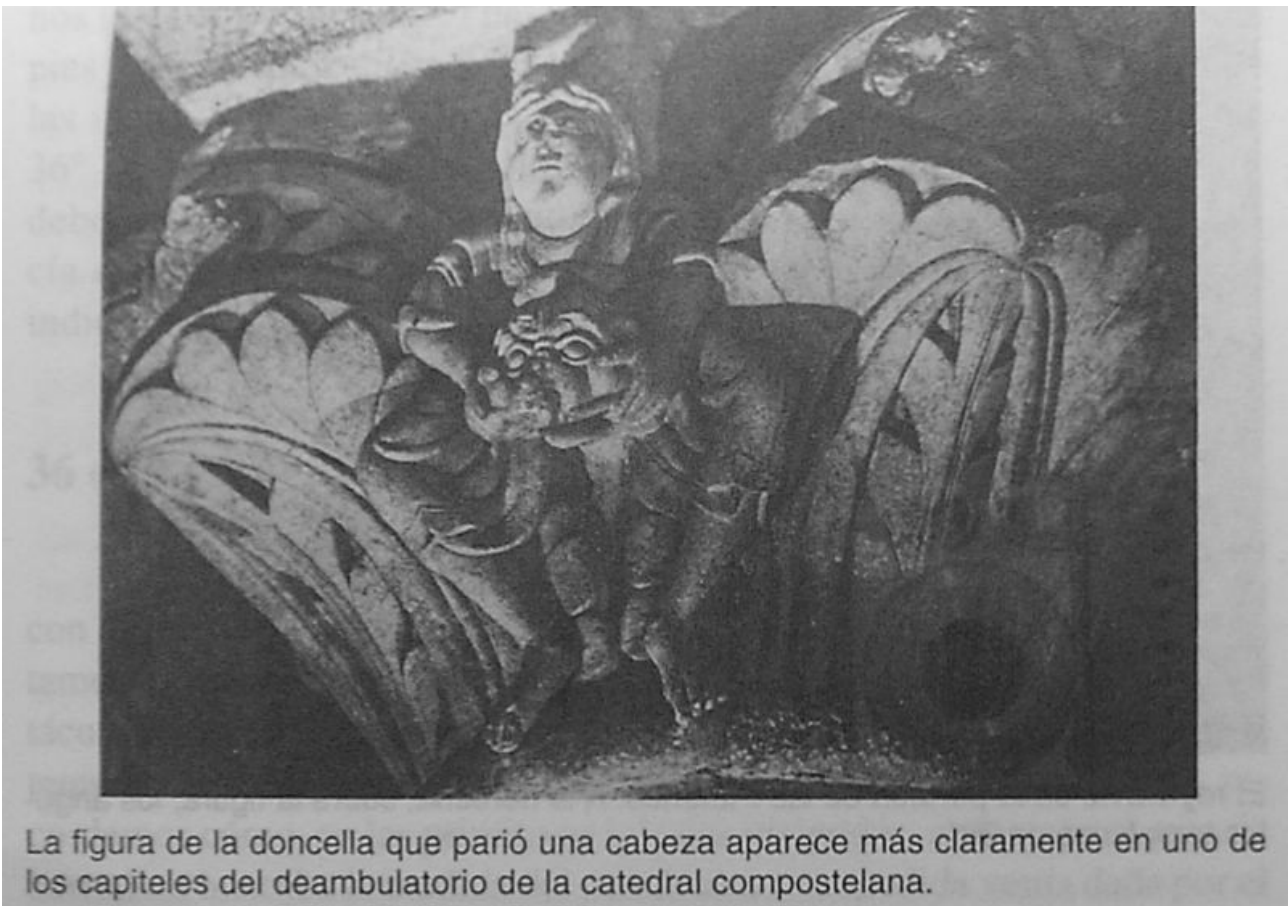
Hay escasas noticias templarias en Galicia. Y aún menos huellas materiales, muy a menudo más sospechadas que documentadas. La *Crónica Compostelana* que se escribió en tiempos del obispo Gelmírez, y que es tal vez la más importante entre las de la Edad Media gallega, los ignora limpiamente.

Sin embargo, los templarios tuvieron un convento en la isla de San Simón, frente a Redondela. Estuvieron asentados junto al santuario céltico del monte de Santa Tecla, en La Guardia. Fueron construcciones cuyas la iglesia de San Julián de los Astureses en Boborás y la cercana iglesuela de San Mamed de Moldes, donde aún pueden verse sus cruces en los tímpanos y donde es posible contemplar, en el interior, una imagen de Santiago como maestro ocultista, con un insólito libro en la mano como nunca suele ser representado. Se sabe igualmente que estuvieron en Portomarín y en Fonsagrada, que luego fueron sede de los caballeros de la orden de San Juan.

Y, en fin, sus cruces -que no sus noticias- surgen de nuevo en la vieja iglesia de los franciscanos de Padrón, junto a la antigua Iria Flavia, al lado mismo del lugar donde cuenta la tradición que atracó la barca sin timón que traía el cuerpo del apóstol, en el corazón del mito esotérico jacobeo.

La aventura templaria gallega ha sido prácticamente borrada o, al menos, se minimizó hasta ser eliminada de la memoria. Había razones para ello. El proceso de sus miembros y la tácita extinción de la orden, aunque no pasó de ser un puro trámite en los reinos peninsulares, llevaban consigo un sentimiento de veto y una necesidad oficial de silencio en todas partes. Mucho más en el lugar sagrado por excelencia como era Compostela y sus alrededores. Sin embargo, hay una serie de huellas imposibles de borrar que está presente en la estructura de la catedral y que delata, si no una presencia activa indiscutible de los templarios, al menos -con plena seguridad- la tradición hermética de la construcción que ellos pudieron transmitir a las cofradías de canteros que intervinieron en el levantamiento del templo; e incluso, posiblemente, a los maestros Esteban, Bernardo y Mateo, autores de las portadas

7. Más coincidencias con el símbolo leonino nos son facilitadas por Juan Pedro MARÍN BENTAJAC y Jaime CABREROS AGUIRRE en su libro *El camino iniciático de Santiago* (Ediciones 29, Barcelona, 1976). La festividad del apóstol tiene lugar el día 25 de julio, en pleno signo de Leo. Y Leo, como símbolo integrante de las religiones solares, tiene su fiesta en domingo, lo mismo que el Sol, al que se le dedica el día. Y «los años santos compostelanos se han celebrado, desde que el papa Calixto II los concedió, los años en los que el día del apóstol coincide con domingo».



de las Platerías y de la Gloria, y hasta de la desaparecida portada septentrional.

Unos ejemplos de cada uno de estos pórticos creo que podrán confirmar estas sospechas.

Comencemos por el de las Platerías, situado en el lado meridional de la basílica. El portal se compone de dos puertas románicas, cada una de ellas provista de su correspondiente tímpano. En el extremo derecho del tímpano izquierdo hay una extraña figura femenina, semidesnuda y sentada en actitud hierática, sosteniendo una calavera en su regazo. Los guías y los historiadores del arte no se han puesto de acuerdo sobre su personalidad. Unos creen que se trata de María Magdalena penitente; otros la llaman, con menos razón todavía, la mujer adúltera. Pero unos y otros olvidan una leyenda iniciática de origen templario -o tal vez de raíces cátaras- en la que se cuenta la historia de una doncella que, sin contacto con varón, quedó preñada y sus padres la mataron para ocultar su vergüenza; y que, después de muerta y enterrada, parió una cabeza parlante que predecía el futuro a los hombres. Es una historia en la que surge inmediatamente el recuerdo del bafomet.

Fijémonos bien en la figura: al contrario de todas las demás del pórtico, que tienen esculpidas claramente las pupilas, ésta tiene los ojos muertos, sin

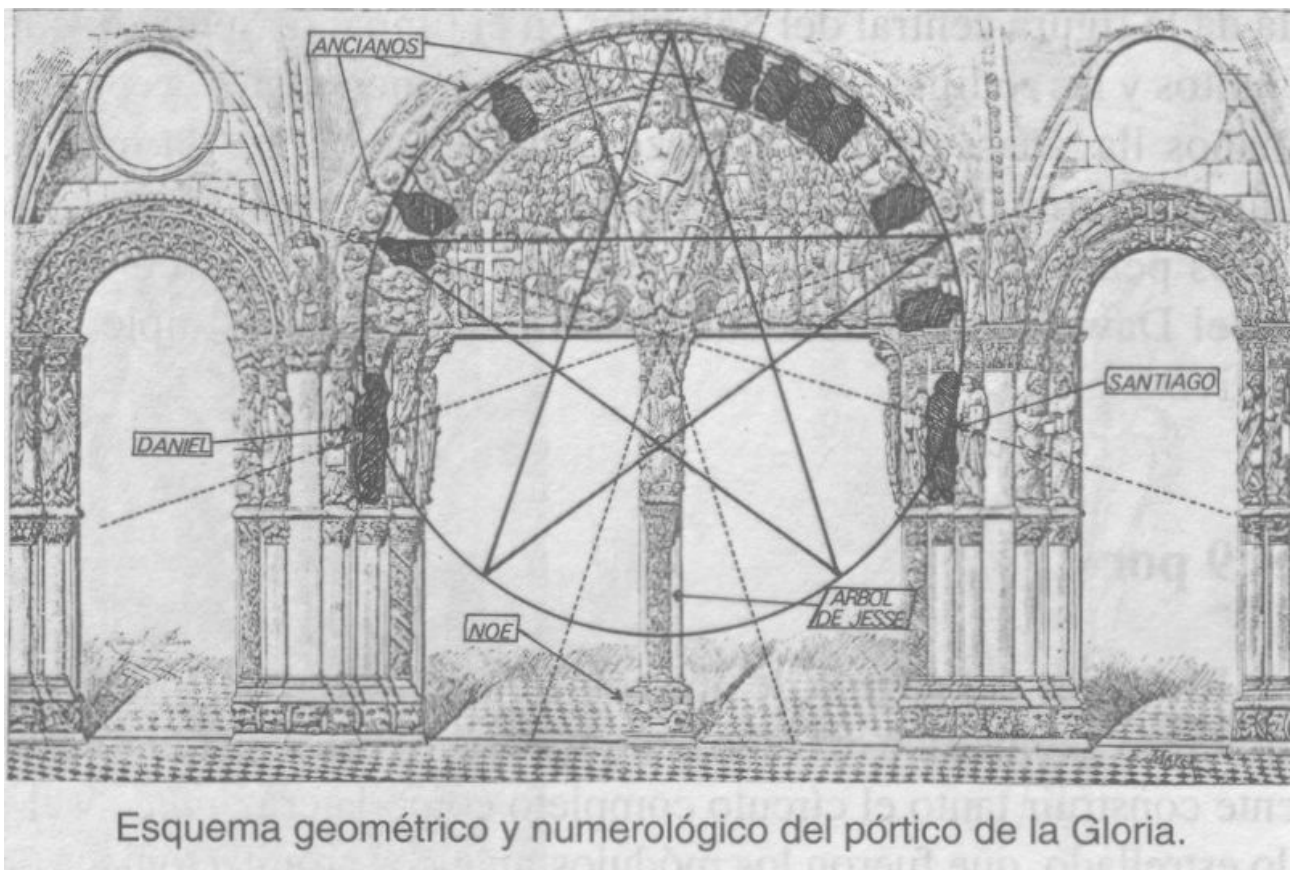


El rey David de la portada de las Platerías. A la derecha, sobre la figura, los ángulos templarios de 36°.

mirada. Además, no ora ante el cráneo -como lo haría la Magdalena penitente-, sino que lo sostiene en el regazo *como* a un hijo. Por último, aparece sentada sobre dos *leones*, de los que se distinguen claramente las cabezas.

El mismo tema se repite en uno de los capiteles del interior de la basílica, en lo alto del deambulatorio.

Junto a la huella simbólica que nos ofrece la figura de la doncella, el rastro numerológico. A la izquierda de la gran portada se encuentra la imagen más significativa y célebre de la misma: la figura del rey David, tocando no el arpa, sino una vihuela. ¿Por qué? A mi modo de ver, porque la vihuela es un instrumento de *cuerda* que se toca con la ayuda de un *arco* y ambos, cuerda y arco, marcan una determinada línea. Midamos, pues, el ángulo del arco en el punto de contacto con las cuerdas del instrumento. Marca exactamente 36°. Pero hay más. La figura tiene las piernas cruzadas en los tobillos y las rodillas separadas. Midamos nuevamente el ángulo que forma esta postura: son 36° exactos. Esta medida de 36° es -recordémoslo- la medida del ángulo arquitectónico de los templarios, la medida del ángulo de la cruz *patée* y la de los ángulos de las puntas del pentágulo estrellado. ¿Coincidencia? No lo creo. También es de 36° el ángulo que marcan las piernas de la mujer del cráneo.



Pasemos al pórtico de la Gloria, puesto que el portal norte fue destruido y sus figuras se hallan diseminadas por todas partes. La obra del maestro Mateo es tan críptica que ha despertado las más diversas reacciones entre sus analistas, desde el convencimiento de que se trata de la síntesis más completa del simbolismo ocultista medieval hasta la suposición de que sólo hay en el pórtico ortodoxia dogmática y una sobredosis abrumadora de estética cristiana.

A mi modo de ver, el maestro Mateo verificó aquí una auténtica transición ideológica entre las preocupaciones simbólicas figurativas que caracterizaron las construcciones del románico y las soluciones de simbología numérica que conformaron la estructura general del gótico. En el pórtico de la Gloria, efectivamente, todo tiene una *apariencia* ortodoxa; todas sus figuras -con ligeras excepciones- están acordes con el dogma imperante. El mensaje oculto está, sin embargo, en la *disposición* de los personajes, en su *cantidad* y en sus *actitudes*.

La primera clave aparente de esta preocupación por la medida nos la da la figura central del Salvador en el tímpano. Sentado, con los pies juntos y las rodillas y los brazos abiertos, mostrando las palmas de las manos llagadas, piernas y brazos vuelven a darnos la medida de 36° que comprobábamos an-

teriormente. Pero creo que, en este caso, debemos pensar que esta medida angular no señala ya -como lo hacía en el David y en la doncella de las Platerías- un simple módulo indicativo (8).

36 es 9 por 4

El vértice del ángulo de 36° coincide, en el Salvador del pórtico, con el centro geométrico del arco central. A partir de él, podemos perfectamente construir tanto el círculo completo como la cruz *patée* y el pentáculo estrellado, que fueron los módulos mágicos arquitectónicos de los templos ocultistas primitivos. Fijémonos primeramente en la cruz y recordemos cómo, en las primitivas iglesias visigodas, en las que el arco de herradura buscaba la medida del pentáculo, esta medida venía dada por el punto donde el arco se interrumpía a causa de la intersección de la cruz *patée* de 36° . Traslademos ese punto al pórtico y veremos cómo ese punto de intersección apunta ahora a dos figuras clave. A la derecha Santiago -¿por qué, si no, el apóstol está dos veces representado en el pórtico?-, y a la izquierda el profeta Daniel, iprecisamente el profeta que sobrevivió y comió del pan de Dios -pan de conocimiento- en el foso de los *leones* ! «Y gritó Habacuc: ¡Daniel, Daniel!, toma la comida que Dios te envía. Y contestó Daniel: En verdad, ¡oh Dios!, te has acordado de mí, pues no abandonas a los que te aman» (*Daniel*, 14, 37-38).

Por su parte, el pentáculo -ya pentáculo recto y no invertido -*contiene* a las dos figuras principales del pórtico: Cristo -en el tímpano- y Santiago - en el parteluz-. Y ambas figuras están colocadas de tal modo en el esquema del pentáculo que si el Salvador tiene su cabeza en el lugar exacto donde, según los módulos mágicos, debe encontrarse inscrita la cabeza humana, el bajo vientre del apóstol se encuentra también exactamente en la intersección de las dos puntas inferiores de dicho pentáculo. Es decir, en el lugar justo donde en el Adam Kadmon de la Cábala hebrea se sitúa el noveno *sefira*, YESOD (fundación), representado en el alfabeto sagrado por la letra Teth que, como vimos anteriormente, es el fundamento primario de la Tau templaria. Hay, pues, una identificación -evidentemente sincrética, y por tanto heterodoxa-

8. De todos modos, no creo totalmente que sean simples signos indicativos en el caso de las figuras de las Platerías, puesto que no hay certeza de que ambas figuras estuvieran originariamente destinadas al lugar que ocupan en la actualidad y que la actual ubicación fuera posterior al tiempo en que se labraron, destinadas a un espacio específico. Fijémonos que el David está aislado a la izquierda del portal, y en cuanto a la doncella de la calavera, parte de su figura queda cortada por el arco.

entre los dos personajes, que no son más que uno en la realidad del pensamiento ocultista que rigió la concepción del Pórtico.

Creo que no se detiene aquí la composición esotérica de la obra de Mateo. La cifra 36, medida de los ángulos del pentáculo y de la cruz, se descompone numéricamente en el producto 9 x 4. Y en el pórtico hay precisamente 4 sectores de 9 figuras representativas del proceso de transfiguración mística.

El primer sector es doble. Lo componen los dos grandes grupos de nueve que constituyen las basas de las columnas. Las cabezas representan una extraña mezcla en la que se confunden figuras leoninas, humanas y aquí-linas. En cualquier caso, leones o águilas son una clara representación simbólica de la sabiduría que *sostiene* todo el pórtico. Porque, no lo olvidemos, se trata de las basas sobre las que se levanta la estructura entera. Nos está avisando del carácter *consciente* de todo cuanto allí se ha levantado.

El segundo sector, también doble, está formado por las figuras adosadas a las columnas de los tres arcos. A la izquierda hay ocho profetas... y una columna sin figura. A la derecha, ocho apóstoles... y otra columna vacía. Recordemos que ni los profetas ni los apóstoles fueron ocho. Aquí no importa tanto, pues, la realidad «histórica» como la naturaleza misma de los personajes y la cifra con la que se les ha querido identificar.

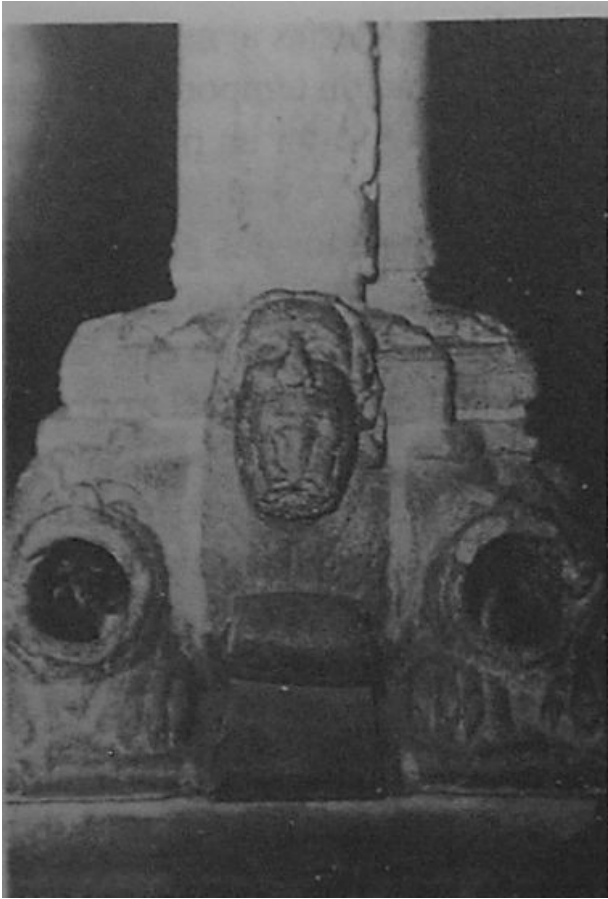
Los profetas anunciaron -según los evangelios- a un Mesías que tenía que llegar del tronco de Jessé. Los apóstoles, por su parte, fueron los encargados de difundir las enseñanzas de ese Mesías al mundo. Hay una clara correlación entre los dos grupos, la relación temporal que liga un pasado profético y un futuro profetizado. Unidos por un presente intemporal, un presente en el que no existe el tiempo. Y ese presente -precisamente la figura que parece faltar en cada uno de los dos grupos para completar el 9 anunciado por las columnas vacías de ambos lados-, es Santiago, el *Jacques* sabio y maestro que, al mismo tamaño que las figuras de los costados, preside el parteluz sentado en lo alto del tronco de Jessé que declara la genealogía del Salvador.

Así resulta que, en la concepción esotérica del maestro Mateo, es Santiago la divinidad magistral y mesiánica realmente anunciada y adorada. Un Santiago que, fijémonos bien, está situado

a) inmediatamente encima del capitel que representa la Trinidad divina, la cual, a su vez, está sobre

b) la columna en la que se labró el Árbol de Jessé, fundamento genealógico del maestro. Y esta columna, por su parte, descansa sobre su propio origen, sobre

c) la basa que representa a Noé, el patriarca salvado del diluvio atlante, el último superviviente de la raza sabia sobre la que se creó toda la cosmogé-



El patriarca Noé preside toda la estructura del pórtico de la Gloria, sosteniéndose sobre los símbolos de la era de Leo.

nesis mágico-religiosa del mundo. Significativamente, este Noé abraza dos *leones* con las fauces abiertas de par en par. Si recordamos el simbolismo del león que hemos rememorado al principio, tendremos que pensar que estos dos leones abren sus fauces para permitir que el iniciado meta en ellas la mano y extraiga la sabiduría que contienen. No sería extraño que la costumbre tradicional de los peregrinos de realizar esta acción tuviera el origen iniciático que indico.

El tercer grupo de nueve figuras está constituido, en el tímpano, por los ocho ángeles y el Salvador, que van mostrando, en los atributos del martirio de Cristo -cruz, corona de espinas, llagas, lanza, sentencia, látigo, esponja, caña y columna- los nueve grados de una iniciación que conducen a una muerte a la que seguirá la resurrección a la vida del adepto.

Finalmente, el cuarto grupo lo forman, en la sucesión de 24 ancianos apocalípticos que conforman el arco central, los *nueve* que son portadores de matraces alquímicos. Curiosamente, sus posiciones en el conjunto no están elegidas al azar, sino que siguen una necesidad numerológica previamente establecida con exactitud mágica. Porque

1) Los 24 ancianos están situados a lo largo de una semicircunferencia que mide lógicamente, 180° . Y la descomposición numérica de 180 da (por la suma de $1+ 8$) 9.

2) Porque cada uno de los 24 ancianos ocupa, en la semicircunferencia, un ángulo de $7,5^\circ$. Como son 9 los ancianos con matraces, ocupan en el total de la semicircunferencia un total de $67,5^\circ$. Si descomponemos de nuevo, $6 + 7 + 5 = 18$; y $1 + 8 = 9$.

3) Porque si contamos la posición que ocupan los nueve ancianos en el conjunto de los 24, de izquierda a derecha, sus puestos son el 3, el 4, el 8, el 15, el 16, el 17, el 18, el 21 y el 24. La suma de estas posiciones nos da 126; y $1+2+6=9$.

4) Finalmente, si contamos las posiciones de derecha a izquierda, ocupan los puestos 1, 4, 7, 8, 9, 10, 17, 21 y 22. La suma es 99; pero $9 + 9 = 18$, y $1+8=9$.

Yesod: fundación

Querría dejar sentado el propósito de que no estamos tratando aquí de una más o menos ingeniosa combinación de números sin sentido. Cuando los seguidores del ocultismo han utilizado la magia numerológica, ciertamente muchos no han sabido ver más allá de unos resultados curiosos o de unos dogmas incomprensibles que había que aceptar por un acto de fe, exactamente igual que los otros dogmas ortodoxos que rechazaban. La pretendida *magia* de los números va mucho más allá y reside, esencialmente, en que *éstos representan las magnitudes sobre las que se asienta toda la estructura del cosmos*. Los números son la expresión del espacio tiempo. Consecuentemente, son la razón última de todo cuanto existe, desde la materia hasta el pensamiento.

Dentro de esta concepción universalista del número, tanto los pitagóricos como la Kábala reducen la infinitud de números posibles a las diez cifras simples, por medio de adiciones sucesivas de los componentes numéricos. Cada cifra, de este modo, tiene una base núcleo que son los diez números simples, de los cuales salen todos los demás y a los cuales condicionan. En la Kábala, cada uno de ellos corresponde a una de las proyecciones divinas del árbol sefirótico. Y ese árbol es árbol de vida y árbol de ciencia, árbol edénico del bien y del mal, es decir, la más pura representación de lo creado y de su esencia divina. En la significación que se da a cada uno de los diez números simples están contenidas todas las posibilidades de cambios, de evolución, de comprensión última -y real- del universo, al margen siempre de nuestras limitaciones sensoriales.

Para la Cábala, como ya tuvimos ocasión de ver (9) el número 9 corresponde al *sefira* YESOD, cuyo significado es Fundación, y a la letra Teth. Al margen de las implicaciones que ya apuntábamos entonces, cito ahora textualmente a Marcos Ricardo Barnatán (10), que resume perfectamente páginas y páginas que podrían resultar farragosas para el lector: «Significa serpiente y sabiduría, indica también misterio, lo insondable, ocultación, conservación y renovación. Es identificable al bien, al horror del mal, a la moralidad y la luz de la razón.

»Es la imagen más completa de los tres mundos [...] y es además el número del iniciado [...]. La Teth expresa la razón de ser de todas las formas, porque contiene en sí a todos los números simples. Es la síntesis del bien y del mal, la resta y la suma de todo lo que ha sucedido. Teth es espíritu y materia.

»Es asimilable a la energía, a la actividad y a la comprensión en su fase positiva, y a la agresividad, la violencia y el rencor en su fase negativa.

»Indica resistencia y protección porque aparece como abrigo y refugio. Representa la culminación y regeneración de la existencia».

A la vista de estas significaciones cabalísticas del número 9, resueltas en el pórtico de la Gloria, puede explicarse la aparente incongruencia de que dicho pórtico se mandase reconstruir apenas cuarenta años después de haber sido levantado uno anterior. Efectivamente, el maestro Mateo se puso a su trabajo no mucho tiempo después de que el autor del *Códice Calixtino*, Aymeric Picaud, acompañase al papa Calixto II en su peregrinación. La descripción que hace el viajero francés de la puerta occidental de la basílica no tiene nada que ver con el pórtico que conocemos, pero tuvo que ser especialmente grandiosa por los elogios que hace de ella en el capítulo noveno de su itinerario (11).

Sin embargo, me atrevo a suponer que el pórtico anterior carecía de las claves herméticas necesarias. Y sigo suponiendo -desgraciadamente, sin base documental- que hubo una intervención templaria que llevó al rey Fernan-

9. Véase el capítulo 3, donde tratábamos ya, parcialmente, este asunto.

10. *La Kabala. Una mística del lenguaje* (Barral editores, Barcelona, 1974).

11. «La puerta occidental tiene dos entradas que en belleza, tamaño y labores aventaja a las otras puertas. Ésta es mayor y más hermosa que las demás, y admirablemente labrada y con muchos escalones en el exterior, y columnas marmóreas diversas y decoradas con varias especies y diversas maneras e imágenes, hombres, mujeres, animales, aves, santos, ángeles, flores y diferentes obras de todos géneros. Arriba está maravillosamente esculpida la Transfiguración del Señor tal como ocurrió en el monte Tabor; está allí, pues, el Señor en una hermosa nube; el rostro esplendente, como el sol; la túnica refulgente, como nieve, y el Padre en lo alto hablándole y Moisés y Elías que con él aparecieron hablándole de la muerte que había de tener lugar en Jerusalén...»

do II de León a la designación del maestro Mateo para realizar la obra clave del templo. Hay unos datos cronológicos que pueden ser significativos, y, como ya vimos en el capítulo 5, el rey leonés mantuvo muy buenas relaciones con la orden. Incluso sus aficiones trovadorescas responden a un espíritu impregnado de interés por el ocultismo. Es lógico pensar que se dejara influir por las reflexiones de los templarios y que encomendase al maestro una obra en la que quedara plasmada la síntesis ocultista del templo que, lo mismo que el de Salomón, era la meta de la gran peregrinación iniciática medieval. El pórtico *debía* resumir el sentido final de todo el templo. Debía ser el plano que lo explicase la guía que lo definiera en su más profunda significación.

Y precisamente eso fue y sigue siendo el pórtico de la Gloria: síntesis del Camino, clave del significado hermético de Santiago, y abecedario de medidas y de proporciones que están implícitas en la totalidad del templo.

La vuelta al remoto saber

Pienso que sería inútil tratar de definir con sinceridad objetiva el templo jacobeo como integrante de un estilo determinado. Creo que, por más que se le haya encasillado en la mentalidad arquitectónica del románico, y aunque haya autores que lo incluyan en los albores ideológicos del gótico, escapa a todo encasillamiento y surge como una obra única desde todos los supuestos estructurales.

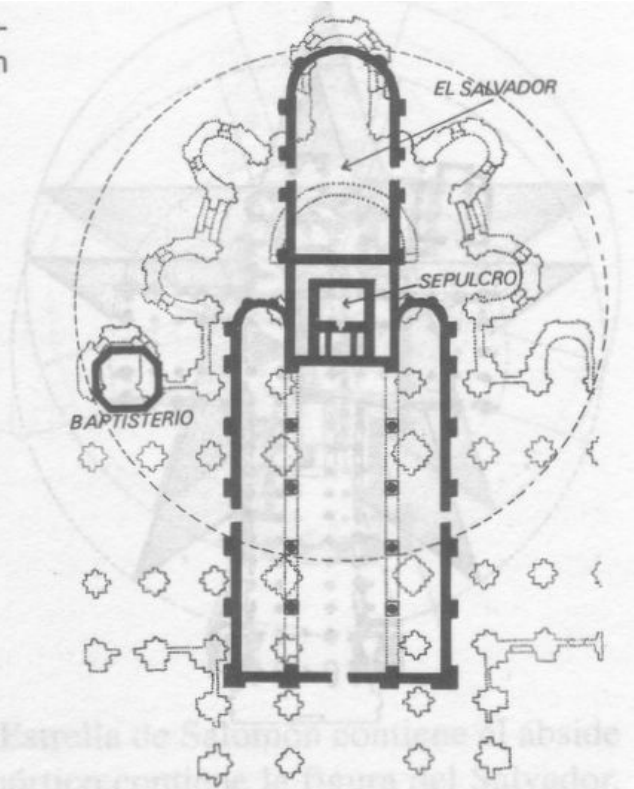
No va a ser éste el lugar para analizarlo exhaustivamente. Simplemente, quiero hacer notar que supone tal vez -con Chartres- el ejemplo claro y definitivo del edificio del saber, del templo como acumulación ordenada de claves que conducen a la percepción total de un modo de afrontar el problema del conocimiento. Nótese, sin embargo, que digo *conducen*, no *alcanzan*. Porque esa percepción final y definitiva sólo es alcanzada por la vía iluminativa de la mística, y el hecho místico es un fenómeno personal y no colectivo, como lo es el templo.

Éste fue concebido como una totalidad en la que medidas y proporciones condujeran a la sensación paralela de la perfección cósmica. Es decir, que el templo no era más que reflejo de la pureza de lo creado. Vamos a ver cómo se resolvió esto.

Fijémonos en primer lugar, según lo recuerdan Morín y Cobreros, cómo la basílica estuvo profundamente basada -antes de que sucesivas reformas la transformasen- en la presencia constante y casi obsesiva del número 9.

a) La basílica consta de 9 naves, tres en el cuerpo principal y otras tres en cada brazo del crucero.

La estructura de la antigua basílica compostelana quedó totalmente incluida en la catedral románica. Los elementos y estructuras de la antigua basílica se integraron en la planta románica.



b) Las naves están separadas por 63 columnas (7 x 9). Para el cómputo hay que tener en cuenta que las cuatro columnas centrales son dobles y que hay ocho columnas en semicírculo en el ábside.

c) Según el *Códice Calixtino*, se proyectaron 9 torres.

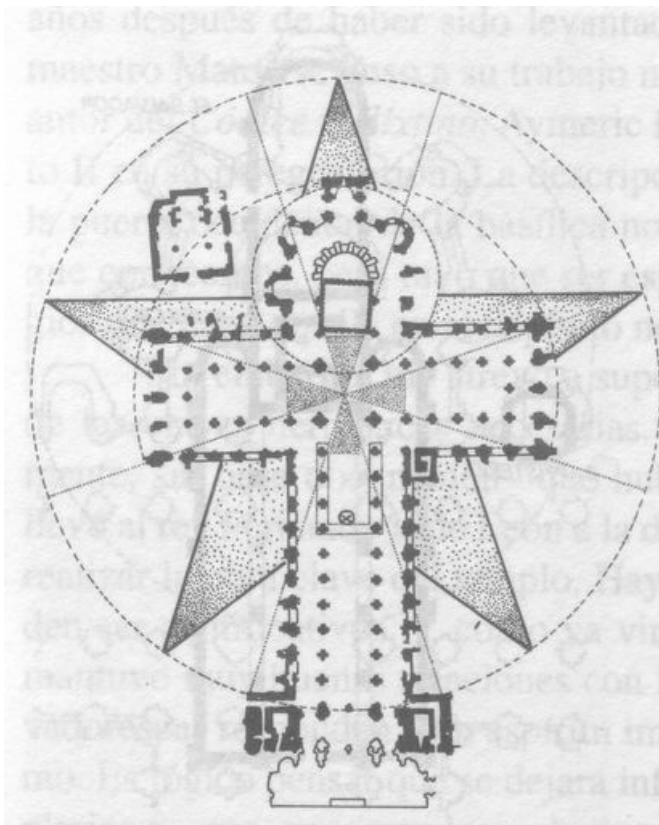
d) Antes de las reformas, hubo 9 capillas absidales, cinco en el semicírculo y otras dos a cada lado, sobre ambos cruceros.

e) Hubo igualmente 63 vidrieras.

f) Y, finalmente, el coro estaba compuesto por 72 siales (8 x 9), reservados para los 72 canónigos, más uno central destinado al obispo.

Pero la más importante clave de la actual basílica compostelana está en el hecho de que, siendo la tercera construida (12), se conserve incólume el lugar de la tumba sagrada. Es, pues, por su mismo emplazamiento exacto e inamovible, templo destinado a contener la emanación de los eventuales beneficios del núcleo mágico conservado en él.

12. La primera fue una simple basílica construida en tiempos de Alfonso II el Casto, inmediatamente después de declararse *descubierto* por las luces del monje Pelayo el lugar donde reposaba el *cuero santo*. La segunda fue una ampliación realizada en tiempos de Alfonso III, en la cual se unió la primitiva basílica con la iglesia del Salvador, que estaba regida por los monjes benitos encargados de la custodia del mausoleo. En la tercera -que es la que ahora contemplamos- se multiplicó el tamaño del templo y abarcó otros que antes estaban fuera de él, como la iglesia de Santa María de la Corticela -hoy convertida en capilla de la gran basílica- y el baptisterio octogonal de San Juan Bautista, que estaba situado en el lugar aproximado que hoy ocupa la capilla de la Concepción, transformada de una anterior capilla de la Santa Cruz.



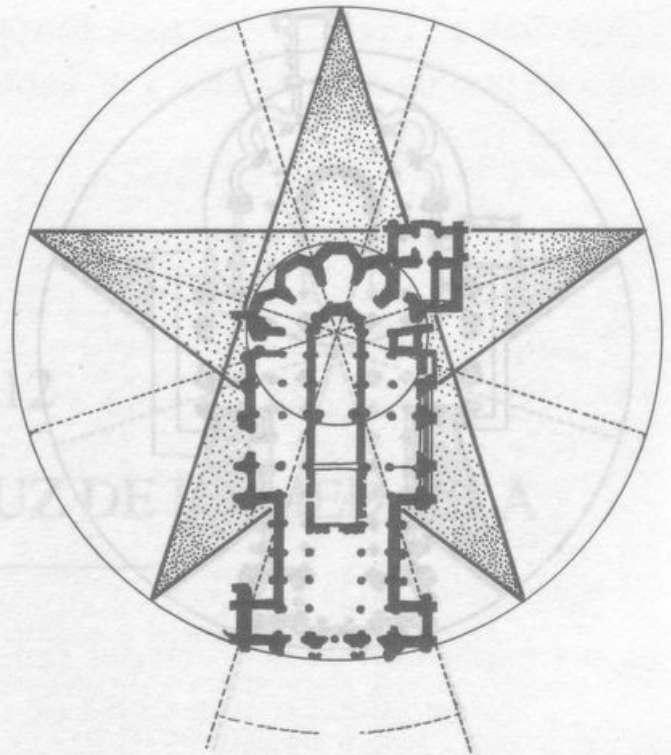
Esquema de la planta de la catedral de Compostela, donde aparecen perfectamente definidos los módulos arquitectónicos de la cruz templaria y el pentáculo salomónico.

Pero, además, tiene unas características arquitectónicas muy particulares, que están dadas por la inserción geométrica del módulo de la cruz *patée* de 36° , cuyo centro está situado exactamente en la intersección de la nave principal con el crucero -en el lugar justo donde, en la basílica primitiva, estaba situado el acceso a la tumba sagrada-, y en un punto tal que con su ángulo abarca los extremos exactos de ese crucero, equidistando el centro tanto del extremo del ábside central como de los pórticos norte y sur de la basílica.

El mismo centro geométrico sirve, tomando como radio su distancia a la columna central del pórtico de la Gloria, para trazar el círculo en el que puede inscribirse el pentáculo mágico. El mismo que se formaba en el pórtico de Mateo, y que coincide intencionalmente con aquél, como podemos comprobar si tenemos en cuenta que:

- 1) La punta superior de la Estrella de Salomón contiene el ábside del templo, lo mismo que en el pórtico contiene la figura del Salvador.
- 2) El lado horizontal de la estrella pasa en el pórtico sobre el regazo de Cristo. En la basílica, ese mismo lado corta en el punto equivalente la tumba sagrada que está contenida en la cripta.
- 3) Los dos lados internos de las puntas inferiores del pentáculo, que en pórtico se cruzaban, como veíamos, en los genitales del apóstol -es decir, el lugar del YESOD cabalístico- en la basílica se cruzaban, antes de que fuera

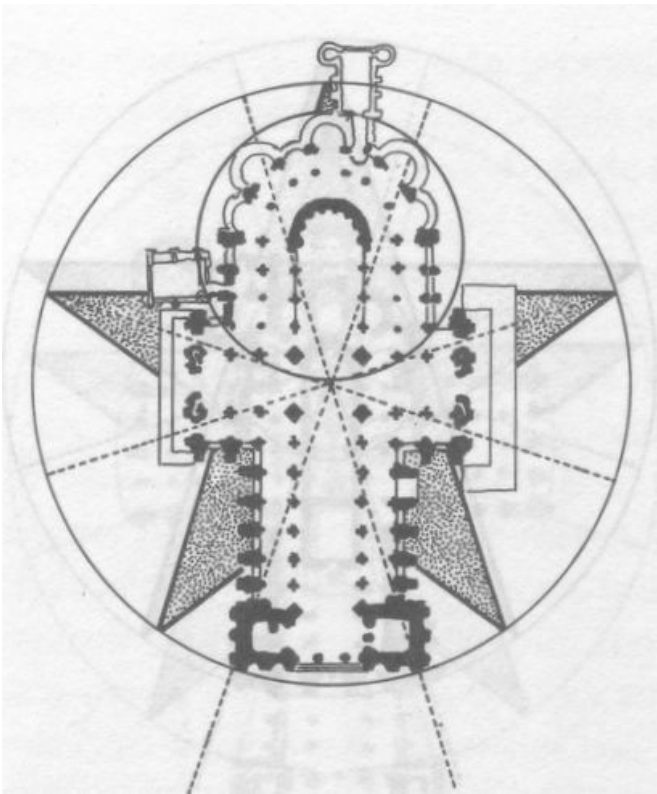
El módulo de la cruz y el pentágulo
sobre la catedral de León.



eliminado el coro, en el lugar exacto donde estaba situado el sitial principal de éste, reservado a la máxima autoridad del templo (13).

Si nos fijamos en la estructura general resultante, veremos que contiene cómodamente los módulos arquitectónicos que estaban ya previstos y fijados por los monjes arquitectos que construían tímidamente sus primeros templos en el siglo IX, los que plasmaron en sus construcciones un ideal de conocimiento arquitectónico a partir del laberinto del rey Silo. Los templarios -o las cofradías ocultistas de constructores que se prepararon en sus encomiendas- captaron el mensaje remoto, heredado de tiempos aún más perdidos en las tinieblas del pasado, y lo plasmaron en unas formas aparentemente nuevas que recogían, sin embargo, la herencia perdida de un conocimiento que era el resultado de la búsqueda incansable de los ocultistas en el pasado.

13. Como he dicho, y cualquiera puede comprobarlo, el antiguo coro ha desaparecido. Pero no estará de más recordar que el autor de sus figuras -que hoy se encuentran más o menos esparcidas por diversos lugares, entre ellos la llamada Puerta Santa- fue también nuestro maestro Mateo. El maestro sabía exactamente dónde colocar cada lugar del templo, y los motivos de que esa colocación fuera ésa y no otra.



El módulo cruz-pentágulo sobre la catedral de Chartres. La estructura del módulo es idéntica a la de Santiago.

Las divisiones de la cruz templaria y el pentágulo salomónico.

El esquema mágico de Compostela, resultado iniciático del tiempo, iba a marcar la base consciente o inconsciente de una arquitectura que intentaría condicionar el espíritu del hombre hacia nuevas concepciones del conocimiento. De este esquema -no del ejemplo concreto- nacen Chartres, Colonia, Reims, León, Amiens, York, Notre Dame, Toledo, Canterbury, Burgos y Estrasburgo.

LA CARA Y LA CRUZ DE LA MEDALLA

Supuestos previos

Varios autores inconformistas con las interpretaciones oficiales del proceso histórico, han atribuido directamente a los templarios tanto la irrupción del gótico como la masiva construcción de grandes catedrales que tuvo lugar en toda Europa a lo largo de los siglos XII y XIII (1). Apoyan su afirmación en diversas razones, muy dignas de tenerse en cuenta y perfectamente válidas en muchos aspectos, si tenemos en cuenta que hay una historia paralela que no podrá figurar nunca en los documentos, pero cuya realidad ha de patentizarse a través de unos hechos conocidos en los que la razón última escapa a la documentación que se ha conservado.

1. Sin pretender hacer exhaustiva la lista de autores que apoyan esta afirmación, me remito a los siguientes: Jules MICHELET, *Le procès des Templiers* (París, 1844/1851); J. H. PROBST-BIRABEN, *Les mystères des Templiers* (París, 1939; hay trad. esp. publicada por Dédalo, Buenos Aires, 1973); Louis CHARPENTIER, *Les mystères templiers* (París, 1967; trad. esp. publicada por Bruguera, Barcelona, 1970) y *Les mystères de la Cathédrale de Chartres* (París, 1968; trad. esp. Plaza & Janés, Barcelona, 1969); Maurice GUINGUAND, *Notre Dame, de Paris y Chartres, les templiers architectes* (París, 1975 y 1974 resp.; trad. esp. del primero, Martínez Roca, Barcelona, 1975).

Limitémonos ahora a dar cuenta de los hechos que han conducido a la elaboración de esta hipótesis y tratemos de sistematizarlos con unos comentarios para comprobar cómo no existe en ellos el menor fondo de gratuidad, sino que están basados en una lógica y profunda reflexión sobre el hecho histórico, sus antecedentes y sus consecuencias.

1) El primer templo cristiano levantado con las características arquitectónicas que posteriormente serían definidas como estilo gótico fue la abadía de St. Denis, que comenzó a construir el abad Suger en 1137 (2). El abad era amigo entrañable de Bernardo de Clairvaux, el virtual promotor del Temple. Y los caballeros de la orden ya habían empezado a establecerse en Francia y en toda Europa, después de los primeros nueve años de prueba en Jerusalén y de haber sido aprobada su regla en el concilio de Troyes.

A partir de la experiencia de St. Denis comienzan a surgir, en toda Francia primero y en el resto de occidente inmediatamente después, una cantidad ingente de templos: catedrales y colegiatas -es decir, siempre templos destinados al pueblo-, que supera ampliamente en número, a lo largo de los siglos XII, XIII y principios del XIV, a todos los edificios de carácter religioso que se construirían en los seis siglos siguientes. Hay, pues, una primera identificación que necesariamente ha de tenerse en cuenta. El auge de las catedrales y, en general, de los grandes templos de carácter popular, coincide cronológicamente con las fechas de fundación y expansión de la orden del Temple.

Puede aducirse una causa de carácter racionalista para invalidar la idea. Esta causa vendría condicionada por la coincidencia paralela de ser ésta también la época en que la sociedad medieval experimenta un cambio profundo en sus estructuras, con la consolidación de la importancia de las ciudades y la consecuente y progresiva decadencia de la idea feudal. Efectivamente, la segunda mitad del siglo XII marca el principio de la vida ciudadana activa, el momento en que la burguesía empieza a tener conciencia de su propia importancia en el aparato del Estado y de su fuerza aún relativa frente a los grandes señores campesinos, de los que ya no dependen en la práctica.

2. En torno a St. Denis hay toda una serie de elementos mágicos que determinan la trascendencia de la construcción. Empezando por la misteriosa intención del abad Suger, cuyas ideas arquitectónicas estaban basadas precisamente en el simbolismo y en la superación del simple hecho constructivo -la luz como elemento fundamental del templo, por ser la cualidad de la naturaleza que está más próxima a Dios-, hasta el hecho documentado en las crónicas de que, en la inauguración de las obras -en la colocación de la «primera piedra», podríamos decir- el mismo rey de Francia, Luis VII, y sus nobles arrojaron oro y joyas en la argamasa, para propiciar mágicamente a la suerte que regiría la construcción de aquella obra.

Sin embargo, no debemos olvidar que se trata, a todos los niveles, del inicio de esta evolución histórica fundamental. La población de las ciudades se incrementa constantemente, pero la base de su incremento la constituye una masa de campesinos que, sin emigrar a la ciudad con todas sus consecuencias -pues siguen saliendo de sus muros para cultivar la tierra-, han elegido esa nueva forma de vida como una esperanza de libertad frente al servilismo secular que venían sufriendo bajo el dominio del señor feudal. En esta situación, las ciudades todavía no son ricas, sino auténticos refugios de menesterosos que sólo poco a poco y a lo largo de generaciones lograrán una siempre relativa estabilidad económica que les habrá de permitir, al cabo de un centenar de años, hablar de una efectiva riqueza ciudadana.

Los orígenes del oro

En esta situación, ¿quiénes son los poseedores de riqueza en el mundo medieval de los siglos XII y XIII?

En primer lugar, la nobleza y los reyes. Son ellos, con la Iglesia, los receptores de los impuestos con los que se sobrecarga la escuálida economía del pueblo llano. Pero si los reyes y los nobles -tanto en la península como en el resto de Europa- tienen que destinar sus recursos económicos a pagar su aparato guerrero y su propio tren de vida acorde con su status social (3), la Iglesia utiliza sus bienes en beneficio propio, sin que bajo ningún concepto logre el pueblo la mínima prebenda, aparte las normales y escuálidas limosnas rituales a los indigentes.

No puede pensarse pues, en ningún caso, que los enormes dispendios económicos que suponía la construcción de una catedral salieran ni de la Iglesia, ni de la nobleza, ni, por supuesto, de la corona.

Quedaban dos fuerzas económicas potentes en el panorama social de la Edad Media europea. La primera, cierto número de almojarifes judíos que ejercían paralelamente funciones similares a las que, con el tiempo, se cono-

3. A propósito de la riqueza de los monarcas europeos, habrá que aclarar que, muy a menudo, tuvieron que recurrir a fuentes de ingresos en cierto modo *anormales* para conseguir fondos efectivos de los que, en realidad, carecían. En la península ibérica, una de las formas más usuales fue la de conceder la responsabilidad del cobro de los impuestos a terceros -generalmente almojarifes judíos-, a cambio de que estos presuntos cobradores adelantasen a la corona la cantidad aproximada que posteriormente habrían de cobrar. En lo concerniente a los templarios, no olvidemos que uno de los principales motivos no confesados de su proceso y extinción fue precisamente el hecho de haber prestado sumas de dinero muy importantes al rey Felipe IV el Hermoso, que éste se vio en serias dificultades para reintegrar, por lo cual consideró más rentable deshacerse de sus acreedores que cumplir con la deuda contraída.

cerían como transacciones bancarias. No es atrevido suponer que los judíos colaboraran económicamente en obras que, como las catedrales, estaban en principio enfrentadas a sus creencias religiosas. Hay ejemplos muy abundantes que confirman esta aparente disfunción de su ortodoxia (4). La segunda fuerza económica era la orden del Temple. Y no olvidemos lo que mencionábamos en capítulos anteriores acerca de las relaciones de los templarios con las aljamas hebreas.

2) Una cosa era el voto personal de pobreza que los freires templarios tenían que cumplir de acuerdo con su regla, y otra muy distinta -no mencionada en los estatutos- la supuesta necesidad de que la orden fuera pobre como comunidad. De hecho, al poco tiempo de su aprobación, los bienes del Temple eran ya considerables: las donaciones les llegaban de todas partes, y poseían cerca de un tercio del recinto urbano de París. Un rey aragonés (5) les hacía herederos de sus reinos y los templarios permutaban ese derecho por importantes posesiones en territorios de la corona de Aragón. Por otra parte, muchos recién llegados a la orden aportaban como dote todos sus bienes. Y hasta se sospecha, con fundamento, que -aparte las minas bercianas de las que hablábamos anteriormente- llegaron a explotar de nuevo las antiguas minas de oro romanas de Reddae (Rennes-le-Château), para cuyo trabajo importaron obreros germanos, a los que instalaron en sus propias encomiendas.

Aparte esos recursos, que fueron la base de la gran fortuna de la orden, los templarios ejercieron -lo mismo que los judíos- funciones que hoy podríamos muy bien llamar bancarias. Incluso fomentaron el empleo de la letra de cambio que había sido inventada por los comerciantes genoveses.

Ya vemos, pues, cómo los templarios sí estaban en condiciones de financiar la construcción de las catedrales y de los grandes templos ciudadanos. Y cómo, aunque los documentos no lo atestigüen, eran los únicos -con los judíos- que pudieron colaborar sustancialmente a estas obras del esoterismo popular.

4. Ciñéndonos exclusivamente a las actividades de los judíos en la península ibérica, recordemos que hay una abundante documentación que avala que los judíos de Orense eran los encargados de proporcionar al cabildo catedralicio de aquella ciudad los ornamentos sagrados, y que sus orfebres se hicieron famosos en la fabricación de cruces procesionales, patenas y cálices. Por otra parte, hay suficiente documentación que avala la realidad de que gran parte de los recuerdos, amuletos y pequeñas joyas votivas -plata y azabache sobre todo- que adquirían los peregrinos de Compostela eran vendidos por los judíos de Santiago, que tenían sus tiendas en la calle de la Azabachería, muy próxima al barrio que se extendía desde la actual plaza de Cervantes, por las calles de las Algalias y de Jerusalén.

5. Alfonso I el Batallador, de quien ya dimos cuenta anteriormente.

Sin embargo, basta enfrentarse -hoy mismo- con el hecho mágico de una de estas grandiosas iglesias medievales para ver que fue algo más que el dinero lo que permitió su construcción. Y este algo más es lo que, a mi modo de ver, reviste una importancia fundamental en el fenómeno de las catedrales.

Un aula esotérica

Una catedral es un gigantesco mensaje. Toda ella emite saber y transmite los signos de ese saber. La catedral es un tratado completo de conocimiento si somos capaces de leer en sus piedras. Pero lo advierto: aunque sepamos leer, nunca lograremos desentrañar totalmente su significado, porque en ella intervino una mente colectiva que supera con creces nuestras capacidades de interpretación. Aunque pasáramos toda una vida descubriendo razones, cifras y medidas, proporciones, símbolos, puntos de energía cósmica, centros de atención mística, historias crípticas y lecciones de buen saber -que de todo eso y mucho más hay en una catedral- nunca alcanzaríamos la capacidad de análisis suficiente para *leer* toda la enciclopedia que encierra.

Porque las páginas de la catedral no son correlativas. Las escribieron en los más insólitos lugares los más dispares artesanos, cada uno conocedor de una estricta parcela del saber en la que tenía que volcarse con toda la fuerza de su voluntad, pero también con toda la disciplina que suponía el hecho de colaborar en una obra colectiva única e irrepetible.

Por eso yerran quienes atribuyen sólo a oriente el mensaje escondido en las catedrales. Como se equivocaría quien afirmase que sólo responde a la tradición esotérica occidental. La catedral es una inmensa síntesis del saber humano, y ese saber, en el fondo, es el mismo para oriente que para occidente.

Fijémonos, pues, en que en el hecho místico de la catedral convergen dos fuerzas dispares. Por un lado hay un conocimiento universal que se traduce en piedra para que el hombre lo desentrañe, o al menos para que tenga la oportunidad de descubrirlo. Por otro lado es la obra común de muchos canteros y muchos maestros que, especialistas activos en las más dispares -sólo aparentemente- facetas del conocimiento, colaboraron con su *letra* y con su *cifra* propias en una obra en la que ni siquiera figurarían sus nombres, salvo muy contadas ocasiones.

3) Según los autores que mencionaba al principio, los templarios fueron, de hecho, los catalizadores de ese gran total que pudo ser una obra anár-

quica y que constituyó en realidad la unidad básica del conocimiento medieval. Tal como se desarrolla la hipótesis general, los freires del Temple adquirieron en oriente los principios básicos que regirían la estructura mágica de la construcción y la costumbre -tomada de las cofradías islámicas de constructores- de asociar en un fin común a todos los que intervendrían en la gran obra. Iniciados en los secretos del conocimiento y en su expresión por medio del idioma de la piedra, los canteros y maestros de obras habrían adquirido su saber -o al menos una parte sustancial de él- en los conventos templarios. Y habrían salido de ellos encuadrados en logias y embebidos de una aspiración expresiva común: el afán de hacer partícipe al hombre -al pueblo- de los resultados corporativos de ese conocimiento, y con ello elevarle, por medio del contacto con la obra mágica, a un nivel determinado en las alturas del conocimiento universal.

Estoy convencido de la posibilidad de que el Temple fuera aglutinador de las cofradías de constructores. Incluso creo que, eventualmente, hubo freires que estuvieron integrados en estas logias y que intervinieron, en calidad de enviados extraoficiales de la orden, en la concepción y en la construcción misma de los templos góticos. La integración templaria en las hermandades de constructores tuvo, además, una consecuencia: la de que muchos templarios huidos de Francia a raíz de su persecución, fueran a buscar refugio entre las sociedades de canteros asentadas en Inglaterra, en Portugal y en los territorios alemanes (6).

6. Se ha hablado mucho -y hasta se ha fomentado la creencia popular en este sentido- de la posibilidad de que la masonería fuera la heredera de las sociedades iniciáticas de los canteros franceses e ingleses de la Edad Media. Incluso el nombre de la sociedad -recordemos que masón proviene de la voz francesa *maçon*, que significa albañil- y los elementos propios de la construcción que sirven y han servido de símbolos a los masones de las distintas logias internacionales han propiciado esta creencia. Si a esto añadimos que buena parte de ellas se han declarado descendientes de los templarios, tendremos una base para establecer ya las afinidades medievales de los templarios con las logias de constructores, y hasta para justificar la raíz ancestral de los movimientos masónicos. Naturalmente, esto no basta. En general, todas las sociedades secretas y en cierto modo iniciáticas han proclamado sustancialmente unos orígenes muy anteriores a su verdadero comienzo. Y esto ha sucedido precisamente por la visceral necesidad que tales sociedades han sentido de saberse vinculadas a una tradición de conocimiento muy anterior a su propia creación. Es la misma leyenda ancestral que rige a los rosacruces, y la misma que en la Edad Media rigió los principios de los cátaros, quienes se declaraban descendientes de las más remotas formas religiosas del gnosticismo.

En realidad, la masonería fue una fundación del siglo XVIII. Pero no cabe duda que, en sus principios, aprovechó y adaptó a la mentalidad dominante de la sociedad preindustrial unos elementos iniciáticos que, con toda probabilidad, habían sido utilizados por las logias de canteros de los siglos XII y XIII. Y si tales logias, al menos en su origen, fueron protegidas y fomentadas por los templarios, es perfectamente lógico que los masones se adjudicasen como forma iniciática la herencia templaria.

Con lo que no puedo sentirme identificado es con la idea de que el Temple trajese de Oriente los módulos básicos de la arquitectura mágica de las catedrales. Creo que, sin duda, hubo una influencia oriental en determinados esquemas simbólicos utilizados en ellas, y que las huellas bizantinas e islámicas determinaron aspectos concretos de la nueva construcción, pero pienso que la base mágica del templo, en tanto que casa destinada a la divinidad omnisciente, está tanto en esas enseñanzas traídas de oriente como en una tradición secular que, tal como hemos estado analizando en los capítulos anteriores, se enraizaba con los módulos ocultistas empleados por los humildes eremitas canteros visigodos, asturianos y mozárabes. La catedral gótica, con toda su evidente grandiosidad, que la sitúa a años luz de las pobres y torpes iglesuelas de Braga, del Bierzo o de Asturias, está esencialmente basada en sus mismos principios estructurales y, lo que es más importante, en sus mismos fundamentos simbólicos.

El arquitecto celeste

En el tesoro capitular de la catedral de Toledo se exhibe una biblia flamenca del siglo XIV que precisamente suele estar abierta por la página en la que hay miniada una impresionante figura del Creador, de rasgos hieráticos, ante un universo informe y caótico, y un compás de arquitecto en la mano derecha, con el que mide y ordena la masa cósmica. La miniatura de Toledo no es en modo alguno insólita. En varios códices de biblias medievales, en torno a la época de las catedrales, surge la misma figura con escasas variantes, y siempre con el mismo significado de Dios como constructor y ordenador del caos.

Es significativo que estas representaciones divinas surjan precisamente cuando surgía, a nivel popular, el sentido trascendente de la arquitectura. Era como un tácito reconocimiento del papel superior que tenía que adjudicarse al albañil y al arquitecto, porque en la construcción del gran templo -de la gran casa de Dios- se estaban integrando las claves que conducirían al conocimiento divino.

Pero hay algo realmente importante en este proceso. Si hasta entonces el templo había sido, en cierto modo, un recinto reservado a iniciados -monjes o clérigos ortodoxos- en el que el pueblo sólo podía entrar como elemento pasivo y temeroso, la catedral surgía como una obra en la que el pueblo tenía el papel de protagonista y se integraba como verdadero pueblo de Dios, pueblo que precisamente allí entraba en contacto activo con la creación a

través del arquitecto y de los albañiles que habían ordenado mágicamente las piedras caóticas de la cantera para esculpir en ellas la idea divina y el camino -camino de conocimiento- hacia el creador universal.

Aquí reside, creo, la gran diferencia que determina el paso al gótico. Si hasta ese momento el símbolo ocultista y la señal iniciática estaban reservados a los monjes y surgían en los claustros de los monasterios y en las puertas prohibidas -o poco frecuentadas, al menos- de las abadías, de pronto todo, estaba a la vista, todo se podía ver, tocar, incluso escuchar. La catedral era, de hecho, para el pueblo. Los gremios eran propietarios efectivos de determinadas vidrieras que habían sufragado y que lucían la imagen de su santo patrono y hasta la representación de los útiles de su oficio y sus estandartes. Las fiestas populares se celebraban dentro de la catedral, y en esas fiestas había danzas, pantomimas y hasta representaciones teatrales, en las que se llegaba a hacer burla y a insultar a las antes intocables autoridades eclesiásticas.

Sin embargo, la catedral estaba actuando de elemento catártico sobre los que, con todo su carácter bullicioso y popular, estaban en su interior. Estaba indicando un camino a todos aquellos que fueran capaces de detenerse a buscarlo. Estaba actuando, lo mismo que el Creador arquitecto de las biblias, como un ordenador de la vida a nivel subconsciente. Porque la catedral, el gran templo gótico, no es un monumento pasivo y, del mismo modo que las fuerzas arquitectónicas de tensión están actuando en ella de abajo arriba, de los arbotantes á las bóvedas, el impulso de la piedra, mágicamente labrada y medida, incita al hombre hacia su propia superación; y esto al margen incluso de las creencias consideradas ortodoxas. La catedral gótica es la obra religiosa más absolutamente sincrética y universalista de occidente. La Iglesia se aprovechó de ella, pero estaba construida por hombres cuyo conocimiento sobrepasaba con creces los estrechos límites de lo permitido por el dogma.

Dios arquitecto del cosmos informe había bajado, de la mano de los hermanos canteros, a ponerse en contacto con el pueblo. En ese preciso momento, al tiempo que se creaba una obra que era la síntesis más completa del saber esotérico, se la destinaba al hombre de la calle y, con ello, se le daba a ese hombre la oportunidad de superarse, de comprender lo que se le decía en el alfabeto de piedra.

Esta preocupación por extender las influencias del conocimiento al pueblo llano a través del mensaje de la catedral nos lleva a las posibles razones que se alegan para justificar la intervención templaria en el gran proyecto general de los grandes templos ciudadanos.

Al César lo que es del César

4) Varios autores, insertos en los parámetros ideológicos del siglo XIX, coincidieron en la afirmación de un gran proyecto político de los templarios (7). El proyecto, concebido a escala europea -e incluso norteafricana y hasta oriental- habría consistido, esencialmente, en la preparación de un superestado federativo que abarcaría todas las tierras incluidas en el área de influencia de las tres grandes religiones: el cristianismo, el judaísmo y el Islam. El gobierno paternal de esta federación estaría a cargo de un emperador en cuestiones políticas y administrativas, y del papa en los asuntos del espíritu. Sobre ambos habría una especie de superpoder encarnado por el llamado pontífice de san Juan (8), que abarcaría los asuntos propios del conocimiento superior. Este gobierno mundial templario supondría, como meta final, la igualdad de los hombres, el fin efectivo de la esclavitud y del servilismo, y, en consecuencia, el fin tácito del feudalismo y de los poderes particulares de los monarcas.

Es muy probable que el germen de esta idea estuviera, en teoría, entre los fines últimos de la orden, o al menos, de algunos de sus fundadores. Incluso cabe que respondieran al embrión de este proyecto algunas de las tareas en las que se afanó el Temple al margen de las actividades de sus miembros como cruzados y monjes. No olvidemos que la orden se extendió, de hecho, por toda Europa, y que actuó siempre como una entidad supranacional -casi como una compañía multinacional, podríamos decir-, que no reconocía fronteras territoriales y que, en la medida que le permitió su fortuna, fomentó y desarrolló el comercio, tanto terrestre como marítimo, entre los distintos estados de la cristiandad, y aun del Islam.

7. Recogidas y tácitamente aceptadas sus tesis por J. H. Probst-Biraben (*Les mysteres des templiers, op. cit.*), se trata de autores como V. E. MICHELET, *Le secret de la chevalerie* (París, Bosse, 1929); Saint-Yves d'ALVEYDRE, *La France vraie* (París, 1887); BASILIDE, «Le but social des templiers» (extenso artículo publicado en un número especial de la revista teosófica *Le Voile d'Isis*); y, sobre todo, John CHARPENTIER (no confundir con Luis Charpentier), *L'ordre des templiers* (París, 1944). Las tesis sostenidas por estos autores responden, en líneas generales, a una idealización de la orden debido a su mismo carácter esotérico. Conviene tener en cuenta que la mayor parte de ellos formaban en las filas de agrupaciones más o menos ocultistas en las que, teóricamente, se defendían estas mismas ideas.

8. El pontificado de san Juan (Evangelista) es una idea cara a los escritores esotéricos y a los miembros de las sociedades ocultistas con raíces cristianas. La idea supone que Cristo no habría designado una sola cabeza para regir su iglesia, sino dos. La cabeza operativa estaría representada por san Pedro y sus sucesores. La cabeza cognoscitiva -iluminativa, podríamos decir- la configurarían los sucesores de Juan, que cuidarían, en principio, del proceso profundo de los fieles en la vía del conocimiento. Su papel sería el de representante máximo de los maestros, y en este sentido se acercaría a la concepción misteriosa de otras grandes religiones y daría una importancia a los conductores: druidas o gurús, de los que, de hecho, carece la iglesia.



Sin embargo, creo que en la práctica aquel ideal estuvo lejos de cumplirse. De hecho, en los territorios que dominaron -por compra, por conquista o por donaciones de los soberanos-, los templarios actuaron ni más ni menos que como señores feudales, con todos los agravantes que esta palabra conlleva. Buscaron beneficiarse al máximo de sus posesiones, tanto territoriales como humanas, y a la hora de conceder fueros -como era costumbre, sobre todo, en los reinos peninsulares- se adjudicaron sin reservas la parte del león.

Un hecho social bien documentado puede aclarar esta afirmación. Como ya he tenido ocasión de contar anteriormente, Portugal fue uno de los reinos peninsulares donde con mayor fuerza se asentaron los templarios. Es muy posible que la causa primordial de esta fuerza residiera en que, en el momento de su llegada a tierras lusitanas, tanto el reino como la orden estaban en sus inicios y, con cierta medida, se potenciaron mutuamente. En el año 1160, siendo cuarto maestro del Temple en Portugal Gualdim Pais (9), se

9. Gualdim Pais es, en cierto modo, el paladín templario de Portugal, la figura máxima de la orden, casi venerada hoy por su importancia histórica. No faltan autores que aventuran la posibilidad -nunca probada- de que fuera hijo natural del primer maestro del Temple, Hugues de Payns, basándose en la similitud de sus apellidos. **(sigue en la pag. siguiente)**

construyó el castillo de Tomar, y en 1174 se hacía público el tercer fuero de aquella población y segundo redactado por el maestro. Curiosamente, su texto es en muchos aspectos todo un modelo de feudalismo totalitario, en el que los castigos a los distintos delitos son aplicados con penas desorbitadas, y en el que *O Senhor* -el Temple, naturalmente- se reserva todas las prerrogativas posibles, sin conceder al pueblo más libertad que la de pagar unos impuestos sobre bienes y cosechas que alcanzan hasta el veinticinco por ciento de unas rentas que apenas daban para subsistir (10).

En el tiempo que medió entre la extinción de la orden del Temple (1312) y la creación de la orden de Cristo (1319) que vino a sustituirla y a continuarla, heredando todos sus bienes, los ciudadanos de Tomar aprovecharon aquel momento de insólita libertad para borrar cuidadosamente del fuero las seis líneas que hablaban de los terribles impuestos templarios, contra los que nunca habían logrado luchar con éxito, porque los soberanos, ante cualquier intento de reivindicación por las vías legales, se habían puesto del lado de los freires, sin que sirvieran razones humanitarias ni de supervivencia para acceder a los deseos del pueblo (11).

Abona esta suposición el hecho de que el Gran Maestro estuvo en Portugal algún tiempo, en la época en que la orden era aprobada por el concilio de Troyes, y la extraña circunstancia de la preponderancia exagerada que se ha dado secularmente en Portugal a la persona del maestro Gualdim. En cualquier caso, lo que se sabe de él es que nació en Braga, y que a los veinte años fue armado caballero en el campo de batalla de Ourique (1139). Ya ingresado en la orden del Temple, se inició en Jerusalén durante cinco años (*onde levou vida trabalhosa*) y, convertido en maestro del Temple en Portugal, fundó y pobló Tomar. Está enterrado en la iglesia de Santa María dos Olivais, de aquella ciudad, que sirvió de panteón a los templarios. Su lápida funeraria cuenta que murió el 13 de octubre de 1195.

10. Según un documento del castillo de Tomar conservado en el archivo nacional portugués de la Torre de Tombo (en el paquete n.º 71 de los legajos procedentes del castillo) estos impuestos se especificaban en el fuero «porque estas tierras de Tomar, antes de que fueran entregadas a los templarios, no pagaban décimos ni octavos; y no porque no los debiesen, sino porque en todo tiempo se encontraban en barbecho y eran estériles y no rendían ningún producto». Por su parte, otro documento conservado en el archivo del convento de Cristo en Tomar especifica que la tierra era de los templarios y que sólo fue cedida a los campesinos con la condición de que les pagasen los impuestos estipulados; y que los bienes pertenecían al Temple, porque los templarios hacían voto de pobreza. Debo estos datos al libro *Historia de Tomar*, de Amorim ROSA, edición del Gabinete de Estudios Tomarenses, Tomar 1965.

11. En el año 1295, siendo maestro del Temple portugués don Vasco Fernandes, se suscitó un pleito ante el rey don Dinís, por el que el pueblo solicitaba algunas libertades en lo referente a utilización de molinos, venta libre del vino, pago de impuestos y propiedad de algunas parcelas de utilización común. El rey, ante el requerimiento del pueblo, se mostró favorable a los templarios en cuanto a la propiedad de tierras y cosechas, molinos y casas, y sólo como favor daba al pueblo la posibilidad de que alquilase o tomase en préstamo aquellos lugares que pudiera necesitar.

Como vemos, no siempre se mostró la orden acorde con lo que sus defensores a ultranza han ensalzado en ella. Y ni siquiera cumplió en determinadas ocasiones con lo que su misma regla les ordenaba, puesto que -es otro ejemplo- estaba especificado que nunca los templarios tomarían las armas contra cristianos, y se sabe documentalmente que en más de una ocasión batieron el cobre en luchas intestinas. Así sucedió en el reino de Aragón, donde los templarios de Miravet intervinieron activamente alrededor de 1280 en las refriegas que enfrentaron en lucha armada a la familia de los Montcada, poseedora de las tierras de Ascó, con las de los Entenza, propietarios de la comarca que rodea a Mora del Ebro (12). En aquella ocasión, los templarios de Orta y Miravet se inclinaron abiertamente por los Montcada y no dudaron en enfrentarse a los partidarios de la familia rival.

Del mito a la historia

Por estas razones, que podrían sin duda ampliarse considerablemente ya fuera de los límites que aquí me he impuesto, habrá que procurar establecer unos límites lógicos entre lo que el Temple fue a la vista inmediata de los acontecimientos históricos y lo que representó realmente en la evolución de las ideas iniciáticas y ocultistas de la Edad Media.

La historia del Temple -tanto su historia exotérica como su aventura esotérica- no se aparta de la regla que sirve para definir a multitud de sociedades que se han desarrollado con iguales o similares características en todo el mundo. Hubo, en sus principios, una intención básica de búsqueda y encuentro del conocimiento. Sobre su apariencia guerrera y monástica, e incluso amparándose primero en ella y posteriormente en el poder económico y territorial, hubo constantemente un rastreo sistemático en los misterios del pasado y en las verdades ocultas de la Tierra y del cosmos. Las pruebas están ahí, en sus emplazamientos, en los símbolos que emplearon, en las muestras de su actividad en el campo del saber total y en la senda de los conocimientos llamados ocultos.

Tuvieron, sin duda alguna, acceso parcial a una realidad superior que incluso en nuestros días es negada en principio, tanto por la investigación racionalista como por las creencias ortodoxas. Y es prácticamente cierto que, codo a codo con sus hermanos espirituales los monjes del Císter, investigaron en campos que siguen aun hoy vetados por el racionalismo y por el dogma; y

12. En tomo a esta pequeña guerra intercomarcal puede consultarse el librito *El castell de Miravet*, del que es autor A. BLADÉ DESUMBILA (Dalmau editor, Barcelona, 1966).

que en su búsqueda llegaron hasta metas que podrían parecer imposibles según la época en que la orden tuvo vigencia y los condicionamientos culturales entre los que se desarrolló.

Es absolutamente cierto también que el Temple y sus miembros gozaron de un enorme prestigio entre las grandes personalidades de su tiempo. Que hombres como el abad Trithemio, Dante Alighieri y Ramón Llull (13) les defendieron y compartieron sus ideas, aun a riesgo de enfrentarse con las autoridades que les estaban condenando en aquellos precisos instantes. Que el recuerdo -deformado- de su superioridad espiritual llevó a muchos grupos de tendencia ocultista a declararse a lo largo de los siglos sucesores, herederos y continuadores del ideal templario, hasta el punto de tomar su nombre y sus símbolos, e incluso parte de una tradición medio real y medio imaginada que forma parte de la idealización entre romántica y política de la orden (14).

13. De Ramón Llull se sabe por sus mismos escritos que conoció en Chipre, en 1303, al Gran Maestre Jacques de Molay, el que sería última cabeza visible del Temple, quemado en 1314 en París ante Felipe IV el Hermoso. En sus escritos, Ramón Llull le alabó abiertamente por su sabiduría y su fuerte personalidad. En cierto modo, era lógica aquella admiración, porque la idea política del estado universal defendida por los templarios era muy semejante a la concepción política expuesta por el sabio mallorquín en su *Blanquerna*. Posteriormente, aunque en apariencia por motivos personales, Llull asistió al concilio de Vienne en el que se extinguió la orden y se condenó a los *hermanos espirituales*, los heterodoxos disidentes del franciscanismo, entre los que se contaba el gran médico valenciano Arnau de Vilanova. No hay noticias de que Llull rompiera lanzas por los templarios en aquel concilio, pero se sabe positivamente que sí les defendieron los eclesiásticos del reino de Aragón que asistieron a él: don Guillén de Rocaberti, obispo de Tarragona, y don Ramón Ponç, obispo de Valencia.

14. Como ejemplo de esta pretendida herencia templaria, me remito al reportaje publicado en el diario madrileño *El País* el 22 de agosto de 1978, en el que se da cuenta de la existencia de una Orden del Temple, de la que es maestro en España monseñor Armando Cotarelo. El maestro, a lo largo de la entrevista que realizó Juan Girón Roger, justifica la continuidad templaria alegando que en el concilio de Vienne «la orden no ha sido ni condenada ni excomulgada, sino suspendida provisionalmente. Con una provisionalidad que dura 666 años. Lo cual nos parece injusto, indigno y que habla muy poco bien de la justicia que debe asistir a Roma». A lo largo de sus declaraciones, el maestro español da explicaciones sobre el pasado de los templarios, tales como el hecho de que «las riquezas eran empleadas para impulsar las catedrales góticas (el 90 % de los fondos para su construcción salió de los templarios)» y sobre los seculares enemigos del Temple, que son, a su juicio, «la alta masonería internacional, el sionismo, el marxismo, el capitalismo». Aquí comenzamos a entrever una de las vertientes políticas que han caracterizado muy a menudo a los defensores a ultranza de los templarios, como cuando, por boca de uno de los hermanos de la orden, se declara como «la Guardia Civil» de Cristo. Pero posiblemente el punto en que estas declaraciones muestran la realidad más inmediata de la razón de su subsistencia -de su continuidad, como probablemente afirmarían ellos- es cuando habla de los objetivos que persiguen, desde su fundación a la actualidad: «primero, restablecer la noción de autoridad espiritual y del poder temporal en el mundo; segundo, afirmar la supremacía de lo espiritual sobre lo temporal; tercero, devolver al hombre la conciencia de su dignidad;**(sigue en la pag. siguiente)**

Pero junto a esta realidad hay otras que, generalmente, son su consecuencia inmediata. La lucha por el saber comporta la conciencia de que el conocimiento tiene que ser, necesariamente, fuente y motivo de poder. Esta solución de continuidad no se produce generalmente cuando el buscador es un solitario, sino precisamente cuando se configura la secta y se escalonan, más o menos en secreto, los grados permitidos del conocimiento que se tiene derecho a alcanzar según las reglas preestablecidas. Ésta es la norma usual de las sociedades secretas, y aun de aquellas otras que, manifestándose como públicas, contienen en su estructura rasgos ocultos -u ocultistas- que nunca son dados a conocer.

Los ejemplos abundan en todos los tiempos y en todas las latitudes. Richard Wilhelm, en *El secreto de la flor de oro*, nos cuenta de los Nueve Desconocidos practicantes del I Ching, por el que pretendían alcanzar un estado anímico que les apartase de todas las miserias de la vida. La secta, fundada 300 años antes de Cristo por Asoka, se erigió en conservadora de la sabiduría y en veladora exclusiva de los destinos del mundo. Los mismos fatimitas islámicos tuvieron en la secta de los *ashashins* - tan cercana en muchos aspectos al Temple- el brazo armado y ocultista de un poder político que venía de la mano de una búsqueda de conocimiento.

Con los templarios sucedió lo mismo. Buscaran o no la realización material directa de sus ideas universalistas, lo cierto es que, en un momento dado de la historia, tuvieron prácticamente en sus manos el destino de algunos estados en los que se habían establecido. Es el caso ya mencionado de Portugal en el inicio de su marcha como país independiente. Es el caso, también mencionado, de la Corona de Aragón durante una parte del reinado de Jaime I el Conquistador. Y es el mismo caso que se dio en Jerusalén cuando, en 1201, a la muerte del rey cruzado Raimundo III, los templarios tomaron abiertamente el partido político del aspirante al trono, conde de Trípoli, enfrentándose en este caso a los hospitalarios, que se inclinaban por la candidatura de Rupino, el nieto del soberano fallecido.

cuarto, ayudar a la humanidad en su pasaje (pasión, sufrimientos para la purificación); quinto, participar en la ascensión de la Tierra en sus tres planos: cuerpo, alma y espíritu; sexto, coadyuvar para la unión de las iglesias (especialmente, la unión de la cristiandad con el Islam). El séptimo fin, y más importante, es el de -a imagen de Juan el Bautista- preparar el retorno de Cristo en su Gloria, tal y como está profetizado en el Evangelio, en el Apocalipsis, etcétera». La entrevista termina con la declaración, por parte del maestro Cotarelo, de que «veinte razas nos visitan desde hace 8.000 años. Lo que hacen es llevarse ejemplares humanos para sus parques zoológicos. Pero no hay tantos contactos como se pretende». Por mi parte, creo que estas declaraciones -siquiera sea fragmentariamente, como las he reproducido- hablan por sí solas, sin necesidad de ningún comentario. Noticias de años posteriores e imprecisas me pusieron al corriente de que Armando Cotarelo se suicidó, por haber sido procesado y condenado por un desfalco cometido en el Ayuntamiento de Madrid, del que era funcionario.

Creo que, en este sentido, los templarios sintieron una especial atracción por el poder, tanto económico como político, hasta el punto de que llegaron, por ese camino, a fabricarse su propia perdición. Si repasamos los antecedentes del proceso que condujo a su prendimiento y condena, y las circunstancias que lo rodearon, nos daremos cuenta de que el interés de Felipe IV de Francia era deshacerse de unos rivales poderosos y peligrosamente politizados, y que si implicó a la Iglesia de Roma -o de Poitiers o de Avignon- en todo el asunto fue precisamente por justificar unos pretendidos pecados de heterodoxia y unas faltas morales que sólo eran la justificación necesaria para legalizar su acción contra una orden que, en realidad, no era vasalla suya, sino del papa.

En el fondo, la actuación política de los templarios fue una sucesión de peldaños que les habría conducido al poder si el tiempo y las circunstancias hubieran estado de su parte. Pero esa actuación política venía determinada por su misma formación ocultista, por la misma esencia de su aprendizaje esotérico. El ideal del Estado universal conllevaba el convencimiento de que, en el caso de alcanzarlo, la orden habría tenido que ser, por necesidad, la encargada de mantenerlo y conservarlo. Habría sido la élite de una sociedad que, precisamente por la presencia de elementos *elegidos*, habría dejado automáticamente de ser igualitaria, como la misma idea de su concepción parecía dejar establecido.

Pero ésta es una brecha con la que el ser humano tiene que contar, lo quiera o no. No existe la secta ideal, desde el momento en que vive como tal secta. Puede, si así lo quiere, enarbolar los estandartes que le plazcan, puede incluso declararse ajena a todo afán de poder, pero, por desgracia, ese afán va implícito en el mismo acto de su constitución como grupo, porque no es tan falso el refrán que proclama que «la unión hace la fuerza». La unión sí hace la fuerza, propicia la fuerza, acelera la fuerza.

Y esa fuerza, por su parte, provoca unos estados de violencia y de tensión que conllevan la anulación final del mismo ideal de conocimiento puro que pudo estar -y que de hecho estuvo seguramente- en el origen de todo.

Ésta es la aventura templaria contada con estenógrafo: nacieron de un ideal de conocimiento, alcanzaron cimas de saber y trataron de emplear este saber en beneficio de un ideal del que llegaron a creerse únicos poseedores. Su mismo conocimiento les destruyó.